



TUBING

K.A. MCKEAGNEY

TUBING

TUBINO

K.A. MCKEAGNI

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • Ecuador • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Tubbing*

Editor original: RedDoor

Traducción: Elizabeth Beatriz Casals

1.^a edición: Mayo 2019

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2018 K.A. McKeagney

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 *by* Elizabeth Beatriz Casals

© 2019 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17780-05-0

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Dan, mi única constante

1

Polly apoyó la espalda sobre la puerta del baño. Vio su reflejo en los azulejos espejados de la pared trasera, sobre la cisterna. Tenía las mejillas manchadas de rímel y delineador de ojos. El pelo también tenía un aspecto descuidado: un moño encrespado le brotaba de la coronilla, y el resto del cabello le caía lacio sobre los hombros. Sintió una presión en nariz y garganta, hasta que las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas.

—¿Polly?

Contuvo el aliento.

—¿Todavía estás ahí?

Sintió que la puerta empujaba su espalda. No se había dado cuenta y había elegido un baño sin cerrojo.

—¡Polly!

Era Alicia. Polly había estado en el baño durante la última media hora, mientras Alicia la esperaba sentada a la mesa.

La puerta volvió a empujar su espalda. Ella se mantuvo firme.

—Por favor, déjame tranquila —murmuró, con voz apenas audible, apretando los dientes.

Estaban en un bar en Chancery Lane. Era un lugar exclusivo: arte abstracto, paredes con paneles de cristal grueso e iluminación azulada. Eligieron una mesa en la parte de atrás y pidieron una jarra de mojito para compartir. Pero Polly no estaba disfrutando la velada. No por culpa de Alicia, su compañera de copas. Simplemente, no dejaba de pensar en lo que desearía estar haciendo.

Polly y Alicia solo se conocían desde hacía un par de semanas. Era la nueva

repcionista de la oficina. Desempeñaba bien su función: levantaba el ánimo en la aburrida oficina. A menudo Polly se reía con disimulo detrás de su portátil mientras Alicia evadía las insinuaciones de los hombres de la oficina, en su mayoría maduros, con un ingenio rápido disfrazado de acento del sur de Londres. Se acercaban como abejas a la miel; era imposible no mirarla. Hoy tenía puesta una estrecha falda de tubo negra y un *bustier* color rosa neón, tan diminuto que, cada vez que se inclinaba hacia adelante, sus pechos se agolpaban.

—¿Y tú, cariño? —le preguntó Alicia cuando llegó la última jarra de combinado—. Hace siglos que estoy hablando yo. ¿Cómo estás tú?

Tenía razón, había hablado sin parar las últimas horas, pero a Polly no le había importado; no estaba de humor para hablar. Pasaba por la fase de «bajón», después de haber bebido con el estómago vacío.

—Bien —respondió. Podría haber sido más específica, pero esperaba no verse obligada a dar detalles.

—¿Solo bien? Seguramente te pasan más cosas que solo estar bien. —Polly miró a Alicia, que la observaba expectante.

—Bueno, ya sabes, lo de siempre..., nada nuevo. —Trató de encogerse de hombros, pero sentía que todo su cuerpo era un peso muerto.

—¿Cómo está tu chico? ¿Oliver? Así se llama, ¿no?

Polly asintió.

—¿A qué se dedica?

—Es cirujano ortopédico.

—Guau —dijo Alicia, abriendo los ojos con interés—. Cazaste a un médico... ¡Qué suerte! ¿Tiene algún amigo médico atractivo?

Polly sonrió pero no se molestó en responder.

—¿Hace mucho tiempo que estáis juntos?

—Hoy se cumplen tres años —respondió Polly con un resoplido.

—¿Es vuestro aniversario? ¿Hoy?

Polly asintió.

—¿Y qué diablos haces aquí, emborrachándote conmigo?

Polly se desplomó aún más en su asiento y empezó a mover la pajita de su copa.

—Ah —dijo Alicia.

—Nunca planeamos hacer nada importante —replicó Polly, poniéndose a la defensiva. Pero no había perdido las esperanzas. Lamentablemente, no había recibido ninguna gran sorpresa. Esa mañana había visto a Oliver solo un instante. Apenas le había dado un beso en la frente al salir corriendo hacia la puerta, y le había dicho que iba a estar operando todo el día y que no lo esperara despierta.

—¿Quieres hablar, cariño? —le preguntó Alicia. Polly sintió que las lágrimas le quemaban los ojos.

Cuando llegaron al bar estaba vacío, pero ahora, varias horas después, estaba repleto. El ruido de las conversaciones y el martilleo de la música tecno minimalista le provocaban dolor de cabeza. Se dio la vuelta para mirar la mesa de al lado. Estaba repleta de chicos del centro de Londres. Todos se pasaban la lengua por los labios, ávidos, a la espera de la más mínima invitación. Ese era el último lugar donde quería estar. Necesitaba salir de allí.

—Tengo que ir al baño. —La voz se le quebró; agarró su bolso y se puso de pie.

—Ay, cariño, no llores —le dijo Alicia, extendiendo la mano. Pero Polly ya se había levantado.

—Estoy bien —repuso, tragando con fuerza para bajar el nudo que tenía en la garganta—. Necesito un minuto.

Polly tuvo que abrirse paso a empujones entre la multitud para llegar al baño de chicas. Estaba a punto de llegar cuando oyó que alguien la llamaba. Se dio la vuelta.

—¿Polly? ¡Dios mío! ¡Eres tú! ¿Qué diablos haces aquí?

Era Charlotte, la hermana mayor de Oliver.

Charlotte se deslizó entre la multitud, que le cedió el paso. Así eran las cosas con Charlotte; tenía ese tipo de elegancia que la hacía flotar en todas partes. Estaba preciosa, con un vestido verde oscuro cruzado, ceñido a su envidiable figura. Su maquillaje era perfecto, y su suave cabello rubio estaba recogido y dejaba ver su rostro. Polly no pudo evitar mirar su propia indumentaria. Se estremeció al ver que llevaba puesto calzado deportivo; había dejado sus zapatos de tacón en la oficina, debajo de su escritorio.

Charlotte se inclinó y besó en el aire ambas mejillas de Polly, envolviéndola en una fragancia intensa y dulce.

—No sabía que frecuentabas este bar —dijo, mirándola rápidamente de arriba abajo—. No pensaba que fuera el tipo de lugar que te gustara.

—No suelo venir. Vine a tomar algo después del trabajo.

—¿Estás con Oliver? —preguntó ansiosa Charlotte, buscando a su hermano.

—No, vine con una compañera de trabajo —respondió Polly con timidez.

—Ah... —pareció confundida Charlotte—. Pensé que tú y Oliver estabais...

—¡Charlotte! —gritó alguien a espaldas suyas, interrumpiéndolas. Las dos se dieron la vuelta y vieron que un hombre con gafas de montura gruesa le hacía un gesto para preguntarle si quería otra copa.

—Ya voy —le respondió Charlotte con su voz más dulce antes de volver a Polly—. Dios mío, no veo la hora de largarme de este maldito lugar. Tonta que soy, me ha tocado de nuevo llevar a los cirujanos visitantes a ver los lugares de interés de Londres. Bien podría aumentar diez kilos y dejar de bañarme, así no me lo volvían a pedir —dijo con sarcasmo—. Qué lástima que no haya venido Oliver —continuó—. Él los habría enredado con las nuevas pautas de diagnóstico en artroscopia para tratar desgarros de menisco —Finalizó con una risita, pero luego se detuvo al ver que Polly no había entendido la broma.

Al oír el nombre de Oliver, Polly sintió que los ojos se le volvían a inundar de lágrimas.

De pronto, Charlotte hizo una pausa.

—¿Acaso él...? —Sujetó la mano izquierda de Polly y apretó con fuerza sus dedos, y luego dijo—: No, está bien.

—¿Qué? —preguntó Polly mientras apartaba su mano y la sacudía luego del apretón innecesario.

—Nada. Tengo que irme. —Y desapareció. La multitud volvió a cederle el paso como antes.

Polly se abrió paso a empujones para llegar al baño de chicas. Tenía el rostro inundado de lágrimas.

Escuchó con atención, esperando que Alicia se retirara. Una vez segura de estar sola, lentamente comenzó a rebotar la nuca contra la puerta del baño. Cada golpeteo le producía satisfacción. Polly sabía lo que debía hacer para sentirse mejor. Se dio la vuelta, levantó el asiento del retrete y vomitó. Ya no necesitaba meterse los dedos en la garganta: desde que cumplió catorce años de edad vomitaba cuando lo deseaba.

Salió del baño veinte minutos más tarde. La mesa que habían ocupado ella y Alicia estaba invadida por los chicos de la ciudad. Habían conseguido atraer a varias jovencitas y estaban ocupados tramando alguna jugada. No vio a Alicia por ningún sitio. Polly fue directamente hacia la puerta.

Una vez fuera miró la hora en su móvil: eran las 00.23. Faltaban tres minutos para alcanzar el último metro a casa. Tenía cinco llamadas perdidas, y el icono de buzón de voz titilaba furiosamente en la esquina de la pantalla. Decidió ignorarlas. Cruzó la concurrida calle principal y entró en la estación de metro de Holborn.

Mientras corría por la estación hacia el andén, oyó el pitido que anunciaba el cierre de las puertas del tren. Bajó corriendo los últimos escalones y dio la vuelta a la esquina. De ningún modo iba a llegar. Entonces, aparentemente de la nada, alguien corrió delante de ella y consiguió poner un brazo y una pierna

entre las puertas para obligarlas a abrirse otra vez. Polly saltó detrás de él.

El tren estaba repleto, como siempre ocurría con el último de la noche. No había asientos libres, así que se abrió paso hasta el espacio entre los vagones, donde había menos gente. La atmósfera en el vagón era sofocante. El tiempo en Londres era agobiante para ser junio, y el calor del día seguía atrapado bajo tierra, húmedo y pegajoso. Polly se apoyó sobre el arco frío de metal de la puerta. Cerró los ojos, demasiado ebria para mantenerlos abiertos por más tiempo.

Se entretuvo pensando en comida. Necesitaba consuelo: pan untado con mantequilla y crema de chocolate y avellana. Casi podía sentir la mezcla salada y dulce en la boca. Decidió pasar por la tienda de la esquina, abierta toda la noche, que quedaba de camino hacia su casa para comprar una *baguette* o, si no, una hogaza de pan blanco en rebanadas. También medio litro de leche entera para acompañar el manjar, y también unos laxantes, si es que tenían.

El tren se detuvo con una sacudida en la siguiente estación. Otro grupo de trasnochadores se esforzó por entrar en el vagón y empujó a Polly hacia atrás. A regañadientes, Polly abrió los ojos y reafirmó su lugarcito en el rincón.

Fue en ese momento cuando lo vio.

Desde el reflejo de la ventana oscura del tren pudo ver que él la observaba. Al principio creyó que se trataba de un efecto de la luz, un reflejo de otro reflejo que daba la ilusión de que él la estaba mirando. Sin embargo, cuando Polly giró lentamente la cabeza hacia un costado, la cabeza de él también giró, hasta que ambos se miraron.

No tenía idea de durante cuánto tiempo la venía observando. Él no hizo ademán de apartar la mirada ni de esconder el hecho de que la estaba mirando. Simplemente, permaneció perfectamente quieto y serio, sus ojos como ganchos incrustados en los de ella. Aturdida por un instante, Polly miró de reojo hacia atrás y luego giró la cabeza para tratar de entender qué podría haber

provocado semejante reacción. No había nada. Cuando giró la cabeza para ver, él la seguía mirando.

Polly quedó impactada por su increíble atractivo. Su rostro parecía tallado en piedra, tan llamativo y perfectamente simétrico. La luz caía sobre sus pómulos altos y su frente, y producía la sensación de que sus ojos color marrón oscuro eran casi negros. Su piel tenía un leve bronceado y su cabello, rubio, estaba peinado hacia atrás y formaba ondas. Parecía irreal; no tenía ni un pliegue, ni una arruga ni ninguna imperfección: era perfecto. Ninguno de los dos se movió; ambos permanecieron perfectamente quietos, frente a frente, pero algo se estaba gestando entre los dos. Polly no tenía idea de qué era, pero se apropió de sus sentidos. Todavía podía oír el traqueteo del tren y el murmullo de las conversaciones, pero todo parecía desenfocado; solo existía él.

Permanecieron de ese modo durante varios segundos, hasta que Polly reaccionó y miró hacia otro lado. A pesar de su timidez, no pudo dejar de admirar el cuerpo perfecto del desconocido de la cabeza a los pies.

Cuando el tren salió de la estación, él se acercó lentamente a ella. Polly miró alrededor, al resto de los pasajeros. Nadie los estaba mirando. La mayoría observaba, reacia, un alboroto en el pasillo principal, donde un grupo de chicas hablaba a gritos en italiano mientras dos tipos se daban aires alrededor de ellas cual pavos reales.

Él se detuvo justo antes de que sus cuerpos se tocaran. Permanecieron a milímetros uno de otro, mirándose a los ojos. Ella contuvo el aliento hasta que sintió que las palmas de sus manos rozaban suavemente las de ella. Su caricia fue muy suave, casi inexistente, como un fino polvillo. Sus manos tomaron las de ella y sus dedos se entrelazaron con los de ella.

Él continuó sosteniendo su mirada, y solo dejó de hacerlo por un segundo para mirar su boca. Apretó los labios, como si imaginara qué sentiría al besarla. Vio que su nuez se movía al tragar con fuerza. Sin pensarlo, ella se

acercó poco a poco.

Cuando sus labios se tocaron, la suave resistencia disparó todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Polly cerró los ojos cuando empezaron a besarse, suavemente al principio, y luego muy apasionadamente. Él soltó sus manos y rodeó su cintura. Todo el cuerpo de Polly se estremeció. Él la atrajo hacia sí, de manera que sus cuerpos se tocaron completamente. Ella pudo sentir algo duro que se apretaba contra su cadera. Con cuidado, él avanzó varios pasos, obligándola a retroceder hasta que sintió la puerta de metal en su espalda. La presión sobre sus labios comenzó a disminuir, indicando el final del beso. Polly abrió los ojos. Los rasgos de él se suavizaron y hubo un atisbo de sonrisa en su rostro, una sonrisa de picardía.

La observó con atención mientras sus manos descendían. Se detuvo justo al inicio de la curva de su trasero. Ella deseaba que continuara. Él interpretó la mirada de ella y empezó a descender aún más, hasta que llegó a la parte superior de sus muslos. Nuevamente se detuvo. La miró. Ella asintió lentamente con la cabeza.

De pronto sus movimientos se hicieron rápidos; metió las manos debajo de su falda, hacia los muslos desnudos de Polly. Su piel se contrajo instantáneamente, cada vello de su cuerpo se erizó. Las puntas de los dedos apretaron profundamente su piel mientras trepaban por sus piernas. Contuvo el aliento cuando él deslizó su mano en sus bragas. Apretó y pellizcó suavemente, provocándola, antes de introducir sus dedos en lo profundo de su vagina. Ella gruñó mientras él empujaba cada vez con más fuerza y más profundamente; tenía un nudo en el estómago que crecía a medida que él movía sus dedos de un lado a otro. Sus movimientos fueron cada vez más rápidos, y con cada movimiento aplicaba más presión.

Cuando la oscuridad del túnel del metro cedió lugar a las brillantes luces de la estación Oxford Circus, Polly soltó un pequeño grito, sin poder reprimirlo. Sintió que cada parte de su cuerpo estaba viva y abierta, inundada de

sensaciones. Se aferró a él hasta que la impresión pasó, y luego abrió los ojos. Él le sonreía. De pronto, Polly recordó dónde estaba y miró a su alrededor, avergonzada. Pero parecía que nadie se había dado cuenta de nada. Rápidamente, se alisó la ropa.

Él se acercó a ella. Su cara suave y perfecta rozó el costado de su rostro. Murmuró:

—Volvamos a encontrarnos. —El corazón de Polly palpitó con fuerza.

—¿Q..., qué quieres decir? —tartamudeó, todavía aturdida por el acto íntimo.

Pero no recibió respuesta. Él ya se dirigía a las puertas del vagón, que estaban abiertas. Ella lo observó mientras bajaba del tren y se alejaba por el andén.

Deseó que él mirara hacia atrás. Pero no lo hizo.

2

A Polly le costó despertarse. Estaba en la cama. La luz del día se coló entre las endebles persianas e iluminó sus párpados. Se sintió pesada y pegajosa, señal segura de que había olvidado quitarse el maquillaje antes de acostarse. Maldijo para sus adentros, imaginando las manchas de rímel sobre la almohada.

Se moría por seguir durmiendo, pero tenía la garganta irritada y dolor de cabeza. Yacía sobre su costado izquierdo; el brazo y el hombro aplastados le latían dolorosamente. Con cuidado rodó hacia el otro costado, tratando de enderezar la columna y soltar el brazo de un solo movimiento. Con los ojos todavía bien cerrados, giró y buscó a tientas un vaso de agua. Su mano tanteó en la mesilla de noche, identificando los objetos por el tacto: la base de la lámpara, su móvil, una novela abierta, *La dama de blanco*, protector labial, diadema llena de pelos, tubo de crema hidratante con efecto veinticuatro horas, pero nada de agua. Volvió a meter el brazo bajo el edredón. Al hacerlo, rozó la parte superior del brazo contra su pecho. Deslizó las manos hacia abajo hasta que sintió una toalla envuelta alrededor de su cintura. ¿Por qué no tenía puesto el pijama?

Permaneció acostada, sintiendo lástima de sí misma, tratando de entender por qué estaba desnuda, se moría de sed, tenía la cara llena de maquillaje y parecía que se había golpeado la cabeza contra el suelo.

Podía oír a Oliver haciendo ruido en la cocina. Trató de gritar para pedirle que le trajera algo de beber, pero tenía la garganta tan seca que apenas pudo emitir sonido; solo logró emitir un graznido apenas audible. Entonces recordó: el metro, el desconocido, su rostro avanzando hacia el suyo. Abrió los ojos

instantáneamente y cada músculo de su cuerpo se tensó.

—Buenos días, Pol —dijo Oliver, abriendo la puerta con el pie. Tenía puestos unos calzoncillos con la bragueta abierta, y traía dos tazas de té.

Ella se quedó perfectamente quieta, aferrándose a los bordes del edredón.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, torciendo la cabeza hacia atrás.

Polly soltó el edredón.

—Sí, sí —dijo. Un nervio debajo de su ojo izquierdo comenzó a temblarle sin cesar, como si intentara delatarla.

—No lo parece. —Apoyó los tazones sobre la mesilla de noche y se sentó junto a ella.

—Sí... —repuso ella distraídamente—. Bebí demasiado anoche, creo.

La noche anterior, apenas llegar a casa había ido directa al armario de las bebidas en la cocina y se había servido un vaso de whisky grande. Odiaba el whisky, pero fue lo único que encontró. Oliver tenía varias botellas abiertas; se consideraba una especie de entendido en la materia. Bebió el vaso y luego se sirvió otro; no tardó en sentir la relajante calidez.

Con sutileza acomodó la toalla debajo del edredón, la subió hasta su pecho, la sujetó lo mejor que pudo y luego se sentó. Él le pasó un tazón. Era el que ella le había regalado cuando se mudaron juntos. Tenía una foto de Kenneth Williams disfrazado de médico con la leyenda: «¡Ay, enfermera!» escrita debajo. Él le había regalado unos pendientes antiguos de esmeralda y rubí.

Polly bebió un sorbo tentativo mientras observaba con envidia cómo Oliver vaciaba su tazón de té bien caliente. Estaba convencida de que tenía la boca forrada de amianto.

—Muy bueno —repuso, complacido—. ¿Y qué estuviste haciendo anoche?

—Fui a tomar algo. Con Alicia, la de la oficina —respondió Polly, todavía tratando de acomodar en su mente los acontecimientos de la noche anterior.

Oliver hizo una mueca.

—¿Y qué hacías tú con esa enanita?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Es una broma, pero tienes que admitir que es una enanita graciosa.

Él solo había visto a la recepcionista un breve instante cuando una tarde había ido a buscar a Polly a la oficina después del trabajo. Habrían intercambiado cinco palabras como máximo.

—¿Fuisteis a algún sitio especial? —continuó.

Polly no podía pensar con claridad. En ese preciso instante tuvo un recuerdo fugaz de las manos del desconocido trepando por sus muslos hasta sus bragas.

—Tierra llamando a Polly —dijo Oliver, y agitó una mano frente a su rostro cuando no respondió.

—Perdona, ¿cómo dices? —inquirió, tratando de recordar de qué estaban hablando.

—Anoche... ¿adónde fuisteis a tomar algo?

—A un bar nuevo en Chancery Lane —respondió, pero no pudo recordar el nombre del lugar. Trataba desesperadamente de actuar con normalidad, pero no podía mirarlo a los ojos.

—Debió de haber sido intenso; cuando llegaste no parabas de hacer ruido.

Levantó la cabeza y lo miró. No recordaba haberlo visto cuando había llegado por la noche.

—No recuerdo. ¿Te he hecho levantar?

—No, solo te he oído.

Polly no pudo evitar un suspiro de alivio.

—Has estado haciendo ruido en el baño durante siglos —continuó—. Esta mañana, cuando he entrado en el baño, era un desastre: tu ropa por todas partes y un enorme charco en medio del suelo.

Ella recordó vagamente haber intentado ducharse antes de ir a la cama. Era demasiado extraño meterse en la cama con Oliver después de haber estado con otro. Se había desvestido rápidamente, sin dar importancia a la falda de tintorería ni a la blusa que solo se lavaba a mano. Bajo la ducha había

intentado lavarse, pero apenas el chorro de agua tocó sus muslos y se deslizó entre sus piernas volvió a estremecerse. No pudo resistirse e introdujo los dedos suavemente en su vagina. Cerró los ojos al recordar la cara de él y soltó el mango de la ducha, desparramando agua por todas partes y poniendo perdido el diminuto baño.

—Ah —dijo, perdida en sus pensamientos.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que Oliver se había quedado callado. La miraba con expresión seria.

—¿Qué? —dijo. De pronto sintió pánico de que él pudiera adivinar sus pensamientos y pudiera revivir el recuerdo con ella.

—Anoche intenté llamarte. ¿No recibiste mis mensajes?

—No... Bueno, sí, pero ya era muy tarde cuando los vi —respondió al recordar las cinco llamadas perdidas. Todavía no había escuchado ninguno de los mensajes.

—Había hecho planes para ir a cenar.

—¿Qué? —dijo Polly—. Pero me habías dicho que estabas de guardia.

—Lo sé. —Oliver miró el edredón tímidamente y agarró un pedacito diminuto de pelusa—. Traté de ser romántico y de sorprenderte.

Polly lo observó, sorprendida.

—¡Pero me habías dicho que no te esperara despierta!

—Lo sé —respondió; parecía enfadado—. Pero quise... Eh, olvídalo. —Y se apartó.

—¿Qué quisiste? —quiso saber Polly.

—No importa, no era nada.

—No, dime.

—Había organizado una cena sorpresa, pero como no respondiste el teléfono no pude ponerte en contacto contigo. Me lo tengo merecido, supongo.

Todavía pensando en los acontecimientos de la noche, Polly cerró los ojos y empezó a masajearse el puente de la nariz con el pulgar y el dedo índice.

—No te enfades, Pol —dijo Oliver, acercándose y rodeándola con el brazo—. Es mi culpa, debí explicarte, o por lo menos haberte dicho, que planeaba una sorpresa.

Polly abrió los ojos y lo miró. Él esbozó una sonrisa poco entusiasta. La invadió la culpa; quiso recomponer todo. Se inclinó hacia él y lo besó. Él respondió, pero apenas la lengua de ella quiso avanzar él cerró los labios. Ella insistió, dejando caer la toalla y apretándose contra él. Él la apartó.

—Tranquila, Pol —dijo.

—¿Por qué? —preguntó, mientras seguía besándolo en la mejilla y luego en el cuello.

—Debemos prepararnos para ir a trabajar, y... no estás lavada ni nada.

—No importa. —Suavemente comenzó a mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—No. Vamos. —Él empezó a apartarla.

Ella se detuvo y lo miró.

—Buena chica —dijo, y luego se puso de pie y fue al baño.

Polly volvió a acostarse. Oyó el agua de la ducha. No podía recordar la última vez que habían tenido relaciones sexuales. Cuando empezaron a salir las cosas iban bien, más o menos. Sin embargo, desde que se habían ido a vivir juntos, un manto de conformidad se había apoderado de él. Quizá estaba armando el nido. La idea horrorizó a Polly. Ella y Oliver se habían conocido en una cita a ciegas; pero la cita no era de ellos dos, sino de ella con un tipo llamado Ben. Él era hermano de una compañera de la universidad. La cita había sido un desastre de principio a fin. Ben llegó tarde. Polly lo estuvo esperando durante cuarenta y cinco minutos. Cuando por fin apareció, llegó vestido con camiseta y vaqueros. Polly se había esmerado, con un vestido negro corto y tacones, y se sintió horriblemente elegante: lo supo apenas él entró en el restaurante. Pensó que, como el restaurante se llamaba *El Real*, sería un lugar fino, pero la mayoría de las personas vestían informales y

estaban desparramadas en sillas y mesas desiguales. Cuando Ben se acercó a la mesa la miró de arriba abajo y dijo: «Eh, guau» con sarcasmo, antes de inclinarse y besarla en la mejilla. Polly, nerviosa, estiró demasiado la cabeza al inclinarse hacia adelante y él terminó dándole un beso en la oreja.

La conversación fue forzada desde el principio. O hablaban uno por encima del otro o permanecían en silencio y ninguno sabía qué decir. Polly bebió demasiado vino y, como apenas tocó la comida, terminó ebria. Pero no ebria de buena manera. La atmósfera entre ellos la ponía nerviosa y cínica. Terminaba diciendo cosas que en realidad no creía ni quería decir. Ben parecía disfrutarlo, y se pasó el resto de la noche cuestionando todo lo que ella decía, tomándole el pelo y confundiéndola.

Cuando llegó la cuenta, él se disculpó y dijo que tenía que ir al baño. Polly, ridículamente paranoica, pensó que se había largado para que ella pagara la cuenta. Algunos minutos después se levantó de la mesa para buscarlo. Lo encontró todavía en el restaurante, justo al lado de los baños. Ella se detuvo justo antes de girar la esquina y que él la viera. Estaba hablando por su móvil. Polly no pudo evitar oír la conversación.

—¿En qué diablos pensabas? Es una pesadilla. —Pausa—. No soy malo. Está sentada a la mesa, borracha como una cuba. Y acaban de traer la cuenta. Apenas comió un bocado y seguro que espera que yo lo pague. ¡Cómo detesto a las anoréxicas! —Pausa—. Hermanita, por supuesto que es anoréxica, o bulímica. Es eso, o tiene alguna enfermedad grave. ¡Espera un minuto! No me habrás arreglado una cita con una enferma terminal, ¿no? —Luego se echó a reír, con una risa fuerte y estentórea.

Polly no siguió escuchando. Volvió a la mesa, tomó su abrigo y se fue, llorando.

Cuando extendió la mano hacia el picaporte, un brazo se adelantó y abrió la puerta por ella.

—Permíteme.

Polly levantó la mirada. Era Oliver.

—Ah —dijo, viendo que tenía la cara inundada de lágrimas—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —murmuró ella mientras pasaba junto a él.

—¿Estás segura?

Algo en su voz la hizo detenerse. Sonaba muy preocupado. Volvió a mirarlo y el labio inferior empezó a temblarle sin control.

—Eh, Polly, ¿qué sucede? ¿Adónde vas? —oyó el vozarrón de Ben a sus espaldas.

—Debo marcharme de aquí —murmuró Polly.

Oliver miró a Ben solo una vez y luego la guio suavemente fuera del restaurante y hacia la acera.

—¿Quieres tomar un café en algún sitio? —le propuso.

Ella asintió, pero no pudo hablar por temor a la avalancha de lágrimas que estaba a punto de derramar.

Oliver no era el tipo de hombre que le gustaba a Polly. Para empezar era rubio y grandote. Había jugado a rugby como pilar hasta que sus rodillas habían dicho basta algunos años atrás. Tenía la complexión robusta de un jugador de rugby, pero desde que había dejado de jugar, la mayor parte de sus músculos se había convertido en grasa. Pero le quedaba bien: él se sentía cómodo con su cuerpo, y era difícil imaginarlo de otra manera. Era casi nueve años mayor que Polly. Cuando le había dicho que era cirujano se había puesto nerviosa porque pensó que sería condescendiente con ella, pero no fue así. Le pareció encantador, divertido y amable. Le contó lo que le había ocurrido en su cita a ciegas, todo excepto la parte en la que Ben dijo que era anoréxica. Oliver dijo que quería invitarla a una cita como la gente corriente. Ella aceptó.

Oyó que Oliver terminó de ducharse y el ruido de los ganchos de la cortina cuando salió. Polly se sentó lentamente y volvió a envolverse con la toalla.

Fue entonces cuando vio las cuatro profundas marcas de dedos cerca de la parte superior de su muslo derecho. Ya estaban amarillas y moradas en los bordes. Apoyó los dedos sobre cada una y apretó. Todavía estaban sensibles. Cerró los ojos. ¿Quién era él? De pronto volvió a estremecerse.

—La ducha está libre.

Abrió los ojos y vio a Oliver parado junto a la puerta del dormitorio, y se apresuró a bajar la toalla para ocultar los moretones.

—Son casi las ocho —dijo.

Ella no respondió. Debía salir para ir a trabajar en quince minutos. Se dispuso a levantarse, pero tuvo que parar un segundo: se sintió mareada, y le dolía la cabeza como nunca. Por fin se puso de pie y se acercó con paso tambaleante a Oliver, que todavía estaba parado junto a la puerta. Él le dio una palmada en el trasero al pasar; ella le lanzó una mirada hosca.

Cuando entró al baño, este estaba hecho un desastre. Su ropa estaba tirada por todas partes y empapada. Oliver la había dejado exactamente como la había encontrado, y al parecer había usado su falda como alfombra.

3

Polly llegó a la oficina con media hora de retraso. Había tardado siglos en prepararse y salir de casa; la conexión entre cerebro y cuerpo seguía funcionando mal.

Tomó el metro al trabajo como de costumbre. Apenas entró, no pudo evitar echar un vistazo alrededor para ver si él estaba allí. Por supuesto, no estaba.

Polly conformaba la mitad del departamento legal en un periódico llamado *La Voz de Londres*. La otra mitad era James, un abogado que solo venía una vez por semana como favor al dueño del periódico, Lionel. El trabajo de Polly consistía en mantener el archivo al día y otras tareas administrativas hasta que James pudiera trabajar allí durante más tiempo. Polly no tenía formación legal, y había conseguido el empleo porque Oliver había usado sus influencias: sus padres conocían a una persona que, a su vez, conocía a alguien.

Pero trabajar para un periódico londinense no era precisamente lo que ella quería. Su sueño era estar metida en el barullo de una bulliciosa oficina de prensa, con noticias de última hora, mientras un periodista experimentado veía su talento oculto y la tomaba bajo su protección. En realidad, *La Voz de Londres* era un periódico gratuito, con pocos lectores y al borde de la ruina. El único motivo por el que había sobrevivido al primer año era que Lionel no había dejado de invertir dinero. Polly había pensado en buscar otro trabajo, pero no quería parecer desagradecida, especialmente después de que los padres de Oliver hubiesen utilizado sus influencias por ella. Decidió esperar el momento oportuno. El único periodista de plantilla en el periódico, Ron, no podía considerarse el arquetipo del periodista de puta madre; su último gran hallazgo tenía que ver con un fraude con las subvenciones de vivienda del

ayuntamiento. Polly había empezado a llevar consigo un cuaderno donde anotaba ideas de artículos para proponerle a Lionel. Esperaba el momento oportuno para dárselas; ya tenía tres páginas de posibilidades.

Lo bueno de tener resaca fue que la distrajo de todos los demás pensamientos. Se pasó la mañana escondida detrás de su portátil, concentrada en la tarea del momento y moviéndose lo menos posible. Alicia le envió varios correos electrónicos para preguntarle qué le había ocurrido la noche anterior. Decidió ignorarlos. Desde donde Polly estaba sentada, podía ver a Alicia ocupada con los teléfonos. Ya se sentía mal por Oliver; no quería que otra persona también le diera motivos de pena.

Cuando llegó la hora de almorzar, el alma ya empezaba a volverle al cuerpo. Sintió un hueco en el estómago, dolorosamente vacío. solía ir a una tienda de alimentación orgánica cerca de Tottenham Court Road para almorzar —tenían una variedad de ensaladas de buen tamaño con menos de cuatrocientas calorías—, pero hoy necesitaba algo más sustancial. Calculó que habría perdido por lo menos medio kilo por no haber cenado ni desayunado: se merecía un premio.

Había una cafetería pequeña frente a la oficina. No había ido nunca, aunque pasaba todos los días por allí. El tablón con el menú ofrecía bocadillos enormes, empanadas y fritangas: comida indigesta pero irresistible.

Era un sitio pequeño, frío y húmedo, con manteles a cuadros y botellas de ketchup con forma de tomate. Olía a patatas fritas y parrillas sucias. En el mostrador de bocadillos había mucha gente, pero solo debió esperar unos minutos para que la atendieran. Pidió una *baguette* con queso, jamón, tomate y mayonesa extra. Se le hizo agua la boca al observar cómo la camarera de dedos gruesos preparaba el bocadillo al otro lado del cristal del mostrador. Sabía que después se sentiría hinchada y sufriría resaca de carbohidratos, pero su cuerpo exigía sal y harina. Tomó una botella de agua con gas del

refrigerador y pagó.

Cuando se disponía a irse vio a Alicia sentada al otro lado del mostrador. Había ocupado una mesa entera, mientras leía una revista y bebía de una lata de Coca-Cola *light*. Polly no podía creer que no la hubiese visto cuando había hecho la cola. Apenas la hubo visto agachó la cabeza y se apresuró a caminar hacia la puerta; solo quería volver a la privacidad de su escritorio y devorar su *baguette*. Ya había abierto la puerta para salir cuando oyó la voz ronca de Alicia, que la llamaba.

Estuvo tentada de continuar y fingir no haberla oído, pero una mujer que entraba con un coche de bebé la obligó a esperar y retroceder. Polly miró hacia el otro lado, con una sonrisa forzada.

Alicia le hizo señas para que se acercara.

Polly se acercó de mala gana. Alicia preparó una silla mientras ella llegaba.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —dijo, mientras Polly se sentaba en la silla junto a ella—. Te he enviado un par de correos esta mañana, ¿no los has visto?

—He estado muy ocupada hoy, no he leído mis correos —respondió Polly, obligándose a mirarla a los ojos; había leído en algún sitio que los mentirosos siempre apartaban la mirada.

Alicia cerró su revista para que Polly pudiera apoyar su almuerzo.

—Quería ver si estabas bien después de lo de anoche. ¿Qué ha sucedido?

—¿A qué te refieres? —dijo Polly mientras miraba el plato de Alicia. Allí había restos de huevo frito, patatas fritas y una hamburguesa de carne reconstituida.

—Te fuiste al baño y desapareciste.

—Ah, sí. No me sentía muy bien, así que me fui a casa.

—Podrías habérmelo dicho, querida. Te estuve buscando. Me había preocupado.

—Ah —dijo Polly. Se sintió mal—. Perdón.

—No te preocupes, me alegro de que estés bien.

Polly miró su *baguette* y se mordió el labio. Le hacía ruido el estómago. No podía esperar más. Arrancó el envoltorio y dio un mordisco grande. Soltó un pequeño gruñido de placer cuando su boca volvió a revivir.

Alicia soltó una risita.

—¿Qué? —dijo Polly con timidez, y apoyó su *baguette*.

—Nada, me alegra que disfrutes tu almuerzo.

A Polly no le gustaba comer frente a otras personas, especialmente frente a otras mujeres. Se imaginaba que calculaban cuántas calorías y gramos de grasa estaba consumiendo, comparadas con la cantidad que debería consumir.

—No dejes de comer por mí —dijo Alicia, alentadora.

Polly volvió a agarrar su *baguette* y le dio un pequeño mordisco.

Pronto Alicia empezó a hablar sin parar. Polly hizo todo lo posible por prestarle atención, pero la comida estaba tan buena que no pudo concentrarse en otra cosa. No creyó que Alicia se diera cuenta; parecía satisfecha con que a veces asintiera o respondiera «sí».

Pero entonces Alicia dejó de hablar y Polly la miró.

—No me estás prestando atención, ¿verdad? —dijo la recepcionista.

—¿Mmm? —respondió Polly, tratando de recordar los últimos segundos de conversación—. ¿Por qué lo dices?

—No has oído ni una palabra de lo que he dicho.

Polly se sonrojó; sintió vergüenza por haber sido descubierta, y aún peor por haber sido tan evidente.

—Lo lamento —dijo, guardando el resto de su *baguette*—. Anoche me acosté muy tarde y me he encontrado muy mal toda la mañana.

—Problemas en el metro, ¿verdad? —preguntó Alicia, enarcando la ceja izquierda.

—¿Qué? —preguntó Polly bruscamente. Hubo algo en su tono que llamó la atención de Polly. Algo muy pensado y deliberado.

—El metro... Has dicho que has llegado a casa muy tarde...

—¿Y qué? —preguntó.

—¡Ay, chica, ha sido solo una pregunta! —dijo Alicia, levantando las manos a la defensiva—. Diablos, pero algo ha debido pasarte.

Polly se quedó mirándola, tratando de decidir si solo se estaba poniendo paranoica. Lo pensó y pensó durante varios segundos antes de decidirse.

—Yo..., este... —Vaciló un instante; de pronto no supo adónde llevaría esa conversación. —Había dos personas en el metro...

—¿Sí?

—Estaban como..., ya sabes...

—¿Qué?

—En un rincón del vagón... —Polly se calló y observó atentamente la reacción de Alicia.

—Vamos, suéltalo, chica. —Alicia se estaba impacientando.

—Ya sabes..., hacían cosas que dos personas no deberían hacer en público.

—¿Tenían sexo? —quiso saber Alicia, y se le iluminó la cara.

—No, solo se tocaban y cosas por el estilo.

—¿Qué? —Su voz se volvió aguda y chillona. —¿Nunca te has puesto un poco juguetona en el metro de camino a casa? Un poco de magreo, otro poco de provocación, hasta que llegas a casa y... —Se pasó la lengua por los dientes y enrolló la lengua.

—No, no, esto fue diferente. Las dos personas no se conocían. Bueno, o eso me pareció —concluyó Polly, corrigiéndose rápidamente.

—¿De verdad? —dijo Alicia mientras se acercaba a ella—. Entonces, ¿cómo fue?

—Estaban los dos allí parados, luego él caminó hacia ella y empezó a besarla y tocarla, pero fue muy raro porque no cruzaron ni una palabra.

—¡Qué excitante! —dijo Alicia.

Permanecieron en silencio varios segundos; Polly no sabía cómo continuar con la conversación. Luego Alicia volvió a hablar y le contó sobre un *reality*

show estadounidense de reinonas que no podía dejar de ver.

—Buenas tardes, señoritas. —Una voz las interrumpió a sus espaldas. Las dos se dieron la vuelta y vieron a Jas con una bolsa de comida para llevar en la mano. Jas era el informático que trabajaba en su edificio. Polly hablaba con él de vez en cuando. No estaba muy segura de en qué consistía su trabajo; tenía que ver con servidores y respaldos. Tenía su propia pequeña oficina un par de pisos más arriba. —No pude evitar escuchar la conversación —dijo, señalando la cola a lo largo del mostrador de bocadillos—. Pensé que podría arrojar luz sobre el tema.

—Disculpa, pero es una conversación privada —respondió Alicia, enojada porque la había interrumpido.

—Perdón —dijo Jas, tímidamente—. Os oí mencionar eso del metro, es todo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Polly, inmediatamente intrigada.

Jas sacó una silla y se sentó. Aunque le hablaba a Polly, no podía dejar de mirar a Alicia. Esta, por su parte, miraba hacia otro lado, enfadada.

—A encontrarse con desconocidos en el metro y..., ya sabes..., hacer cosas. Yo lo he hecho. —Una amplia sonrisa se extendió por su rostro cuando Alicia lentamente se volvió a mirarlo con la cabeza un poco inclinada.

—¿De verdad? —preguntó Polly—. ¿Hablas en serio?

—Sí —dijo Jas—, por supuesto.

—Claro, claro —dijo Alicia con sarcasmo.

Polly clavó los ojos en Jas, sin poder creerlo.

—¿En que línea de metro ha sido? —preguntó.

—Creo que la Central... Sí, sí, fue la línea Central —respondió, asintiendo con desenfado.

—¿A qué hora? —insistió Polly.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—No —respondió Alicia—, creo que solo quiere pillarte porque dices

estupideces. —Se volvió para mirar a Polly, exhalando ruidosamente por la nariz—. ¡Este tipo es increíble!

—¿Y cuántas veces lo has hecho? —Polly trató de seguir con la conversación. Sentía un cosquilleo en el estómago.

—Un par de veces.

Alicia chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

—¿Y cómo es? —insistió Polly—. Es decir, ¿cómo sabes quién está dispuesto?

—Es algo que se arregla con anticipación. La gente organiza reuniones en ciertos trenes a determinadas horas; luego, uno le hace una seña al otro y lo hacen —respondió—. Se llama *tubing*.

4

—*Tubing.*

La palabra le dio vueltas y vueltas en la cabeza a Polly hasta que por fin la pronunció. Se aclaró la garganta y miró rápidamente a su alrededor para ver si alguien se había dado cuenta..., pero nadie le prestaba atención.

Desde que había hablado con Jas estaba desesperada por volver a la oficina para investigar en el portátil. Pero cuando llegó, James estaba sentado en el escritorio detrás del suyo, poniéndose al día con el trabajo que ella le había dejado. Desde allí él podía ver su pantalla.

Polly se desplomó en su escritorio y se pasó el resto de la tarde fingiendo trabajar. Abrió un documento y pasó un largo rato desplazándose arriba y abajo, agrandándolo y disminuyéndolo, sin hacer nada en realidad. Finalmente se desconectó y empezó a divagar al son de las teclas y el murmullo bajo de las voces.

Empezó a pensar en él: en el hombre del metro. Era la primera vez que repasaba los acontecimientos desde lo sucedido. Dejó vagar su imaginación por cada segundo del encuentro. Cada vez que imaginaba que él la tocaba, sentía un cosquilleo en el estómago tan fuerte que apenas podía soportarlo. Casi podía sentir sus dedos sobre ella, dentro de ella. Todavía no podía creer que hubiese sucedido, parecía un sueño, pero era real. Se levantó la falda para ver las cuatro marcas profundas de dedos sobre su muslo. Pero un instante después se horrorizó de sí misma. ¿En qué había estado pensando? Él era un completo desconocido y había compartido un momento íntimo con él. ¿Y si alguien los hubiese visto? Sin embargo, sus dedos volvían a los moretones. Los apretó, al principio con suavidad, y luego con más y más fuerza. El dolor

le quitó el aliento.

A las cuatro, James por fin se retiró. Apenas oyó el chasquido de su maletín, Polly revivió y se libró de la apatía que la había invadido toda la tarde. Antes de que James saliera por la puerta entró en Google; no podía más de la curiosidad.

Primero hizo una búsqueda con «tubing». Navegó por varias páginas relacionadas con artículos de tocador para hombres. Después de siete páginas, decidió que era inútil, así que retrocedió y cambió los términos de búsqueda por «sexo en trenes metropolitanos». Entonces surgieron algunas páginas de YouTube y varios sitios pornográficos. Los vídeos mostraban a personas teniendo sexo en los trenes, pero no pudo distinguir a quién se suponía que debía mirar, y mucho menos qué hacían. Al principio se olvidó de desactivar el sonido del portátil. Se llevó un susto tremendo cuando apretó *Reproducir* y se oyeron gemidos de sexo por toda la oficina. Algunas cabezas se volvieron pero nadie dijo nada. Polly imaginó que probablemente ellos mismos estarían mirando pornografía.

Volvió a los resultados de la búsqueda para leer un par de artículos. Uno era sobre una pareja que tenía sexo oral en un tren y luego los multaban por encender cigarrillos después del acto. El otro era sobre una película para adultos que se había hecho usando teléfonos móviles mientras media docena de personas tenían sexo en un tren ruso en hora punta.

No se dio cuenta de que eran más de las cinco hasta que la mayoría de las personas de la oficina se habían ido. La sorprendió el silencio. Miró a su alrededor, a los escritorios vacíos. Nunca había visto la oficina tan desierta. El tiempo soleado había impulsado a todos a irse a su hora.

Volvió a Google, y estaba contemplando otros criterios de búsqueda cuando oyó la voz de Alicia.

—¿Trabajas hasta tarde, cariño?

Los dedos de Polly se paralizaron instantáneamente. No se había percatado

de que Alicia seguía estando en la oficina.

—Debo terminar algunas cosas pendientes antes de mañana —mintió Polly, sin levantar la mirada, tratando de dar a entender que estaba ocupada.

—Bueno, asegúrate de no irte muy tarde —recomendó Alicia mientras recogía sus bolsas—. En este lugar no nos pagan lo suficiente como para hacer horas extra.

Alicia tardó una eternidad en salir por la puerta. Primero se le cayó el bolso, después no encontró su llave de acceso, y luego sonó su móvil y habló durante diez minutos junto a la puerta entreabierta de su oficina. Polly se vio obligada a escuchar a escondidas. Estaba hablando sensualmente con algún fulano, delante de Polly y haciéndole a ella muecas como si la estuviera invitando a la conversación. Por fin se fue, agitando sus uñas de gel en señal de despedida.

Esta vez, Polly decidió buscar «sexo subterráneo». Craso error: solo trajo resultados de sitios de masoquismo. Lo cambió a «sexo subterráneo Londres»: más páginas de YouTube de personas aparentemente teniendo relaciones sexuales en trenes, pero nada convincente ni que le sirviera.

Permaneció sentada durante lo que parecieron siglos y pensó en otras palabras descriptivas. No podía creer que *tubing* no hubiese dado resultados. Trató la búsqueda otra vez, solo para asegurarse de no haberse equivocado.

A las seis y media llegó la gente de la limpieza. Comenzaron a trajinar ruidosamente mientras intentaban limpiar alrededor de ella. Polly decidió abandonar la búsqueda.

Llegó a casa a las 7.15 cansada, frustrada y de mal humor. Oliver ya había llegado. Estaba preparando la cena: algo con pollo y pasta. Tenía pensado desplomarse frente al televisor pero, apenas entró, él empezó a hablarle y a tratar de que probara la salsa. Polly le contestó que no quería —después de la comilona del mediodía solo se permitiría cenar un tazón de cereales—, pero

él insistió.

A veces a Polly le parecía que él se obsesionaba con la comida: tomaba tres comidas abundantes al día sin falta; aunque se levantara a las dos de la tarde, encontraba tiempo para acomodarlas. Tenía como un ritual, y siempre quería que ella lo acompañara. Polly se sentía una de sus pacientes. Después de un par de meses de estar juntos, él empezó a mencionar que ella era demasiado delgada y que necesitaba alimentar su cuerpo de forma adecuada. Al principio a ella le pareció encantador: él la protegía con su cuidado y su atención. Pero desde que se habían ido a vivir juntos un año atrás, Polly había ganado tres kilos, y su constante atención empezaba a crisparle los nervios. La mayoría de las noches Polly se conformaba con cenar cereales o una tostada, pero él había puesto fin a todo eso. Empezaba a creer que él se excitaba dándole de comer, que la comida era una especie de sustituto del sexo.

Justo cuando se sentaban a cenar sonó su móvil. Polly dio un salto para sacarlo de su bolso. Por un momento de locura pensó que podría ser él; que, quizá, había logrado conseguir su número.

—Déjalo, Pol —dijo Oliver.

—Podría ser importante —respondió. Cuando por fin atendió, su corazón palpitaba de expectativa.

Era su padre.

Con un suspiro, respondió de todos modos. Por lo menos se alejaba de la enorme pila de carbohidratos que Oliver acababa de poner frente a ella. El olor le hacía la boca agua.

Charlaron de todo un poco, sobre el clima y su trabajo. Pocos minutos después llegó al motivo de su llamada. Polly no necesitaba que se lo dijera: supo por qué llamaba su padre apenas había visto su nombre en la pantalla.

—No quiero alarmarte, mi amor, pero tengo malas noticias. Es tu madre.

Polly estaba lejos de preocuparse; recibía una llamada como esta una vez por mes.

—No se encuentra bien.

—Ajá —dijo Polly.

—El médico ha dicho que no es para preocuparse, pero... —Su padre se calló.

Desde que era niña, Polly había aceptado las enfermedades de su madre como algo normal; nunca la había conocido de otra manera. Pero cuando creció, empezó a advertir pequeñas incoherencias. Un día su madre aseguraba que su pierna izquierda estaba tan rígida que no podía moverla, pero al día siguiente era la derecha. O decía que había tenido un dolor de espalda terrible toda la mañana y no había podido moverse de la cama, pero Polly la había visto fumando en el jardín. En cierta ocasión se lo había comentado a su padre. Él le había respondido que la enfermedad de su madre era así, impredecible, y que podía cambiar de un momento a otro.

—Si pudiéramos tener un diagnóstico, ¿sabes? Quizá esta vez... Tenemos que intentar ser positivos.

Ninguno de los dos habló durante algunos segundos.

Por fin, su padre dijo:

—Ahora ella está bien y el médico volverá a verla mañana. Ha dicho que la derivará a otro especialista.

Sonaba exhausto. Su padre tenía más de setenta años; era veinte años mayor que su esposa. En realidad, nunca se había jubilado: antes era ingeniero, y ahora, cuidador de su mujer. Polly quiso consolarlo, sabía que estaba genuinamente preocupado, pero ella no podía aceptar el ridículo comportamiento de su madre.

—¿Te encuentras bien, papá?

—¿Yo? Estoy bien, no podría estar mejor de salud. —Polly lo imaginó resoplando y jadeando, poniéndose a saltar para demostrárselo—. Quizá podrías venir a visitarnos. A ella le agradecería.

Polly sabía que a su madre le sería indiferente.

En ese momento oyó un clic en la línea. Se preguntó si su madre estaría escuchando la conversación desde el teléfono de arriba. Era probable que sí.

—Ahora mismo tengo mucho trabajo.

—Estoy seguro de que lo entenderían si les dijeras que tu madre está enferma.

—No sé. —Quería desesperadamente dar por terminada la conversación. Miró a Oliver, que se atiborraba de pasta—. Debo irme, papá, Oliver ya ha servido la cena.

—Bueno, piénsalo y me dices algo.

—Lo haré.

—Ah, antes de que cuelgues, deberías darme el teléfono de tu trabajo, ¿sabes? En caso de que ocurra lo peor..., bueno, por si te necesito en una urgencia.

—Llámame al móvil.

—No siempre te encuentro en esa cosa. —A pesar de sus años como ingeniero, su padre no se había acostumbrado al concepto de comunicación inalámbrica. Ella había intentado explicárselo varias veces, pero él le había respondido que esas cosas no eran para él.

Para poder colgar, le dio el número de teléfono de su trabajo y luego se despidió.

Cuando volvió a sentarse a la mesa, Oliver ya había quitado su plato. Polly comió dos bocados y dejó el resto... Estaba frío.

5

Polly pasó los dos días siguientes en el trabajo buscando en Internet cualquier mención de *tubing*. No podía evitarlo: la experiencia había sido tan intensa que no podía quitársela de la cabeza. Sabía que James no volvería hasta dentro de una semana como mínimo, así que ni siquiera debía fingir que estaba trabajando. Se sentía exasperada. Probó con todos los motores de búsqueda, en todos los foros, blogs y sitios de redes sociales que se le ocurrieron. No había nada, ni una sola mención de *tubing*. No tenía sentido. Si existía, tenía que haber algún dato en Internet.

Por un momento pensó en mencionarlo en Facebook, por si alguno de sus amigos sabía algo. Pero Oliver podría verlo, así que, en cambio, actualizó su estado a «harta».

Desde que se había mudado a Londres, Facebook se había convertido en un salvavidas para Polly. Parecía que, a medida que pasaban los años, era más difícil hacer buenos amigos. Había dejado a todos sus conocidos en casa, o en Bristol, donde había ido a la universidad. Los amigos de Oliver eran agradables, pero mucho mayores que ella. Todos tenían empleos importantes, de médicos o abogados. Tenía muy pocas cosas en común con ellos. Cada vez que hablaba con ellos sentía que estaba hablando con los padres de algún amigo.

Tenía un par de nuevas solicitudes de amistad en Facebook: una de una chica con la que había ido a la escuela y con quien apenas había cruzado palabra, y otra de un tipo que creyó reconocer de su clase de crítica literaria en la universidad. Aceptó las dos; no le importaba si los conocía o no. Le faltaban solo 144 para llegar a las mil amistades.

El viernes, muy a su pesar, subió al séptimo piso para hablar con Jas.

—Hola, Polly —la saludó él cuando ella entró tímidamente en su despacho.

Polly miró a su alrededor. Nunca antes había estado en su despacho, solo se había asomado por la puerta. El despacho era diminuto, y por el gran lavabo cuadrado de porcelana en uno de los extremos adivinó que antes había sido un lugar donde se guardaban artículos de limpieza. Estaba repleto de trozos de sistemas de circuitos y discos duros desmantelados. Incluso en el lavabo había un par de dispositivos precariamente apoyados en el borde. En el ambiente había olor a moho, como el dormitorio de un adolescente a primera hora de la mañana. Pensó que el olor probablemente vendría del lavabo o del cesto de basura repleto que estaba en el suelo; también podía deberse a los bultos color verde grisáceo que había sobre los platos y las tazas que poblaban cada superficie. Creyó ver un tazón que ella había perdido hacía unos meses: le faltaba el asa.

Se pusieron a charlar durante un rato, y luego ella le dijo que tenía problemas con su teclado: una barra espaciadora que estaba floja. Él le respondió que no podía ayudarla: lo habían contratado solo para resolver problemas de redes, no de equipos. Ella ya lo sabía. A esas alturas, Polly casi se había acobardado. Empezó a retirarse, pero luego se detuvo y regresó.

—Jas, ¿te acuerdas de ese tema del que hablábamos el otro día en el almuerzo...?

—¿Mmm? —preguntó él distraídamente, volviendo a su ordenador. En los cristales de sus gafas se reflejaron las líneas de códigos de la pantalla—. ¿Qué cosa?

—Eso del *tubing* —respondió Polly, avergonzada.

Jas esbozó una sonrisa ancha y llena de dientes.

—Sí, ¿qué hay de eso? —dijo, fingiendo trabajar.

—Me preguntaba cómo te enteraste de que existía eso. —Con los dedos sacó escamas de pintura suelta del marco de la puerta.

—Vamos, Polly, nunca creí que fueras ese tipo de chica —dijo él, levantando la mirada.

—No, no —replicó ella—, no te lo pregunto por mí, es para una amiga. —Hizo una mueca al decirlo.

La expresión de Jas cambió repentinamente; abrió los ojos como platos, tanto que ella pensó que se saldrían por las órbitas y caerían sobre el escritorio.

—No... —dijo—. No es Alicia, ¿verdad?

Polly pensó por un segundo. ¿Y si ella lo hacía? Luego asintió lentamente.

Jas salió despedido de su silla y saltó de un lado a otro, emocionado.

—¡Lo sabía, lo sabía, es una morbosa!

—¡Jas, Jas! —exclamó Polly, tratando de calmarlo—. Esto es entre tú y yo, ¿de acuerdo? Prometí guardar el secreto.

—No te preocupes —respondió. Tenía la mirada vidriosa, como si soñara con una fantasía.

—¿Entonces? —preguntó Polly—. ¿Cómo te enteraste?

—¿Qué? Ah, sí. Yo estaba en un..., ejem... —levantó la mirada con timidez— chat en línea. —Polly lo miró, confundida—. Sabes a qué me refiero, ¿verdad? —continuó.

Ella no tenía idea de lo que le decía.

—Está bien, está bien, fue en una sala de chat de sexo —admitió, ruborizándose un poco—. Unos tipos hablaron sobre eso.

—Pero ¿cómo lo hiciste? ¿Arreglaste un encuentro?

Jas se quedó quieto un segundo, y luego giró su silla y se levantó.

—Siéntate, Polly —le dijo, y acercó una silla a su escritorio.

Ella se sentó. Luego, él también se sentó.

—Voy a ser franco contigo, como lo fuiste conmigo acerca de Alicia. Podemos confiar uno en el otro, ¿verdad?

—Por supuesto. —Polly volvió a sentir un cosquilleo en el estómago.

—En realidad, nunca lo he hecho... —Luego agregó rápidamente—: Me refiero al *tubing*.

El cosquilleo se transformó en una bomba.

—Oh. —Le costó ocultar su desilusión.

Los dos permanecieron en silencio; ninguno de los dos podía mirar al otro a la cara. Luego, Polly dijo:

—Bueno, ¿y qué dijeron al respecto en esa sala de chat?

—Dios mío, una inmundicia. Ese tipo empezó a...

—No, no, eso no —lo interrumpió Polly—. Me refiero a cómo se encontraron. Si eran desconocidos, ¿cómo sabían a quién tenían que acercarse?

—Ni idea. Lo busqué en Google pero no encontré nada. Creo que es algo secreto... Solo quienes lo conocen tienen permitido el acceso, no meros mortales como tú o como yo, Polly. —Se echó a reír. Pero Polly no se rio—. Eso, o... —Jas se calló.

—¿O qué?

—Ya sabes cómo son los hombres. Probablemente sea todo mentira.

—No, por supuesto que no... —Polly se calló. Jas la miró, sorprendido.

—¿Qué hiciste? ¿Polly? Cuéntame, cuéntame.

—Nada, nada —se apresuró a decir, mientras salía de su oficina.

Jas agitó la cabeza sin poder creerlo.

—¡Polly! —dijo—. Alicia es una cosa, pero tú... —Polly bajó la escalera corriendo.

Esa tarde volvió a su casa sintiéndose deprimida. Comenzaba mal el fin de semana. Oliver no dejaba de preguntarle qué le sucedía, cosa que la hacía sentirse peor: no solo lo había engañado, sino que estaba de mal humor porque no sabía cómo podía volver a hacerlo. Cuanto más esquivo era el *tubing*, mayor era su deseo por conocerlo. El sábado por la noche se suponía que irían

a cenar con un grupo de amigos de Oliver. Polly no podía soportar la idea de tener que ir a cenar, así que fingió una migraña y pasó la noche sola en el apartamento, comiendo chocolate y queso y mirando *Romeo y Julieta* de Baz Luhrmann. Se sabía de memoria todos los diálogos.

Se debatió entre la euforia del recuerdo de lo sucedido y una especie de desesperación por haberlo perdido. El encuentro probablemente había durado cuatro minutos como máximo. Había visto al desconocido solo durante cuatro minutos. Pero nunca había sentido nada parecido; la experiencia había sido salvaje y excitante. Debía volver a verlo; simplemente, tenía que hacerlo. Se sentía consumida por el recuerdo, consumida por él. En momentos de lucidez se daba cuenta de lo ridícula que era, pero los sentimientos la agobiaban y no podía pensar en otra cosa que no fuera él y en cómo la había tocado y cómo las demás personas del tren habían estado alrededor, junto a ellos, sin verlos, sin tener idea de lo que estaba sucediendo ante sus propias narices.

El domingo se sintió horrible. Se había pasado de la raya y ahora tenía una migraña de verdad. Pasó la mayor parte del día en la cama sintiéndose muy mal.

Para el lunes los moretones en sus muslos casi habían desaparecido. Quedaban cuatro claras marcas amarillas.

Cuando apretó sobre ellas no sintió nada. Toda esperanza de encontrarlo se desvanecía.

6

Polly hizo una mueca de disgusto.

—Basta —dijo.

Oyó las palabras antes de darse cuenta de que las había dicho en voz alta. La pareja que estaba sentada frente a ella la miró e intercambió miradas.

Ella esbozó una sonrisa débil y luego, rápidamente, se volvió para mirar por la ventana.

Estaba viajando en autobús. Habían pasado dos semanas desde el incidente en el metro y no tenía ninguna otra información. Hacía todo lo posible por olvidarlo todo; se confundía y veía que no iba a ningún lado. Decidió dejar de tomar el metro. Sin embargo, cuanto más se decía a sí misma que debía dejar de pensar en ello, más recuerdos tenía, cada uno con más detalle, hasta convertirse en la versión pornográfica que se le acababa de ocurrir.

Estaba pensando en otra cosa, decidiendo lo que debía llevar a la tintorería, cuando, de la nada, la sorprendió una imagen de sí misma completamente desnuda en un vagón del metro. Él estaba totalmente vestido. Se acercó a ella sigilosamente y le acarició la espalda, la hizo darse la vuelta y la inclinó hacia adelante, colocando sus manos en el asiento de enfrente. El tren estaba repleto de gente, pero nadie parecía darse cuenta de lo que hacían. Él se desabrochó los pantalones y los dejó caer al suelo, y luego la penetró desde atrás. Tenía la piel resbaladiza de sudor, y gemía mientras él la embestía cada vez con más fuerza.

Era obsceno. Pero no podía hacer nada por detenerlo; cuanto más lo intentaba, más empeoraban sus fantasías.

La pareja sentada frente a ella se bajó algunas paradas después. Polly

volvió a darse la vuelta. Se masajeó suavemente el cuello dolorido hasta que se calmó.

La pareja había dejado un periódico sobre el asiento. Polly se inclinó y lo recogió. Todavía le faltaban por lo menos quince minutos hasta llegar a Holborn. Tomar el autobús al trabajo todos los días le estaba costando esfuerzo: tardaba media hora más en llegar que con el metro.

Hojeó el periódico. No había nada interesante. Se puso a leer un artículo sobre un granjero cuyo brazo quedó atrapado en un tractor y se lo cortó con su propia navaja, y otro sobre una mujer que saltó frente a un tren del metro en King's Cross y se decapitó. Le gustaban las historias truculentas como esas.

Casi había terminado con el periódico cuando vio un anuncio sobre un nuevo sitio de citas. Se había creado para hombres y mujeres que quisieran contactar con personas que hubiesen visto en Londres. Había una entrevista con la pareja que había creado el sitio. La chica se había sentado frente al hombre en un autobús en Shoreditch. Se habían sonreído y él incluso la había saludado cuando ella descendió en su parada. En el centro del artículo había una foto de ella descendiendo del autobús mientras él la saludaba, para recrear la escena. La chica lamentó no haber cruzado palabra con él, así que había comenzado una campaña en las redes sociales para encontrarlo. Había publicado detalles en todas partes: acerca del autobús en el que estaban, a qué hora, la descripción de él, la descripción de ella; incluso había creado un *hashtag*.

La parte del *hashtag* fue lo que llamó la atención de Polly. Sacó el teléfono y escribió #Tubing en la búsqueda, pero volvió a encontrar fotografías que no tenían nada que ver con lo que buscaba.

—Grrrr —dijo en voz alta.

Su parada estaba cerca. Se puso de pie y bajó del autobús. Estaba tan ensimismada que no vio el taxi negro que se acercaba a toda velocidad hacia ella mientras cruzaba la calle. El conductor no reparó en palabrotas al virar

para esquivarla. Polly apenas levantó la mirada de su teléfono.

Una vez en la oficina, dejó el bolso cerca de su escritorio y se desplomó en su silla. Permaneció sentada varios minutos y luego abrió su portátil y escribió «#TubingLondres». La búsqueda la llevó a un par de comentarios en Twitter, en su mayor parte fotos de estaciones atestadas de gente o mensajes de servicio. También a un mapa del metro de Londres. Miró los nombres de las estaciones y luego retrocedió en la búsqueda y escribió «TubingHolborn».

De inmediato encontró lo que buscaba. El primer comentario era de ayer.

Conexión hombre con hombre. Línea Central. Holborn, tren en dirección oeste. Tercer vagón. 7.00. esta noche. Usar camiseta verde.

#TubingHolborn

Un usuario le había dado un «me gusta». Polly hizo clic en el nombre de usuario: @terri127re. La llevó a un perfil en blanco.

Seguían otros comentarios más antiguos de ese mes. Hizo clic en el primer usuario; otra vez la llevó a un perfil en blanco. Hizo clic en el siguiente: otra vez un perfil en blanco. Todos los perfiles estaban en blanco.

Tecléo «#TubingLeicesterSquare». El primer comentario era de hoy.

Conexión hombre con mujer. Línea norte Leicester Square en dirección sur. Último vagón 11.00. #TubingLeicesterSquare

Hizo clic en el usuario: @can852ran. No había foto ni ninguna otra información. El perfil se había creado ese mismo mes.

7

Polly estaba sentada en un bar en Maida Vale. Echó un vistazo a la hora en su móvil. Eran las 22.22, faltaba poco más de media hora. Era por lo menos el tiempo que le llevaría llegar a Leicester Square desde donde estaba. Tamborileó con los dedos nerviosamente sobre la mesa.

Estaba esperando a que Charlotte volviera del bar. Desde que Polly y Oliver habían empezado a verse, su hermana había insistido en encontrarse a cenar todos los meses, solo ellas dos. Charlotte había dicho que era porque quería que se conocieran mejor, pero la verdadera razón era el interrogatorio habitual al que sometía a Polly.

No podía creerlo cuando miró su agenda esa tarde y vio la cita para cenar con Charlotte.

—Maldición, ¡justamente hoy! —murmuró para sí misma. Había pasado una hora juntando coraje para llamarla y cancelar la cita. Se había acobardado tres veces, y colgó antes de la primera llamada. Se le ocurrió que quizá la cena fue una señal para que entrara en razón. Finalmente decidió que era una tontería y dejó que el teléfono sonara el tiempo suficiente para que Charlotte respondiera. Con voz nerviosa le dijo a Charlotte que tenía que trabajar hasta tarde y que no iba a llegar a la cena. Charlotte se negó a aceptar su excusa y le dijo que la estaría esperando en el restaurante tal como habían acordado. Era imposible discutir con Charlotte.

Polly llegó al bar con una hora de retraso. Cuando llegó no podía creer que Charlotte todavía la estuviera esperando; esperaba que se hubiese dado por vencida y se hubiese ido a su casa. Había un hilo de vino tinto en su copa, y parecía desilusionada.

Charlotte había elegido una mesa en la parte de atrás, aunque había mesas vacías junto a la amplia fachada que daba a la bulliciosa acera. En la parte de atrás el calor era sofocante. Polly tomó el menú de la mesa y lo usó para abanicarse. De inmediato, Charlotte se lo quitó de la mano y lo apoyó en la mesa.

Charlotte fue categórica en cuanto a que Polly pidiera un plato principal, aunque ella solo quería un entrante. Finalmente, Polly transigió y pidió una ensalada César con pollo y el aderezo aparte. Charlotte pidió un bistec con patatas fritas gruesas. Cuando llegó la comida, Charlotte devoró la suya a toda velocidad. El plato de Polly llegó empapado de aderezo. Pasó la mayor parte de la comida diseccionando cuidadosamente la ensalada en busca de hojas secas, mientras miraba con envidia cómo Charlotte engullía bocado tras bocado de carne casi cruda con kétchup. No podía entender cómo lograba Charlotte estar tan delgada a pesar de comer como una adolescente. Debía ser gorda y estar llena de granos, con toda la grasa y azúcar que consumía; sin embargo, tenía la piel de una muñeca de porcelana, con cutis terso y rasgos delicados. Era soltera desde que Polly la conocía, algo que le costaba entender. Siempre había hombres revoloteando alrededor de ella, pero nunca parecía estar interesada.

—Aquí están —Charlotte había vuelto del bar. Puso las bebidas en la mesa. Polly no se dio cuenta de que había regresado—. Polly —dijo Charlotte con voz chillona.

—¿Mmm? Ah, gracias —dijo Polly cuando vio la bebida enfrente de ella. Había pedido una Coca-Cola *light*. Ya había bebido un par de copas de vino, y quería mantener la cabeza un poco despejada para después. Tomó un sorbo; no era *light*.

—Entonces, cuéntame sobre tu trabajo —dijo Charlotte, volviendo a acomodarse en su silla—. Oliver me cuenta que te va bien.

—Sí, es fantástico —respondió. Podía sentir cómo pasaban los minutos.

Necesitaba encontrar una excusa rápida e irse.

—Y el apartamento de Oliver... ¿Todo bien por allí?

Siempre hablaba del apartamento de Oliver, como un discreto recordatorio.

—Bien —respondió Polly, mientras con las puntas de los dedos tocaba la fría condensación que se había formado en el costado de su vaso.

—¿Te ha dicho Oliver que tengo entradas de teatro para el viernes? Y buenas ubicaciones, además..., en el palco principal.

—Qué bien —respondió Polly con tono distraído.

Charlotte giró la cabeza y la miró de costado, como un gato curioso.

—¿Va todo bien, Polly? —preguntó—. Pareces estar un poco distraída esta noche.

Polly aprovechó la oportunidad.

—En realidad, Charlotte, no me encuentro muy bien. —Vaciló un momento entre la regla o diarrea—. Es la regla. —Era mentira; Polly no recordaba la última vez que había menstruado.

—Tengo calmantes. —Charlotte agarró su bolso y abrió la cremallera. Desde el otro lado de la mesa Polly vio que en ese bolso todo estaba perfectamente guardado y organizado. Fue directo al bolsillo secreto en la parte posterior y sacó dos tabletas de ibuprofeno.

—Estuve bebiendo —dijo Polly, encogiéndose de hombros—. No debería.

—No te hará nada —insistió Charlotte, acercándole las tabletas.

—Realmente, no quiero —respondió—. Creo que solo me iré a casa. No te molesta, ¿verdad?

Polly se alegró de haber elegido los dolores menstruales en lugar de la diarrea. Charlotte, al igual que los demás miembros de su familia, era cirujana, así que no tenía paciencia para dolores triviales: ellos se ocupaban de enfermedades más serias. Se dio cuenta de lo mucho que le irritaba siquiera que se quejara de dolores menstruales.

Charlotte miró a Polly un rato largo antes de hablar.

—¿Estás segura de que te encuentras mal, Polly?

—¿A qué te refieres?

—No sé... Se te ve diferente, y vas muy bien vestida. Normalmente nunca vas así vestida.

Polly lamentó instantáneamente haberse dejado puestos los tacones y haberse maquillado en el baño del trabajo antes de ir. Incluso se había subido la falda un poquito y se había desabotonado la blusa hasta donde le había parecido decente.

—No sé de qué hablas —dijo Polly con todo el descaro de que fue capaz—. Es como acostumbro a vestirme.

—¿De verdad? —preguntó Charlotte, no muy convencida—. Me parece que tienes pensado salir con otra persona esta noche.

—No —replicó Polly.

Permanecieron sentadas en silencio. Polly estaba demasiado asustada para decir nada más.

Por fin, Charlotte dijo:

—De todos modos, tengo que irme; tengo una operación mañana temprano.

Polly salió del lugar como un bólido.

Ya fuera del bar, miró la hora: eran las 10.40. Caminó deprisa hasta el final de la calle y luego empezó a correr, una vez segura de haber perdido de vista el bar y a Charlotte. La carrera solo duró treinta segundos, hasta que se dobló el tobillo al pisar mal con un tacón. Renqueó el resto del camino hasta la estación de metro.

Afortunadamente, un tren acababa de llegar cuando ella bajó al andén. A las 10.50 estaba en Piccadilly Circus. Pero en ese momento la suerte se le acabó: por problemas de señalización, la línea de Piccadilly no funcionaba. Después de una carrera enloquecida por Coventry Street llegó a Leicester Square.

Una vez que pasó por las barreras, bajó rápidamente por la escalera

mecánica hacia el andén en dirección sur de la línea norte. El andén estaba repleto de borrachos y turistas. Miró el tablero: había un tren que llegaba en un minuto. Era demasiado temprano, ya que el mensaje decía a las 23. El posterior llegaba en tres minutos, a las 23.01, más o menos el horario acordado.

Ahora que había pasado el apuro, los latidos de su corazón se calmaron y se dio cuenta de que transpiraba. Se desplomó sobre un banco y se abanicó con la mano.

Una ráfaga de viento tibio anunció la llegada del tren. La mayoría de las personas que estaban en el andén se acercaron para subirse. Polly observó a los pocos que se quedaron. Uno de ellos debía de estar aquí para el encuentro. Había dos hombres conversando, una familia de turistas y una joven sola que miraba al vacío. A pesar de su mirada perdida parecía nerviosa, ya que constantemente tocaba y golpeaba la tira de su cartera, cruzada sobre su pecho. Tenía que ser ella.

Polly no pudo quitarle los ojos de encima. Era bonita, de un estilo tímido, como una ratoncita. Tenía el cabello castaño, largo y lacio, y la cara llena de maquillaje. Era evidente que no estaba acostumbrada a usar maquillaje: los colores no le sentaban bien y había usado demasiado o demasiado poco en los lugares equivocados. Tenía puesto un vestido ligero sin mangas con cintas a cada lado de su cintura, y un par de botas de tacón hasta el tobillo negras. Era un atuendo raro. Ese tipo de botas no eran para usar con falda; debían esconderse debajo de un par de vaqueros o pantalones. Tampoco llevaba medias, así que podía ver su piel blanca y desnuda.

El fuerte ruido de tacones desde la dirección contraria interrumpió los pensamientos de Polly. Se volvió y vio a una chica alta y rubia que caminaba por el andén. Tenía puesto un vestido rojo ajustado y chaqueta de cuero corta. Giró a la derecha y fue hacia donde estaba Ratoncita al final del andén. Estaba sola. De pronto, Polly tuvo dudas. Quizá no era Ratoncita, ¿sería la rubia?

Ambas estaban paradas al final del andén. Polly se puso de pie y las observó, tratando de dilucidar cuál de las dos sería la del encuentro.

El tren salió de la oscuridad del túnel y se detuvo en la estación. Tras un pitido, las puertas se abrieron. Segundos más tarde, los pasajeros que bajaban inundaron el andén. Las dos mujeres dieron un paso adelante, preparadas para subir al mismo vagón. Polly las siguió. Pero luego Ratoncita se hizo a un lado y se dirigió al último vagón. De pronto, Polly recordó el mensaje: el último vagón. Trató de alcanzarla y se lanzó por las puertas más cercanas justo cuando empezaban a cerrarse. No había entrado en el mismo vagón que Ratoncita, que estaba en el de atrás, pero junto a ella había una pequeña puerta con cristales a través de la cual podía ver.

Este lado del tren estaba silencioso; la mayoría de las personas había subido en la mitad. Una mujer con varias bolsas estaba sentada en el banco lateral junto a la puerta con cristales. Polly se apretó contra la montaña de bolsas para ver mejor a Ratoncita. A regañadientes, la mujer acomodó sus bolsas para que Polly pudiera pasar. Una vez acomodada, Polly miró cómo Ratoncita se pasaba la tira de su cartera por la cabeza y la apoyaba en el suelo junto a ella. Polly observó y esperó.

El tren se introdujo en el túnel.

Desde donde Polly estaba parada, el vagón de Ratoncita parecía vacío a excepción de un grupo pequeño de jóvenes veinteañeros que hablaba animadamente en el otro extremo. Ratoncita se movió más hacia el rincón, apoyando la espalda contra el panel divisor de plástico transparente hacia el arco de la puerta. Sus ojos pestañeaban nerviosamente, y de pronto se detuvieron y miraron adelante.

En eso apareció un hombre. Él debió de haber estado ya en el tren, donde Polly no podía verlo. Podía ver solamente la parte de atrás de su cabeza. El hombre siguió caminando hacia adelante hasta que llegó frente a Ratoncita. Polly miró mientras su mano bronceada acariciaba el muslo blanco de la

chica. Ratoncita se inclinó hacia atrás y separó las piernas. Cerró los ojos mientras la mano de él avanzaba más y más, arrastrando consigo la falda. Polly se acercó más a la ventana y pudo ver su entrepierna desnuda.

Ratoncita dejó caer la cabeza hacia atrás mientras la mano de él comenzaba a tocarla íntimamente. Él llevó su otra mano a la garganta de ella y se apretó contra ella, empujando con fuerza hacia abajo. Los ojos de ella estaban cerrados, y su boca, bien abierta. Polly observó que sus labios se movían y formaban palabras y sonidos silenciosos; se imaginó que podía oírlos por encima del traqueteo y el ruido del tren. Él hizo descender su mano desde el cuello hasta su pecho, tomó el pequeño montículo en su palma y lo apretó con fuerza. Ella reaccionó; su rostro se sonrojó y sus mejillas se inflaron y se desinflaron. Polly se mordió el labio mientras observaba.

De pronto, el hombre giró a la chica, de manera que él quedó apoyado sobre el panel divisor y ella, de frente. Era él. Asustada, Polly de inmediato se agachó bajo la ventana y terminó en cuclillas sobre el suelo del tren. La mujer de las bolsas gruñó irritada cuando pateó una de sus bolsas. Polly había olvidado por completo su presencia.

—Perdón, perdón —dijo, haciendo ademán de recoger la bolsa.

—Déjala —ordenó la mujer, que se inclinó para encargarse de la bolsa.

Polly permaneció agachada durante varios segundos. No podía creer que fuera él.

Se puso de pie, con cuidado de evitar la ventana. La mujer sentada en el banco la miró, desconfiada. Polly la ignoró y se acercó aún más a la ventana. Cuando se aseguró de que él no estaba mirando en su dirección, Polly volvió a su lugar original. Se dio cuenta de lo que sucedía por la velocidad con que se movía el brazo de Ratoncita.

Polly se asombró ante la audacia de ambos. Miró al grupo de personas que seguía en el otro extremo del vagón. Conversaban animadamente, totalmente ajenos a lo que sucedía. Parecía improbable que vieran algo aunque quisieran:

como mucho podían ver la espalda de él; aun así, era sorprendente.

Cuando Polly volvió a mirar, la cabeza de él inmediatamente giró hacia un costado. Por un segundo, Polly creyó que la había visto. Se alejó de la ventana, manteniendo a ambos en su ángulo de visión. Ratoncita seguía masturbándolo. Él levantó la mano y la apoyó sobre la cabeza de ella, y lentamente comenzó a empujarla hacia abajo. Ella respondió, poniéndose de rodillas. Su cabeza empezó a moverse hacia atrás y hacia adelante. Él la miró y empezó a empujar con fuerza su pene en la boca de ella. La chica respondió moviendo la cabeza hacia atrás y hacia adelante, cada vez más rápidamente. Él empujó una última vez, y toda la tensión abandonó su cuerpo. De inmediato, Ratoncita se dio la vuelta y escupió en el suelo. Se puso de pie y lo empujó a él en el pecho. Polly no se dio cuenta de si estaba enojada con él o solo jugaba. Él sonrió con el lado izquierdo de la boca, y luego, rápidamente, se dirigió a las puertas para bajarse del tren. Mientras descendía al andén se iba subiendo la cremallera de los pantalones.

Polly quedó atónita durante unos instantes. El pitido de las puertas la despabiló, y salió del tren detrás de él.

Lo siguió.

Trató de mantener la distancia, pero se quedó demasiado tiempo en el andén y estuvo a punto de perderlo cuando él se metió en un túnel lateral y se alejó de la estación principal. No tenía idea de dónde estaba hasta que vio un cartel de la estación Waterloo. Cuando volvió a verlo, él estaba en lo alto de la escalera mecánica. Tuvo que subir corriendo, abriéndose paso a empujones entre los rezagados. Cuando llegó a la parte superior de la escalera, frenó en seco: él estaba parado justo enfrente. Se escondió detrás de uno de los pilares revestidos de azulejos cerca del puesto de guardia. Parecía tener problemas para atravesar la barrera. El guardia examinaba su pase. Se lo devolvió y señaló otra barrera. Él volvió a pasar la tarjeta; esta vez la puerta se abrió y él pasó. Polly esperó a que él doblara la esquina para buscar su propia tarjeta y

seguirlo por la salida.

Él no perdió tiempo: ya cruzaba la calle cuando Polly salió de la estación. Ella trató de seguirlo, pero no dejaban de pasar coches. Corrió hacia el semáforo e, impaciente, tocó el botón de cruce con el pulgar mientras observaba cómo él pasaba por el Old Vic y entraba en The Cut. Las luces cambiaron a amarillas y cruzó la calle corriendo.

Ya había estado en The Cut un par de veces. Era una calle peatonal que recorría los arcos del ferrocarril. Hacía poco la habían reurbanizado, y en cada arco ahora había un bar o restaurante chic.

Él entró en un bar poco iluminado donde se oía música samba a todo volumen. Ella esperó en la puerta mientras él se dirigía al diminuto bar en la parte de atrás y pedía una copa. Observó mientras él se sentaba sobre un taburete y bebía un trago de la botella, mientras el corazón le martilleaba en el pecho.

Era martes, así que en el local había poca gente. Polly se sentó a oscuras, en una de las mesas laterales de la entrada. No podía quitarle los ojos de encima; sentía terror de volver a perderlo de vista.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando se acercó una camarera.

—¿Algo para beber? —preguntó con tono apático.

Polly la miró sin comprender.

—¿Quiere algo para beber? —repitió la camarera, lentamente y de forma deliberada.

—Estooo..., vodka —respondió Polly—. Doble —agregó de manera cortante. La camarera se alejó hacia el bar.

Volvió unos instantes más tarde con un vaso sobre una bandeja plateada. Lo apoyó sobre la mesa. Apenas la camarera se dio la vuelta, Polly tomó el vaso y lo vació de golpe. Tenía un gusto horrible, pero surtió el efecto deseado; sumado al alcohol que ya había bebido, se apaciguaron sus nervios de inmediato.

Se quedó quieta. Se dijo una y otra vez que debía levantarse y hablar con él, pero cada vez que lo intentaba se acobardaba y se quedaba sentada.

Él ya estaba bebiendo su segunda cerveza cuando decidió que era ahora o nunca. Tomó su bolso y caminó rápidamente hacia la parte de atrás del bar. La música la ensordecía cuando pasó por la pista de baile vacía. Temblando, se sentó en el taburete junto a él.

Él miraba en dirección opuesta, así que supuso que no la había visto. Ella lo observó. Un único foco iluminaba su cara desde arriba, por lo que parecía una estatua.

Con aire despreocupado, él se dio la vuelta y la miró.

—¿Te gustó lo que viste? —preguntó, y volvió a mirar hacia adelante.

Se quedó muda. Él lo sabía. Había visto que ella lo observaba en el tren.

—Por supuesto que te gustó, de lo contrario no me habrías seguido — continuó, sin esperar respuesta, y vació su botella de cerveza.

Permanecieron sentados en silencio. Él parecía perfectamente cómodo. Polly estaba desesperada. No tenía idea de qué decir, y empezaba a preguntarse qué diablos estaba haciendo.

El barman se acercó a ellos.

—¿Quieren tomar algo más? —preguntó.

—Otra cerveza. Y ella tomará un chupito doble —dijo, dirigiéndose a ella—. ¿Quieres ginebra? ¿O vodka?

Ella lo miró.

—Sí. —Ahora, él sonreía—. Vodka.

Cuando el barman les dio la espalda, él se inclinó frente a ella:

—Entonces, ¿qué eres? ¿Espectadora o chica de acción? Ya has hecho las dos cosas.

Ella no respondió. Podía sentir el calor del cuerpo de él y oler su piel.

—Creo que me gustaría verte en acción —continuó—. Esperaba que me encontraras.

Ella esbozó una sonrisa enorme; no pudo evitarlo.

—Yo también —murmuró ella, totalmente perdida en sus ojos negros.

El barman volvió con sus bebidas. Él agarró su cerveza y bebió un sorbo. Polly trató de levantar su vaso, pero temblaba tanto que derramó la mayor parte sobre su mano y sobre la barra.

—Hagámoslo otra vez —dijo él.

Ella asintió automáticamente.

Él sacó su teléfono del bolsillo, preparado para apuntar su número. Ella no vaciló: se lo dio de inmediato.

Él volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

—Debo irme.

Y se fue.

Polly permaneció sentada en la barra, desconcertada. ¿Era real lo que había sucedido? ¿Acababa de encontrarlo? Tomó un gran sorbo de su bebida. Seguía teniendo un sabor horrible, pero lo necesitaba.

Metió la mano en el bolso para mirar su móvil. Eran las 00.29. Había perdido el último metro. En general, la sola idea de tener que tomar varios autobuses para regresar a casa tan tarde por la noche le habrían dado ganas de llorar, pero esa noche no. La cabeza le daba vueltas y necesitaba el largo viaje de regreso para acomodar sus ideas.

—Eh, ¿va a pagar la cuenta? —le gritó el barman cuando se dio la vuelta para irse.

Polly giró sobre sus talones. El barman empujó hacia ella un platillo con un recibo.

—Perdón —se disculpó, avergonzada por haberse olvidado de pagar la bebida que había pedido antes. Tomó la cuenta y la acercó a su cara para leerla bajo la luz tenue. El total estaba impreso en negrita al pie. Decía que eran 44 libras.

—Discúlpeme —le dijo al barman, que ahora le daba la espalda y

reorganizaba las bebidas dispuestas en los estantes. La pared estaba hecha íntegramente de espejos. No se había dado cuenta antes. —Creo que me dio una cuenta equivocada —dijo.

El barman se la arrancó de la mano y la acercó a su rostro.

—No —dijo—. Tres cervezas y dos vodkas dobles. Es lo que bebieron, ¿no?

8

El mensaje de texto llegó dos días más tarde. Decía:

tottenham court road
línea Central en dirección oeste
mañana 17.49
4.º vagón
vístete como puta
sin ropa interior

Polly estaba sentada en la oficina. Cuando leyó el mensaje, el corazón comenzó a latirle con fuerza.

—¿Lista, Polly? —Lionel estaba parado frente a su escritorio y la miraba a través de sus gafas de leer.

—¿Mmm? —dijo ella sin levantar la mirada, con los ojos clavados en el teléfono.

—Reunión de oración. Son las tres.

Entrecerró los ojos y lo miró; tenía la mirada nublada de tanto mirar la pantalla. La enorme cabeza de Lionel le sonrió. Le recordaba a un labrador; solo le faltaban las manchas negras alrededor de la boca y la lengua colgando a un costado.

—Lo lamento, Lionel —dijo. Miró su portátil. Había saltado un recordatorio de calendario hacía quince minutos, anunciando la reunión de actualización semanal o «Reunión de oración», como le gustaba llamarla a Lionel—. Cogeré mis cosas. —Tomó su cuaderno y su bolígrafo y los llevó en una mano, con el móvil todavía en la otra mano.

Lo siguió hasta su oficina. En la sala hacía calor y el aire estaba viciado. El clima caluroso todavía no había cedido, y la humedad en la ciudad se estaba haciendo insoportable. A diferencia del resto del edificio, la oficina de Lionel no tenía aire acondicionado como consecuencia de la mala planificación de las paredes divisorias. Había un viejo ventilador de escritorio sobre el archivador, cuyo efecto era mínimo. Alguien había hecho algo impensable: abrir una ventana. Se agitaron vigorosamente blocs y trozos de papel en el aire para aprovechar el viento fresco.

Había solo una silla libre junto a la puerta. Polly le dio la vuelta de costado para cerrar la puerta tras ella, pero se puso tan nerviosa que no lo logró. Lionel se levantó de un salto para ayudarla. Él vio sus manos temblorosas y esbozó una sonrisa alentadora.

Era la primera vez que Polly asistía a una de esas reuniones. Por lo general, James ofrecía una actualización de las actividades del departamento legal, pero hoy estaba ocupado y le había pedido a Polly que se encargara. Polly estaba encantada: era su oportunidad de introducir algunas de sus ideas. El lunes había esbozado algunos conceptos en su cuaderno con la intención de redactarlos más tarde, pero con todo lo sucedido en los últimos días se había olvidado por completo, y mucho más de organizar la actualización del departamento legal.

Lionel dio comienzo a la reunión. Polly trató de concentrarse y prestar atención a lo que decía, pero después de la primera oración perdió el hilo. Se le revolvía el estómago al pensar en el día siguiente a la noche. No podía creer que él le hubiera enviado un mensaje de texto. Ayer apenas se había despegado del teléfono. Ansiaba recibir ese mensaje, pero, ahora que lo había recibido, de pronto se sentía enferma, una mezcla de nervios y excitación.

—Polly..., Polly..., hola —Lionel agitaba la mano desde su escritorio. Ella levantó la mirada. Todos en la sala se habían vuelto a mirarla—. ¿Nos podrías dar tu actualización?

Ella miró sin comprender y luego, al darse cuenta de lo que sucedía, dijo:

—Por supuesto. —Tomó el bloc que estaba sobre su falda y buscó entre sus notas. Pero no estaban allí. Había cogido el bloc equivocado. Trató de recordar lo que había escrito antes en la semana, pero no pudo pensar con claridad.

—Yo..., ehh..., mmm... —Vio a su alrededor los rostros expectantes.

Se produjo un silencio; nadie dijo nada. Sintió que las mejillas le ardían. Por fin, con voz débil, logró decir:

—Voy a vomitar —y luego se levantó de su silla y salió corriendo. Forcejeó con el pomo de la puerta antes de conseguir abrirla. Apenas salió, corrió hacia el baño de señoras. Oyó que Alicia la llamaba desde el escritorio de recepción mientras ella pasaba corriendo.

—¿Estás bien, cariño? —Polly la ignoró, cerró la puerta de golpe y puso el cerrojo.

Bajó la tapa del retrete y se sentó. El baño estaba fresco y silencioso. Tenía una fina película de sudor sobre el rostro. Dejó que se secase bajo el aire frío. Algunos minutos más tarde empezó a mover las piernas y se obligó a ponerse de pie. Empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Qué estás haciendo? —se murmuró a sí misma—. ¿Por qué estás echando todo a perder, Polly? —dijo con un tono de voz un poco más alto.

Se detuvo y empezó a sacudirse vigorosamente, agitando los brazos y asintiendo con la cabeza. Cuando por fin se detuvo, el pelo se le había soltado frente a la cara. Tironeó la goma que sostenía su cola de caballo, arrancándose algunos pelos que tensaron su cuero cabelludo. Tiró con más fuerza y se quitó la banda. El alivio fue inmenso cuando el pelo cayó sobre sus hombros.

Sintió que alguien llamaba a la puerta. Polly se quedó perfectamente quieta y contuvo el aliento.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —Hubo una pausa—. Cariño, soy yo. —Polly exhaló en voz alta, aliviada de que fuera solo Alicia y no Lionel u otra

persona de la reunión.

—Estoy bien —gritó Polly del otro lado de la puerta.

—¿Puedo pasar?

«¡No!», pensó Polly; quiso gritárselo a través de la puerta. Necesitaba un poco de tiempo a solas.

—Hace rato que estás ahí —continuó Alicia cuando Polly no respondió—: Lionel quiere saber si te encuentras bien.

—Mierda —murmuró entre dientes. De mala gana se dirigió a la puerta y la abrió. ¿Qué creía que hacía al esconderse en el baño? Patético.

De inmediato, Alicia empujó la puerta y dio un empujón a Polly, luego la cerró de golpe y la trabó.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —preguntó, genuinamente preocupada. Estaba parada tan cerca que sus pechos la aplastaron, y Polly pudo sentir aroma a caramelo de fresa en su aliento. De inmediato retrocedió un paso.

—Nada, solo que no me encontraba bien —respondió Polly.

Alicia se acercó a la ventana y la abrió; luego sacó un encendedor y un paquete de cigarrillos de su bolsillo.

—Todos creen que estás embarazada.

—¿Qué? —exclamó Polly, exasperada.

—Eres joven y has salido corriendo de la sala, gritando que ibas a vomitar; ¿qué esperabas? —Se calló durante un segundo, con el cigarrillo colgando del labio y el encendedor preparado—. No lo estás, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —La voz de Polly retumbó en el baño aireado.

Alicia encendió un cigarrillo e inhaló profundamente.

Polly la observó.

—¿Estás segura de que puedes hacer eso aquí?

—¿Y quién va a saberlo? Somos las únicas dos que usamos este baño. ¿Acaso vas a delatarme?

—No. —Polly recordó sus días de universidad, cuando fumaba hierba

detrás del laboratorio de química—. ¿Y Janice?

Janice era la señora de contabilidad.

Alicia chasqueó la lengua con fuerza.

—Janice no viene nunca por aquí. Supongo que no va al baño, es demasiado ordinario —dijo, afectando el tono de voz. Polly no pudo evitar reírse.

—¿Quieres uno? —dijo Alicia, extendiéndole el paquete de cigarrillos. Polly había dejado de fumar poco después de conocer a Oliver; sus miradas paternalistas eran mucho más efectivas que los chicles o los parches. Pensó por un segundo y luego dijo:

—Sí, claro. —La primera calada la mareó.

Fumaron en silencio junto a la ventana abierta. Lentamente, los hombros de Polly se relajaron y todo su cuerpo se liberó de tensión.

—Entonces, ¿qué te sucede? —preguntó Alicia.

Polly sintió la tentación de contarle todo. Hacía siglos que una mujer no mostraba ese tipo de preocupación.

—Nada en especial —respondió, moviendo una baldosa suelta con el dedo del zapato.

—Es difícil hablar contigo, chica, no sueltas prenda —dijo Alicia, frustrada.

Polly la miró.

—Ya entiendo —dijo Alicia—. Problemas de hombres, ¿verdad?

Polly asintió lentamente.

—¿Oliver?

Polly sacudió la cabeza.

—¿Otro hombre? —Alicia enarcó la ceja izquierda con expresión experta.

Polly asintió otra vez.

Alicia se dio la vuelta y apagó el cigarrillo en el ladrillo rojo del hueco de la ventana antes de tirarlo. Polly hizo lo mismo. Alicia agitó las manos para dispersar el humo.

—¿Qué edad tienes, Polly?

—Veintiocho.

—¡Guau, vas rápido! Ya te mudaste con tu novio y echaste raíces.

—Bueno, más o menos.

—Pero vivís juntos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dormís en la misma cama, sin compañeros de cuarto ni nada?

—Por supuesto.

—Entonces lamento decirte que oficialmente echaste raíces y vives con un tipo.

Se produjo un silencio.

—¿Cuántos años tiene Oliver? —continuó Alicia al cabo de unos momentos.

—Treinta y siete.

—Ah, ya entiendo. Es él quien echó raíces, no tú.

—No, no necesariamente, yo solo...

—Entonces, ¿por qué te enredas con otro tío? —la interrumpió Alicia.

Polly permaneció en silencio.

—No te estoy juzgando ni nada parecido. No tiene nada de malo echar raíces, si es eso lo que quieres. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —respondió Polly en voz baja.

—¿Podrías ser un poco menos entusiasta? —Alicia se echó a reír.

—Sí quiero estar con él —dijo Polly con firmeza—. Tenemos nuestros problemas, pero ¿quién no los tiene?

—Depende de cuáles sean los problemas.

Polly se succionó una mejilla y mordió la parte interna mientras pensaba.

—Está bien. A veces no estoy segura de que Oliver esté muy enamorado de mí.

—¿A qué te refieres?

—Él siempre es muy afectuoso y me dice que me ama, y yo le creo, pero no

hace mucho por demostrarlo.

—¿Mmm?

—Bueno, es que nosotros no siempre..., ya sabes..., no siempre tiene ganas de demostrarme... físicamente lo que siente.

—¿Quieres decir sexualmente?

Polly pensó un momento.

—Sí —respondió—, sexualmente.

—Mmm —dijo Alicia, haciendo una pausa para pensar—. Si hay cien tipos en la tierra que son adecuados para Polly, ¿qué número dirías que es Oliver?

—No te entiendo.

—Digamos que por cada persona del mundo hay solo cien personas que son adecuadas; el número uno es el tipo más perfecto y el número veinticinco todavía está bastante bien, pero quizá haya cosas que no estén tan bien. ¿En qué lugar está Oliver?

—Bueno, estaría en un lugar bastante alto, porque es un gran tipo y...

—Dime un número.

Polly pensó un momento.

—Diría que es un nueve.

—Está muy bien —respondió Alicia—. Entonces vuelvo a preguntarte, ¿por qué te enredas con el otro tío?

Polly permaneció en silencio.

—Como ya te dije, no te juzgo —repitió Alicia, levantando las manos como si se rindiera—. ¿Quieres saber lo que pienso?

Polly asintió.

—Oliver parece un gran tipo, pero le falta algo muy importante.

—¿Qué? —quiso saber Polly.

—Pasión..., esa sensación que te impulsa a pensar «hazme el amor ya mismo», ¿me entiendes? El sexo no lo es todo..., bueno, para mí sí lo es... —Lanzó una risotada estentórea y luego continuó—. Si no hay sexo, entonces

solo sois compañeros de cuarto. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, pero no puedes estar teniendo sexo todo el tiempo. Hace tres años que estamos juntos. Ya estamos más calmados.

—¿Alguna vez tuviste esa sensación con él?

—Bueno, más o menos..., quiero decir... —No podía mentir. Se había enamorado de la compasión y la bondad de Oliver, más que de...

—De todas formas, ¿por qué no puedes tener sexo todo el tiempo? Los hombres no son los únicos que se ponen calientes, ¿sabes? Diablos, yo me caliento a cada rato y no voy a pedir disculpas por eso. Tú tampoco deberías pedir disculpas.

Polly retrocedió un poco.

—No sientas vergüenza por todo esto —dijo Alicia, desafiante—. Si a tu hombre no le gusta es su problema, no el tuyo. —Hizo una pausa—. ¿Sabes una cosa, Polly? Creo que Ollie ya te envolvió, con un lindo lazo y todo.

Polly pareció confundida.

—Quiero decir, es así: mírame a mí, todo el mundo piensa que soy una chica negra del sur de Londres, lo oí tantas veces que ya no recuerdo. Tengo mala suerte por partida triple: no solo soy negra sino que también soy mujer y tengo el trasero grande y, por si fuera poco, tetas. Esa soy yo en pocas palabras: el mundo me depositó cuidadosamente en mi caja. Todos lo hacemos: las personas son más fáciles de manejar de esa forma. El problema es que una vez que estás en la caja es fácil que te lo empieces a creer, que solo eres todas esas cosas. Sin ánimo de ofender, cariño, pero apuesto a que Ollie te puso en una pequeña caja y este tipo llegó y levantó la tapa.

Polly sintió que le ardían los ojos.

—No quiero ofenderte ni nada, pero tienes que saber que eres dueña de tu propia vida. Ninguna otra persona puede tomar decisiones por ti, y no deberías pedirle a nadie que las tome por ti. No se trata de lo que quiera Oliver o de lo que piense Facebook o la maldita televisión: se trata de ti. Si no

sienta bien, entonces no está bien, pero si algo sienta bien, entonces está bien, acéptalo. Eres dueña de tu propia felicidad y de tu placer.

9

A la mañana siguiente Polly se levantó y se duchó a las siete y media, como de costumbre. Se vistió con una falda negra ajustada de cintura alta y una camisa de lino color púrpura sin mangas con un lazo alrededor del cuello. Cuidadosamente se metió la camisa en la falda, asegurándose de que estuviera tensa y no floja; si estaba floja la hacía parecer hinchada. La noche anterior el pronóstico del tiempo había dicho que sería otro día caluroso y húmedo, pero, por si acaso, volvió al dormitorio para buscar su cárdigan negro. Vaciló un segundo antes de abrir el armario y se preguntó si todo eso era verdaderamente necesario. Decidió que sí, tomó el cárdigan y luego cerró la puerta del armario. Oliver se movió, pateó el edredón y rodó sobre su espalda. Polly lo miró. En un costado de la cabeza tenía el cabello perfectamente liso, mientras que el resto estaba revuelto, y su mejilla tenía profundos pliegues hechos por la almohada. Permaneció muy quieta hasta que volvió a oír su respiración lenta y regular.

Fue al baño y se maquilló: una leve pincelada de rímel y un toque de colorete líquido en cada mejilla. Revolvió en la caja de bisutería que guardaba en la parte superior del mueble del baño, sin poder decidir qué iba con su atuendo. Por fin, se puso un brazalete de madera tallada y la delicada cadena de oro con colgante redondo y hueco que Oliver le había regalado por Navidad. Forcejeó con el cierre. Pensó en despertar a Oliver para pedirle que le abrochara la cadena; de ese modo su coartada tendría peso, pero finalmente decidió que sería excesivo. Después de diez intentos logró engancharla.

Se miró al espejo y respiró profundamente. Volvió a sentir ese cosquilleo en el estómago. Se compuso y siguió arreglándose el cabello. Se pasó los dedos

por el pelo para deshacer los últimos nudos y luego recogió un mechón con un par de horquillas.

A las 8.20 se puso su calzado deportivo. Tomó sus dos bolsas: una cartera de cuero pequeña con el monedero, las llaves, el teléfono, el pase de transporte y otros artículos esenciales, y un bolso de lona con su libro, los tacones, el cárdigan y el paraguas. Cerró la puerta a sus espaldas y tiró de ella dos veces para asegurarse de que estuviera bien cerrada.

Una vez fuera caminó hacia la izquierda y se dirigió hacia la estación de metro Shepherd's Bush, su ruta habitual. Había dejado de tomar el autobús; no evitaría más el metro. Los albañiles que trabajaban en la obra de enfrente ya estaban tomando su descanso para el té matutino. Estaban sentados sobre ladrillos y tablas, disfrutando del sol. Le silbaron a Polly tres veces, una vez más que lo habitual. Vio a la joven madre que vivía a dos casas de la de ella con su prole. Trataba de meterlos a todos en su diminuto coche. Vio pequeños brazos y piernas pataleando y gritando a voz en cuello. Polly le sonrió, pero la mujer no le respondió. Se limitó a mirarla con indiferencia, como si su cerebro todavía estuviese dormido.

Polly dobló a la derecha en el callejón al final de su calle. Era un atajo que había descubierto hacía poco tiempo. La llevó directamente a la calle principal, evitando el cruce. Cuando llegó, el hombre de la tienda de la esquina ya estaba arreglando los puestos de flores y periódicos. Esa mañana estaba avanzado en su tarea. Como siempre, su padre lo supervisaba, parado solemnemente en la puerta de la tienda. Con la tapa de un bolígrafo se rascó justo debajo del frente de su turbante.

A partir de allí no reconoció a nadie más; todos se mezclaron en medio de la turba anónima de londinenses.

Cuando se mudó a Londres, Polly se había sentido intimidada por el ajeteo y el bullicio de la ciudad, y el solo hecho de estar allí le parecía agotador. Ella se había criado en un pueblo pequeño, rodeada de campos verdes y

espacios abiertos. Nunca lo había apreciado hasta que se mudó a la ciudad. En Londres, el ruido parecía atacarla desde todos los ángulos, y al principio le había costado adaptarse al desfile aparentemente interminable de cuerpos que se esquivaban y se cruzaban con ella. Tampoco estaba acostumbrada a la oscuridad. Los gigantescos edificios echaban sombras sobre ella dondequiera que fuese, así que, aun con pleno sol, el aire era frío. Constantemente cruzaba la calle para buscar los sitios soleados. La primera vez que cruzó el puente de Waterloo sintió que acababa de salir de un túnel largo y oscuro, pero luego volvió a cruzarlo como si nada.

Ahora, después de haber vivido en Londres varios años, se había acostumbrado a su ritmo. Existía cierto patrón que todo el mundo seguía inconscientemente, como una danza que nadie necesitaba aprender. Se aseguraba de que las cosas transcurrieran sin problemas. Los londinenses sabían cómo entrecruzarse sin esfuerzo, adelantándose a los movimientos de los demás.

Cinco minutos después de salir del apartamento, Polly llegó a la estación de metro Shepherd's Bush. Sin embargo, no entró como debió haberlo hecho. No se dirigió a la línea Central. No subió con esfuerzo a un tren hacia Holborn ni hizo la corta caminata hasta la oficina del otro lado de la estación. No iría a trabajar.

Por el contrario, se metió en una pequeña cafetería a la vuelta de la esquina. Pidió un café con leche de soja corto y se sentó a una mesa, lejos de las ventanas del frente. Su plan era quedarse allí hasta que Oliver saliera a trabajar, y luego volver a casa y hacer tiempo hasta la tarde.

El café quedó sobre la mesa frente a ella, enfriándose. Normalmente no bebía café, ya que la hacía encontrarse mal una hora después de tomarlo, pero necesitaba beber algo y era demasiado temprano para consumir alcohol. Esperó a llamar a Lionel a la oficina antes de beber un sorbo... Quería preservar la voz ronca de la mañana. A las nueve menos veinte decidió que

era momento de llamar. La descompostura del día anterior le vino bien; Lionel se mostró muy preocupado y comprensivo. Le deseó que se mejorara y le dijo que se quedara tranquila y no se apurara por volver a trabajar. Después de colgar, bebió el resto del café.

Oliver tenía la última guardia en el hospital, así que Polly sabía que no se iría del apartamento hasta por lo menos las diez y media. A las once decidió que era seguro volver a casa.

De vuelta en el apartamento se desplomó sobre el sofá, con el calzado deportivo puesto y ambas bolsas colgadas del hombro. Permaneció en esa posición, mirando el cielo raso y pensando, cómoda en su incomodidad.

Cuando Polly tenía doce años había hecho un plan. Quería estar comprometida durante dos años antes de casarse a los veintiocho, y luego tener su primer hijo a los treinta. Quería tener tres hijos como mínimo, cuatro si había tiempo. De acuerdo con su plan, no estaba tan lejos de cumplirlo. Pero cuantos más años pasaban, su sueño se convertía cada vez más en una pesadilla. Cuando era pequeña había tratado de imaginar cómo sería ser adulta y vivir con su novio. Se había imaginado a una mujer madura y segura de sí misma, con el control de su propia vida. En realidad, se sentía exactamente como cuando era niña, solo que mucho más insegura. No se había transformado en esa mítica mujer madura. Todavía no había llegado a ese punto. Y quizá nunca llegaría.

No podía evitar preguntarse si el *tubing* realmente contaba como engaño. Ella sabía que sí, pero tampoco significaba que estuviera enamorada de ese hombre ni que planeara fugarse con él; apenas habían cruzado unas palabras. Por un momento pensó que quizá también fuera culpa de Oliver: él no mostraba interés, así que ella había tenido que buscar a otra persona.

Polly daba vueltas en círculos. Rogó tener alguna epifanía o gran revelación, pero no tuvo suerte. En lo único que pensaba era en lo que Alicia le había dicho: *si algo sienta bien, entonces está bien, acéptalo. No te niegues nada.*

Apenas pasado el mediodía, Polly consiguió levantarse del sofá. Se quitó la ropa de trabajo y se puso un par de *leggings* y una camiseta. Miró la televisión un rato y luego intentó leer, pero no logró tranquilizarse. Inició sesión en el portátil de Oliver para mirar Facebook. No había nada demasiado interesante. Navegó por un par de sitios y luego abandonó.

Fue al dormitorio y se acostó para echar una cabezada. No tardó mucho tiempo en quedarse dormida. El sueño había sido siempre su solaz; todas las cosas adquirirían un nuevo brillo, todo lo malo desaparecía. Hoy no fue la excepción, y cuando sonó la alarma de su móvil a las cuatro saltó de la cama llena de energía. Estaba preparada.

Polly entró en la bulliciosa estación de metro Tottenham Court Road: era la hora punta. Se sintió aturdida, un poco por la emoción y otro poco por los tres chupitos de whisky que había bebido antes de salir del apartamento. Se dirigió a la escalera mecánica y se aferró con fuerza del pasamanos. Tenía puestos sus zapatos rojos de satén con tacón de aguja. Le habían costado una fortuna, pero le encantaban sus tacones de trece centímetros con punta de acero. Rara vez los usaba; a pesar del acabado de satén, la tira frontal que dejaba los dedos al descubierto parecía incrustarse en los huesos de los dedos del pie. Pero en ocasiones como esa estaba dispuesta a soportar el dolor.

El final de la escalera mecánica la tomó desprevenida y tuvo que aferrarse a las personas que la rodeaban para que la ayudaran a llegar a la pared. Los pasajeros resoplaron y se quejaron cuando se interpuso entre ellos. Polly sintió unas ganas irresistibles de reírse. Se sentía indecente: todas esas personas alrededor con sus aburridas tareas mientras ella iba a encontrarse con él. Pudo sentir cómo la tela de la falda rozaba sus nalgas desnudas.

Continuó caminando por el pasillo, junto a la pared por si acaso. Sus tacones con punta de acero resonaban con fuerza en el piso de mosaico y atrajeron las miradas de varios hombres. Descendió la empinada escalera que

conducía al andén en dirección oeste, disfrutando del sonido de sus tacones sobre los rieles de metal.

En el sexto escalón, los zapatos fueron su perdición. Se tropezó, pero logró aferrarse al pasamanos y levantarse justo antes de que su trasero golpeará la escalera. Una multitud pasó corriendo junto a ella, empujándola, para alcanzar el tren que acababa de llegar. Oyó algunas risas, y algunos pasajeros se volvieron para mirarla. Polly se quedó quieta hasta que todos pasaron. Entonces se dio cuenta de que la parte de atrás de su falda se había subido durante la caída, y que sus nalgas desnudas estaban a la vista de todos. Mientras se ponía de pie y se bajaba la falda sintió ganas de llorar. Cerró los ojos con fuerza, esperando que se le pasara la angustia.

«Estás bien, Polly, estás bien.» Su voz resonó en la escalera vacía. El sonido la tranquilizó y la hizo sentir un poco mejor. Su voz fue mucho más confiada de lo que realmente se sentía en su interior. Se limpió un poco, respiró profundamente y continuó, aunque su paso no fue tan alegre.

El andén estaba repleto y ruidoso. Miró la hora en el tablero: las 17.47. El corazón empezó a latirle con fuerza. Caminó por el andén detrás de la multitud que acababa de salir del tren y ahora se dirigía hacia la salida. Sus tobillos se bamboleaban de vez en cuando debido a los tacones. Se mantuvo atenta y dedicada a la tarea más inmediata. Se detuvo a medio camino del andén y calculó que ahí sería donde se detendría el cuarto vagón.

Lentamente, se dio la vuelta y se dirigió a la pared de atrás. Se apoyó sobre los mosaicos, que sintió fríos sobre el calor de su cuerpo. Observó a los turistas, los que venían de compras y las personas de regreso a su casa del trabajo que llegaban lentamente y volvían a llenar el andén.

El ruido de la electricidad que recorría las vías del tren la sobresaltó. Una fuerte ráfaga de aire tibio le levantó la falda. Rápidamente, movió las manos para bajarla, mirando a su alrededor para ver si alguien la había visto, pero nadie se había percatado. El viento cálido sobre los muslos y las nalgas

desnudos la excitó. De pronto sintió un cosquilleo en toda la piel; no veía la hora de volver a verlo a él, de sentir sus manos sobre su cuerpo. Cerró los ojos un momento y se dejó llevar completamente por el recuerdo.

Cuando volvió a abrirlos, vio su reflejo en la ventana del vagón que se había detenido justo enfrente. Había estado preocupada ante la posibilidad de cruzarse con algún conocido, pero apenas se reconocía a sí misma. Él había dicho que se vistiera como una puta, y ella había hecho todo lo posible. Se había modelado el cabello con grandes rizos ondulados. Su pelo tenía rizos naturales, pero en general los alisaba. No estaba acostumbrada y había usado demasiada espuma para el pelo. Ahora que se miraba, veía que su cabello parecía el de una reina de belleza. Con el maquillaje también se había excedido. Sus ojos estaban rodeados de grueso delineador negro, y tenía las pestañas largas y pegajosas de rímel. Las mejillas tenían rubor rosado y sus labios estaban pintados de color cereza brillante.

Miró el tren y luego avanzó hacia las puertas dobles en el centro del cuarto vagón. Hubo un pitido y las puertas del tren se abrieron frente a ella. Respiró hondo y luego se abrió camino a empujones entre la masa de cuerpos apretados en el vagón atestado de personas.

La gente estaba apretada en el pasillo principal y alineada entre los asientos. Polly se abrió camino hasta un espacio minúsculo junto a la puerta y buscó algo a que aferrarse. El calor era casi insoportable, y el aire era denso y fétido. Polly se aferró a un pasamanos en la parte trasera de un asiento. Tenía las manos resbaladizas de sudor. Tras un nuevo pitido, las puertas del tren se cerraron.

El tren partió y se metió en el túnel. Polly no tenía idea de qué hacer a continuación, así que se quedó en su sitio. Estaba erizada de emoción.

Esperó.

Y esperó.

No sucedió nada.

Cuando el tren llegó a la estación siguiente ella seguía parada en su sitio, esperando. Trató de buscarlo, pero había demasiadas cabezas y periódicos en el camino para que pudiera ver más allá de los rostros que tenía enfrente. Trató de darse la vuelta a empujones para poder mirar hacia el otro lado, pero aun así no pudo verlo. Una mujer junto a ella chasqueó la lengua en señal de desaprobación, y el tipo frente a ella la miró con odio por desarreglarle el periódico. Polly le devolvió la mirada. Empezaba a ponerse nerviosa.

«¿Dónde está?», murmuró para sí. Nadie oyó sus palabras; apenas las había oído ella misma.

Se le ocurrió que quizá estuviera en el tren equivocado. Deslizó la cremallera de su bolso y buscó su móvil. Apenas lo encontró sintió unas manos calientes a cada lado de sus muslos, y un cuerpo se apretó detrás de ella. Se detuvo en seco y soltó el teléfono en su bolso. Se dio la vuelta para mirar, pero no pudo porque la cabeza de él se apretó contra su mejilla.

—No te des la vuelta —murmuró él—. Sigue mirando hacia adelante.

La voz fue tan baja que apenas pudo oírlo. Su aliento le hizo cosquillas en la oreja y le trajo recuerdos de la última vez. Empezó a temblar. Cuando él se apartó, ella sintió la barba incipiente contra su mejilla y olió loción para después de afeitarse.

Polly volvió a apoyar su cuerpo sobre el de él. Había pasajeros apretujados alrededor, así que lo único visible eran sus cabezas. Nadie sabía que las manos de él se movían rápidamente bajo su falda hacia los huesos de su cadera. Sintió sus manos ásperas sobre su piel suave.

Él no perdió tiempo y avanzó hacia su entrepierna. Juntó las manos en forma de V desde sus caderas hasta que sus dedos llegaron al vello apretado e hirsuto. Él continuó hasta llegar a los pliegues suaves. Deslizó dos dedos a cada lado de su clítoris, avanzando hacia la resbaladiza humedad. Introdujo ambos dedos dentro de su vagina. Eso la tomó por sorpresa y dio un pequeño grito. Él de inmediato retiró sus dedos y empezó a masajear su suave carne

interior.

Polly trató desesperadamente de mantener la compostura. No dejaba de mirar a las personas que la rodeaban para ver si se habían percatado. Todos estaban perdidos en sus propios mundos, escuchando música o concentrados en las pantallas de sus teléfonos o en sus periódicos.

Trató de quedarse lo más quieta que pudo para no atraer la atención, pero él siguió aplicando cada vez más presión y fuerza, empujándola cada vez más hacia el orgasmo. Ella estuvo al borde. Se mordió el labio interior hasta que probó sangre.

De pronto, él se detuvo. Sintió sus dedos húmedos deslizándose sobre la parte superior de sus muslos hacia sus nalgas. Frotó y apretó la carne con ambas manos; las puntas de sus dedos la lastimaron. Se movió hacia el centro y al interior de su hendidura. Usó ambas manos para abrir sus nalgas. Empujó y exploró, tratando de encontrar la forma de acceder. Cuando su dedo finalmente la penetró, a ella le ardió. No fue nada de lo que había experimentado antes. La sensación se hizo más intensa cuanto más empujaba él. Abrió la boca y soltó un pequeño grito.

Varios pasajeros se dieron la vuelta para mirarla. Pudo ver sus expresiones contrariadas, pero se sintió impotente para hacer algo al respecto.

Antes de darse cuenta de lo que sucedía, él le agarró ambas manos y la tiró hacia atrás. Ella no pudo seguirlo, así que terminó siendo arrastrada hacia el rincón. La multitud reaccionó al alboroto con pasividad, reacomodándose como grupo, volviendo a abrir los periódicos y a darle la espalda.

Una vez que la tuvo en el rincón, la alzó de manera que ella volvió a ponerse de pie, y luego viró rápidamente hasta que ella quedó frente a una ventana ennegrecida que la tapaba por completo. Él la empujó contra la ventana y levantó su falda. Agarró una de sus manos, la puso detrás de ella y la metió en su bragueta ya abierta. Ella agarró su pene erecto y apretó mientras deslizaba su mano hacia la punta. Sus dedos se demoraron en la punta,

acariciándola suavemente. Él tiró de su mano hacia abajo con brusquedad. Ella obedeció y comenzó a frotar de un lado a otro, cada vez con más fuerza. Sintió su cara sin afeitar sobre su mejilla mientras él se inclinaba hacia ella.

—Más fuerte —murmuró él.

Ambos imitaron los movimientos del otro en su rincón secreto. Ella pudo sentir que la transpiración de él caía sobre su nuca, y sus gemidos ahogados se hacían más fuertes con cada jadeo.

Cuando el tren llegó a la siguiente estación, él mordió su cuello y eyaculó. Se apartó, mientras el cuerpo de ella aún temblaba. Abrió los ojos y respiró profundamente antes de darse la vuelta para mirarlo. Sintió timidez y excitación al mismo tiempo. Deseaba esa íntima cercanía que habían tenido la última vez.

Pero entonces ella vio su rostro y se le borró la sonrisa. Se llevó la mano a la boca, horrorizada.

No era él. Jamás había visto a ese hombre parado frente a ella: era un total desconocido.

Él sonrió con lascivia y luego, con toda tranquilidad, se bajó del metro.

10

Polly giró la llave en la puerta principal lo más silenciosamente que pudo. Durante todo el viaje de regreso a casa había rogado que Oliver no estuviese en el apartamento; sin embargo, el fino haz de luz bajo la puerta le informó de lo contrario. Abrió la puerta con cuidado y oyó un chisporroteo. Él estaba cocinando, ¡otra vez!, algo que olía a salchichas y cebolla. Una vez dentro cerró despacio la puerta para que el ruido fuera mínimo, en lugar de dar un portazo como ella acostumbraba hacer. Se dio la vuelta con el mayor silencio de que fue capaz y se dirigió al dormitorio.

—Hola, Pol —dijo Oliver, asomando la cabeza por la cocina. La puerta de la sala estaba abierta, de manera que él pudo mirar directamente hacia el pasillo y la vio de puntillas.

Ella se quedó inmóvil.

—Pensé en preparar una cena rápida antes de salir. —Le sonrió, con el rostro ruborizado por el calor de la cocina.

—Está bien —respondió Polly. No supo qué hacer: si correr hacia el dormitorio o entrar en la sala y acabar con todo. Finalmente, decidió quedarse quieta.

Él siguió sonriéndole a través de la puerta abierta. Como ella no se movía, arrugó la frente.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué sigues ahí parada? Ven aquí.

Él avanzó hacia ella con los brazos extendidos, listos para abrazarla.

Ella no se movió. Él no podía ver el estado en que estaba en el pasillo

oscuro. Polly sabía que, apenas se encendiera la luz, él vería lo provocativa que iba.

Cuando Polly se había dado la vuelta en el tren y había visto al desconocido detrás de ella se sintió muy mortificada. Creyó que había sido *él* quien la tocaba, y que ella había estado tocándolo a él.

Este tipo tenía cerca de cincuenta años e iba vestido de traje gris y corbata negra. Estaba bronceado y tenía la cabeza rasurada. Por las marcas en su cráneo del nacimiento del pelo pudo ver que se estaba quedando calvo. En cualquier otra situación, probablemente habría pensado que estaba bastante bien por ser un hombre mayor, pero después de lo que habían estado haciendo juntos sintió que se le ponía la piel de gallina. La boca de él estaba abierta y sin aliento, tenía burbujas de saliva en las comisuras y la frente y el labio superior estaban perlados de sudor. No podía creer lo estúpida que había sido. Desde el primer momento en que él puso las manos encima supo que algo no estaba bien. La manera en que la tocó no era la misma de antes: era mucho más agresivo, incluso olía diferente, y la manera en que había metido su dedo dentro de ella desde atrás... No soportaba ni siquiera pensarlo. Se preguntó cómo había hecho él para reconocerla, pero después pensó que era la única en el tren vestida de puta. De pronto, todo el episodio le pareció una locura total. ¿En qué había estado pensando? Se sintió asqueada de sí misma.

Peor todavía, en medio de la confusión no había podido llegar a las puertas del tren antes de que se cerraran. Había sufrido la indignidad de viajar apretada entre los demás pasajeros, sin saber quién había visto qué cosa. La mayoría la había ignorado, y por eso se sintió agradecida. Algunos se quedaron mirándola, sin estar muy seguros de lo que había sucedido, pero con la certeza de que algo había ocurrido. El tiempo se detuvo en esos tres minutos que el tren tardó en llegar a la estación siguiente, Lancaster Gate.

Apenas se abrieron las puertas, Polly salió disparada y casi se cayó de sus

tacones.

Una vez fuera cruzó la calle hacia Hyde Park. No sabía qué hacer ni adónde ir, así que solo vagó sin dirección. Los pies le dolían con cada paso que daba. Se quitó los zapatos y caminó descalza sobre el césped. En algún sitio había leído que caminar descalza limpiaba el aura... No podía empeorar su situación. El cielo azul perfecto de los últimos días desapareció de pronto. El parque pareció tenebroso y nublado, y el aire se volvió fuerte y denso.

Llegó a una cabaña verde transformada en café y quiosco. Sentía la boca seca y pegajosa, así que se detuvo a comprar una botella de agua. Se dio la vuelta para seguir caminando y luego paró y decidió comprar cigarrillos. El tipo de detrás del mostrador no esperaba que volviera. Vio que se apoyaba sobre el mostrador y la miraba con lascivia. Polly se miró; se había olvidado de cómo iba vestida. Compró cigarrillos y fósforos y se fue.

Comenzó a lloviznar, así que buscó refugio debajo de un árbol. Pudo haberse quedado bajo el toldo del quiosco, pero no soportó la idea de que la gente la viera. Encendió un cigarrillo. Esperaba que ese secreto eclipsara a todos los demás. Fumó un cigarrillo tras otro mientras diluviaba. Y lloró, lloró mucho. Cuando paró de llover estaba aislada en su propia isla de césped. Debía volver a casa. Se sopló la nariz en una hoja y se limpió el rostro en el hombro. Sorteó el charco enorme con los pies descalzos. Sus pies se hundieron en el piso embarrado. Era más profundo de lo que esperaba y el agua le llegó hasta las pantorrillas. En ese momento sintió una sensación agradable, pero apenas se calzó la arenilla le irritó las plantas de los pies y se metió entre sus dedos.

Ahora, plantada en el pasillo a oscuras y vestida como una puta, con las piernas desnudas cubiertas de barro endurecido, con el pelo greñado y pegado a la cabeza y el maquillaje desparramado por la cara, no pudo moverse.

Por fin, Oliver se acercó y encendió la luz del pasillo.

—¡Ah! —exclamó apenas la vio bajo la luz—. ¿Qué has estado haciendo?

Polly no respondió.

—Sé que te gusta innovar en moda, pero ¡diablos!..., ¡esto es demasiado! —
Se echó a reír y se acercó—. ¿Eso es barro?

Las lágrimas comenzaron a brotar, y poco después rompió en llanto.

—Polly... Ay, Polly. ¿Qué sucede, amor mío?

Él se acercó hacia ella y la rodeó con sus brazos. Polly permaneció rígida, con los brazos firmemente a los costados. Oliver olía a limpio y a comida casera. Quiso abrazarlo, pero no pudo. En cambio, apoyó la frente sobre su hombro y dejó que sus lágrimas sucias mojaran su camiseta.

Sabía que iba a tener que dar explicaciones. La cabeza le daba vueltas; trató de pensar en alguna excusa antes de que él volviera a preguntarle, pero sentía la cabeza pesada y confusa por haberse fumado medio paquete de cigarrillos.

Antes de que tuviera tiempo para inventar algo, él se apartó para mirarla a la cara.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te encuentras bien? —En su voz había solo amor y preocupación.

—Estoy bien. Yo..., esto..., ha sido solo... —No pudo terminar.

Las lágrimas la ahogaron.

—¿Ha ocurrido algo en tu trabajo? ¿De camino a casa?

Ella asintió, aferrándose a cualquier cosa que pudiera.

—Cuéntame. —Parecía muy preocupado.

Respiró profundamente un par de veces, haciendo tiempo. De pronto recordó un incidente que había presenciado cuando se mudó a Londres. Una bicicleta había atropellado a una anciana al cruzar la calle. Fue algo de lo más extraño, verla volar por el aire como una cometa atrapada entre los rayos de la rueda.

—Me ha atropellado una bicicleta.

—¿Qué?

—Iba cruzando la calle y no la vi venir, perdí el equilibrio y me llevó

arrastrada.

—¿Una motocicleta?

—No, una bicicleta.

—¿Una bicicleta? —Pareció confundido un momento, antes de esbozar una sonrisa y luego echarse a reír.

Ella trató de reír también, pero terminó rompiendo a llorar otra vez.

—Ay, qué tonta, Polly —dijo él, tratando de controlar su risa.

Volvió a estrecharla entre sus brazos, acogiendo su cabeza en su pecho. Polly pudo haberse quedado allí eternamente.

—¿Cuándo ha sucedido? ¿Apenas has salido del trabajo? —Su voz grave resonó en su pecho.

—Sí..., esto..., no. —De pronto, recordó la hora. —He ido a pasear al parque después de trabajar. Ha ocurrido cuando volvía de allí.

—¿A pasear? —repitió él, apartándola para mirarla.

—Sí, he querido tomar un poco de aire fresco, aclararme la cabeza. —Trató de sonar despreocupada.

Él no dijo nada, solo continuó observándola. Ella imaginó que buscaba pistas en su rostro.

Se vio obligada a continuar:

—Ya sabes... Las cosas están difíciles en el trabajo, James no va muy a menudo, y luego la conversación que tuve con mi padre la otra noche sobre mi madre... —Y volvió a llorar otra vez.

Oliver se apoyó sobre la encimera de la cocina y tomó un pedazo de rollo de cocina. Polly no podía imaginar qué aspecto tenía su cara, llena de grandes lágrimas negras y moco pegajoso por todas partes. Él apoyó las manos sobre sus hombros. Ella se sonó la nariz. ¡Qué bueno era desahogarse!

—¿Por eso me has estado engañando?

Lo dijo tan bruscamente que casi no se dio cuenta. Levantó la mirada hacia él, creyendo que había oído mal.

—¿Qué?

Ahora él la agarraba con más fuerza. Con suavidad pero con firmeza... No podía escaparse.

—¿Es porque estás estresada y alterada?

El corazón le empezó a latir con fuerza.

—¿Qué quieres decir? —Las palabras tardaron en salir.

—Puedo olerlo en ti.

Todo el cuerpo de Polly se puso rígido. ¿Podía olerlo en ella? ¿El contacto de él? ¿Su loción para después de afeitarse? Recordó la mancha húmeda y pegajosa en la parte de atrás de su falda; se había dado cuenta al volver a casa. Se había horrorizado al verla y, aunque había intentado limpiarla lo mejor posible, habían quedado marcas. ¿El olor acre a él provenía de su falda? ¿O sería la mano que había usado para limpiar la mancha? ¿O sería ella? ¿Oliver podía oler su aroma? ¿Sus propios fluidos pegajosos la delataban?

—Has estado fumando. Apesta a cigarrillo. Pensé que habías abandonado esas tonterías.

Pudo haberse caído muerta allí mismo.

—Ah... sí, —dijo con voz débil—. Lo siento.

Él la miró con esa mirada particular. Odiaba esa mirada. Luego la soltó y se dirigió a la cocina.

—Ve a bañarte. La cena casi está lista, y después tenemos que salir.

—¿Qué? ¿Adónde tenemos que ir?

—Al teatro. Charlotte ha comprado entradas. Te lo dijo cuando cenasteis juntas la otra noche —anunció desde la cocina.

Polly recordó vagamente que Charlotte había dicho algo sobre el teatro, pero en aquel momento había estado demasiado distraída como para registrarlo. De ningún modo iba a salir esa noche a ninguna parte.

—No me siento muy bien, Oliver. Creo que tomaré un baño y me iré a

dormir.

—No seas tonta. Ya ha pagado las entradas —respondió él. Polly oyó que él continuaba en la cocina, moviendo ollas y sacando platos.

Era lo último que necesitaba.

—Realmente, no estoy en condiciones.

Azó la cabeza desde la cocina.

—Vamos, ve y cámbiate, la cena está casi lista.

—¡No tengo ganas de cenar! —Quería que la dejara en paz. No tenía fuerzas para vestirse y fingir que todo estaba bien durante el resto de la noche.

—Te hará sentir mejor. Hice tu comida preferida: salchichas con puré.

Esa no era en absoluto su comida preferida, sino la de Oliver.

—No, solo tomaré un baño y luego me iré a la cama.

—Polly, tenemos las entradas.

Polly empezaba a enfadarse.

—No me importa. —Se sentía muy incómoda vestida con esa ropa, y los pies le palpitaban.

Él abrió la boca para responder, pero solo dijo «bah», como si no pudiera creer lo irrazonable que era. Agitó la cabeza.

—Sentémonos a cenar —dijo, y luego se dio la vuelta, como si su actitud fuera un capricho de niños.

—¡No! —gritó ella—. ¡No iré!

Él se dio la vuelta. Parecía genuinamente herido.

—Pol...

—No quiero cenar. No has preparado la cena para mí, la has hecho para ti. Y no voy a volver a salir contigo y tu hermana. ¿No tiene sus propios amigos con los que salir?

Su voz se volvió aguda y chillona. Sonó horrible en el cuarto de techo alto. Oliver la miró sin poder creerlo. Jamás antes había perdido los estribos delante de él. Oliver trató de decir algo, pero no pudo.

Polly extendió la mano, tomó el picaporte de la puerta de la sala y la cerró de golpe.

Polly se sentó en la bañera hasta que el agua humeante se enfrió. Al entrar en la bañera, el agua caliente le irritó dolorosamente el sitio donde él le había metido el dedo en el trasero. Hizo un gesto de dolor.

Desde el baño oyó que Oliver hablaba por teléfono con Charlotte. Le dijo que Polly había tenido un accidente al volver a casa y que no iban a poder ir al teatro. Por la respuesta de él se dio cuenta de que Charlotte estaba enfadada. Él se disculpó profusamente y le dijo que tenía que quedarse en casa a cuidarla. Polly rezó para que Charlotte lo persuadiera de ir, pero él siguió insistiendo en que debía quedarse.

—De verdad, Charlotte, nunca la vi tan mal. —Finalmente, Charlotte lo dejó estar.

Oliver llamó a la puerta del baño para contárselo. Polly lo ignoró. Él trató de abrir la puerta, pero ella había echado la llave. Pronto entendió el mensaje y la dejó tranquila.

Cuando por fin salió del baño, se miró en el espejo de cuerpo entero colgado de la pared. Permaneció desnuda mientras el agua se escurría por su cuerpo. Las magulladuras en el muslo ya habían desaparecido completamente. Se dio la vuelta y se miró por detrás. Pudo ver marcas rojas nuevas sobre sus nalgas allí donde el otro tipo había pellizcado su piel, y vio una pequeña mordedura en su cuello.

Volvió a ponerse de frente y examinó atentamente el resto de su cuerpo. Sus clavículas sobresalían notoriamente de cada hombro, y el hueco donde se unían era más pronunciado que de costumbre. La luz del baño iluminó sus huesos desde abajo del cuello hasta sus senos. Tocó cada uno de ellos y luego la cicatriz en lo alto de su abdomen. Empujó y palpó con los dedos el área de piel gruesa. En cierta época había podido meter el dedo directamente hasta su

estómago. Cuando le habían quitado la cánula de alimentación, el orificio había tardado en cicatrizar, y le había resultado imposible no tocarlo. La piel sensible alrededor de la herida le picaba y pinchaba, y no resistía a la tentación de toquetearla. Se había quitado una venda tras otra, a pesar de las constantes reprimendas. Ella sabía lo que hacía; tarde o temprano la herida se curaría. Su cuerpo estaba repleto de cicatrices similares.

Sabía que había bajado algunos kilos en el transcurso de las últimas semanas. Cuando estaba en la clínica tenía prohibido usar la balanza, así que desarrolló un método nuevo para conocer su peso. Pasaba horas estudiando minuciosamente su cuerpo, detectando la apariencia y la sensación de determinados huesos y zonas. Las caderas y las clavículas eran los mejores indicadores, y también las costillas y la columna vertebral. Siempre sabía que estaba en peligro cuando las articulaciones de las rodillas y de los codos se volvían demasiado prominentes: los médicos le habían advertido a su padre que debía observar esos lugares especialmente.

Después de bañarse se puso un pijama limpio y se acostó. Deseaba dormir con desesperación, pero no logró conciliar el sueño. Por primera vez su mecanismo de seguridad le falló. Sentía su cuerpo agitado e inquieto. Tampoco podía relajar los músculos alrededor de los ojos. No dejaba de pestañear, así que le resultaba imposible mantener los párpados cerrados. Pensó en levantarse, pero no había ningún lugar adonde ir en el pequeño apartamento de dos ambientes de Oliver.

Justo después de medianoche, Oliver se acostó. Ella siempre iba a la cama antes que él. Por lo general, él se acurrucaba contra su espalda cuando entraba en la cama. Era algo que la hacía sentirse segura mientras se quedaba dormida. Pero esa noche Oliver no se acurrucó. Apenas lo distinguió en medio de la oscuridad. Estaba acostado de cara a la pared, al borde de la cama. No pasó mucho tiempo antes de que comenzara a respirar con fuerza. En general, sus ronquidos la irritaban, pero esa noche aprovechó el ruido para tratar de fingir

que era una noche como cualquier otra.

Por fin logró dormir, pero solo algunas horas. Después de lo que le pareció un tiempo corto volvió a despertarse. Sintió la garganta seca y la nariz tapada de haber llorado tanto antes. Se quedó acostada un rato, pero cada vez que respiraba sentía la garganta cada vez más seca. Extendió la mano para buscar su vaso de agua en la mesa de noche, pero no lo encontró. Recordó su discusión con Oliver y cómo ella se había ido enfadada; no había llevado nada para beber a la cama.

Aunque no quisiera, debía levantarse. Tiró el edredón hacia atrás y trató de incorporarse y sentarse. Sin embargo, su cuerpo parecía no querer moverse; sintió que sus músculos eran pesos muertos. Incluso los párpados, que antes no dejaban de parpadear, se negaron a moverse. Comenzaba a dejarse llevar por el pánico, y cada vez sentía más sed. Con toda su fuerza, logró incorporarse y dejó caer los pies al suelo. Esperaba que, milagrosamente, adquirieran vida y la llevaran a la cocina, pero no eso no ocurrió. Terminó desparramada en el suelo junto a la cama. Se quedó allí tendida un momento, tratando de obligar a sus ojos a abrirse, pero no se movieron. Pronto se dio por vencida y se arrastró ciegamente hacia la puerta del dormitorio. Los tablones de madera estaban fríos y granulados. Se dirigió a la puerta. Una vez allí se levantó para alcanzar el picaporte. Mientras subía los brazos, estos rozaron la piel suave de sus senos. De pronto abrió los ojos y miró hacia abajo. Estaba desnuda.

—¿Por qué estoy desnuda? —dijo en voz alta. Su voz sonó chillona y siniestra en la oscuridad, como si no fuera ella la que había hablado...

De pronto, se despertó. Pudo sentir la calidez y suavidad del edredón que la envolvía. Se estremeció, tratando de olvidar el sueño que acababa de tener. Tenía sed. Extendió la mano hacia la mesa de noche para agarrar su vaso de agua. No estaba allí, por supuesto.

Se sentía tan cansada que apenas podía abrir los ojos. Con los dedos se abrió uno de los ojos, pero el globo ocular siguió girando, negándose a mirar.

Con un enorme esfuerzo se incorporó y dejó caer los pies al suelo. Esta vez sus piernas la sostuvieron, pero estaban tan débiles que decidió dejarse caer de rodillas y luego hacia adelante hasta que quedó sobre las manos y las rodillas. Empezó a gatear alrededor de la cama hacia la puerta. En su sueño había olvidado incluir la cómoda junto a la pared que estaba situada en paralelo al final de la cama. Se dio con la cabeza contra la cómoda. Maldiciendo, retrocedió y la sorteó. Una vez frente a la puerta, levantó la mano para agarrar el picaporte y gateó hacia el pasillo.

Hacía un frío terrible junto a la puerta principal. Desde el espacio de abajo venía una corriente de aire. Tembló de frío y se frotó un brazo y, luego, el otro. Se sintió aliviada al ver que estaba completamente vestida con su pijama. Se echó a reír. Mientras gateaba hacia la sala vio una luz tenue que venía de la cocina. Supo de inmediato que la luz de la campana extractora estaba encendida. Luego oyó que el grifo estaba abierto. Había alguien allí. Rápidamente se levantó con esfuerzo, usando el marco de la puerta.

—¿Oliver? —Su voz sonó muy baja.

No hubo respuesta. Pasó la mano a lo largo de la pared de la sala hasta que llegó al arco que daba a la cocina. Él estaba parado de espaldas a ella, junto al fregadero, en calzoncillos. Ella se detuvo junto a la abertura.

—¿Qué haces levantado? —preguntó.

Él no le prestó atención. Observó que echaba la cabeza hacia atrás para beber un vaso de agua.

—¿Oliver?

Nada.

—Oliver, ¿me estás ignorando?

No hubo respuesta. Él no se movió; no hubo ni el más mínimo signo de tensión en su cuerpo que indicara que reconocía la presencia de ella.

—¿Es por lo que pasó antes? ¿Por eso no me hablas?

Todavía nada.

—Mira, lamento haber perdido el control. Fue un día verdaderamente de mierda.

Caminó hacia él y deslizó sus brazos alrededor de su cintura desde atrás. Lo sintió cálido, y tembló contra su cuerpo. Lo abrazó con fuerza, enterrando la cara en su espalda. Él no respondió. Olió algo familiar en él, una loción para después de afeitarse, pero no era la que usaba siempre. En realidad, no parecía Oliver en absoluto. Su cuerpo era más duro y menos redondo, y su espalda era velluda y grasienta. Empezó a apartarse.

De pronto él se dio la vuelta y la agarró del brazo.

—No me mires —le espetó.

Era el desconocido del tren.

Polly jadeó y pataleó en la cama; esta vez tenía los ojos bien abiertos. Pudo oír que Oliver inhalaba y exhalaba ruidosamente junto a ella. Estaba helada... Un sudor frío caía por el costado de su rostro y cuello. Respiró profundamente un par de veces y luego volvió a estirarse. Sintió que las sábanas estaban húmedas y su pijama también. Se quedó acostada, fría e incómoda. Estaba ansiosa por levantarse y cambiarse, pero se sentía totalmente incapaz de moverse.

11

Después de su pesadilla, Polly apenas pudo seguir durmiendo. No podía creer en qué se había metido. Pasó el resto de la noche mirando el techo, esperando a que Oliver se despertara.

Apenas oyó que él se movía, se sentó y se inclinó sobre él para poder verlo en cuanto abriera los ojos. Oliver se asustó al verla... No era buen augurio.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estaba esperando.

—¿A qué?

—A que te despertaras, así podría decirte que lo lamento.

—Ah, sí —dijo, apartándose de ella.

—Por favor, no estés enfadado conmigo. Me he portado como una bruja, lo sé.

Se encaramó sobre él, trepando sobre su cuerpo de tal manera que quedaron frente a frente; después se acurrucó entre sus brazos de manera que él la abrazó sin quererlo. Un par de segundos después él se dio por vencido y la abrazó con fuerza. A Polly le pareció el lugar más seguro de la tierra.

Durante las horas que había permanecido despierta, había decidido que sus días de coqueteo con la excitación, la intriga o fuera lo que fuese habían terminado. No tenía intención de contarle a nadie lo que había estado haciendo; apenas podía comprenderlo ella misma, mucho menos explicárselo a otra persona.

Llegó otro mensaje la noche siguiente.

Su móvil estaba en el bolso, en el pasillo. Lo había puesto en silencio. No

oyó el suave ruido de vibración del móvil contra el suelo del recibidor, ni tampoco vio el brillo de la pantalla desde el bolso abierto, que luego volvió a apagarse. Cuando llegó el mensaje, Polly estaba acurrucada junto a Oliver en el sofá mientras él miraba el partido de críquet. A ella no le gustaba el críquet en absoluto, pero después de todo lo sucedido solo quería estar cerca de él. A él le sorprendió su interés, pero le encantó explicarle el juego con todo lujo de detalles. El mensaje quedó en el móvil el resto de la noche, esperando a que ella lo encontrara.

Por fin lo leyó de camino al trabajo, mientras trataba de cruzar la calle y al mismo tiempo pensaba en la cena. Había decidido prepararle a Oliver una cena elegante esa noche, tal vez cordero o algún plato con pescado. No era una gran cocinera, pero estaba segura de que algo se le iba a ocurrir. Había una pequeña tienda *gourmet* cerca de Conduit Street; compraría allí la mayor parte de los ingredientes durante la hora del almuerzo. Cualquier otra cosa que necesitara la compraría en el supermercado de vuelta a casa.

Sin embargo, pronto olvidó sus planes cuando miró su móvil para consultar la hora. Se detuvo en seco.

*¿quieres hacerlo otra vez? mañana a las 19.15, leicester square, línea
piccadilly, tren en dirección a hammersmith.
te veo en las últimas puertas dobles*

La gente empezó a empujarla, molesta, tratando de sortear el amontonamiento que había causado detrás de ella. Le llevó mucho tiempo percatarse de ello. Cuando por fin reaccionó, se apartó hacia la entrada de un edificio vacío y se quedó allí, mirando el mensaje. No supo qué hacer. Vaciló con el pulgar sobre el botón «Borrar» durante un rato, y luego lo apartó para ver a qué hora había llegado el mensaje. Había sido enviado el domingo a las 21.57. Miró el número desde el que había sido enviado. Era diferente del mensaje anterior.

Leyó el mensaje una y otra vez. ¿En qué diablos se había metido? ¿Su número circulaba al azar para quien quisiera aprovecharlo? ¿La estaban ofreciendo como una especie de puta para tener sexo con hombres en los trenes? Quizá ese había sido el objetivo del primer tipo, como un proxeneta que la hubiera probado. La idea horrorizó a Polly. Quiso arrojar el móvil al suelo y destrozarlo.

Cuando llegó a la oficina estaba furiosa. Caminó hasta su escritorio y se desplomó sobre la silla. Cuanto más pensaba en el asunto, más se enfadaba. No podía creer que la hubiesen arrastrado ciegamente a una especie de red de prostitución.

Esa mañana pudo trabajar muy poco, a pesar de que tenía un plazo que cumplir para James. No podía concentrarse. El teléfono del trabajo sonó varias veces, pero no quería hablar con nadie, así que lo dejó sonar. Finalmente, Lionel gritó desde la puerta de su oficina:

—¿Puede alguien contestar el maldito teléfono! —Y se vio obligada a responder. Era su padre. Sabía que había sido un error darle su teléfono del trabajo.

—Hola, papá —dijo, después de dejarlo presentarse, sin darse cuenta de que era su hija la que estaba al otro lado de la línea.

—¿Polly? ¿Eres tú? —dijo, cuando por fin se dio cuenta.

—Sí, soy yo.

—¿Te han dado tu propio teléfono?

—Sí, tengo mi propia línea en la oficina.

—¿Qué bien! —Sonó sinceramente orgulloso de su hija. Se produjo un silencio. Polly no dijo nada. No había motivo para preguntar por qué llamaba; Polly solía recibir una llamada de seguimiento cuando su madre había tenido uno de sus episodios. Se dejó caer en su silla y agachó la cabeza hasta que casi tocó el escritorio.

Cinco segundos después, su padre dijo:

—Quería avisarte de que tu madre está mucho mejor.

—Bueno.

—Se siente mucho más cómoda.

—Ajá. —Polly no pudo evitar el desdén en su voz.

Se produjo otra pausa.

—Pensé que nos llamarías, amor. Ya sabes, para venir de visita. Dijiste que lo pensarías.

—Sí, lo sé —respondió—. He tenido la intención de llamar, pero he estado muy ocupada con el trabajo, y...

—Estoy seguro de que así es, amor. Sé que trabajas mucho... Demasiado, a veces —dijo—. Pero esto es importante. Creo que realmente le levantaría el ánimo a tu madre. Ella se deprime mucho, especialmente ahora que está en la silla.

Polly se estremeció. Desde hacía algunos años su madre había empezado a usar una silla de ruedas. En su última visita a casa, Polly la había sorprendido dos veces fuera de ella. La primera vez fue cuando le llevaba una taza de té (su padre se lo había pedido). Cuando abrió la puerta de la sala, la silla de su madre empezó a rodar hacia atrás, como si acabara de sentarse demasiado bruscamente. En la segunda ocasión, Polly la encontró en el jardín, tendida en el patio con la silla caída de costado delante de ella. Polly no podía entender cómo se había caído en una superficie totalmente plana, y ella hacerlo en una dirección y la silla en la otra.

Levantó el bolígrafo y empezó a hacerle clic frenéticamente. Fue lo único que pudo hacer para controlarse.

—Te haría bien un pequeño descanso lejos de Londres. ¿Por qué no traes a Oliver? Nos encantaría conocerlo.

La idea de llevar a Oliver a su casa para que conociera a sus padres, literalmente, le dio náuseas. Polly procedía de un pueblo pintoresco en Dorset, pero el bungalow en el que vivían sus padres era de la década de 1970 y estaba

hecho de hormigón. Tenía cochera descubierta y barra americana en el comedor. Oliver conocía bien el pueblo; había asistido a un colegio privado a pocos kilómetros, en Somerset. Creía que ella se había criado en una de esas cabañas de piedra con bellas vigas bajas y un bonito jardín tapiado. Era lo que él suponía, y ella no se había molestado en corregirlo.

—Bueno, piénsalo, amor —propuso su padre cuando ella no contestó.

Polly se sintió mal: sabía que era su padre el que quería verla, no su madre. Ya hacía un par de meses que no lo veía. La última vez había sido cuando él había ido de visita a Londres, algo que hacía de vez en cuando. Polly prefería que así fuera.

—¿Tienes tiempo libre para venir a verme? —le preguntó, esperanzada—. Podríamos ir a ese asador que tanto te gusta.

—Me encantaría, cariño —respondió su padre—, pero no estoy seguro de que tu madre pueda ir. El viaje sería demasiado para ella.

Polly cruzó los dedos. Ojalá, pensó.

—Bueno, ¿por qué no vienes solo tú?

Después de una breve pausa, su padre respondió:

—Está bien, sería fantástico.

Hicieron planes para encontrarse a almorzar el jueves en quince días, y luego se despidieron.

Polly se sintió mal. Se alegraba de ver a su padre, pero él siempre venía acompañado de su madre y todos sus problemas, aun cuando ella no estuviera presente. Solo oír hablar de ella la hacía sentirse mal.

Miró la hora: las 11.48. Ni siquiera era hora de almorzar.

—¡Qué mañana de mierda! —murmuró.

Pensó en estrellarse la cabeza contra la pantalla del ordenador o hacer una cadena de clips para ahorcarse. Justo en ese momento, su móvil adquirió vida y empezó a trepidar sobre la mesa. Polly lo levantó. Era un mensaje de su proveedor de teléfono, que anunciaba un nuevo método para derrochar dinero

en ellos. Enfadada, pulsó el botón «Borrar» y se propuso llamarles más tarde para decirles que se fueran a la mierda. Una vez borrado el mensaje apareció el resto de los mensajes. Abrió el que había recibido la noche anterior. Volvió a leer los detalles de la reunión. ¿Quién carajo se creía que era él para tratarla como a una especie de puta?

En ese instante lo decidió: iría al lugar de la cita esa noche y le diría a quienquiera que fuese lo que pensaba de él.

12

Las últimas puertas dobles del metro se abrieron y allí lo vio, recostado sobre la barandilla de metal, esperándola. Era él: el hombre que había empezado todo aquella noche. Esta vez no hubo juegos, nada de esconderse entre la multitud o aparecerse desde la nada. El vagón estaba casi vacío; no había lugar para esconderse. Él sonrió descaradamente y se acercó a ella, como si fueran viejos amigos.

El día de Polly no había mejorado durante la tarde; a esas alturas estaba furiosa. Caminó hacia él y le dio una sonora bofetada en el rostro. Él se llevó la mano a la mejilla, sorprendido. Polly estaba tan sorprendida como él; no había pensado en pegarle. Retrocedió un paso, sin saber qué hacer.

La sorpresa de él no duró mucho tiempo. La agarró de la muñeca y torció su brazo detrás de su espalda, girándola hacia atrás mientras tanto. Todo lo que sucedió fue borroso; solo recordó el dolor. Ella contuvo el aliento, con miedo a que el más mínimo movimiento le hiciera levantar el brazo aún más.

Él la empujó hacia las puertas del tren, listo para sacarla de allí. Un hombre que estaba sentado cerca de ellos levantó la mirada tras su periódico, atónito al ver lo que sucedía. Vaciló un momento y luego se puso de pie.

—Eh, ¿qué estás haciendo, colega?

—Siéntate —respondió él con firmeza. Con su mano libre agitó un puño hacia la cara del hombre. Este saltó y volvió a desplomarse en su asiento. Otros pasajeros del vagón levantaron la mirada. Las puertas del tren empezaron a pitar, listas para cerrarse. Todavía sosteniendo el brazo de Polly, él la empujó hacia adelante y salieron antes de que las puertas se cerraran.

La siguió sujetando en el andén vacío. La empujó por el pasillo hacia la

salida. Justo antes de llegar a la abertura de la escalera mecánica la hizo pasar por un pequeño pasillo lateral. La liberó y dejó que ella soltara su brazo. Luego se puso frente a ella y le agarró la mano como si tirara de una traílla. Polly corrió detrás de él hasta que se tropezó y cayó al suelo. Él no la soltó; Polly terminó siendo arrastrada hasta que llegaron al final del pasillo sin salida.

En ese lugar del estrecho pasillo no había luces fluorescentes. El área no estaba destinada al público, así que solo había una luz de emergencia junto a un conducto recortado en la pared. La luz emitía un enfermizo brillo amarillento. Por el olor adivinó que sería un depósito de residuos. Vio bolsas negras apiladas junto al conducto. Se puso de pie con dificultad.

Apenas estuvo de pie, él la agarró del cuello y la aplastó contra la pared. De inmediato, ella se puso de puntillas, tratando de aliviar la presión sobre su garganta.

—¿Por qué mierda hiciste eso? —preguntó, con el rostro a pocos centímetros del de ella. El soplo de cada palabra la hizo saltar.

Polly permaneció allí en silencio; todo su cuerpo temblaba con pequeños movimientos bruscos.

Como ella no respondió, él la soltó y le dio la espalda. Apoyó las palmas sobre la pared opuesta y se inclinó, como si la estuviera sosteniendo.

Polly descendió hasta que sus pies volvieron a posarse en el suelo.

Los dos permanecieron así durante lo que pareció una eternidad; el aire se volvió perturbador. Polly no sabía qué hacer. Debía marcharse, pero no lo hizo.

Cuando por fin él se dio la vuelta y la miró, estaba mucho más tranquilo.

—¿Por qué me diste una bofetada?

—Yo..., esto..., no... estaba enfadada. —Su voz sonó aguda y errática. No podía pensar con claridad suficiente para construir una frase completa. Podía distinguir sus ojos que la miraban bajo la luz tenue.

—¿Por qué?

—Por lo que sucedió el otro día en el tren.

—Pero ni siquiera estuve allí.

—Lo sé —respondió ella en voz baja.

—Ah, ya entiendo. ¿Creíste que te encontrarías conmigo?

Ella no respondió.

—El *tubing* es un juego —explicó él. Se acercó y apoyó sus manos a cada lado de la cabeza de Polly, de tal manera que la encerró—. Es sexo sin complicaciones ni ataduras.

De pronto Polly se sintió estúpida y avergonzada, especialmente frente a él. Un juego que claramente no era para ella, pensó. Miró al suelo, deseando desaparecer.

Él se acercó todavía más y con la mano levantó suavemente su barbilla hasta que ella lo miró.

—¿Quieres jugar?

Estaba tan cerca ahora que podía sentir su aliento sobre su rostro y el calor de su cuerpo. No pudo responder. Ambos permanecieron perfectamente quietos mientras la tensión crecía entre ellos. Sin previo aviso, él avanzó y aplastó sus labios sobre los de ella. La empujó con tanta fuerza que pudo sentir las mejillas de él apretadas contra su cara.

Sus manos recorrieron todo su cuerpo y tiró de su ropa. Una sensación la invadió desde la punta de la cabeza hasta el pecho y cosquilleó en su estómago. Él la empujó contra la pared con más fuerza hasta inmovilizarla exactamente en el lugar que él quería. Escuchó que él trataba de desabrochar su cinturón. Pateó sus pies hasta que ella separó las piernas, y luego tiró con fuerza del botón de los pantalones de ella y abrió la cremallera de su bragueta. Ella sabía qué sucedería después. De pronto sintió que todo ocurría con demasiada rapidez. Las manos de él se metieron en sus pantalones y los bajaron, y luego se deslizaron tras la tira de sus bragas.

¿Y todo lo que había decidido la otra noche? ¿Y Oliver? Ella se apartó de sus labios, moviendo la cabeza hacia un costado, tratando de recuperar el aliento. Inhaló profundamente, y el hedor de los residuos se atascó en su garganta.

—No —dijo, apartándose.

Él la ignoró y siguió metiendo la mano entre sus piernas.

—Por favor, basta —continuó ella.

Pero él no se detuvo.

—¡No! —gritó ella, y le dio un empujón.

Esta vez él se detuvo de inmediato y dio un paso hacia atrás.

—Está bien —dijo, levantando las manos como para ponerle fin.

Permanecieron uno frente al otro. Polly se levantó rápidamente los pantalones y se abrazó a sí misma.

Él la miró.

—¿Cuál es tu problema? —le preguntó.

Ella no respondió.

—Me haces perder el tiempo —dijo un par de segundos después. Entonces se abrochó los pantalones y se dio la vuelta para alejarse, agitando la cabeza.

Polly se desesperó. No quería que él se fuera. Todo pensamiento lógico en su cerebro le indicaba que debía dejar que se fuera. Pero no podía. Estaba muy asustada, no de él o de lo que pudiera hacerle, sino de lo que estaba a punto de hacer.

Extendió la mano para detenerlo. Él se dio la vuelta y la contempló durante varios segundos; luego la empujó por los hombros contra la pared. Al principio creyó que la estaba rechazando, pero después se acercó, agarró sus nalgas y la atrajo hacia sí, de manera que la parte superior de su espalda se apoyaba sobre la pared y sus caderas sobresalían.

Esta vez se movió de manera lenta y deliberada. No hubo urgencia en sus movimientos; no había necesidad de apuro: él ya la tenía. Empezó a

desabotonar su blusa, soltando cuidadosamente un botón tras otro y luego, lentamente, pasando al siguiente. Polly observó sus dedos laboriosos y jadeó ante el esfuerzo que le suponía respirar. Él continuó tranquilo y sereno, como si realizara una tarea sin importancia. Cuando terminó, abrió su blusa y tiró hacia abajo las copas de su sostén, exponiendo sus senos. Todo el vello de su cuerpo se erizó, esperando que él apoyara las manos sobre ella. Pero no lo hizo, solo la contempló.

Finalmente, extendió su mano y deslizó su dedo muy lentamente desde la parte superior de su clavícula derecha hacia la izquierda. Su dedo volvió al medio y bajó hacia su esternón, rozando lánguidamente cada costilla en zigzag hasta que tocó su cicatriz y llegó hasta su ombligo. Luego retrocedió y observó. En ningún momento la miró al rostro, solo estudió atentamente su cuerpo.

Luego se inclinó frente a ella y, muy lentamente, le bajó los pantalones centímetro a centímetro. Polly apretó los puños. La sensación de excitación en su estómago se había convertido en dolor, que se extendió hasta su entrepierna. Polly estaba en ascuas. Él la estaba castigando al hacerla esperar. Cuando terminó de bajarle los pantalones, levantó primero el pie izquierdo de ella y luego el derecho. Luego, lentamente, volvió a su entrepierna, con el rostro tan cerca que podía sentir el aliento tibio entre sus muslos. Dejó que sus manos se deslizaran hacia la parte superior de sus piernas hasta sus caderas. Él asió sus huesos prominentes, y sus dedos avanzaron hacia sus nalgas y se enterraron en su carne, antes de elevarse y rodear su cintura. La apretó con tanta fuerza que ella ahogó un grito. Entonces, sin previo aviso, bajó bruscamente sus bragas. Ella gritó, sorprendida.

Él retrocedió hacia la pared opuesta y la contempló. Polly permaneció lo más quieta que pudo, desnuda a excepción de la blusa abierta alrededor de sus hombros y el sostén caído en la cintura. Él se pasó la mano por el pelo y dejó la mano en su cuello. La miró un largo rato, como admirando su obra. Ella

temblaba sin control; la espera era insoportable. Luego, muy lentamente, se desabrochó los pantalones mientras volvía a acercarse a ella. Se apretó contra ella durante unos segundos más y luego la asió de cada nalga y la levantó. Ella sintió que su trasero chocaba contra los fríos azulejos de las paredes. Lo abrazó con sus piernas y él la penetró. La levantó más alto para poder penetrarla con más fuerza. Ella gritó, aliviada.

Él hundió su miembro más y más profundamente. Polly quiso gritar, desahogarse. Todas las dudas y la indecisión se disolvieron en su cabeza, hasta que no pensó en otra cosa que no fuera él y el deseo salvaje que le provocaba.

Pudo sentir que la lengua de él se desplazaba desde su cuello hasta su oreja.

—Eres tan diminuta, tan estrecha —murmuró él, sin aliento. Sus manos se movieron hacia los huesos salientes de su cadera y volvieron a asirla, forzándola hacia atrás para poder penetrarla más profundamente—. Siento que podría romperte, que podría romper tu pelvis diminuta.

Ella apenas podía mantenerse derecha, la sensación la abrumaba.

Entonces, repentinamente, oyó voces. En su aturdimiento pensó que las había imaginado. Miró a su izquierda, hacia la luz brillante del pasillo principal. La oscuridad del pasadizo en el que estaban la hizo sentirse como si espiara a través de un telescopio. Un hombre con un traje de rayas pasó corriendo con un maletín. Daba pasos cortos y rápidos, como un gato que caminaba rápidamente.

Las voces se oyeron más fuerte. Vio a una pareja que pasaba del brazo. Oyó un fragmento de la voz de la mujer. Dijo algo sobre ir a cenar el viernes. Luego pasó otra pareja, después una mujer, y después otra. Más y más rostros inundaron el pasillo. A Polly le costó llevar la cuenta porque él seguía penetrándola cada vez con más fuerza. Ella bajó la mirada hacia él. Él también los observaba.

El ruido de la gente que pasaba aumentó. Cuando ella volvió a mirar había

una multitud parada junto a la entrada de su pasadizo. Todos miraban hacia afuera, amontonados en un tapón, haciendo cola para la escalera mecánica. Estaban tan cerca que Polly pudo oír sus pasos mientras avanzaban, el sonido metálico proveniente de unos auriculares, incluso el rumor de un periódico. Durante todo ese tiempo él continuó penetrándola. Polly no podía quitarles los ojos de encima. Se concentró para tratar de evitar la presión. La multitud comenzó a menguar. Ella empezó a gemir cuando ya no pudo contenerse. Una mujer al final de la cola se detuvo y miró por el pasadizo. Sus ojos buscaron en medio de la oscuridad y se posaron en Polly. Se inclinó hacia adelante y dio un paso tentativo. Por la forma en que se movía era evidente que en realidad no podía ver lo que ocurría, pero sus ojos permanecieron fijos en Polly. Esta bajó la mirada para ver si él se había dado cuenta. Él estaba mirando a la mujer. Su respiración se hacía más profunda mientras continuaba embistiéndola. Alguien chocó contra la mujer desde atrás y esta vio que la cola frente a ella había avanzado. Dio un último vistazo y siguió caminando.

Cada uno de los músculos del cuerpo de Polly se contrajo y luego se relajó. Se dejó caer hacia adelante y se desmoronó sobre él. Él empujó por última vez y eyaculó dentro de ella. Permanecieron apoyados uno sobre el otro, sin aliento, sin querer ni poder moverse.

Un largo rato después él se apartó y ella se apoyó contra la pared. Él se agachó y se subió los pantalones. Polly oyó el golpe metálico cuando él abrochó su cinturón. Seguía desnuda; no le importó.

Él se acercó a ella y ahuecó las manos para tomar su rostro. Apretó su boca sobre los labios de ella para besarla, y luego dijo:

—Estaremos en contacto.

Ella lo vio alejarse hacia el pasillo bien iluminado. Se le ocurrió que él no sabía su nombre, ni tampoco ella conocía el de él. Pensó en gritárselo, pero supo que eso no formaba parte del juego.

13

Polly se hizo adicta. A él no volvió a verlo hasta dos semanas y media más tarde. Mientras tanto, tuvo encuentros con otros dos hombres.

Creó una cuenta falsa en Twitter con un nombre inventado al azar, @44oro. Pocos días después encontró una cita en un tren de la línea Victoria a la hora punta esa misma tarde. Era de un hombre que buscaba encontrarse con una mujer. Todavía no había respondido nadie, así que le dio a «me gusta».

El tipo tendría cerca de sesenta años, adivinó. Tenía el pelo casi totalmente canoso. Estaba muy bronceado y se veía elegante y cuidado. Vestía un traje color gris claro. Con solo mirarlo supo que era de buena calidad, una mezcla de lana pura y seda. Le quedaba a la perfección, aunque el hombre era bastante bajo. Lo cierto era que el traje no era de confección. Por un momento pensó en Oliver; él también tenía gustos costosos; si no podía elegir el forro del traje, no le interesaba comprarlo. Los puños de las mangas rayadas estaban sujetos con unos gemelos de oro macizo. La camisa estaba planchada de forma impecable, y parecía recién comprada.

No sabía exactamente cómo iba a encontrarlo en el vagón indicado en el tuit, pero no debió haberse preocupado: apenas subió al tren los ojos de él se clavaron en ella. Él le hizo una seña con la cabeza para que se acercara. Ella vaciló y miró al puñado de pasajeros que la rodeaba, pero supo que era él. Cuando ella volvió a mirarlo, él le sonrió. Fue suficiente para que ella se acercara a él. De cerca su rostro tenía las marcas de la edad, pero era atractivo.

Asumió el control de inmediato: apoyó sus manos en la cadera de ella y le

dio la vuelta de manera que quedó dándole la espalda. Con suavidad la guio por el pasillo principal hasta que llegaron a una esquina del vagón, detrás de una pareja que conversaba.

Eran apenas las seis de la tarde de un martes. El tren estaba en las afueras de Londres, así que solo estaba ocupado a medias. Él murmuró con un marcado acento italiano:

—Esperemos hasta que esté un poco más lleno, ¿de acuerdo? —No había suficientes cuerpos a bordo detrás de los cuales esconderse.

Polly asintió, sin darse la vuelta para verlo. Miró con ojos vidriosos hacia adelante y esperó. Mientras tanto, él la sostenía con firmeza de la cintura. Ella había estado nerviosa todo el día por ese encuentro, pero ahora que el momento había llegado y estaba en sus brazos, de pronto sintió una gran tranquilidad.

A medida que el metro se adentró en el centro de Londres, se acumularon más y más personas en cada parada. Sintió que los cuerpos la empujaban; el calor que transmitían le robaba el aire. Un muchacho joven de pelo lacio y gafas pisó sin querer el pie de Polly. Ella no lo miró, solo oyó una disculpa. Estaba demasiado ensimismada en lo que estaba a punto de suceder.

El hombre comenzó lentamente; acarició suavemente su estómago y sus manos se movieron en círculo. Ella dejó que se tomara su tiempo. Estaba decidida a no perder el control ni dejarse llevar como la vez anterior. Gimió para sus adentros cuando él deslizó los dedos debajo de su blusa y acarició su pezón. Lo pellizcó, frotó y retorció hasta que estuvo rígido.

Introdujo su otra mano por la cintura de su falda y avanzó hacia sus bragas. A Polly casi se le doblaron las rodillas cuando él apretó entre sus piernas, y con sus dedos ejerció cada vez más presión. El placer fue casi insoportable, de una intensidad excesiva. Trató de apartarse, pero sus dedos continuaron.

Ella miró a los pasajeros a su alrededor, temblando, tratando de mantener el control. Estaban en la esquina del vagón, de cara a la gente. Nadie los veía

excepto el joven de pelo lacio y gafas; él la miraba directamente a ella. Polly no se había dado cuenta de que el muchacho estaba muy cerca. Debió haber sentido las sacudidas y los empujones del brazo del italiano. Ella le sonrió como pidiéndole disculpas, pero en ese momento los dedos de su amante presionaron con tanta fuerza que no pudo evitar abrir la boca.

El muchacho esbozó una gran sonrisa de lujuria y abrió la boca ligeramente. Estaba observando.

Polly se dio la vuelta rápidamente para mirar a su pareja italiana. Él se mostró sorprendido y algo molesto.

—No me mires, querida —dijo—. Date la vuelta.

—Hay alguien que está mirando —replicó ella, tragando saliva.

—Es parte de la diversión, ¿no? —dijo, exhalando profundamente—. Disfrútalo.

Ella se dio la vuelta. El muchacho seguía allí, observándola, esperando que continuaran con el espectáculo. Polly no podía hacerlo; no podía seguir adelante.

Polly volvió a darse la vuelta.

—No puedo —manifestó.

Él frunció el entrecejo, claramente enfadado.

—En ese caso... —Sin perder tiempo le dio la vuelta, de manera que nuevamente estuvo en el rincón. Puso las manos sobre sus hombros y trató de empujarla hacia abajo. Al principio ella se resistió, pero pronto cedió y deslizó la espalda contra el metal del marco de la puerta. Se sintió aliviada de estar escondida entre el mar de cuerpos. Él abrió torpemente su bragueta y sacó su verga erecta y la empujó hacia la cara de ella. Ella obedeció, pero no con la boca; por el contrario, la agarró con la mano. No le llevó mucho tiempo eyacular.

Apenas terminó, él la levantó por los brazos. El muchacho se había acercado más y estaba observando cuando ella apareció en medio de la

multitud. Tenía la misma expresión lasciva en el rostro.

El italiano sonrió con educación:

—Un placer conocerte —dijo cuando el tren se detuvo en la siguiente estación. Hizo una pequeña reverencia y se retiró.

El observador le hizo un guiño y siguió al italiano por la misma puerta.

El segundo encuentro fue una semana más tarde. Esta vez ella publicó su propio tuit.

Conexión mujer con hombre. Línea Bakerloo.

Paddington en dirección sur. Segundo vagón. 18.00 esta tarde.

#TubingPaddington

Estuvo a punto de perder el tren. Al llegar a la estación, el vestíbulo de venta de billetes estaba repleto. Había solo una barrera abierta; las demás estaban cerradas para evitar el abarrotamiento de gente. Se vio obligada a hacer la cola mientras la multitud avanzaba muy lentamente. Un enorme reloj sobre la pared a su derecha marcaba los segundos. Cuando llegó delante, sintió palpitaciones. Perdió la paciencia con un anciano que apoyaba su pase sobre el sensor sin éxito. Se puso a resoplar y bufar detrás de él. Finalmente, puso la mano sobre la puerta de metal y gritó:

—¡Tienes que cargarla, estúpido!

El hombre la miró, sorprendido:

—Tiene que esperar su... —empezó a decir.

—No tengo tiempo para estupideces —gritó ella, y le dio un empujón.

Cuando traspasó la barrera, se dio la vuelta para mirarlo. Todavía seguía allí, tratando de pasar su tarjeta una y otra vez sobre el lector.

Tampoco tuvo suerte en las escaleras mecánicas hacia los andenes. La cola estaba completamente detenida por ambos lados. Polly trató de pasar a empujones, pero no le fue posible. El tren llegaría en cuestión de segundos. Se

quedó al final de la cola, temblando de frustración, mientras la multitud avanzaba muy lentamente.

Cuando llegó al andén el tren todavía estaba allí. Corrió y logró meterse por las puertas antes de que se cerraran.

Una vez dentro, pasó algunos segundos en la esquina para arreglarse antes de buscarlo.

Primero vio a un tipo que no era su cita. Hizo su mohín más provocador y le hizo una seña al desconocido para que se acercara. Al principio, cuando él la ignoró, pensó que era un juego. Ella le guiñó el ojo y echó atrás la cabeza, haciéndole señas. Sin embargo, pronto se dio cuenta de su error cuando el hombre la miró, confundido, y luego se dio la vuelta para averiguar qué miraba ella.

—Cabrón —murmuró, y luego giró rápidamente, buscando entre el resto de los pasajeros.

El tipo indicado estaba más al fondo del vagón. Supo de inmediato que era él por la manera en que le sonreía. Era muy diferente de los demás; era mucho más joven, de la misma edad que Polly, lo cual la sorprendió. Tenía vaqueros rotos y camiseta, pero se dio cuenta de que tenía dinero: su ropa estaba demasiado limpia y las roturas del vaquero eran demasiado calculadas. Tenía hoyuelos profundos en ambas mejillas, y dulces ojos color café que emanaban calidez. Era atractivo. No pudo evitar devolverle la sonrisa.

Mientras se acercaban el uno al otro en medio del vagón atestado, ninguno de los dos pudo dejar de sonreír estúpidamente. Cuando por fin se encontraron él tomó su mano y se limitó a contemplarla. Después de un rato a Polly le empezaron a doler las mejillas.

Permanecieron tomados de la mano durante varias paradas. Polly empezaba a preguntarse qué ocurría. Se había puesto la minifalda color malva con la cremallera frontal especialmente para esa ocasión; pensó que él se le lanzaría encima. Entonces se dio cuenta: él era nuevo en esto. Un escalofrío de

excitación recorrió su espalda. Lo tomó de la mano y se dirigió a una esquina al final del vagón. Lo sentó en un banco elevado, se apretó contra él y comenzó a besarlo. Se besaron como adolescentes, con timidez al principio, luego más frenéticamente. Tenía sabor a menta.

Los demás pasajeros no les prestaron atención, demasiado ocupados con sus teléfonos o los periódicos que tapaban sus caras. Aun si alguien los hubiese visto, nadie habría adivinado que no se conocían; solo parecían una pareja de estudiantes enamorados. Él no intentó tocarla excepto para rodearla con los brazos y apretarla contra su cuerpo. Su lengua exploró en lo profundo de su boca y no dio señales de detenerse.

Después de un minuto o dos, ella empezó a enfadarse. Se apartó y lo miró a los ojos, torciendo la cabeza hacia abajo. No estaba muy segura de lo que trataba de comunicarle, pero ante su falta de respuesta se dio cuenta de que él tampoco lo sabía. La miró como un adolescente perdidamente enamorado. Ella apretó el cuerpo contra el de él y luego llevó su mano a la cintura de sus vaqueros y hacia su bragueta. Él dejó caer la cabeza, y su boca quedó cerca de la oreja de Polly. Ella puso su cuerpo frente al suyo, que actuó como pantalla para evitar miradas curiosas. Cuando abrió la bragueta y deslizó su mano hacia adentro, él gimió y contuvo el aliento.

Su pene ya estaba erecto. Ella lo agarró y empezó a frotarlo arriba y abajo. Abrió la cremallera de su falda para abrirla, y luego tomó la otra mano de él y la apoyó en su entrepierna. La mano de él subió un poco por su pierna, pero apenas ella lo soltó, él se detuvo. Irritada, Polly volvió a agarrar su mano y la empujó más arriba. Él obedeció, pero nuevamente, apenas ella lo soltó, él se detuvo.

Se dio cuenta por sus jadeos de que él ya casi estaba a punto; respiraba con fuerza. Quitó la mano de su muslo. Polly lo miró. Tenía las mejillas teñidas de rojo y los ojos cerrados. Ella bien podía ni siquiera estar presente. Sintió el tibio semen sobre sus dedos, y él se aflojó y acurrucó su cabeza en el cuello

de Polly. Ella dejó caer la mano y allí se quedaron, de pie, hasta que el tren ingresó en la estación siguiente; ella lo sostuvo sobre su hombro.

Cuando llegaron, él le dijo:

—Gracias, fue fantástico. —Tenía una enorme sonrisa en el rostro.

—Sí, claro —respondió ella.

Él se inclinó y la besó en la mejilla, y luego siguió a la multitud que descendía del tren.

Ella permaneció en la esquina durante varios segundos, atónita.

—Sí, claro —volvió a murmurar. Qué estupidez, pensó, como si le hubiera sostenido la puerta o recogido del suelo una moneda que se le hubiese caído.

14

El último encuentro en el metro había dejado a Polly con una sensación de incertidumbre. No podía seguir engañándose a sí misma: no era *tubing* lo que ella deseaba, era a él a quien deseaba. Pensaba en él todo el tiempo. Revivía una y otra vez aquel primer encuentro y los momentos que habían pasado juntos en la estación de metro. Lo añoraba; sentía un dolor en la boca del estómago que se extendía hasta lo alto de sus muslos. De noche, mientras conciliaba el sueño, podía casi sentir sus manos sobre ella, su olor, su sabor. Automáticamente bajaba su mano hasta el espacio entre sus piernas. Apretaba los muslos e introducía sus dedos lentamente, masajeando, y luego frotando de un lado a otro hasta que llegaba al orgasmo.

Cuando recibió el siguiente mensaje, supo que era de él. Apenas pudo reprimir su excitación.

¿estás libre esta noche? línea central, puerta de notting hill, 21 h —te he echado de menos

—Polly, no encuentro los T y C. ¿Dónde están?

Era James. Esa mañana había aparecido en la oficina inesperadamente, a las nueve. Polly había llegado a las diez. James no tardó en llamarla para hablarle sobre sus retrasos: la jornada de ella era cada vez más corta, ya que llegaba tarde y se marchaba temprano.

Los T y C eran un documento que exponía las normas empresariales del periódico. Recientemente había habido un problema con una de las cláusulas y alguien intentaba llevarles a juicio. James había tratado de salvar la situación

y evitar un juicio costoso. Supuestamente, Polly debió haber enmendado el documento la semana anterior para que eso no volviera a ocurrir. Pero no lo había hecho. Había estado soñando despierta desde la última visita de James, pero no había trabajado gran cosa. Era difícil concentrarse si estaba pensando en él todo el tiempo.

—Lo he guardado en el archivo —respondió, sabiendo perfectamente que eso era mentira.

—¿Estás segura, Polly? —James la miró, no muy convencido—. El nombre del archivo en la carpeta no ha cambiado.

—Ah, debo de haberme olvidado de cambiar el nombre, pero hice todas las enmiendas.

Cuanto más mentía, más fácil le resultaba seguir mintiendo. Al principio sentía un nudo en el estómago, pero con el tiempo desarrolló cierta confianza, hasta que las mentiras empezaron a brotar con facilidad.

El problema era que no había prestado atención suficiente a James cuando este le había indicado qué cambios debía realizar, de modo que no sabía cómo hacer los cambios. Juró que, apenas se fuera James, sacaría las notas que tenía y lo resolvería... Nadie se daría cuenta.

James se retiró a la una. Polly acababa de abrir el documento de T y C para tratar de arreglarlo cuando de pronto recordó qué día era: debía encontrarse con su padre a las doce y media.

Corrió al restaurante y lo encontró todavía sentado en un reservado, solo.

—Hola, papá —lo saludó, enjugándose el sudor de la frente: la humedad en la calle era agobiante—. Perdóname, ha surgido algo en el trabajo; no he podido salir antes.

Había una taza de café vacía sobre la mesa frente a su padre.

—No te preocupes, mi amor —dijo, sonriendo. Se levantó para abrazarla—. Mi pequeña, tan ocupada con su trabajo en la gran ciudad. Ven aquí.

Por un instante Polly se dejó llevar; sintió que volvía a tener ocho años y

que había hecho bien todos sus deberes. Su padre era un corpulento irlandés que no se limitaba a abrazar, sino que daba grandes abrazos de oso, así que la apretó con todas sus fuerzas, como si tratara de juntar todas sus partes.

—Te he echado de menos, mi amor —murmuró en su oído.

—Yo también te he echado de menos, papá —respondió, y de pronto se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos.

Su padre la apartó para mirarla.

—¿Cómo estás? —quiso saber, y su rostro se puso serio al mirarla de arriba abajo—. ¿Todo bien?

Polly se puso nerviosa: no podía ocultarle nada; había sido él quien la había acompañado a todos los médicos, los psicólogos y las clínicas.

—He estado trabajando mucho —respondió, evitando mirarlo a los ojos. Sabía que él se daría cuenta de que había adelgazado. Se sentaron a la mesa y él agarró la carta.

—¿Qué quieres comer? —le preguntó mientras se ponía las gafas y empezaba a leer la lista de platos.

Polly no tenía ganas de comer. Estaba demasiado excitada por su encuentro más tarde; tenía el estómago demasiado lleno de mariposas como para preocuparse por la comida. Además, no quería estar hinchada. Sintió la tentación de mentirle y asegurar que ya había comido, pero su padre no se lo iba a permitir. Por fin se decidió por un entrante.

—Necesitas algo más sustancioso, Polly —dijo su padre—. Elígete un plato principal también.

—No quiero —respondió.

Estaban a punto de discutir, como de costumbre. La tensión se rompió cuando apareció el camarero para tomar el pedido, pero la atmósfera continuó cuando este se retiró.

—Entonces, ¿qué ocurre en el trabajo? —preguntó su padre, tratando de relajarse.

—Nada interesante —respondió Polly con resentimiento. Se miraron en silencio.

—Amor, no seas así —dijo—. Me preocupo por ti. He visto lo mucho que puedes lastimarte, no quiero que vuelvas a hacerlo.

—No lo hago —replicó Polly.

Su padre extendió su mano y tomó la suya al otro lado de la mesa.

—Quiero que mi hijita esté feliz y saludable.

—Lo estoy, padre. —Era verdad: en las últimas semanas se había sentido mucho mejor—. No tienes que preocuparte por mí, sé cuidarme.

—Lo sé, pero creo que preocuparme por ti forma parte de mis atribuciones como padre, no importa la edad que tengas. Ya verás cuando tengas tus propios hijos.

Pero no forma parte de las atribuciones de mi madre, pensó Polly.

Desde que tenía catorce años, Polly sabía exactamente qué pensaba su madre de ella. Antes ella había pensado que pasaba algo malo, pero no sabía qué. No era nada que su madre dijera o hiciera; eran más las cosas que no decía o hacía. Polly no recordaba que su madre alguna vez la hubiera acariciado, besado o abrazado, ni siquiera que le hubiera dado una palmadita en la mano. Su madre era como un robot, programada con todas las órdenes adecuadas, pero fría y completamente vacía en lo que se refería a Polly. Cuando Polly era niña, a veces había sorprendido a su madre observándola. A veces Polly jugaba con sus juguetes o leía un libro, y cuando levantaba la mirada veía que su madre la observaba, con el gesto torcido y una expresión avinagrada en el rostro.

Fue un martes por la tarde, poco después de cumplir catorce años, cuando Polly descubrió toda la verdad.

Su padre había llevado a su madre a una cita en el hospital. Era la primera vez que a Polly le permitían quedarse sola en casa. En general la hacían ir con ellos y la obligaban a sentarse en salas de espera con poca gente y

desinfectadas. Estaba loca de emoción cuando la puerta principal por fin se cerró y el Ford de su padre dio marcha atrás en la entrada de la casa. No sabía qué hacer primero. Paseó por la casa de una a otra habitación. Sus padres dormían en cuartos separados; Polly no recordaba si alguna vez habían dormido juntos. El motivo tenía relación con la enfermedad de su madre. Ella rara vez entraba en la habitación de su madre. Ahora, sola en su casa, no resistió la tentación. Fue arriba y abrió la puerta lentamente.

Todo estaba en perfecto orden: la cama hecha con esmero, las superficies pulidas, todo en el lugar correcto. Polly permaneció en la puerta durante varios minutos antes de animarse a entrar. Cuando dio el primer paso, su corazón palpitó expectante. No buscaba nada en particular, solo miró. Al principio no tocó nada, pero cuanto más tiempo se quedaba, más confianza adquiría. En poco tiempo, pasó de revisar alguna que otra baratija a comenzar a revolver los cajones y el armario.

Fue en el fondo del armario donde descubrió la verdad. En una caja grande de zapatos encontró varios libros de ejercicios. Al principio Polly pensó que eran suyos; eran exactamente iguales a los que ella usaba en la escuela. Por un momento se conmovió al pensar que su madre había guardado sus libros escolares como recuerdo. Sin embargo, cuando los abrió no encontró su letra: estaban llenos de garabatos de su madre.

No eran diarios propiamente dichos, sino diatribas. Su madre había vertido su ira y su odio en una página tras otra. Polly sabía que su madre no era feliz, pero no conocía el alcance de su sufrimiento. Cada vez que Polly pensaba en ese momento, deseaba haber vuelto a guardar todos los libros y haberse ido, pero ¿cómo podía? ¿Cómo podía alguien dejar de leerlos? Leyó cada una de sus palabras.

Llegó la comida, y el padre de Polly comenzó a comer con avidez. Polly iba empujando su comida por el plato, haciendo como que comía. Su padre la

observó con desaprobación. Ella trató de distraerlo, preguntándole por el jardín y qué novedades había en la iglesia, pero fue inútil. Finalmente comió, pero apenas terminó fue directamente al baño y vomitó todo.

Cuando regresó a la mesa ya habían retirado los platos y había un sobre depositado en su mantel individual.

—Una pequeña ayuda para ti —dijo su padre cuando ella se sentó, dándole una palmada al sobre.

De inmediato Polly supo qué era.

—Papá, no es necesario.

—Lo sé, lo sé, pero quiero dártelo. Cómprate algo frívolo, diviértete con ello.

Abrió el sobre. Había dos fajos de cuatro billetes de veinte libras, cada uno con un quinto billete alrededor. La cabeza de la Reina, como siempre, de cara a la derecha.

—Gracias, papá —dijo, y se puso de pie para abrazarlo.

Deseó poder usarlo en algo frívolo, pero tenía una deuda con la tarjeta de crédito, con intereses que crecían con cada segundo que pasaba. El dinero la ayudaría a tapar una pequeña parte del agujero en el que se había metido. Sus padres no eran ricos, claro que no de acuerdo con los parámetros de Oliver, pero su padre era generoso con lo que tenía. Polly estaba sumamente agradecida.

Su padre pagó la cuenta y se despidieron antes de que Polly corriera de regreso a la oficina.

Polly volvió a la oficina a las tres de la tarde. Su plan era ponerse a trabajar en el documento de T y C, pero estaba demasiado ansiosa por el encuentro que tendría más tarde como para trabajar. Le envió un mensaje de texto a Oliver para avisarle de que saldría con Alicia después de trabajar —charla de mujeres—: él no querría saber nada más que eso. Deseó poder volver a casa a cambiarse, pero no quiso tener que mentirle a Oliver en la cara. Tenía puesto un vestido de flores con un cinturón ancho de cuero marrón y sandalias de gladiador: bonita, pero lejos de ser sensual. Por lo menos había llevado su bolso de maquillaje.

Después de trabajar pasó cuarenta y cinco minutos en el baño, maquillándose y peinándose. Quedó conforme con el resultado final: cursi pero pícara. Apenas eran las seis cuando salió por la puerta principal del edificio de oficinas. El calor la golpeó apenas salió del vestíbulo. No había humedad y el tiempo ahora era glorioso. Su piel se contrajo apenas el sol la acarició. Cerró los ojos un instante, dejando que el sol la descongelara.

Tenía tres horas por delante.

Decidió caminar hasta Regent's Park. Se detuvo en un supermercado de camino. Tenía la intención de comprar una botella pequeña de vino rosado para beber durante su caminata, pero terminó comprando dos botellitas de vodka y diez cigarrillos.

Entró al parque por Portland Place. Una vez dentro, bebió una de las botellitas antes de desenroscar la botella de vino e introducir la paja que había sacado del mostrador de la tienda. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Instantáneamente se mareó. Se sentó sobre un banco,

saboreando el momento.

El parque no tenía buen aspecto bajo el implacable calor. El césped, que generalmente era de un verde exuberante, estaba seco. Lo único que quedaba era una gran extensión de heno de aspecto desagradable. Sin embargo, el clima no había desalentado a las parejas y los turistas vestidos con ropa liviana que paseaban bajo el sol de la tarde; el parque estaba repleto. El buen tiempo siempre atraía demasiada piel. Polly no podía creer lo descarada que podía ser la gente. Uno creería que en el centro de Londres se vería gente más sofisticada tomando el sol.

La pajita hizo ruido. Polly sacudió la botella: estaba vacía. Se inclinó al otro lado del banco y la arrojó al cubo de basura. En eso le llamó la atención un cartel pegado sobre el poste de la luz. Anunciaba un teatro al aire libre en el parque. Había una actuación de *Romeo y Julieta* esa noche a las siete y media. En mitad del cartel había pegado un letrero que rezaba «agotado». Polly no podía creer que dieran *Romeo y Julieta* justamente esa noche. Consultó la hora en su móvil; eran apenas pasadas las siete. Recogió sus cosas y se levantó.

El teatro estaba bien señalizado, así que no tardó en encontrarlo. Mientras se acercaba, el olor a asado le produjo ruidos en el estómago. A través del torniquete de hierro junto a la taquilla vio un enorme trozo de carne cocinándose en un asador giratorio. Un hombre vestido con ropa blanca de cocinero cortaba gruesas rebanadas de cerdo sobre platos de papel y los entregaba en la ávida cola formada a su lado. Al ver la carne jugosa y el olor intenso y ahumado se le hizo la boca agua. Se dio la vuelta; no era momento de pensar en comer.

Se distrajo mirando las fotos en blanco y negro del elenco que estaban colgadas a lo largo de la pared de la taquilla. Las miró con atención una por una. Romeo no era como lo imaginaba. Era bajo, de pelo rubio y ensortijado. La nodriza tampoco estaba muy bien: era una mujer negra, alta y delgada.

Julietta era convenientemente delgada y hermosa: no perdió tiempo mirando sus fotos.

Los altavoces invitaban al público a sentarse, ya que la función estaba a punto de comenzar. Polly, desesperadamente, quería ver siquiera una parte de la obra. El teatro estaba oculto detrás de un muro de plantas perennes de dos metros y medio de altura. Estas tapaban todo el escenario y el auditorio. Con aire despreocupado fue hacia la izquierda, lejos de la taquilla, para buscar una manera de entrar. Supo que iba en la dirección correcta por los murmullos y las carcajadas aisladas que oyó entre el público. Siguió buscando, segura de que encontraría un hueco en el matorral para espiar. Pero el seto se hacía cada vez más grueso cuanto más avanzaba. Siguió adelante, a pesar de las ramas que tiraban de su ropa y se enredaban en su pelo. De pronto sintió una fuerte picadura en la nuca, y luego otra en el brazo. Una nube de mosquitos revoloteó alrededor de ella. Rápidamente se retiró, agitando los brazos para tratar de espantarlos.

Se apartó y miró a su alrededor, frustrada. ¡Quería mirar! Era una señal haberse cruzado con una actuación de *Romeo y Julieta* justamente cuando iba de camino a verlo a él. Tenía que ver la obra. Entonces vio la punta de algo que parecía un banco, que sobresalía entre los árboles un poco más adelante. Polly calculó. Si se detenía en el banco, probablemente pudiera alcanzar a ver el escenario. El público guardó silencio, preparado para empezar a ver la obra de teatro. Rápidamente, se acercó al banco y se subió, agarrándose de las ramas para sostenerse.

—Eh, ¿qué está haciendo?

Polly dio un salto y estuvo a punto de caerse del banco.

La voz provenía de los arbustos. Polly descendió y empezó a alejarse.

—Eh, señorita, ¿adónde va? —El hombre tenía acento de Glasgow.

De los arbustos salió un hombre descalzo, vestido con una chaqueta larga y sucia color marrón. Se movía con tanta lentitud que parecía que el follaje se

había transformado en un hombre.

—Ya me iba —respondió Polly, y siguió retrocediendo.

—No ha sido mi intención asustarte, chiquilla. Simplemente, no quiero que te subas a mi banco. —Señaló el banco.

Polly sintió náuseas cuando apreció el hedor del hombre, y otra vez cuando vio el estado de su pelo. Estaba totalmente enmarañado y cubierto de suciedad y grasa, tanto que parecía que un pedazo de plástico se había derretido sobre un costado de su cabeza.

—¿Quieres ver la obra sin pagar? —dijo, con una sonrisa pícaro y guiñándole el ojo. Tenía tres lágrimas negras tatuadas justo debajo de la comisura del ojo izquierdo.

—No —respondió Polly, poniéndose a la defensiva.

—Pues me ha parecido que sí.

—Yo solo pasaba...

—Oh, a mí no me importa, chiquilla. Te gusta el viejo Shakespeare, ¿verdad? Los amantes desventurados, ¿no?

—Sí —repuso, sin saber realmente por qué le respondía.

—El amor prohibido. Bah... —hizo una pausa, momentáneamente perdido en sus pensamientos.

Por alguna razón, Polly se detuvo.

—Por ese motivo me encuentro en este estado —continuó, alzando las manos para mostrar su apariencia.

—¿De verdad? —preguntó Polly, genuinamente interesada.

—Ajá. He estado casado, ¿sabes?; tenía una casa e hijos. Pero luego conocí a una chica y me enamoré... Ella era como de tu edad. Una bella mujer. —Hizo una pausa, volviendo a perderse en sus pensamientos—. Pudo haber sido perfecto, pero «nunca hubo historia más dolorosa...»

Normalmente, Polly habría pedido disculpas y se habría marchado si un viejo vagabundo se hubiese puesto a contarle la historia de su vida, pero

estaba borracha y la historia la atrapó.

—¿Qué sucedió?

—Recogimos nuestros bártulos y nos mudamos a Londres para estar juntos. Lo abandoné todo: a mi esposa, a mis hijos, mi trabajo. Pero cuando llegamos a Londres ella conoció a otro tipo y me mandó a la mierda. Me rompió el corazón. Pensé que moriría. No tenía dónde vivir, no podía volver a Escocia ni conseguir trabajo, y terminé aquí. —Se encogió de hombros.

—Qué lástima.

—Tal vez sí, tal vez no. Al principio estaba muy enfadado, no podía creerlo, después de todo lo que yo había abandonado por ella. El solo pensar que ella estuviera con otro tipo me consumía. No he podido hacer otra cosa más que emborracharme..., siempre puedo emborracharme —dijo con una sonrisa irónica—. Pero entonces, ¿sabes qué ha ocurrido?

—¿Qué? —Polly estaba pendiente de cada una de sus palabras.

—He tenido la idea de que la vida no vale la pena si no te arriesgas de vez en cuando. Si no me hubiese fugado con ella, habría pasado el resto de mi vida preguntándome qué habría sucedido, ¿sabes? ¿Qué es peor, el dolor de tener el corazón destrozado, o no haber amado nunca lo suficiente para sufrir?

Polly estaba paralizada de asombro.

—Quizá no tenga nada —continuó—, pero todavía lo guardo todo aquí, y en las pelotas aquí abajo. —Señaló con el dedo índice su cabeza y luego, abajo, su entrepierna.

—Claro —dijo Polly, asintiendo lentamente con la cabeza.

El hombre le sonrió de oreja a oreja. Los pocos dientes que le quedaban eran negros y tenían manchas de sangre en las encías. Pensó un momento y luego dijo:

—Ven aquí, quiero mostrarte algo, chiquilla.

Se dio la vuelta y dio algunos pasos hacia los árboles antes de inclinarse hacia adelante para toquetear algo. Polly lo siguió con entusiasmo.

Estaba parada justo detrás de él cuando él se dio la vuelta.

—Toma un poco de esto, chiquilla —gritó.

Se había abierto los pantalones, y el pene y las pelotas le colgaban de la bragueta.

—Vamos, chúpala —dijo.

Polly se dio la vuelta y se marchó.

16

En cualquier otro momento de su vida, el incidente con el vagabundo hubiese inquietado a Polly, pero ahora no. La volvió más decidida que nunca. Decidió ignorar la pequeña indiscreción justo antes de irse. Él tenía razón. Polly lo quería a él, ella lo sabía; ¿por qué iba a reprimirse? La conexión que tenían no se parecía en nada a lo que había sentido por otras personas. El solo pensar en él hacía que la sensación en la boca de su estómago creciera hasta volverse insoportable.

Sintió un cosquilleo cuando entró en la estación de metro Notting Hill Gate. Esperó cerca de la boca del túnel para poder ver en qué vagón estaba él cuando el tren pasara. Lo encontró en el último vagón. El tren estaba vacío allí atrás. Él era la única persona en el vagón.

La agarró apenas subió. La empujó hacia el panel transparente junto a los asientos y empezó a tirar de su vestido. Se arrimó a su cuello y luego lamió con la lengua su mandíbula hasta su boca. La besó con intensidad. Su boca se apreciaba fría y fresca y sus labios jugosos, como si mordiera un melocotón maduro. Ella se rindió a él por un instante; sus manos se deslizaron por la cintura de él y luego recorrieron los costados de su cuerpo, acercándolo aún más. Había estado añorando ese momento, sentía que todo era correcto. Pero luego ella se detuvo. Quería hablar primero. Lo soltó y trató de apartarse.

Él la ignoró y siguió besándola. Ella se apartó, torciendo la cabeza hacia un costado.

—Quiero decirte algo —dijo.

Él puso su mano sobre el costado de su rostro y lo empujó hasta donde estaba antes. Polly se resistió contra su mano: realmente, quería hablar. Él no

le prestó atención y siguió besando su mejilla antes de introducir la lengua en su oreja.

—Estaba pensando... —empezó a decir. Ahogó una risita al sentir cosquillas en la oreja—. Pensaba que quizá podríamos ir a algún otro sitio.

Él se detuvo, apartándose para mirarla. Tenía una expresión seria en el rostro. Ella de pronto deseó no haber dicho nada.

Un momento después, él esbozó una sonrisa. Qué alivio.

—Ah, como la última vez, en el pasillo. —Volvió a acercarse y le tocó la nuca con la mano—. ¿Te gustaron las personas que pasaban mientras teníamos sexo? Seguro, podemos volver a hacerlo, pero primero terminemos aquí.

—No, no, no es eso lo que quiero decir —dijo, deteniéndolo con las manos sobre su estómago. Tenía puesta una fina camiseta de algodón; podía sentir sus músculos esculpidos debajo—. Podríamos ir a un hotel, o quizá...

Ella dejó de hablar cuando vio que su expresión cambiaba repentinamente.

—¿O quizá qué? —preguntó.

Ella supo que no debía responder.

—¿A mi casa? ¿O tal vez a tu casa? ¿Es eso lo que ibas a decir? —Percibió un deje de sarcasmo en su voz.

Polly lo miró tímidamente y luego asintió lentamente.

Él exhaló un fuerte suspiro.

—Ya te he explicado cómo es esto, ¿no es cierto?

Ambos permanecieron en silencio; él la miró enfadado, Polly agachó la cabeza.

Por fin, ella se atrevió a mirarlo. Él todavía la observaba, pero su frente había comenzado a desarrugarse.

—Mira —dijo, y puso su mano sobre su mejilla y luego la ahuecó para tomar su barbilla—, me encanta encontrarme contigo, pero si crees que esto es algo más, tendremos que dejar de hacerlo. —Dejó caer la mano y se encogió de hombros, resignándose a la idea.

Polly se puso nerviosa.

—No, no, no hagas eso. Lo entiendo, comprendo totalmente qué es esto. —
Agarró su mano y volvió a ponerla en su mejilla. Ella la sostuvo allí.

Él no hizo nada durante algunos segundos, y luego acarició su cara con las puntas de los dedos. Ella respondió de inmediato, acercándose a él. La calidez de su mano sobre su piel penetraba en cada uno de sus poros.

—Eres una mujer muy sensual —dijo.

Nadie la había llamado nunca mujer; siempre la habían considerado una chica: Oliver, su padre, James, hasta el vagabundo la había llamado «chiquilla»; él, no.

—Siento que estamos conectados —prosiguió él.

Él también sentía la conexión.

—Y me encanta verte con otros.

—¿Me observas? —Polly se sorprendió.

—Por supuesto. Eres @44oro, ¿verdad? Sé exactamente dónde estás y con quién estás.

Pensar en ello la hizo suspirar aún más.

—Me encanta ver tu cara cuando te tocan —siguió, apretando su cuerpo sobre el de ella.

Polly contuvo el aliento.

—Tratas de reprimirte, ¿verdad? Intentas con todas tus fuerzas ocultarlo de todos los que te rodean. —Sus manos se deslizaron entre sus cuerpos hasta la parte superior de los muslos de ella—. Pero yo lo sé. Lo veo en tus ojos, lo veo en la forma en que mueves la boca. Puedo adivinar exactamente lo que te están haciendo. —Apoyó la palma de su mano sobre su entrepierna y lentamente comenzó a moverla arriba y abajo.

Ella exhaló con fuerza, sintiendo que podía sucumbir en cualquier momento.

—Yo te conozco. Sé lo que deseas. —De pronto se detuvo y dejó que sus dedos se acercaran lentamente a su ombligo—. Aunque tú no lo sepas, sé

exactamente lo que necesitas. —Sus dedos continuaron subiendo hasta llegar a los botones del vestido. Con lentitud, comenzó a desabrocharlos uno a uno—. ¿Quieres que te enseñe? —dijo, clavando la mirada en los ojos de ella.

Ella lo miró, completamente perdida en sus ojos.

—Sí —respondió.

—Pero debes confiar en mí. ¿Confías en mí?

—Sí, confío en ti.

Él se inclinó para besarla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella justo antes de que sus labios tocaran los de ella.

—Nada de nombres —respondió él mientras metía las manos en su vestido.

—Quiero decirte mi nombre —insistió ella, cerrando los ojos mientras se apoyaba contra el panel.

—Nada de nombres —repitió él.

El tren siguió su curso por el área metropolitana de Londres y salió del túnel justo cuando se ponía el sol.

Mientras se preparaba para el siguiente encuentro, Polly se sentía impaciente por complacer. La idea de que él podría estar observándola le bastaba.

Sin embargo, cuando vio a su cita sintió cierta decepción. El hombre era mucho mayor que cualquiera de los que había conocido antes, de sesenta y tantos. No parecía el tipo de hombre que podría participar en *tubing*. Parecía dulce y adorable, como el abuelo de alguna amiga. La esperaba junto a la puerta. Polly lo había visto cuando el tren entraba en el andén, pero ni por un segundo había creído que fuese él. Tenía un aire familiar; le pareció haberlo visto antes, pero no podía ubicarlo. Eso la preocupó y de inmediato se dio la vuelta para irse. Esta vez no lo haría.

Sin embargo, él se lanzó sobre ella antes de que tuviera oportunidad de salir. El mensaje de texto había dicho que usara una blusa rosa y falda sin ropa interior, así que él supo enseguida quién era ella.

El hombre le hizo saber muy claramente qué quería. La agarró desde atrás y la empujó a través del vagón atestado de gente hasta la esquina. Cuando pasaron, varios pasajeros chasquearon la lengua en señal de desaprobación. Polly sonrió como pidiendo disculpas, avergonzada. Una vez en el rincón, él la arrojó sobre el asiento vacío de la esquina. Rasgó su falda y trató de penetrarla por atrás.

Polly se horrorizó. Intentó apartarlo, pero él se inclinó sobre ella y la asió de las muñecas, inmovilizándola con el peso de su cuerpo. Intentó penetrarla, forzándose sobre ella. Su frente comenzó a perlarse de sudor cuando se dejó llevar por el pánico. Trató de resistirse y empujar su cuerpo hacia atrás para hacer que se detuviera, pero sin éxito: era demasiado fuerte.

No podía creer lo que le estaba ocurriendo. La tenía atrapada. Entonces, de pronto se dio cuenta de dónde estaba. ¿Por qué diablos soportaba eso? Abrió la boca para hablar, pero se contuvo. Miró a su alrededor; varias personas miraban, curiosas por saber de qué iba el alboroto, pero ellas solo podían ver sus rostros; no veían qué hacía él, escondido bajo el mar de cuerpos que los rodeaban. ¿Qué explicación daría ella? Creerían que un desconocido la estaba violando; ¿cómo iba ella a admitir que había aceptado la situación por su propia voluntad? Llamarían a la policía, y entonces el hombre les mostraría los mensajes...

Giró la cabeza hacia él.

—No —murmuró—. No quiero seguir.

Él la ignoró.

—Basta —dijo en voz un poco más alta.

Él gruñó mientras soltaba una de sus muñecas y la penetraba con más fuerza.

—Si no paras ahora mismo voy a gritar hasta que se rompan los cristales —dijo, con voz lo suficientemente alta como para que la pareja que estaba a la izquierda la oyera.

Él la soltó de inmediato. Polly sintió que se cerraba la bragueta con torpeza detrás de ella. Se acercó a su oído.

—Hija de puta frígida —soltó. Su aliento era cáustico.

Ella esperó a que las puertas se abrieran y volvieran a cerrarse. Cuando se aseguró de que él se había marchado pudo moverse, y apenas lo hizo comenzó a temblar sin control. Se tranquilizó y se dirigió hacia el pequeño asiento que tenía enfrente. Cuando volvió a tranquilizarse, se dio la vuelta y se sentó y respiró profundamente.

Sintió que la pareja que estaba al lado la observaba. Por más que no quisiera, los miró. La chica le sonrió:

—¿Te encuentras bien? —articuló.

Polly esbozó una sonrisa forzada, mientras por dentro se derrumbaba.

Logró mantener la compostura durante todo el viaje hacia su casa. Cuando llegó a su calle rompió en llanto.

Mientras subía la escalera hacia el apartamento pudo oír voces. De pronto escuchó una carcajada. La reconoció de inmediato. Era Charlotte. Polly se apoyó sobre la pared de la escalera y cerró los ojos. Si ahora tuviera algún otro sitio adonde ir...

Un par de minutos después de repetirse a sí misma que todo estaba bien, consiguió calmarse. Se colgó una sonrisa del rostro y deslizó la llave en la cerradura. Una vez dentro, dejó su bolso junto a la puerta principal y arrojó las llaves encima.

Oliver la oyó de inmediato.

—Pol —retumbó su voz desde la sala—. Mira quién ha venido.

Charlotte asomó la cabeza por la puerta.

—Hola —dijo Polly en voz baja mientras entraba en la habitación.

—Hola —respondió Charlotte con voz cortante.

—Te estábamos esperando. A Charlotte se le ocurrió que podíamos salir a tomar algo. Pero ya se hizo un poco tarde —continuó Oliver. Agitó la mano hasta que el reloj cayó sobre su muñeca para poder ver la hora—. Había pensado que vendrías directo a casa después de trabajar.

—Ah —dijo Polly. Los dos hermanos siguieron mirándola—. Lo siento, tuve que quedarme hasta más tarde —respondió.

Oliver se acercó y la rodeó con un brazo.

—¿Un viernes? Creía que vosotros los oficinistas ya estáis en el bar a las cuatro de la tarde, los viernes. Tendré que hablar con ese jefe tuyo.

—No, no lo hagas —replicó, levantando la voz.

—Es una broma —dijo él, sonriendo—. ¿Te encuentras bien? Parece que has estado llorando.

—Es alergia —mintió Polly.

Se sentó en el sofá junto a Charlotte. Oliver habló de temas triviales: el

clima cálido y las obras de vialidad que acababan de comenzar justo frente al apartamento. Ni Charlotte ni Polly hablaron. Polly estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que tardó varios minutos en darse cuenta de que Charlotte también estaba callada. En general siempre era ella la que hablaba. Se dio la vuelta para mirarla. La hermana de Oliver la estaba observando.

Charlotte sostenía el pie de su copa de vino entre las puntas de los dedos. Estaba llena de vino tinto. Se la llevó a la boca y la vació de un solo trago.

—¿Me la vuelves a llenar, Oliver? —pidió, sin quitarle la mirada de encima a Polly—. Quizá Polly también quiera un trago. Todavía no ha bebido nada.

Oliver se levantó de un salto.

—Claro, claro. —Y se fue hacia la cocina.

Apenas se retiró, Charlotte se dirigió a ella.

—¿Pasa algo malo, Polly?

—¿Por qué?

—Pareces contrariada.

—Es la alergia, como ya dije.

—Mmm —reflexionó la hermana de Oliver—. Tampoco estabas muy bien la última vez que te vi.

Polly no necesitaba un sermón. Quería estar sola, no que Charlotte le hiciera preguntas.

—No me ocurre nada, de verdad.

—Oliver me dijo que últimamente has estado muy ocupada, que no te ve mucho.

—¿De verdad? —Polly se sorprendió de que él se hubiese dado cuenta. Pensó que se había encargado bien de ocultar sus ausencias.

—Sí, dice que ahora sales mucho. Me regañó porque hice que te retrasaras tanto la última vez que nos encontramos para cenar.

El corazón de Polly comenzó a latir con fuerza.

—Lo gracioso —continuó Charlotte, cruzando las piernas y alisándose la

falda— es que, por lo que recuerdo, te marchaste a las diez y media porque te dolía el estómago. —Levantó la mirada, con una sonrisa en los labios—. Sin embargo, él me dijo que llegaste a las dos de la mañana. No puedo imaginarme dónde estuviste hasta esa hora.

En ese momento Oliver regresó a la sala con dos copas de vino.

—Tinto para ti, Charlotte, y rosado para Polly. —Charlotte soltó un resoplido cuando Polly tomó su copa.

—Entonces, ¿de qué hablaban mis dos chicas favoritas? —dijo mientras volvía a sentarse.

—De ti —respondió Charlotte, soltando una risita—. Eres nuestro único tema de conversación, hermanito.

Polly contuvo el aliento. Sintió que el alma se le escapaba del cuerpo.

Después de su comentario, Charlotte volvió a ser sociable como siempre, y Polly quedó relegada. Charlotte se puso a hablar de alguien a quien Oliver conocía de su ciudad natal. Charlotte se había encontrado con él cuando había salido con una amiga. Siguió hablando animadamente, mientras Oliver le hacía preguntas. Charlotte le contó que el tipo se le había acercado cuando ella estaba en el bar. Le había dicho que cuando eran niños fantaseaba con ella.

—¿Y qué le has respondido? —quiso saber Oliver.

—Le he dicho que no tenía idea de quién era. —Oliver se echó a reír.

—Ni loca me lío con un idiota como él, francamente.

—Ten cuidado, Charlotte, *no querrás terminar siendo una solterona triste y solitaria*. —Dijo las últimas palabras remedando la voz de una anciana. Polly supuso que estaría imitando a su madre.

—No empieces.

Hermana y hermano sonrieron, aislados en su broma privada, y luego Charlotte se dio la vuelta y miró a Polly de arriba abajo, como si hubiese olvidado que ella estaba presente. La sonrisa se le desvaneció.

—De todos modos, será mejor que me vaya.

—No es necesario. ¿Por qué no te quedas a pasar la noche? Descorcharé otra botella. —Oliver se levantó y empezó a caminar hacia la cocina.

Charlotte vaciló un momento y contempló la idea, y luego insistió:

—No, no, de verdad tengo que irme. —Recogió sus cosas, lista para irse. Dio a Oliver un beso en cada mejilla, dejándole marcas de pintalabios. Polly seguía sentada; quiso levantarse, pero Charlotte insistió en que se quedara sentada. Se inclinó y besó en el aire su mejilla derecha, y luego pasó a la izquierda, pero en lugar de besarla murmuró:

—Ten cuidado, Polly, estás jugando a un juego muy peligroso. —Cuando se apartó, no pudo ocultar su sonrisa petulante.

Polly permaneció sentada mientras Oliver salía de la habitación para acompañar a Charlotte hasta la puerta. ¿De qué diablos hablaba? Durante una décima de segundo se le cruzó por la cabeza que ella sabía sobre él, sobre el *tubing*, pero ¿cómo era posible?

—Qué buena que es Charlotte, ¿verdad? —dijo Oliver cuando volvió a la sala. Se desplomó junto a ella en el sofá.

—¿Qué? —respondió Polly, enderezándose y deslizando las manos debajo de sus muslos para esconder su temblor.

—Se ha quedado aquí todo este tiempo esperando a que llegaras a casa. Me encanta que os llevéis tan bien.

Polly se sentía inestable. ¿A qué jugaba Charlotte? Era evidente que no le había contado a Oliver que se había ido antes de la cena aquella noche, pero ¿por qué? No creía que Charlotte quisiera hacerle ningún favor, especialmente cuando se trataba de su hermanito.

Polly se enderezó y Oliver estiró el brazo para abrazarla. Ella se estremeció y trató de apartarse. Él se inclinó, persiguiéndola con el brazo.

—Quita —dijo Polly. Las palabras salieron de su boca antes de poder pensar. Después de lo ocurrido en el tren, no soportaba que nadie la tocara. Oliver chasqueó la lengua, pero siguió insistiendo.

¿Acaso nadie la escuchaba? Recordó al tipo del tren, que le había inmovilizado las manos hacia el asiento de enfrente.

—¡Vete a la mierda! —gritó, levantándose del sofá de un salto—. ¿Estás sordo? Cuando digo que no, es no.

—¡Polly! —exclamó él, sorprendido—. ¿Cuál es tu problema? Últimamente pareces una adolescente malhumorada.

Para su alivio, él se alejó y se levantó del sofá. De inmediato Polly se llevó los dedos al labio, buscando pedacitos sueltos de piel de los que tirar. Recordó la picadura de mosquito que tenía en la pierna. De inmediato se llevó la mano a la picadura y con las uñas raspó los bordes de la costra.

Oliver comenzó a recoger las copas de vino de él y de Charlotte.

—Nunca sé cómo es nuestra relación —continuó él—. Cuando llegas a casa, no sé si vas a ponerte a llorar o si entrarás por la puerta principal saltando sobre una pata.

Polly permaneció sentada, ensimismada en la costra. Después de meter la uña debajo del borde, la arrancó de un tirón y soltó un suspiro mientras la sangre brotaba debajo de la uña. Él interpretó su silencio como una invitación para seguir hablando.

En ese momento Polly oyó que sonaba su móvil. Oliver seguía hablando, pero no le prestó atención y fue hacia el pasillo para agarrar su bolso.

—¿Adónde vas? —preguntó él, desesperado. Ella no le respondió— Polly, te estoy hablando. —Empezó a seguirla fuera de la habitación, pero después lo pensó mejor y se dio la vuelta.

Polly metió la mano en su bolso y sacó el teléfono. La pantalla iluminó su cara en el pasillo oscuro. El mensaje decía:

Vi lo que sucedió. ¿Podemos vernos mañana?

Era él. Había estado en el tren y lo había visto todo. Le respondió de inmediato. Él contestó con hora y sitio de encuentro.

Cuando volvió al cuarto de estar, Oliver estaba sentado en el sofá de cuero junto a la ventana, con las piernas cruzadas y mirando al vacío.

Ella se paró junto a la puerta.

—Lo siento —le dijo.

Él no se conmovió y giró la cabeza hacia el costado para hacérselo saber. Ella se acercó y se sentó en el brazo del sillón.

—No sé qué bicho me ha picado —continuó.

—Es exactamente lo que te estaba diciendo —replicó Oliver—. Vienes toda alegre como si..., como si nada hubiera pasado... y ahora... ¿Qué te ocurre, Polly?

La voz de él era de súplica, y sintió lástima por él. Era un buen hombre; no se merecía eso. Pero ¿qué podía hacer? Al día siguiente tendría un encuentro con *él*.

—Nada —respondió—. Estoy cansada, y creo que me está por venir el período.

Con eso puso fin a la conversación.

18

A la mañana siguiente Oliver se levantó temprano y se puso a silbar. Polly rodó hasta un costado de la cama para mirar la hora en el reloj despertador. Eran las 07.19.

—¿Qué diabl...? —murmuró. Era sábado por la mañana y él ya se había levantado y estaba activo: planchaba sus camisas para la semana y regaba las plantas.

Por momentos, a Polly le resultaba exasperante. Siempre estaba tan contento y feliz. Trató de imaginar cómo sería respirar su mismo aire: limpio, refrescante, como ropa seca bajo el sol. No conocía a nadie que pudiera decir algo malo de él. Cuando se conocieron, ella admiró su bondad; no creía que existiera gente como él, tan bueno y amable. Pero en este momento era irritante.

A las nueve y media Oliver entró en la habitación y alegremente le quitó el edredón. Ella luchó por recuperarlo, pero estaba tan dormida que perdió la batalla de inmediato.

—Vamos, Pol, arriba, arriba —dijo él—. Tengo que meter estas sábanas en la lavadora y debes empezar a prepararte.

Polly se restregó la cara con las palmas de las manos.

—¿Qué? —preguntó, con el rostro arrugado como un trozo de papel—. ¿Por qué? —Tenía pensado pasar todo el día en la cama.

—Hoy vamos a Lord's.

Polly arrugó la cara aún más.

—A ver críquet. No lo habrás olvidado, ¿verdad?

Lo había olvidado. Iban a ver un torneo internacional durante todo el día.

—¿Debo ir? —Su voz sonó quejumbrosa.

—Por supuesto que debes ir, todos te están esperando. —Por «todos» Oliver se refería a sus amigos.

—¿No puedes decir que estoy enferma o algo así?

—La última vez fue una jaqueca, ¿qué quieres que diga esta vez? Empezarán a creer que no te caen bien, Polly.

Ir al estadio de críquet echaba por tierra sus planes. Estar fuera todo el día significaba que no tendría tiempo para prepararse para más tarde; tenía que tener todo preparado antes de irse. Después de mucho pensar frente al armario abierto, sacó un vestido de flores corto con mangas japonesas y un par de chancletas. En el bolso escondió su cinturón de yute, los zapatos de tacón de aguja y satén rojo y montones de maquillaje.

Caminó algunos metros detrás de Oliver hasta llegar al estadio de críquet. Si iba a obligarla a asistir, ella se aseguraría de que supiera lo molesta que estaba. Él no pareció molestarse y siguió caminando delante de ella.

Una vez en el estadio, la relegaron rápidamente a los bancos de «esposas y novias», justo detrás de los hombres. Se tranquilizó al ver que Charlotte no estaba. A veces Charlotte parecía su sombra. Polly no podía entender por qué elegía estar con su hermano todo el tiempo. Lo cierto era que Polly no tenía hermanos para compararla, pero, por lo que sabía, la mayoría de la gente se alegraba de estar lejos de sus hermanos y hermanas cuando se iban de su casa. Por el contrario, cuando Oliver se mudó a Londres, Charlotte se mudó a pocos metros del apartamento de su hermano.

Polly se sentó en una punta del banco. Dos de las mujeres trataron de hacerla partícipe de la conversación y le preguntaron sobre su trabajo y dónde había comprado ese vestido tan bonito, pero ella sabía qué buscaban con sus estúpidas preguntas y les dio respuestas monosilábicas. No había nada en común entre ellas; tenían por lo menos diez años y veinte kilos más que ella.

Después de un rato, Polly se calzó las gafas de sol y empezó a toquetear su teléfono.

El almuerzo fue un pícnic al que todos debían traer algo. Todos habían llevado algo para comer: todos, excepto Polly. Recordaba vagamente que Oliver le había mencionado algo al respecto un par de semanas atrás. Él le lanzó una mirada de enojo cuando todos empezaron a sacar sus táperes. Prepararon un banquete con aceitunas rellenas, *dolmades*, *goujons*, ensalada griega, lonchas de fiambre, quesos y panes planos.

Polly usó un viejo truco que había aprendido en la clínica: se llenó el plato con ensalada de manera tal que parecía que estaba lleno de comida. Los trozos de queso que incluyó fueron eliminados rápidamente en su servilleta. Polly no quería comer. No lo necesitaba. Comenzaba a sentirse nuevamente ella misma: liviana, sus extremidades parecían flotar y su cabeza estaba libre. En momentos como ese sentía que su cuerpo podía sustentarse a sí mismo, el hambre alimentaba al hambre.

Bebió un gran sorbo y vació el contenido de su vaso de plástico con vino. Enseguida se le subió a la cabeza. Se reclinó en su asiento y observó cómo el resto se llenaba la boca con *meze*. Sintió lástima por ellos: la comida era la única excitación que conocían. Si tan solo supieran, pensó, y se le escapó una risita.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Oliver, metiéndose un puñado de aceitunas en la boca y masticándolas. Pudo oír el ruido que hacían sus dientes al triturar la comida. Tenía ganas de saltar sobre la mesa y contarles a todos lo que había estado haciendo. Le hubiese encantado ver cómo reaccionaban: los ojos como platos, atragantados con la comida.

Finalmente, se limitó a responder:

—De nada. —Y continuó jugueteando con su teléfono.

Cuando el partido terminó, todos se trasladaron a la terraza de una cervecería que había frente al estadio. Polly se maldijo a sí misma cuando se

miró en el espejo del baño de señoras y vio su rostro rojo e hinchado. No había llevado filtro solar y, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse a la sombra, se había quemado los hombros y el puente de la nariz. Trató de taparlo con base y corrector. Apagó un poco el color rojo pero no del todo. Se maquilló el resto con colores densos y atrevidos para compensar.

Había pasado la mayor parte del día pensando cómo iba a escaparse, pero hacia las ocho de la noche todo el mundo estaba hecho polvo. Una vez que terminó con el maquillaje, simplemente se marchó del bar sin que la vieran.

En el metro se cambió los zapatos y se puso el cinturón. Subió la cintura del vestido por encima del cinturón de manera que el dobladillo quedó justo debajo de sus nalgas. Luego se quitó la cola de caballo y con los dedos se despeinó lo mejor que pudo. Se miró en la ventana ennegrecida del tren. Se veía bastante sensual, aunque fuera ella quien lo dijera, y estaba borracha.

Cambió de tren un par de veces para llegar hasta la línea Piccadilly para el encuentro. Él no había especificado una estación, solo que debía subirse: él la encontraría. El tren la llevó hacia el norte, mucho más lejos de Londres de lo que jamás había estado. A medida que el viaje continuaba, el tiempo entre las paradas se hizo más largo y subían menos pasajeros. Polly empezaba a impacientarse.

Él solo subió al tren cuando casi llegó al final de la línea. Apenas lo vio, ella quiso correr y abrazarlo. Pero se contuvo. No parecía feliz de verla.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó, acercándose a ella—. Anoche, ¿a qué diablos estabas jugando?

Polly se quedó desconcertada.

—Yo..., yo..., no sé... Él solo..., ya sabes..., lo viste, ¿verdad?

—Sí, lo vi. Te vi haciéndole una escena a un hombre muy poderoso frente a un tren lleno de gente.

Polly se quedó muda. No podía creer lo que oía.

Él se acercó y bajó el tono de voz, aunque no necesitaba hacerlo, ya que

solo había otra persona en el vagón y tenía puestos los auriculares.

—¿Tienes idea de quién era ese hombre?

—No —respondió Polly, y empezó a temblarle el labio. Lo había reconocido vagamente, pero no estaba segura de dónde. Ahora que lo pensaba, quizá lo había visto en las páginas de economía de un par de periódicos. Quiso explicar que a ella no le importaba quién fuera, que él había intentado violarla, que se merecía lo que le había hecho. Pero permaneció callada.

—Creí que entendías de qué iba todo esto. Podrías haberlo expuesto con tu pequeño arrebató. —Suspiró con fuerza y empezó a frotarse la sien con la base de la mano—. Me lo estás poniendo muy difícil. —Levantó la mirada—. No creo que podamos continuar con esto.

Polly tragó saliva y su garganta hizo un ruido exagerado.

De pronto se oyó una voz por los altavoces que anunciaba que se acercaban a la última estación. Él no pareció escuchar. Permaneció quieto, observando el rostro de ella.

Ella deseó poder hablar, decir algo. Cualquier cosa.

El tren llegó a la última estación. La misma voz informatizada indicó que todos los pasajeros debían apearse.

El hombre al final del vagón se bajó, pero él no se movió, ni tampoco Polly.

Aproximadamente treinta segundos después, todas las luces se apagaron y las puertas se cerraron. La estación de metro estaba en la superficie, así que aún pudo distinguir el rostro de él bajo la luz de la luna. Él la seguía mirando.

De pronto, el motor se puso en marcha y el tren partió de la estación. Retrocedió a lo largo de la línea hasta que volvieron a estar bajo tierra. En el túnel había tanta oscuridad que los ojos de Polly la engañaron; unos diminutos puntos verdes titilaron frente a ella. Polly extendió la mano hacia él. Encontró su mano; él la apretó.

Pocos minutos más tarde el tren se detuvo en una estación abandonada. El andén estaba poco iluminado y en las paredes no había letreros que indicaran

dónde estaban.

Las luces del tren volvieron a encenderse y Polly dio un salto.

—No te preocupes —dijo—. Algunos de los trenes vienen a estas estaciones viejas para trabajos de mantenimiento.

Polly oyó que una puerta se cerraba; los pasos del conductor resonaron en el andén vacío mientras se acercaba a cada ventana para comprobar que el tren estuviera vacío.

—Agáchate —dijo él.

Se arrodillaron debajo de la ventana. Él la empujó bajo el alféizar de manera que quedaron completamente escondidos. Él pudo sentir su aliento en la nuca, y luego se inclinó y la besó. Ella cerró los ojos y respiró profundamente, inhalando su aroma.

Cuando todo quedó en silencio, se dio la vuelta para mirarlo:

—No debí haber hecho esa escena anoche —dijo—. Me asusté. Sentí que el tipo me estaba penetrando demasiado rápido.

Él se paró y luego la tomó de las manos y la hizo poner suavemente de pie.

—Tienes que relajarte. —Apartó más sus pies y la atrajo hacia él. El cuerpo de ella se fundió con el de él—. Déjate llevar.

Las manos de él se deslizaron por el ligero algodón de su vestido y luego, lentamente, desabrochó los cuatro botones con forma de flor que cerraban la espalda. El alivio que sintió frente a su caricia fue sobrecogedor. Él tiró de las mangas de su vestido sobre sus brazos y luego le desabrochó el cinturón. Lo dejó caer al suelo junto con el vestido. Dio un paso atrás y la miró de arriba abajo. Polly tenía puesta solo su ropa interior. Los ojos de él se posaron en el rostro de ella. Ella lo miró. Su conexión era innegable; se tornó inquietante en medio del espacio que los separaba.

Sin decir una sola palabra, él tomó ambas manos de ella y la condujo hacia la hilera de asientos a lo largo del vagón. Una vez allí, le hizo dar la vuelta y apoyó cada una de sus manos sobre un apoyabrazos, de manera que ella se

inclinó. Él se paró detrás de ella. Con sus manos acarició la espalda de ella, haciendo que su cuerpo se balanceara de un lado a otro. Luego abrió el broche de su sostén. Ella lo observó caer sobre el asiento debajo de ella. Sintió que las manos de él se deslizaban a cada lado de su cuerpo, hasta llegar a la parte superior de sus bragas. Metió las manos adentro y las fue bajando. Ella levantó sus pies para que él pudiera quitárselas.

Él se arrodilló junto a sus pies y besó cada uno de sus dedos, uno por uno, y luego su lengua comenzó a ascender por su tobillo izquierdo hasta la pantorrilla. Polly inclinó la cabeza para mirarlo. Él no la miró; estaba demasiado ocupado dirigiéndose hacia la abertura entre sus piernas. Ella respiró profundamente cuando él llegó a sus pliegues internos, suaves y carnosos. Juguetó con su lengua y mordisqueó con los dientes.

Usó su lengua para explorarla, retrocediendo lentamente hasta que estuvo entre sus nalgas. Polly gimió de placer. Muy lentamente, él empujó su lengua dentro antes de introducir el dedo. No le ardió como le había sucedido antes. Él era mucho más delicado; esperó a que ella se acostumbrara antes de insistir. Polly se movió atrás y adelante, un poco cada vez. Él permaneció quieto y la dejó hacer como quisiera.

Al cabo de un minuto, él se levantó y se desabrochó los pantalones. Abrió sus nalgas y luego empujó hacia el interior. Ella se sobresaltó, pero él la agarró de la cintura y volvió a atraerla.

—Déjate llevar —murmuró con dulzura.

Ella trató de relajarse, pero la sensación cuando él la penetró la hizo estremecerse. Una vez dentro, él se detuvo y le permitió recuperar el aliento antes de empezar a moverse muy lentamente hacia atrás y hacia adelante. Empujó un poco cada vez más. La respiración de Polly se volvió mecánica mientras se acostumbraba a la intensidad. Él mantuvo el brazo firme alrededor de su cintura de manera que ella no pudiera moverse. Con su otra mano, él fue hacia adelante y comenzó a acariciarla. Poco a poco el ardor se disipó y cada

parte de su cuerpo se inundó de placer.

Polly levantó la cabeza. Pudo verlo en el reflejo de la ventana oscura del metro. Él estaba ensimismado, con los ojos abiertos.

Polly cerró los ojos y dejó caer la cabeza nuevamente. Lo que experimentaba en su interior creció y creció hasta que cada parte de su cuerpo se estremeció.

19

Salieron juntos de la estación de metro abandonada. Él conocía el camino.

Salieron del tren por la puerta de emergencia en la parte trasera del vagón. Él tomó sus manos y la ayudó a bajar a las vías. Cuando saltó, ella sintió la grava que crujía debajo de sus pies. Él usó la luz de su móvil para guiarlos hasta el borde del andén.

De pronto oyeron voces que se acercaban. Un grupo de hombres de mantenimiento se dirigía al andén. Él tomó la mano de ella y rápidamente la llevó hacia la boca del túnel, donde esperaron hasta que los hombres desaparecieron por el otro extremo. Polly tenía el corazón en la boca; sintió pánico de que los descubrieran. Un par de minutos más tarde él subió al andén y luego se dio la vuelta para ayudarla a salir. Su vestido quedó atrapado en un gancho que sobresalía justo debajo del borde del andén. Terminó agitando las piernas torpemente en el borde con el vestido subido alrededor de la cintura. Sintió que las mejillas le quemaban de vergüenza. Pero él no se dio cuenta.

Cuando estuvo seguro de que había pasado el peligro, cruzaron el andén de puntillas. Una vez en la escalinata, subieron corriendo los peldaños de dos en dos. La antigua estación era un laberinto de túneles y pasadizos desmoronados. Polly no tenía idea de dónde estaba.

Se aferró a la mano de él mientras él la guiaba hacia el antiguo vestíbulo de venta de billetes.

—¿Cómo conoces este sitio? —murmuró.

—Tengo mis fuentes —respondió él con una sonrisa de picardía.

Se dirigieron a una persiana de metal que antes habría sido la entrada de la estación. Junto a ella había una puerta verde de madera. Él probó el picaporte

pero no se abrió. Estiró la mano hacia la parte superior del marco de la puerta y sacó una llave. La puso en la cerradura. Justo antes de abrir la puerta, la abrazó con fuerza y le dijo:

—Nunca me canso de ti. —Y luego le dio un beso profundo en los labios, no con la lengua; abrió su boca un poco y respiró profundamente, como queriéndola aspirar. Salieron por la puerta y él se marchó.

Polly volvía a su casa en un autobús nocturno cuando vio que Oliver caminaba por Hammersmith Road hacia el apartamento. Se bajó en la siguiente parada y corrió hasta el apartamento para llegar antes que él. Sentía que volaba, con el cuerpo ligero y vertiginoso. Una vez en casa, se limpió rápidamente el rostro, se desnudó y se metió en la cama. Él llegó unos instantes después. Oyó que abría la puerta del dormitorio y encendía la luz.

—¡Eh! —protestó desde debajo de las sábanas.

—Ay, perdona, Pol, no me di cuenta de que estabas en casa. ¿Todo bien?

—He tomado demasiado sol y alcohol, me encuentro muy mal —dijo con su voz más ronca.

—¡Pobrecita! —respondió él—. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, solo necesito dormir.

—De acuerdo. Buenas noches —repuso él, y cerró la puerta lo más silenciosamente que pudo.

Ella volvió a acurrucarse en el edredón. Casi sintió lástima por él.

Polly no podía creerlo cuando recibió un mensaje en su móvil la tarde siguiente.

necesito otra dosis. encuéntrate conmigo esta noche

Esa tarde Oliver había salido con sus amigos para ver rugby en un bar de la ciudad. No sabía a qué hora volvería a casa. Él le había dicho que no lo

esperara despierta cuando fue a darle un beso justo antes de salir. Ella logró esquivar sus labios, así que él terminó besando el costado de su cabeza.

Polly pasó la tarde preparándose. Se exfolió con una crema corporal con sales antes de tenderse durante media hora en un baño aromatizado con aceite de bálsamo de limón. Luego se metió en la ducha para quitarse el aceite, se lavó el pelo y aplicó un acondicionador sin enjuague. Se envolvió el pelo con una toalla y se untó el cuerpo con crema de coco.

Cuando hubo terminado en el baño puso un poco de música. A Oliver no le agradaba que ella pusiera su música. Decía que su gusto era infantil, así que siempre terminaba escuchando sus temas instrumentales. Sin embargo, ahora que estaba sola, dejó sonar su música, bailó entre una y otra habitación y terminó frente al espejo del dormitorio haciendo estriptís con la toalla. Se detuvo cuando tuvo una idea formidable. Rápidamente, fue al armario y sacó su impermeable beige y los zapatos rojos de tacón de aguja.

Se encontraron en la estación de metro Shepherd's Bush. Estaba un poco cerca de su casa, pero imaginó que todo iría bien.

Se subió al tren a las 21.13. Era domingo, de modo que no había mucha gente a bordo. Lo detectó de inmediato. Estaba sentado en la otra punta del vagón, leyendo un periódico. Había solo otras dos personas cerca de él, una anciana negra con un pañuelo rojo en la cabeza y los ojos firmemente cerrados y un joven ensimismado en su libro. Él tenía el periódico levantado frente a su cara. Bajó un poco el periódico cuando ella ascendió al vagón y luego volvió a alzarlo para esconder su rostro. Él también jugaba.

Ella caminó con aire despreocupado, apoyando cada pie enfundado en el zapato de tacón de aguja frente al otro como si caminara sobre una cuerda floja. Mantuvo la cabeza baja y observó cómo las puntas de sus zapatos seguían la línea invisible. Sabía que él la miraba; podía sentir su mirada sobre ella.

Se detuvo en el pasillo principal justo antes de su hilera de asientos. Levantó la mirada y lo sorprendió espiando por el costado del periódico. Durante un instante perdió el hilo de la actuación cuando esbozó una sonrisa, pero no pudo evitarlo. Sacudió un poco la cabeza y recuperó la compostura, y luego alzó las manos muy alto por encima de su cabeza para estirarse. El dobladillo de su impermeable se levantó y dejó ver sus muslos desnudos. Ella vio que los ojos de él se encendían. Él acercó el periódico a su rostro, de modo que veía con un solo ojo, y esperó por más.

Polly miró nerviosamente a los otros dos pasajeros. Ninguno le prestó atención. Sacó su pase de tren del bolsillo y lo agitó hacia él. Se dio la vuelta y lo dejó caer al suelo. Presa de nervios, el pase cayó un poco más lejos de lo que había deseado. Tuvo que dar un paso para ponerse en el lugar correcto y luego, con las piernas y la espalda perfectamente rectas, se agachó para recoger el pase. Sintió que la tela de su impermeable se levantaba por sus piernas y dejaba ver sus nalgas. Se quedó en esa posición un par de segundos y luego se incorporó y giró en redondo para mirarlo.

Cuando el tren se detuvo en la siguiente estación, él se levantó con el periódico todavía en la mano, fue hacia la esquina del vagón y se sentó en el sitio lateral cerca de la puerta. Ella lo siguió, pero se detuvo justo antes de alcanzarlo. Se divertía mucho; quiso seguir jugando. Se inclinó sobre una de las barandillas y empezó a jugar con el cinturón de cuero de su impermeable. Tocó el cinturón lentamente, dejando que el nudo se soltara, hasta que solo quedó un lazo muy suelto. Pasó sus manos por las solapas de la chaqueta, abriéndola milímetro a milímetro hasta mostrar la curva superior de cada seno, luego la piel suave sobre sus costillas y, finalmente, su ombligo; todo el tiempo veía cómo él la observaba.

—¿Pol?

Oyó la voz a sus espaldas, justo cuando el tren partía de la estación. Reconoció la voz de inmediato.

—Pol, ¿qué haces?

Tomó el cinturón y se ajustó el impermeable justo antes de darse la vuelta.

Era Oliver.

—Hola —saludó, casi histérica.

—¿Qué haces? —volvió a preguntar.

—Vuelvo a casa —respondió.

—Ah —dijo él, mirándola con desconfianza—. Pero estás yendo en dirección contraria, no de vuelta a casa.

—¿Ah, sí? —Levantó la mirada hacia el mapa del metro que estaba justo encima de su cabeza, fingiendo estar confundida—. Debo de haber ido al andén equivocado. —Se echó a reír, nerviosa. Sintió que sus mejillas se teñían de rojo y pequeñas gotas de sudor perlaban sus labios.

Oliver tampoco tenía buen aspecto. Su rostro estaba pálido y húmedo, no rosado como siempre.

—Un momento —dijo ella de pronto—. ¿Qué haces tú aquí? Creí que ya estabas en la ciudad, viendo el partido de rugby.

—Sí, allí estuve —respondió, antes de hacer una pausa para aclararse la garganta—. Pero recibí un mensaje de un amigo que dijo que necesitaba mi ayuda. No tengo idea de qué le ocurre, me ha estado enviando toda clase de mensajes crípticos sobre dónde encontrarnos.

Fue el turno de Polly de responder:

—Ah.

Ambos se miraron.

—Estás sudando —le dijo, solo para que él no se fijara en su atuendo.

Él levantó la mano para enjugarse la frente y luego la miró.

—Es cierto. Hace calor esta noche, ¿verdad? Te debes de estar muriendo de calor con ese impermeable. —Terminó con una risa débil.

Viajaron juntos hacia la estación siguiente en medio de un silencio incómodo. Polly mantenía la espalda hacia *él*. Tuvo ganas de darse la vuelta

para explicarle qué acababa de suceder, pero no podía arriesgarse. Por el contrario, continuó de frente a Oliver, tratando de no mirarlo directamente. Fingió estar interesada en los anuncios que pasaban en la parte superior del vagón.

Descendieron juntos en la siguiente parada. Oliver dijo que no iba a seguir recorriendo la ciudad para encontrarse con su amigo y que volvería con ella. Cuando bajó al andén, Polly miró atrás. Él continuaba en el mismo sitio, apoyado sobre uno de los asientos laterales, con el periódico levantado, tapándose el rostro. Dejó caer el periódico un poco para poder espiar desde arriba. Ella esbozó una sonrisa débil, tratando de transmitirle la mayor cantidad de información posible. Esperó que su mirada le transmitiera el mensaje: *Lo lamento, acaba de aparecer mi novio y debo irme, en este momento preferiría quedarme contigo.* Él enarcó una ceja y luego volvió a levantar el periódico.

Una vez que el tren se hubo ido, Oliver la tomó de la mano y la condujo hacia el andén correcto. A Polly le preocupaba que él le preguntara adónde iba o por qué iba vestida con un impermeable y tacones de aguja, pero no lo hizo. Parecía perdido en sus propios pensamientos. Se sentaron en un banco vacío en mitad del andén para esperar el metro a casa. Polly miró el letrero con luces led que tenía enfrente. No leyó lo que decía, solo observó las formas de las letras que pasaban una y otra vez. El mensaje decía: *Las líneas de metro de todo Londres funcionan sin incidencias.*

20

Durante los dos días siguientes Polly no pudo concentrarse en nada y anduvo deprimida, sin saber realmente qué hacer consigo misma. Lo único que pensaba era en cómo él la había mirado cuando ella había bajado del tren con Oliver. ¿Qué significaba esa ceja enarcada? Rezó por que fuera alguna especie de respuesta, pero ¿y si estaba equivocada? ¿Y si no se había dado cuenta de que Oliver era su novio? ¿Y si no tenía ni idea de lo que había sucedido? Quizá él pensaba que ella era una histérica y que solo había estado jugando con él.

Pensó en enviarle un mensaje de texto. Él se comunicaba con ella desde un móvil diferente en cada oportunidad, pero ella había guardado los números. Miró los números, tratando de decidir cuál usar. Finalmente, no hizo nada. Miró Twitter y dedujo qué nombre de usuario había usado para el encuentro con Ratoncita. Era @can852ran. Pensó que, si buscaba, podría encontrar sus otras citas y tratar de encontrarlo de esa manera. Pero solo halló un perfil totalmente vacío que se había usado una sola vez para concertar ese encuentro específico.

En el trabajo, James no dejaba de estarle encima. Pasaba por la oficina sin avisar y le dejaba notas adhesivas si ella no se encontraba en su escritorio. Hasta ahora solo había logrado hacer una de las cincuenta y nueve tareas encomendadas, la que le ordenaba *limpia el maldito escritorio*. Trató de ver cuántas del resto de las notas podía pegar en los bordes de su pantalla antes de que la taparan por completo. Ni siquiera las respuestas ocurrentes de Alicia a los correos disléxicos de Ron le levantaron el ánimo.

Evitaba ir a su casa lo más posible. Parecía que Oliver estaba siempre en el

apartamento. Todavía estaba muy enfadada con él por haberse aparecido en el metro súbitamente y arruinar su cita con *él*. Cada vez que él quería abrazarla o se acercaba para besarla, levantaba los hombros instantáneamente hasta las orejas.

La tarde del martes salió de compras a Oxford Street después de la oficina, pero no pudo comprar mucho. Parecía que nada le quedaba bien. Estaba segura de que había perdido peso, pero todos los pantalones que se probaba hacían que sus caderas se vieran grandes, y sentía que la tela le apretaba el trasero y el vientre. Se probó montones de ropa solo para asegurarse, pero ninguna le gustó. En el probador de una tienda, la vendedora le dijo que los vaqueros que tenía puestos parecían haber sido hechos para ella. Polly los compró, aunque estaba segura de que le hacían las piernas gordas.

Se alegró de haber finalizado su primera compra. En general era así: apenas compraba un artículo, no podía dejar de comprar. Esa noche necesitaba con desesperación comprar compulsivamente. Pero cuando llevó el segundo artículo al mostrador, un mono estrecho con lentejuelas color bronce alrededor de los hombros y cierre con mirilla en la espalda, su tarjeta fue rechazada. La vendedora volvió a intentarlo por cortesía. Polly puso su mejor cara de confusión y leve enfado. Dijo a la vendedora que tendría que llamar a su banco y que volvería más tarde a retirar el mono. Pero no regresó a buscarlo. No era necesario que llamara al banco.

El miércoles decidió concertar un encuentro por Twitter. Esperaba que él viera el anuncio y fuera a su encuentro.

Mujer busca conectarse con hombre. Charing Cross. Línea norte en dirección norte. Segundo vagón. Mañana 7.00. #TubingCharingCross

No se molestó en comunicarle a Oliver que saldría después de trabajar; él tenía entrenamiento de críquet los jueves por la tarde, así que no era necesario. Hizo tiempo en la oficina hasta las seis antes de dirigirse a la

estación de metro Charing Cross. Esa mañana se había vestido para ir al trabajo teniendo en cuenta el encuentro en el metro. Se puso un vestido de licra negro muy estrecho sin sostén debajo. En la parte superior se puso una fina camisa color verde oliva que le daba un aspecto formal, pero fácil de quitar para ir a su cita. Se calzó bailarinas con estampado de cebra, pero llevó sus zapatos rojos de satén con tacón de aguja en el bolso. Él la encontró de inmediato. De treinta y tantos años, atractivo y de pelo rubio muy corto. Vestía un traje de lino estrecho y gafas con marco de metal. Se dejó la chaqueta puesta a pesar del calor que hacía en el vagón.

Se acercó a ella y comenzó a tocarla desde atrás. Sus dedos subieron por la parte de atrás de su muslo hasta debajo del vestido. Permanecieron en el atestado pasillo principal, entre el gentío de pasajeros, durante todo el encuentro. Polly se ensimismó, dejándose llevar por sus caricias. Él mantuvo sus manos sobre sus bragas. No necesitó hacer más que eso. Ella miró fijamente al frente mientras él recorría su cuerpo. Aun cuando comenzó a estremecerse logró permanecer concentrada, con los ojos fijos en un punto muerto.

Los pasajeros alrededor eran totalmente ajenos a lo que sucedía. Los empujaban cuando entraban y salían del tren, concentrados en sus obligaciones. Polly y su pareja estaban estáticos: a su alrededor reinaban el ajetreo y el bullicio, mientras ellos apenas se movían.

Él no pidió nada a cambio. Cuando terminó, le empujó el pelo hacia atrás y le dio un beso en la piel suave detrás de la oreja. No se dio la vuelta para verlo irse; no pudo salir de su ensoñación hasta la siguiente parada.

Descendió en la estación Euston. Cuando bajó al andén, lo vio a *él*. Estaba parado en la esquina del tren junto a las puertas. Él la miró entre las cabezas de una pareja que conversaba. Ella trató de empujar para volver al tren, pero las puertas ya comenzaban a cerrarse. Él le sonrió. Cuando el tren se alejó, le sopló un beso.

21

Hizo todo lo posible por volver a casa antes que Oliver. Quería darse una ducha rápida y meterse en la cama antes de que él regresara del entrenamiento de críquet. Cuando miró hacia la ventana de la sala desde la calle, vio que el apartamento estaba a oscuras.

—¡Sí! —murmuró, haciendo un gesto con el brazo al mismo tiempo. Cerró la puerta principal y soltó su bolso en el pasillo. Fue directo al baño, se quitó los tacones y encendió la luz. Se inclinó sobre la bañera y abrió el agua caliente de la ducha. De inmediato el baño se llenó de vapor. Se desabotonó la camisa rápidamente, se quitó el vestido por la cabeza y lo arrojó al suelo. Estaba en ropa interior, y se quitaba los pendientes cuando sintió que alguien la estaba observando.

Se dio la vuelta hacia la puerta. Era Oliver. Soltó un pequeño grito de sorpresa y se apoyó la mano en el pecho, asustada.

—¡Oliver! —exclamó—. No me di cuenta de que estabas en casa.

No sabía qué hora era, pero supuso que serían alrededor de las nueve de la noche. Podía ver las luces de la calle y los faros a través de la ventana de la sala. Oliver estaba apoyado sobre la puerta. La luz del baño iluminaba solo parte de su rostro, y parecía que su ojo izquierdo estuviera vacío y sus labios sobresalieran.

Él no respondió. Ella extendió la mano para buscar una toalla para taparse; de pronto, se sintió cohibida. El silencio de él la ponía nerviosa. Un par de segundos después, ella dijo:

—Voy a meterme en la ducha —y empujó la puerta del baño con la palma de la mano.

Él detuvo la puerta con el pie justo antes de que lo golpeará y esta rebotó suavemente. Dijo:

—Ven a la sala. Tenemos que hablar.

Polly tragó saliva. ¿Lo sabría? Se dejó llevar por el pánico.

De todos modos, no iba a hablar en ese preciso momento.

—Después hablamos —dijo ella, y empujó la puerta del baño con más fuerza.

—No, debemos hablar ahora.

—Estoy a punto de meterme en la ducha. Ahora no es momento. Tendrás que esperar.

Él sostuvo la puerta del baño y se mantuvo firme. Ella empujó con todas sus fuerzas. Pero la puerta no se movió.

—¡Oliver, diablos! —exclamó, sintiéndose impotente.

—Por favor, Polly, vayamos a la sala y hablemos.

Él la llamaba Polly solo cuando tenía que hablar de algo serio.

—Voy a tomar una ducha —dijo ella con mucha lentitud, como si él fuera retrasado o extranjero y no la comprendiera—. Tendrás que esperar —continuó.

—No —dijo él.

Ella comenzó a empujar la puerta otra vez. La toalla se le estaba soltando, así que tuvo que detenerse para volver a envolverse en ella.

—¡Ay, déjame tranquila, por favor! —exclamó finalmente, con la cara roja y jadeando por el esfuerzo.

Él la miró en silencio durante unos segundos más y luego dijo:

—Tu padre ha fallecido hace un rato.

La toalla cayó al suelo, y Polly se desplomó sobre ella.

A las 16.44 de esa tarde, el padre de Polly había tenido un ataque cardíaco masivo y había fallecido. Se estaba preparando una taza de té en la cocina y la

madre de Polly estaba en su dormitorio en ese momento. Encontró a su marido solo después de dos horas de haber muerto.

Esa tarde la madre había intentado llamar a Polly desde el hospital, pero ella estaba bajo tierra, sin señal. Por fin llamó al apartamento y encontró a Oliver justo cuando salía hacia su entrenamiento de críquet.

Después de conseguir levantarse del suelo, Polly no quiso creerle. Estaba segura de que se había equivocado y que era su madre la que había muerto y no su padre. Era su madre la que siempre estaba entrando y saliendo de los hospitales. Oliver le aseguró que había hablado con su madre y que no había duda de que era su padre.

—¿Por qué él? —lloró.

—Lo siento mucho —dijo Oliver, y la abrazó.

Ella mantuvo los brazos en los costados mientras él la apretaba con fuerza contra su pecho.

—¿Por qué no murió ella? —continuó, pero él no oyó sus palabras apagadas.

Una hora más tarde habló por teléfono con su madre durante unos instantes. Ninguna de las dos dijo que lo lamentaba, ninguna sintió que la otra merecía su compasión. Para su sorpresa, su madre quiso que viniera a casa de inmediato. Entonces cayó en la cuenta de que, ahora que su padre había muerto, su madre necesitaba a alguien que la cuidara. Polly se excusó y dijo que no había tren a casa tan tarde de noche. Oliver trató de interceder, ofreciéndose a llevarla. Ella lo ignoró. Dijo a su madre que tomaría un tren por la mañana. Necesitaba un poco de tiempo para despejar su cabeza.

Esa noche, Oliver la abrazó hasta que se quedó dormida. Quiso alejarlo, pero necesitaba su calidez y su consuelo.

Al día siguiente llegó a la casa de sus padres justo antes de almorzar. Oliver quiso acompañarla, pero ella le pidió que no lo hiciera. Le dijo que se pondría

en contacto con él para informarle de los detalles del funeral.

En el viaje a su casa en tren, Polly solo pudo pensar en su madre. Ella invadió sus pensamientos, que no la abandonaron ni por un instante. El paisaje familiar desencadenó recuerdos que había intentado ignorar desde su mudanza a Londres. Hizo todo lo posible por olvidar esos recuerdos, pero cada vez que intentaba pensar en otra cosa recordaba aquel día en el dormitorio de su madre, sentada junto a los ocho cuadernos de ejercicios escolares desparramados por el suelo.

En el mundo paranoico de su madre, Polly era la enemiga. Según ella, Polly había arruinado todo en su vida, desde su cuerpo hasta la relación con su marido. Era evidente que no había deseado tener hijos, pero el padre de Polly la había convencido. Polly jamás había logrado entender cómo era la relación entre sus padres. Lo único que sabía era que se habían conocido en una reunión de la iglesia cuando su madre tenía veintiún años y su padre, cuarenta y dos. Su padre era católico practicante y había participado en la iglesia de su localidad desde que fue de Irlanda a Inglaterra a fines de la década de 1960. Se casaron un año después de conocerse, y un año más tarde nació Polly.

Su madre había escrito con gran detalle todo lo que aborrecía de Polly. Desde el momento de su nacimiento, su madre estaba convencida de que había algo malo en Polly, algo malvado. Escribió que había querido lastimar a Polly, narró con detalle sus fantasías de asfixiarla o ahogarla durante el baño. Cuando Polly creció, el delirio de su madre cambió y empezó a creer que su hija trataba de robarle a su marido. El lenguaje que usaba era repugnante. Describía acontecimientos inocentes como perversiones, tanto que Polly apenas había podido leerlos. Narró con lujo de detalles cómo Polly había usado su sexualidad para andar desnuda por la casa cuando su marido llegaba del trabajo: Polly tenía cinco años y era la hora de su baño. Cuando Polly fue adolescente y su cuerpo empezó a desarrollarse, las descripciones de su madre se tornaron más feroces, y empezó a imaginar que Polly intentaba

desarrollar una relación incestuosa con su marido. Ella no creía que este tuviera algo que ver en todo eso; él era una víctima inocente.

Polly nunca le había contado a nadie lo que había leído en los cuadernos, ni siquiera a su padre. Al principio fue porque no quería que su madre descubriera que había estado revisando sus cosas, pero después fue porque sentía vergüenza y pudor. ¿Cómo alguien podía pensar semejantes cosas de su propia hija? Quizá era verdad que estaba enferma.

Estos pensamientos habían consumido a Polly. Le había sido difícil concentrarse en otra cosa. Estar en su casa era una pesadilla. Intentaba marcharse de la casa de sus padres lo más posible; no deseaba darle a su madre más argumentos, y, en consecuencia, vivía prácticamente en su dormitorio. Se volvió malhumorada y difícil de tratar, y dejó de ver a sus amigas. Las altas calificaciones que prometía Polly quedaron en el olvido y apenas lograba pasar sus exámenes. Todo en su vida se caía a pedazos, y no podía hacer nada por impedirlo o hacer que las cosas volvieran a estar como antes.

Poco tiempo después, toda esa emoción negativa se convirtió en odio hacia sí misma y empezó a bajar de peso. Nunca había sido una niña gorda, tenía un peso normal, pero cuantos más kilos perdía, más la consumían la comida y el hambre, bloqueando todo pensamiento sobre lo que su madre había escrito. Encontró un mecanismo para sobrevivir y volvió a tener cierto grado de control sobre sus pensamientos. Mientras tanto, languidecía. Pronto se volvió completamente apática.

Su padre atribuyó su comportamiento a los típicos berrinches adolescentes. Polly lo interpretó como si ni siquiera a él le importara lo que le sucediera. Cuando cumplió dieciséis años y su peso descendió a treinta y cinco kilos, él se dio cuenta. Polly estaba en su habitación con la puerta entreabierta. Hacía los deberes sobre su cama. El enorme mono de lana que tenía puesto le había estado picando todo el día. Se sentó y empezó a quitárselo por la cabeza; se

pegó con su camiseta y su tórax quedó al descubierto. Su padre acababa de llegar del trabajo y entró en su habitación para saludarla. Ella levantó la mirada y lo vio parado en la puerta; tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Sin duda, su madre se había dado cuenta mucho tiempo atrás pero no había dicho nada. Llevaron a Polly al médico, quien la miró y la hizo internar en el hospital local. Desde allí pasó a una unidad psiquiátrica, y luego a una clínica especializada en trastornos alimentarios. Le introdujeron una cánula de alimentación en el estómago después de que se arrancara la sonda de alimentación de la nariz por tercera vez.

La clínica estaba a ochenta kilómetros de su casa. Su madre no la visitaba porque decía que era demasiado lejos para viajar estando tan enferma, pero su padre iba a verla todos los días. Él hizo todo lo posible por ayudarla en su recuperación, aunque nunca pudo descubrir por qué se dejaba morir de hambre. Polly no se animaba a decírselo; simplemente, no encontraba las palabras para expresarlo.

Abrió la puerta principal de su casa con la llave que aún guardaba en su llavero. Mientras ponía la llave en la cerradura se preguntó si volvería a usarla después de esa visita.

Fue directo a la cocina. Olía a ropa limpia y a cocina. No había cambiado nada desde que era niña. Los armarios tenían las mismas puertas color naranja brillante y los cajones blancos, la encimera de falso mármol moteado manchada con marcas de tazas de té y quemaduras; todavía estaban los poco prácticos grifos de agua caliente y fría. Era su padre quien se ocupaba de la casa. Él había cocinado, limpiado, lavado y realizado todas las tareas domésticas. Se dio la vuelta para mirar la puerta de la cocina. Su delantal con la leyenda *Besa al cocinero* estaba colgado en la parte de atrás de la puerta, donde lo dejaba siempre. Casi pudo ver la marca de su enorme barriga en el delantal. De inmediato, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Ah, has llegado.

Polly se dio la vuelta y vio a su madre en la puerta. Estaba en su silla de ruedas, con el ceño fruncido. Se veía terriblemente delgada. Cuando apoyó los brazos sobre las ruedas para avanzar, Polly vio que la piel le colgaba alrededor de los huesos.

—No te he oído cuando entraste —continuó, mientras se acercaba al fregadero. Puso el freno a la silla y luego se incorporó, apoyándose en la encimera.

Polly la observó y contuvo las ganas de gritar. ¿Por qué seguía fingiendo? Ya no había nadie que la viera.

—Me alegro de que por fin hayas llegado —observó con sarcasmo—. Mejor hubiera sido que estuvieras presente cuando todavía estaba vivo... Es mejor tarde que nunca, supongo.

Su madre se dio la vuelta para estar frente a frente, apoyándose en la encimera. Parecía totalmente fuera de lugar. Polly tenía muy pocos recuerdos de su madre en la cocina. Generalmente eran solo Polly y su padre quienes tomaban sus comidas aquí juntos. Su madre comía en su habitación, a menos que, directamente, no comiera. Le parecía extraño que estuviera en la cocina ahora, si bien era su casa y Polly no vivía allí desde hacía años.

—¿No tienes nada que decir? —dijo su madre con amargura.

Polly permaneció en silencio.

—¿Eso son lágrimas? ¿Por qué has estado llorando, Polly?

Polly la odiaba. Era malvada, de una maldad pura.

—No creí que te importara, nunca le diste importancia a tu padre cuando vivía.

Fue suficiente. Polly saltó hacia su madre y golpeó la mesa de la cocina. No sabía qué hacer, si darle una bofetada o escupirle. Pero su madre la paró en seco y la aferró de la muñeca.

—Cuidado, Polly, estás plantada justo donde tu padre exhaló su último

aliento.

Inmediatamente, Polly retrocedió de un salto.

—No te preocupes, él lo entenderá. Lo pisoteaste toda su vida; ¿por qué iba a molestarle que lo hagas ahora que está muerto?

Polly se dio la vuelta y salió corriendo de la estancia. Pasó por el largo pasillo hasta su antiguo dormitorio, cerró de un portazo, se tiró sobre la cama y sollozó.

Se despertó una hora más tarde. Al principio no se dio cuenta de dónde estaba. Luego rodó hacia un costado y vio el póster colgado en la pared trasera. Era la foto de un gatito suave y esponjoso, colgando de un árbol por una sola pata. Abajo se leía: *Aguanta, cariño*. Su padre se lo había regalado y lo había colgado cuando volvió de la clínica. A ella le había encantado apenas lo vio. Su padre se había parado junto a la puerta de su dormitorio para observarla.

—¿Qué te parece? —le había preguntado. Ella había sonreído tímidamente.

Luego apareció su madre en la puerta y echó un vistazo al póster por encima de su hombro.

—Patético —dijo. De pronto Polly se puso a llorar otra vez al revivir el recuerdo.

Trató de imaginar a su padre parado en la puerta, sonriéndole, pero cuanto más lo intentaba, más tenue y borrosa era su imagen, hasta que sintió como si jamás lo hubiese visto.

22

El funeral estaba programado para una semana más tarde. Polly se quedó en la casa de sus padres hasta entonces.

Durante ese período vio muy poco a su madre. Esta se pasó la mayor parte del tiempo en su habitación y dejó que Polly organizara el funeral. Tuvo muchas visitas; su padre era muy querido en el pueblo. Reconoció solo algunas caras; sin embargo, todos sabían quién era ella.

—Él hablaba de ti todo el tiempo, estaba muy orgulloso de su hijita.

Las palabras la angustiaban. Su madre desaparecía cada vez que alguien llamaba a la puerta. Hubo muchas muecas y expresiones de pena por el profundo dolor que su madre debía de estar sufriendo. Polly asentía, por respeto hacia él, no hacia ella.

El quinto día en la casa de sus padres Polly recibió un mensaje de texto. Era para un encuentro esa noche. El corazón le dio un vuelco cuando lo leyó: el mensaje era de él. Pensó en escaparse y tomar un tren a Londres. Sentía desesperación por desaparecer en el metro otra vez, por fingir que todo esto no estaba sucediendo. Sin embargo, la logística era imposible. La estación de tren quedaba a diez minutos en coche desde la casa de sus padres; ella no tenía automóvil. Si iba caminando tardaría más de una hora entre senderos de campo estrechos y repletos de maleza. Y aunque pudiera llegar a Londres, sería imposible conseguir un tren de regreso después del encuentro a esa hora de la noche.

También debía lidiar con su madre. A pesar de que apenas la veía, esta parecía conocer todos los movimientos de Polly, como si la tuviera en su radar.

Sin embargo, no acudió al encuentro principalmente por respeto a su padre. Parecía que, ahora que estaba muerto, él sería capaz de descubrirlo todo. Lo imaginaba mirándola desde una nube en el cielo y agitando la cabeza con desilusión. Ella sabía que era un pensamiento infantil, ya que su padre estaba en uno de los frigoríficos del tanatorio, pero no podía quitarse esa imagen de la cabeza.

Su otro dilema fue cómo responder al mensaje. Se rompió la cabeza durante horas. Conocía las reglas: nada de detalles personales, de manera que apenas podía comunicar lo que le había ocurrido. A medida que se acercaba la hora del encuentro, Polly se paseaba ansiosamente por su dormitorio. Decidió que lo mejor era solo ser sincera aunque restándole importancia, y responder algo así como: *No estoy en la ciudad pero volveré la semana próxima, encontrémonos entonces.*

Había comenzado a escribir el mensaje cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—Polly. La puerta —gritó su madre.

Polly la ignoró y siguió escribiendo el mensaje.

—¡Polly! —dijo su madre, gritando más alto.

Sabía que no tenía elección. Arrojó el móvil sobre la cama y corrió a atender.

Era el sacerdote. Había venido para hablar sobre el oficio religioso del viernes.

Polly y su madre discutieron por todo, desde el orden del oficio hasta los himnos que a su padre le hubiesen gustado. El sacerdote permaneció sentado pacientemente hasta que llegaran a algún acuerdo. Por fin, su madre ganó la batalla:

—Últimamente apenas lo veías; no tienes idea de cuáles eran sus deseos.

No fueron las palabras de su madre las que la persuadieron de darse por vencida; de pronto se dio cuenta de que él ya estaba muerto. Él no asistiría al

funeral, no como una persona viva. En realidad, no tenía importancia.

Oliver llegó el día del funeral por la mañana. Apenas lo vio, su madre se animó de inmediato. Él se veía diferente, como cuando una persona asiste a un lugar trillado pero desconocido. El bungalow parecía demasiado pequeño para él, y estropeaba su ropa y sus zapatos costosos. Polly no deseaba que estuviera allí. No debido a lo que había ocurrido en Londres, sino porque durante la mayor parte de su relación ella había intentado ocultarle todo eso que ahora se hacía evidente: los revestimientos de plástico blanco, el papel pintado de los años setenta, el jardín descuidado... y a su madre.

Polly lloró desde el momento en que vio el ataúd hasta que lo enterraron. No era capaz de sufrir en silencio; no entendía a quienes podían hacerlo. Sentía como si algo la aplastara en su interior; de alguna manera debía desahogarse. Dejó que Oliver la consolara. Era una situación incómoda para los dos. Su madre le clavó la mirada desde el otro lado del ataúd. No la dejó tranquila ni siquiera en su dolor.

Después del funeral, todo el mundo volvió a la casa. Ni Polly ni su madre habían tenido en cuenta esta eventualidad. No tenían comida, así que solo pudieron ofrecer té. Oliver, siempre ingenioso, fue hasta el supermercado local y trajo una selección de bollos y tortas. Finalmente, el festín no estuvo nada mal. Oliver hizo de anfitrión toda la tarde. Las mujeres quedaron encantadas con su acento y sus modales de escuela privada. Cuando supieron que era cirujano se oyó un rumor de admiración en toda la habitación. Polly pasó la mayor parte del tiempo en la cocina, preparando té. Encontró una botella de coñac en uno de los armarios. Bebía un sorbo cada vez que preparaba una tetera.

Hacía una hora que habían regresado a la casa cuando Polly se dio cuenta de que su madre había desaparecido.

Entró en su dormitorio sin llamar. Su madre estaba junto a la ventana,

mirando al vacío.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Polly.

Su madre se dio la vuelta, con la boca abierta y expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Qué diablos crees que estoy haciendo?

Quizá fue producto del alcohol, o tal vez Polly había llegado a su límite.

—No tengo ni idea. A mí me parece que haces lo que siempre has hecho: esconderte en tu dormitorio para no tener que enfrentarte al mundo.

—¿Cómo te atreves? —replicó su madre, volviéndose hacia ella—. Acabo de perder a mi marido.

—A tu niñera, querrás decir.

—¿Qué?

Por la expresión de su rostro, Polly supo que había ido demasiado lejos.

—Nada.

—No, repítelo.

Desde su llegada, su madre intentaba buscar pelea.

—Está bien. He dicho que «has perdido a tu niñera».

Su madre agitó la cabeza lentamente.

—¿Quién diablos te crees que eres, Polly? Jamás te has preocupado por él; no recuerdo la última vez que lo viste.

—En realidad, lo vi hace un par de semanas. Fue a Londres a visitarme.

El rostro de su madre se transformó. Ella no sabía que él había estado yendo a Londres a visitarla.

—Sí, venía con bastante frecuencia. ¿No te lo dijo? —preguntó Polly. Las palabras brotaron de su boca ebria con petulante satisfacción.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir con «por qué»?

—¿Por qué fue a visitarte? —preguntó, desconfiada.

—¿Por qué crees? Porque soy su hija, quería verme... —Polly dejó de

hablar al darse cuenta qué estaba pensando la cabeza enferma de su madre—. Eres perversa, lo sabes.

—¿De qué hablas?

—Tú y tus delirios paranoicos. He leído tus estúpidos libros —soltó Polly. De pronto sintió la valentía suficiente como para decir las palabras que todos esos años había creído impronunciables.

—¿Qué libros?

—Los que escondes en la parte de atrás de tu armario —respondió Polly, y cruzó la habitación hacia él.

De inmediato su madre comenzó a avanzar en su silla de ruedas para impedirselo.

—No te atrevas a tocar mis cosas —siseó.

—Debiste ser tú, no él —le espetó Polly.

—¿Cómo dices? —replicó su madre, como si fuera alguien inocente en todo esto.

—Tú... me has arruinado la vida, has arruinado la vida de mi padre...

—¿Yo he arruinado su vida? —dijo, sin poder creerlo—. Yo he sacrificado todo por ese hombre.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué sacrificio has hecho alguna vez?

—Tú. Le di una hija, a ti. —Polly, simplemente, la miró—. Nunca te he querido, Polly. Nunca he querido tener hijos. Pero él sí quería, y te tuve por él.

Polly no podía creer lo que oía. No era ninguna novedad para ella, ya había leído cuáles eran los sentimientos de su madre, pero escucharla decir esas palabras en voz alta... Iba contra la naturaleza, destruía su existencia.

—Y he sufrido como consecuencia de esa decisión desde el día en que naciste —continuó su madre.

Polly comenzó a temblar. La aborrecía; nunca había creído que se pudiese odiar tanto a alguien.

—Bueno, ahora estás jodida, ¿verdad? —gritó.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —preguntó, confundida.

—Él ya no está, y no tienes quien cuide de ti. Tampoco necesitabas realmente a nadie.

—¿Cómo te atreves? No tienes idea de lo que he tenido que soportar.

—¡Son todo mentiras! No tienes ninguna enfermedad, nunca la has tenido. Puedo probarlo. —Polly marchó hacia ella—. Levántate —gritó.

—¿Qué? —Su madre pareció genuinamente asustada.

—Tendrás que ponerte de pie. No voy a quedarme a cuidar de ti. —Polly agarró los brazos de la silla de ruedas y comenzó a inclinarla hacia delante—. ¡He dicho que te pongas de pie!

—¡No! ¡Suéltame! —dijo su madre, dándose la vuelta, tratando de espantarla cuando comenzaba a deslizarse por la silla. Como Polly esperaba, su madre puso los pies en el suelo y empezó a dar un paso hacia el costado.

—Bruja mentirosa, puedes aguantarte... —comenzó a decir.

Pero la puerta del dormitorio se abrió de pronto.

—Polly, ¿qué sucede? Todo el mundo puede oírlos desde el... —Oliver calló y abrió los ojos de par en par, atónito al ver lo que sucedía. Corrió hacia el otro lado de la habitación—. Suéltala —le gritó a Polly; luego asió sus manos, las separó de los brazos de la silla de ruedas y las sostuvo con firmeza. La silla volvió a su sitio. Su madre se desplomó torpemente en su asiento.

—¿Qué diablos estás haciendo? —No miró a la madre sino a Polly, absolutamente consternado.

Polly le devolvió la mirada. ¿Por qué la miraba de ese modo? ¿Acaso no había visto que su madre era capaz de ponerse de pie? Luego cayó en la cuenta. Miró a su madre: tenía la mano apoyada en la frente; temblaba y respiraba profundamente. Nuevamente representaba su papel de víctima. Polly era la hija mala y demente que la había atacado. Había hecho lo mismo que hacía con su marido. Oliver había visto lo que ella quería que viera.

Polly sintió que estaba a punto de explotar.

—¡Grrr! —gritó, y se liberó. Salió corriendo de la habitación y fue hacia la puerta principal. No se detuvo hasta que llegó al parque situado al final de la calle. Una vez allí cayó de rodillas y respiró muy hondo. Todo su cuerpo temblaba violentamente; jamás había sentido tanta ira en su vida. Pero no solo sentía ira hacia su madre, sino hacia su padre por haberla soportado, hacia Oliver por estar allí, hacia *él* por enviarle el mensaje de texto dos noches atrás, hacia sí misma por no haber respondido el mensaje.

23

Polly holgazaneó en el parque hasta que vio que las últimas visitas se iban de la casa. Estaba descalza. Volvió caminando con cuidado por el pavimento, evitando las piedras grandes y las áreas con gravilla.

La puerta principal aún estaba abierta. Fue directamente a su habitación y metió todas sus cosas en su bolso.

Cuando terminó de recoger todo se dirigió a la cocina, donde Oliver estaba ordenando, lo asió del codo y lo hizo salir por la puerta principal. Él protestó e insistió en despedirse de su madre primero. Polly le dijo que hiciera lo que quisiera; ella lo esperaría en el coche.

Una vez de camino, sacó el móvil del bolso para consultarlo. No había mensajes. Maldijo en voz baja.

—¿Qué ocurre? —preguntó Oliver, mirándola desde el asiento del conductor.

—Nada.

Polly deseó que él pusiera la radio; el silencio era desagradable. Extendió la mano para encenderla. Él agarró su mano apenas se inclinó hacia el interruptor.

—Debemos hablar —dijo, con voz dulce y cálida.

Polly miró a través del parabrisas.

—Polly, solo quiero decirte que estoy contigo. —Frunció los labios, conforme—. Va a ser difícil para ti ahora que tu padre no está, pero hay otra persona a la que le va a costar más que a ti, y que ahora no tiene a nadie.

—¿Quién? —preguntó Polly, volviéndose hacia él, sinceramente sin saber de quién hablaba.

—Pues... tu madre —respondió Oliver, mirándola como si estuviera loca.

Polly tuvo ganas de arrancar el freno de mano con todas sus fuerzas, hacer chocar el coche y explotar en mil pedazos.

—Hemos estado charlando y...

—¿Cuándo habéis estado charlando? —lo interrumpió Polly.

—Esta tarde, cuando te has marchado.

Polly exhaló con fuerza por la nariz.

—Como te decía, hemos estado charlando —continuó Oliver—. Lo ha perdido todo. Tiene miedo de no poder arreglárselas sola.

Hizo una pausa, esperando que Polly dijera algo. Pero Polly no habló. No tenía sentido. Ella ya le había llenado la cabeza de mentiras.

—Ojalá me hubieses dicho lo enferma que estaba. Podría haberla ayudado. —Nuevamente esperó a que ella hablara—. A propósito, conozco un especialista en el hospital que trata casos como el de tu madre: pacientes que consultan a uno y otro médico y nunca llegan a ningún diagnóstico. Voy a llamarle cuando volvamos para concertar una cita. Le he dicho a tu madre que puede quedarse en el apartamento mientras la evalúan...

—Cierra la boca —soltó Polly, con los dientes tan apretados que pudieron haberse roto en pedazos.

Él se detuvo abruptamente.

—Polly —dijo él, pronunciando cada letra para manifestar su incredulidad.

Polly tensó todos los músculos del cuerpo para tratar de controlarse. No podía creer que hubiese sido tan tonta como para dejarlos solos en la casa.

Oliver permaneció en silencio un momento y luego dio un gran suspiro.

—Ella me ha advertido que podrías reaccionar así. Debéis arreglar vuestras diferencias. —Extendió la mano para tomar la de ella. Polly mantuvo su mano firmemente sobre su pierna, rehusándose a permitir que él la cogiera—. Estoy de tu lado, Polly. Ella me ha dicho lo que sucedió cuando eras más joven. Cree que podrías tener una recaída, estás muy delgada, y me inclino a pensar que

tiene razón. —Empezó a hablar rápidamente, como dando un discurso—. Pero no tienes que preocuparte, voy a cuidar de ti, haré que vuelvas a estar en forma. Me deben un descanso en el trabajo, así que podemos comenzar a pasar más tiempo...

—¡Cállate! —gritó Polly.

Oliver saltó literalmente cuando su chillido agudo perforó el aire.

Polly se tapó la cara con las manos y empezó a llorar. Quería volver a Londres, verlo a *él*; al diablo con todo lo demás.

24

Once días después de volver a Londres, Polly aún no había recibido un solo mensaje. Estaba segura de que lo había echado todo a perder. Hasta ahora, el tiempo más largo que había transcurrido entre un mensaje y otro nunca había sido más de una semana. ¿Por qué no habría respondido al mensaje que llegó cuando estaba en casa de sus padres? No dejaba de pensar en todo lo que debió haber hecho, lo que pudo haber hecho, si solo lo hubiera hecho.

En un arranque de desesperación había respondido el mensaje cuatro días después de regresar a Londres. Había escrito: *He vuelto y estoy lista para la acción*. Sonaba cursi, pero no le importó. No recibió respuesta. Un par de veces su pulgar flotó peligrosamente sobre el botón de llamada de los números desde los que él le había enviado los mensajes de texto. Pero no pudo hacerlo: conocía las reglas. Si llamaba, sin duda, todo se terminaría.

Trató de publicar en Twitter. Usó su falso usuario, @44oro, y escribió:

Mujer busca encontrarse con hombre. Línea norte. Leicester Square en dirección sur. Segundo vagón.

18.00 esta tarde. #TubingLeicesterSquare

Había sido en Leicester Square donde lo había visto a él con Ratoncita, así que tenía la esperanza de que él buscara el nombre de usuario y la encontrara. Además, él conocía su nombre de usuario, quizá todavía lo vigilaba. No tuvo que esperar mucho tiempo; media hora después alguien dejó una respuesta. Decía:

es una pérdida de tiempo. no iré

Él había encontrado el mensaje; la respuesta era del usuario de Twitter @can852ran. Polly estaba en su escritorio en la oficina cuando miró el teléfono y vio el mensaje. Apoyó la cabeza entre las manos. Sentía que ya no le quedaba nada, absolutamente nada. Lionel pasó por su escritorio varios segundos después. Se detuvo y apoyó la mano sobre su espalda. Ella lo miró con los ojos empañados.

—Creo que has vuelto demasiado pronto —dijo.

Al principio no tuvo idea de qué hablaba, y luego cayó en la cuenta: se refería a su padre.

—No, no, estoy bien —respondió, encogiéndose por dentro: se sintió una impostora—. Necesito un momento.

—¿Estás segura? No tengo ningún problema en que te tomes más tiempo si lo necesitas. —Parecía muy preocupado.

Ella sonrió torpemente y volvió a su escritorio, deseando que se fuera.

Oliver, fiel a su palabra, estuvo presente para obligarla a comer todas las noches. Logró cambiar el cronograma de sus cirugías para poder estar en casa antes de que ella volviera de la oficina. Se sentaba delante de ella y observaba cuidadosamente cada bocado que comía. Pero eso no era todo: esperaba pacientemente hasta que veía que el alimento pasaba por su garganta y lo tragaba. Era evidente que su madre lo había puesto al tanto del protocolo. No podía librarse de él. Pronto supo que, cuanto más rápido comiera, antes podría ir al baño a vomitar.

Pasaba mucho tiempo en el baño; era el único sitio donde podía estar a solas. Se acostaba bajo el agua bien caliente y dejaba que sus extremidades flotaran hasta la superficie y su cabeza volara. Durante esos preciosos minutos ella simplemente permanecía allí, existiendo. Ningún pensamiento ocupaba su cabeza, solo veía oscuridad detrás de sus párpados cerrados, no escuchaba nada con las orejas hundidas justo debajo del agua, ninguna sensación en el

cuerpo excepto la calidez envolvente del agua. Pero no duraba mucho tiempo. El agua comenzaba a enfriarse, o su piel se arrugaba tanto que parecía no pertenecerle, las manos y los pies le picaban, y se inflamaban e irritaban.

A veces, en medio de su ensoñación, él venía a visitarla. No podía evitar torcer la cabeza, prepararse para besarla, extender la mano para tocar su pecho y acariciar sus costillas. Pero de pronto comprendía dónde se encontraba, abría los ojos y veía que estaba en el baño frío y sin ventanas de Oliver. Volvía a hundirse bajo el agua y contenía la respiración hasta que los pulmones le exigían aire. Un par de veces se quedó demasiado tiempo y el mundo empezó a ponerse borroso.

Su madre había llamado; no para hablar con ella, sino con Oliver. Una tarde, Polly llegó a casa y lo encontró hablando por su móvil. Apenas entró y lo vio, supo que hablaba con ella. Se paró en la entrada y lo observó hasta que él la vio. Estaba sentado en el sofá. Tenía un folleto de vacaciones sobre las piernas cruzadas: había decidido que le haría bien hacer una escapada a alguna parte. La lámpara de pie globo de bronce oscilaba sobre su cabeza, iluminando su calvicie incipiente.

—Es tu madre —articuló cuando la vio.

Ella salió de la sala y fue directamente al baño. Hizo correr el agua mientras vomitaba en el retrete y lloraba como una niña.

Comenzaba a perder todas las esperanzas. Entonces, por casualidad, volvió a encontrarlo.

Ella regresaba a casa después del trabajo. La línea Central estaba cerrada debido a un fallo en las señales; el metro era un caos. Logró llegar a la línea Piccadilly hacia South Kensington, pero estaba totalmente repleta. Finalmente caminó hasta Euston Square, donde entró en la línea Hammersmith and City.

Eran las 18.02, hora punta. Un número aparentemente exorbitante de pasajeros se acumuló en cada parada. Aunque el verano estaba llegando a su

fin, el calor del día bajo tierra quedó atrapado en el vagón sin ventilación. Se encontró apretada junto a un ejecutivo en el pasillo principal. Parecía que el hombre no podía respirar por la nariz y tenía la boca abierta. Soplabla cada exhalación directamente en el rostro de Polly. Su aliento olía a boñiga de vaca. Polly consiguió darse la vuelta, pero él levantó la mano y se asió a la barandilla de arriba. El olor a sudor de su axila la obligó a alejarse de él completamente. Ninguno de los pasajeros alrededor pareció alegrarse demasiado, pero el olor le resultó insoportable. En su nueva posición se asió a la barandilla de arriba y quedó colgada. Cerró los ojos y fingió estar en otro sitio. No pasó mucho tiempo antes de que empezara a pensar en *él*: en esa primera vez, en cómo la había mirado y luego cómo se había acercado a ella y la había besado, acariciando su espalda. Se le hizo un nudo en el estómago. Empezó a menearse suavemente para tranquilizarse.

Cuando volvió a abrir los ojos, *él* estaba parado al otro lado del vagón. Al principio, sus ojos no enfocaron; estaba parado justo como se lo imaginaba en su ensoñación, pero luego se espabiló y su cerebro reaccionó. Cuando se dio cuenta de que realmente era *él*, saltó literalmente, y varios pasajeros se enfadaron.

Él no la había visto; había demasiadas personas entre ellos y él miraba hacia abajo en vez de hacia adelante. Un foco lo iluminaba desde arriba. Nunca había visto a nadie tan perfecto. Entre el mar de rostros a su alrededor, parecía irreal. El resto de los pasajeros estaba nervioso y agitado por el calor, pero él no se inmutaba y parecía completamente tranquilo, perfecto.

De inmediato ella comenzó a abrirse paso hacia él. Era casi imposible meterse entre la multitud, pero avanzó lo mejor que pudo. Hubo muchas quejas y bufidos, seguidos de rápidos «disculpe» por parte de Polly. Él estaba bastante lejos, en el final del vagón. Polly intentó moverse con rapidez antes de que el tren llegara a la siguiente estación y él se bajara o ella lo perdiera, pero los demás pasajeros se lo impidieron. Tuvo que detenerse a mitad de

camino en el vagón, donde la multitud era tan densa que no había modo de pasar. Una familia francesa ocupaba la mayor parte del espacio. Ella dijo «disculpe» varias veces, pero estaban demasiado ocupados discutiendo sobre el endeble mapa del metro que se quitaban unos a otros como para que la oyeran.

Después de un par de segundos, Polly decidió que no podía esperar más y se abrió paso a empujones. No vio la enorme maleta negra que estaba a sus pies y se chocó con ella. Todo el mundo se dio la vuelta mientras ella trataba de aferrarse a las personas que la rodeaban para no caerse. Pero no sirvió de mucho. Cayó de lado torpemente y luego sobre el costado de su cara. Una mujer la ayudó a levantarse. La familia francesa solo la miró sin entender.

Una vez de pie, su única posibilidad fue quedarse quieta hasta la siguiente parada, cuando podría salir y volver a entrar por las puertas que estuvieran más cerca de donde estaba él. Sintió una ola de excitación. Él se sorprendería al verla. Pensó en acercarse con tranquilidad, sin que él se diera cuenta, y luego ponerse detrás de él y agarrarlo de la entrepierna.

Ahora se encontraba en una posición peor que la anterior. Era difícil verlo entre los periódicos y las cabezas que se movían delante de ella. Después de mucho agacharse y moverse, por fin logró ponerse en un buen sitio con una vista aceptable. Entonces, de la nada, apareció la cabeza de una chica. Polly no podía creerlo. La chica se puso directamente frente a él y le tapó completamente la vista.

—Quítate de en medio —dijo Polly en voz baja. Al principio la chica le daba la espalda, pero después se dio la vuelta y quedó de cara a ella. Tenía una expresión vidriosa en la cara, como si estuviera en una especie de trance. Le llevó varios segundos a Polly darse cuenta de lo que sucedía. Y cuando comprendió, todo a su alrededor desapareció; todo excepto la chica. Ella estaba con *él*.

La chica era bella, de pelo rubio, largo y lacio, con un flequillo grueso,

labios prominentes y sensuales y piernas largas y finas: de una belleza tan inalcanzable como la de él. Los celos carcomieron a Polly. Tragó con fuerza y entonces vio el rostro de él, frotándose contra el cuello de ella. Siguió observando; los ojos de la chica se cerraron cuando la boca de él pasó por su cuello y mordió el lóbulo de su oreja. Polly solo podía imaginar lo que ocurría debajo, donde no alcanzaba a ver. Conocía los lugares íntimos que él estaría tocando y cómo estaría haciéndola sentir.

Polly entrecerró los ojos, proyectando todo su odio en ella.

—Muérete, bruja, *muérete* —murmuró entre dientes. De pronto, la chica se sacudió. Sus ojos se abrieron de golpe y todo su cuerpo se puso rígido; luego se desplomó hacia adelante como si todos sus músculos se hubiesen aflojado. En ese movimiento hubo algo espantosamente violento. Polly de inmediato se puso de puntillas, tratando de ver qué sucedía, pero no pudo verla más; él la había agarrado y le había dado la vuelta, de manera que ahora estaba escondida detrás de él.

El sistema de altavoces del tren anunció la siguiente estación, Baker Street. Ella vio que él avanzaba hacia las puertas. Llevaba a la chica consigo. Ella no parecía tener ningún control sobre su cuerpo; apenas estaba consciente. Una vez en la puerta, él se detuvo un momento para meterse la mano en el bolsillo. Sacó una gorra de béisbol y se la puso en la cabeza con su mano libre. Se echó la visera sobre el rostro.

Polly se abrió paso a empujones hacia las puertas más cercanas para poder seguirlo. Algo le decía que, fuera lo que fuese lo que acababa de suceder, era grave. Muy grave.

Una vez fuera del tren, observó cómo él caminaba y arrastraba a la chica por el andén atestado de gente. Polly se apresuró para ver mejor. Al parecer, la chica estaba un poco más consciente. Sus ojos se abrían y cerraban como si se despertara de un sueño profundo, pero sus brazos y piernas colgaban como si no tuviese control sobre ellos. Él se detuvo cuando llegaron al final del andén,

cerca de la entrada al túnel. Se acercó a la pared y la apoyó, como si ella fuera un maniquí. Pasó sus brazos por debajo de las axilas de ella y luego apoyó las manos en los azulejos para sostenerla. Miró cautelosamente a su alrededor para ver si alguien estaba mirando.

Polly se escondió detrás de un grupo grande de turistas. Desde donde ella miraba, parecía que él le hablaba. Ella no respondía; a veces levantaba la cabeza para mirarlo, pero principalmente su cabeza le colgaba sobre el pecho, como si no tuviera fuerza en el cuello. Polly deseaba desesperadamente oír lo que él decía, pero sabía que no podía acercarse lo suficiente sin ser vista.

El andén estaba repleto. Era un andén estrecho, de modo que varias hileras de personas empezaron a formarse a lo largo del borde para esperar el próximo tren. Él no dejaba de mirar el letrero LCD. Apenas este anunció que el próximo tren se acercaba, él puso su brazo alrededor de la cintura de la chica y se abrió paso hacia la primera hilera de pasajeros. Polly los siguió, manteniendo una distancia segura. Observó cómo la guiaba, de tal manera que ella miraba hacia adelante y él la sostenía por detrás. Tenía sus manos firmemente en su cintura, pero los pies de ella colgaban peligrosamente cerca del borde del andén. Parecía que estaba más consciente. Miraba a izquierda y derecha, tratando de ver dónde estaba. Sus ojos se veían pequeños y entrecerrados, como si no pudiera enfocar la mirada.

De pronto, Polly oyó el ruido del tren acercándose al andén. Miró hacia el túnel. Su pelo se levantó con una ráfaga de viento que le tapó el rostro. Pudo ver que los faros avanzaban en medio de la oscuridad. Volvió a mirarlo. Su rostro estaba tenso y concentrado. La chica ahora estaba tan cerca del borde de andén que su pelo y su vestido volaron hacia arriba, atrapados en la cálida ráfaga, y pareció más despierta de lo que en realidad estaba. Polly miraba sin poder creerlo: ¿estaba a punto de hacerlo? Empezó a caminar hacia ellos y extendió los brazos a modo de precaución, sin poder detenerse, acercándose peligrosamente.

Cuando el tren entró velozmente en la estación, él la soltó. Polly se detuvo en seco, paralizada cuando la chica cayó frente al tren. El conductor aún no había empezado a frenar, de manera que la arrolló a toda velocidad. Explotó como una sandía que caía al suelo.

De pronto la estación se llenó de ruidos de frenos chirriantes. Nadie se movió. Nadie respiró. Cuando el tren finalmente se detuvo, el silencio envolvió a la multitud. Parecía que la escena entera se había detenido.

La chica que estaba parada junto a Polly fue la primera en moverse. Ahuecó las manos alrededor de su boca y lanzó un grito. El chillido se hizo más intenso cuando cayó en la cuenta de que el líquido húmedo y pegajoso sobre su cara era la sangre de la chica. Polly sintió algo sobre su labio y con la lengua instintivamente lo lamió. El gusto a metal caliente llenó su boca.

Se desató el caos. Todos a su alrededor se tropezaban y chocaban entre sí, incapaces de poner un pie delante del otro. El clamor fue similar al de los aviones que despegan. Polly se quedó inmóvil en medio del gentío, y sintió un terror que nacía entre los dedos de sus pies y ascendía por todo su cuerpo hasta ensordecirla.

Se oyó un aviso en el altavoz que indicaba que todos los pasajeros debían dirigirse a la salida más cercana. Un hombre chocó contra Polly, confundido, y estuvo a punto de derribarla. De pronto desapareció el zumbido de sus oídos y volvió abruptamente a la realidad. La chica que estaba al lado de ella había dejado de gritar y ahora lloraba; un par de hombres en mangas de camisa la ayudaron a levantarse. Oyó voces perplejas a lo largo del andén que se preguntaban qué había sucedido.

—Hay algo abajo —respondió una voz.

Luego alguien más adelante gritó:

—¿Qué hay abajo?

Y la respuesta:

—Una bomba. ¡Hay una bomba debajo del tren!

Un tsunami de pánico se desató en el andén hasta que, cuando llegó al final, se decía que la bomba acababa de explotar debajo del tren. La gente empezó a gritar y a empujarse para ir a la salida más cercana.

Polly miró a su izquierda. *Él* seguía allí parado, exactamente en el mismo lugar en que estaba cuando soltó a la chica. Pero ya no estaba concentrado ni tenía la mirada fija en lo que hacía. Tenía los ojos clavados en Polly. Abrió mucho los ojos, sorprendido de verla, pero los entrecerró rápidamente cuando se dio cuenta de que ella había visto lo que él acababa de hacer.

25

Empezó a avanzar hacia ella. Por un segundo, ella no se movió. Su cerebro no podía procesar lo que acababa de suceder o qué debía hacer al respecto. Cuando por fin se dio la vuelta para correr, no llegó muy lejos. La multitud que la rodeaba era como melaza, y se pegaba a ella en medio de su desorganización. Se quitó de encima a la mayoría, pero pronto quedó atascada en un cuello de botella en dirección a la escalera. Miró hacia atrás. Él se acercaba, con los ojos clavados en ella, abriéndose paso entre la multitud como si nada se lo impidiera.

—Por favor, déjenme pasar —gritó Polly, pero nadie la escuchó. Empujó a la gente con su hombro, tratando de abrirse paso.

—¡Eh! —dijo el hombre delante de ella, sin darse la vuelta—. Todos estamos tratando de salir. Un poco de paciencia, querida.

—Tengo que salir ahora mismo —dijo Polly, sin aliento; el miedo hacía temblar su voz.

—Está bien, pronto saldremos —continuó el hombre, con tono educado pero firme.

—¡Usted no lo entiende! —Se estaba poniendo histérica; por momentos sollozaba y por momentos gritaba—. Por favor, déjeme pasar —chilló.

El hombre se dio la vuelta para mirarla. Se estremeció, sorprendido ante su aspecto. Las salpicaduras en su rostro se habían mezclado con sus lágrimas, que ahora caían por su rostro como si estuviera llorando sangre. Era un hombre mayor, de más de sesenta años, pero era alto y con suficiente presencia como para imponer autoridad. La asió de la parte superior del brazo y empezó a abrirle camino.

—Discúlpeme —dijo a un grupo de gente que iba delante.

—Haga la cola, amigo —replicó un hombre gordo y calvo frente a ellos.

—Esta joven está muy perturbada y necesita salir, así que, por favor, hágase a un lado.

El hombre gordo se dio la vuelta para mirarla. Se apartó rápidamente cuando vio el estado en que estaba.

Una vez que llegó a la escalera, las cosas empezaron a moverse más rápidamente. Su cuerpo se llenó de adrenalina y sintió un impacto de energía. Se soltó de la mano del hombre y se abrió paso a empujones entre la multitud hacia el puente sobre las vías. En el puente se detuvo momentáneamente para mirar hacia atrás y ver cómo de cerca estaba *él*, pero no lo vio por ningún sitio. Imaginó que quizá había quedado atascado en el andén o al pie de la escalera.

Soltó un suspiro largo y tembloroso y se apoyó contra la pared. ¿Qué había sucedido? ¿Realmente había visto cómo *él* empujaba a una mujer debajo del tren? No podía ser cierto. De pronto se le ocurrió que nadie había salido a perseguirlo: ¿había sido la única en verlo? Era imposible: alguien debió haber visto lo que hizo. Le dolía la cabeza: no quería pensar más. Lo único que sabía era que necesitaba salir de la estación de metro lo más pronto posible. Quería estar en casa.

Siguió empujando hasta llegar a la segunda serie de peldaños hacia la explanada, lista para salir por las puertas. Pudo ver la salida a la calle justo adelante.

Pero allí estaba *él*, esperándola.

No había visto que *él* subía corriendo por la escalera paralela; solo había mirado en el andén. Lanzó un grito y luego se dio la vuelta para irse corriendo por el puente, lejos de *él*, pero el lugar estaba abarrotado de gente. Trató de pasar empujando, pero la multitud se mostró implacable en su pánico por salir. La empujaron con brazos extendidos y codos hasta que no tuvo más remedio

que volver hacia adelante. La multitud se movía lentamente; parecían estar ofreciéndola en sacrificio. No había nada que pudiera hacer, no podía ir a ningún sitio, solo directamente hacia él.

Él la miraba con una sonrisa de suficiencia. Ella no tenía que mover los pies para avanzar; la presión de la gente la llevaba directamente hacia sus brazos. Él la asió de las muñecas y la arrancó de la multitud que se amontonaba en las puertas de salida. Ella se resistió, tratando de alejarse de él, pero él la tenía agarrada con tanta fuerza que cada vez que se movía la piel de sus muñecas se retorció y quemaba.

El caos del andén ahora se había trasladado al vestíbulo de la estación de metro. Las personas se subían las unas sobre las otras para salir de la estación.

—¡Auxilio! —gritó Polly—. ¡Que alguien me ayude!

Pero nadie la escuchó. Su voz quedó sepultada entre todas las demás llamadas de ayuda, mientras todo el mundo trataba de alejarse de la supuesta explosión.

Él comenzó a moverse hacia adelante, arrastrándola tras él. De pronto sintió una mano en su hombro que la retenía. Los dos se dieron la vuelta y vieron al hombre mayor del andén.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Era su ángel guardián.

—No —respondió ella, mientras se apartaba de él y se acercaba al hombre mayor—. Por favor, ayúdeme: él ha empujado...

—Vamos, Polly, sé que te llevaste un feo susto —dijo él.

Polly se volvió para mirarlo, estupefacta. ¿Cómo sabía su nombre? Él no le había permitido decirle su nombre.

Trató de volver a agarrarla, asiéndola de la parte superior del brazo.

—Se va a poner bien —le explicó al hombre—. Debo llevarla a su casa.

—Bueno, si te encuentras bien... —le dijo el hombre a Polly, mientras se disponía a retirarse.

—No, no estoy bien —replicó Polly, aferrándose a la manga de su camisa y sin soltarla—. No conozco a este hombre. Por favor, ayúdeme.

El hombre mayor miró a Polly, luego a *él* y otra vez a Polly.

—De verdad —dijo *él*—. Yo puedo ocuparme de ella. Acaba de ver a esa chica saltar debajo del tren. Creo que está asustada.

Ahora el hombre mayor lo miraba con desconfianza.

—¿Qué relación tiene usted con esta joven? —preguntó.

—Soy su novio —respondió él sin pestañear.

—No, no es cierto —protestó Polly—. No lo conozco. —Polly sintió que la mano del hombre mayor volvía a posarse en su hombro.

—Creo que será mejor que yo acompañe a esta joven fuera de la estación —indicó—. Es evidente que está perturbada, probablemente asustada, como usted dice. Si me permite —continuó, mirando hacia un costado para indicar la mano férrea con que él sostenía la parte superior de su brazo.

Él se lo pensó por un momento y luego transigió con una sonrisa forzada y un gesto afirmativo.

—Tiene razón —dijo, y luego se dirigió a Polly—. Te veo después, Polly — y marcó las sílabas de su nombre. Bruscamente, se dio la vuelta y empezó a abrirse paso hacia la salida más cercana.

El hombre mayor quiso llevarla hasta su casa, pero ella insistió en que solo la llevara hasta la parada de autobús. Estaba entumecida. El hombre le hizo varias preguntas, pero apenas lo escuchó. Y aunque lo hubiese escuchado, no habría podido hilar una frase para responderle. Cuando llegaron a la parada, esperaron en silencio hasta la llegada del siguiente autobús. No le importó en qué dirección se dirigiera; apenas se abrieron las puertas ascendió y se acomodó provisionalmente en un asiento cerca de la parte de atrás. No agradeció a su ángel guardián ni lo saludó; el hombre permaneció en la parada y miró hasta que el autobús partió.

El autobús fue hacia el norte. Cuando llegó a la terminal en Hackney se dio

cuenta de que estaba a muchos kilómetros de su casa. Había pasado la mayor parte del viaje mirando por la ventana, con los ojos y la boca abiertos de par en par. Las imágenes de *él* soltando a la chica y de ella cayendo lentamente hacia el tren se reproducían una y otra vez en su cabeza. Era como una pesadilla. Agitaba la cabeza sin cesar para tratar de despabilarse.

No vio que el autobús entraba en un garaje ni que el resto de los pasajeros ya había descendido. El conductor permaneció sentado en su cabina y la observó desde el espejo retrovisor.

—Eh, señorita —gritó—. Tiene que bajarse. —Polly no lo oyó.

El conductor levantó su voluminoso cuerpo del asiento y caminó pesadamente hacia donde ella estaba sentada en la parte trasera.

—Señorita, tiene que bajar.

Ella siguió sin responder. El hombre la sacudió del hombro.

Polly se volvió para mirarlo.

—¿Dónde estoy? —preguntó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Mierda! —dijo el conductor, poniendo los ojos en blanco. Su turno había terminado, pero todavía no podía irse.

Polly seguía llorando cuando llegó al apartamento. El conductor la había hecho subir a un autobús con destino al centro de Londres y rápidamente la había dejado sola. Polly lloró durante todo el trayecto. Todas las emociones habidas y por haber brotaron de su interior. Se sintió estúpida, traicionada y asustada pero, más que nada, totalmente desconcertada.

Oliver estaba sentado en el sofá mirando la televisión cuando por fin llegó a casa. Soltó sus bolsas y se arrojó en los brazos de él, chocando la cabeza contra su estómago. Él respondió de inmediato: la rodeó con sus brazos y la acunó como si fuera un bebé.

Tardó quince minutos enteros en lograr controlarse el tiempo suficiente para poder hablar.

—Yo..., yo... vi... —sollozó—, ella... —tragó saliva con fuerza—, ella... —Lo miró a los ojos—. La asesinaron. —Nuevamente no pudo contener las lágrimas y dejó caer la cabeza sobre las piernas de él.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Oliver, y la hizo levantar de manera que pudiera mirarla; había pánico en su rostro.

La respiración de Polly se entrecortaba entre sollozos. Le costaba respirar; tenía la garganta llena de saliva, y la nariz completamente tapada.

—¿Qué fue lo que viste, Polly? —preguntó, tomando el rostro de ella firmemente entre las palmas de sus manos. La miró fijamente, esperando una respuesta.

De pronto ella sintió una culpa devastadora. ¿En qué se había metido? ¿Cómo pudo haberle hecho esto a él? La manera en que él la miraba le desgarraba el corazón.

Él se dio cuenta de que le costaba hablar, así que se dirigió a la cocina para buscar un vaso de agua y pañuelos.

Una vez que ella hubo bebido un sorbo de agua y se sonó la nariz, él continuó.

—¿Qué sucedió?

Polly se sentó derecha. Él tomó su mano empapada de lágrimas.

—Estaba en el metro y... —Se detuvo. ¿Qué debía decirle? No podía decirle la verdad: que había visto al hombre con el que había estado obsesionada en un tren con otra mujer y decidió seguirlos, y que había sido testigo de cómo él la asesinaba.

Polly retiró su mano y lo miró.

—Lo lamento mucho, Oliver —dijo.

Él se puso derecho y se alejó un poco.

—¿Por qué?

—Porque eres tan bueno conmigo y yo he sido muy mala contigo.

—Todo eso ya no importa —dijo, haciendo caso omiso—. Dime qué

sucedió. ¿Estabas en el metro, y...?

—No, no... Estaba esperando el metro y... la chica fue...

Se calló.

—¿La chica fue... qué?

—Empujada.

—¿Empujada? ¿Qué quieres decir, que la empujaron?

La cabeza le daba vueltas, ¿ahora era el momento oportuno para ser sincera? ¿Alguna vez sería oportuno contárselo? No le llevó mucho tiempo tomar una decisión.

—No, no, no la empujaron. Quiero decir que saltó —lo miró a los ojos, nerviosa—. Saltó frente al tren.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Yo estaba prácticamente al lado de ella. Si hubiese sido más rápida o hubiese tratado de agarrarla, podría haber... —Volvió a romper en llanto y a ahogarse.

—Tranquila, tranquila —dijo Oliver, abrazándola—. No fue culpa tuya. No podrías haber hecho nada para detenerla.

Sus palabras la hicieron llorar más. Ella había visto lo que sucedió; ¿por qué no había intentado agarrarla? ¿Detenerlo? Las palabras que había murmurado en el tren la hicieron estremecer: «Muérete, bruja, *muérete*».

Oliver la abrazó mientras ella apretaba los ojos y unas lágrimas gruesas y pesadas brotaban de las comisuras. Él le dio una palmada en la espalda y la tranquilizó: «Todo va a salir bien», «No es culpa tuya», «Ahora estás a salvo». Al principio ella se resistió, pero después se relajó y aceptó sus palabras. Sabía que el significado que él les daba era diferente al de ella, pero las tomó literalmente y las adaptó según su conveniencia.

Esa noche hicieron el amor por primera vez en meses. Fue incómodo y terminó pronto, pero ella necesitó conectarse con él, estar cerca de alguien. Permaneció despierta toda la noche en los brazos de Oliver. Se dejó sofocar

por su calidez. No dejó que la culpa o la vergüenza o algún otro sentimiento se lo impidiera. Se sintió tranquila, como si acabara de pasar un tornado; había sido espeluznante y peligroso, pero había sobrevivido, y ahora estaba a salvo.

Polly pensó largo y tendido qué debía hacer a continuación. Lo correcto era ir directamente a la policía: era evidente. Pero si lo hacía, tendría que explicar cómo lo había conocido a él. No soportaba la idea de revelar lo que había estado haciendo. ¿Y si Oliver se enteraba? No podía entender en qué había estado pensando o ni siquiera cómo había logrado involucrarse en el mundo del *tubing*. Ahora, lo único que quería era olvidar todo y volver a sentirse a salvo.

Durante el día era fácil. Podía olvidar lo que había visto si se ocupaba de tareas poco importantes. En el trabajo se concentró en realizar tareas fáciles que no requerían demasiado esfuerzo, como archivar y triturar documentos. Había una máquina trituradora enorme en el cuarto de fotocopias. Se sentó en un rincón del cuarto, y, como hipnotizada, alimentó a la enorme bestia mecánica, hoja tras hoja. Esa tarea absorbió toda su atención, de manera que ningún otro pensamiento la perturbó. En el apartamento se puso a limpiar. Sacó todos los platos, las tazas, las ollas, las sartenes, los cuchillos, los tenedores y las cucharas de la cocina y los lavó frenéticamente, los secó y volvió a guardarlos. Limpió hasta el último centímetro del baño, incluidos los desagües y la mampara de la ducha. Incluso planchó todas las camisas de Oliver, para su regocijo.

Pero las noches eran una tortura. En la oscuridad no tenía lugar donde esconderse de sus pensamientos. Permanecía tendida en la cama, reviviendo cada segundo. A veces, su subconsciente agregaba otras escenas atroces al recuerdo; por ejemplo, que Polly extendía la mano y agarraba a la chica y luego era arrastrada a las vías con ella; o que él la agarraba en lo alto de la

escalera mecánica, la llevaba hasta el andén y la empujaba bajo el siguiente tren. Siempre se despertaba justo cuando el tren estaba a punto de aplastarla. Se despertaba varias veces durante la noche y se quitaba el pijama empapado en sudor. Finalmente empezó a dormir solo envuelta en una toalla.

Sabía que esa situación no podía continuar eternamente, pero se aferraba a la esperanza de que, con el tiempo, el recuerdo disminuyera y empezara a disiparse. Eso fue hasta que volvió a ver a la chica muerta.

Polly estaba en el autobús camino al trabajo. El metro era una zona «prohibida», por lo que le quedara de vida, pensó. Se había despertado temprano. Él la había estado persiguiendo por una escalera mecánica, donde ella no podía avanzar por más que se esforzara en subir. Se despertó sobresaltada, con la toalla pegada a su cuerpo lleno de sudor. Eran las 05.30. Sabía que de ningún modo iba a poder volver a dormir, así que se levantó y comenzó con su lista de tareas tediosas.

A las 07.45 salió del apartamento con una pila de ropa que no había necesidad de llevar a la tintorería. Después de dejar la ropa, paró en una cafetería y pidió un café con leche de soja extracaliente para llevar. Se mantuvo ocupada controlando de cerca al camarero para asegurarse de que su pedido se cumpliera al pie de la letra.

El autobús estaba atestado. No había asientos disponibles, de modo que se conformó con plantarse en el pasillo, cerca de la parte trasera. El autobús avanzaba muy lentamente, pero se sintió segura en él. No había posibilidad de que ocurrieran cosas raras. Había demasiadas ventanas y demasiada luz.

Se había olvidado de coger un periódico de camino a la parada de autobús, así que debió conformarse con leer el del hombre que estaba junto a ella. Este pasaba cuidadosamente cada página, de manera que ella podía leer la parte de atrás mientras él leía la de enfrente. El hombre tardaba siglos en leer cada página hasta el más mínimo detalle. Polly prefería hojear los periódicos y rara

vez se detenía a leer nada en detalle. El hombre se quedó estancado en la página diez. Polly empezó a enfadarse y a dar golpecitos con el pie, impaciente. Si el hombre no cambiaba de página pronto, su cabeza empezaría a divagar otra vez, y sabía que solo pensaría en una cosa. Pero cuando por fin volvió la página para pasar a la siguiente, deseó que no lo hubiera hecho.

La página estaba dividida en dos. La parte inferior estaba ocupada por un anuncio de una empresa de sofás que había rebajado sus precios todavía más (pero solo hasta el domingo). La parte superior contenía un solo artículo. Tenía tres columnas de texto y dos fotografías. La primera era la foto de una bonita chica rubia vestida con toga y birrete, que sonreía directamente a la cámara. La segunda foto era de una mujer mayor que sostenía la misma foto, parada frente a un edificio de tribunales. El titular decía: *Madre cuestiona el veredicto de suicidio de la policía de transporte*. La foto era la de la chica: la que Polly había visto empujar frente al tren.

Sin pensarlo, Polly le arrancó el periódico al hombre.

—¡Eh! —dijo el hombre—. ¡Lo estoy leyendo!

Polly no le hizo caso y empezó a leer.

—Devuélvame mi periódico —dijo el hombre, e intentó agarrarlo.

Polly tiró del periódico y lo miró con una mueca en el rostro, una fea combinación de susto y horror. Fue suficiente para espantarlo. Murmuró que igualmente ya había terminado de leerlo y se escabulló hacia la parte delantera del autobús.

El artículo daba detalles sobre la caída de la chica frente al tren, pero decía que había saltado, no que la habían empujado. La policía consideraba que su muerte había sido un suicidio, y aseguraba que no había motivos para pensar lo contrario. Pero la madre de la chica no estaba de acuerdo. Su hija se había mudado a Londres hacía seis meses, después de conseguir empleo cualificado en un banco corporativo. Había vivido con un par de amigas en una zona bonita de Londres y había conocido a mucha gente nueva. Según todos los que

la conocían, era una chica feliz e inteligente que lo tenía todo para ser feliz. Incluso había empezado a salir con alguien.

Su madre había declarado todos estos hechos a la policía, pero no la habían escuchado. El caso estaba cerrado, y se declaró que la causa de muerte fue suicidio. La madre de la chica exigía una investigación.

Polly leyó y releyó el artículo hasta que llegó a Holborn. Caminó hasta el trabajo aturdida, incapaz de olvidar la fotografía de la chica.

Se llamaba Sarah. No parecía ser la bruja que Polly había imaginado. Polly jamás, ni por un segundo, había pensado que ella mereciera ser empujada debajo del tren, pero su mecanismo de defensa se había activado y pensado que, si juegas con fuego, a veces te quemas. Al ver su foto de graduación y leer el artículo sobre su madre, se dio cuenta de que la chica no era una cocainómana fiestera que probablemente hubiera terminado en un tugurio de drogadictos, muerta de una sobredosis. Era una chica normal, iba a trabajar todos los días, tenía novio, salía con amigos. Polly sintió vergüenza por haberla llamado bruja, por desearle la muerte, por pensar que era poca cosa por dedicarse al *tubing* y por estar con *él*. Pero, en general, la consumía no haberle contado a nadie lo que había visto.

Esa mañana cometió el error de buscarla en Google. Los primeros enlaces la llevaron a sitios nuevos que se referían al artículo que había leído. Se estremeció al ver más fotos de Sarah. Uno de los sitios contenía un enlace a una página de Facebook creada en su memoria. Hizo clic en el enlace para echar un vistazo y de inmediato se arrepintió de haberlo hecho. Estaba repleto de mensajes de su familia y de sus amigos, que compartían el mismo sentimiento: impacto, incredulidad, incomprensión. Una de sus amigas había escrito: «Mi mundo es un lugar solitario sin tu presencia. Te echo de menos, Saucy. Te amo».

De pronto, Polly empezó a temblar sin control y tuvo que parar un minuto.

Todos los pensamientos que había tratado de evitar durante la última semana la abrumaron. Agarró una chincheta que había sobre su escritorio del revés y se pinchó con ella. La soltó apenas sintió que perforaba su piel. Rápidamente se formó una gota roja en la punta de su dedo. Se lo llevó a la boca y lo chupó. Volvió a mirar la foto de Sarah, que la miraba desde el periódico arrugado sobre su escritorio. Parecía que, ahora que la había encontrado, no iba a dejarla ir hasta que hiciera algo al respecto.

—Hola, cariño.

Polly levantó la mirada. Alicia estaba parada frente a su escritorio. Polly regresó a toda prisa a su pantalla cuando Alicia se inclinó para ver qué miraba en su ordenador.

—¿Qué miras con tanto interés?

—Nada —farfulló ella.

—¿Quieres salir a almorzar?

Polly no recordaba la última vez que había comido como Dios manda. Había bebido mucho té, pero pocos alimentos sólidos. Su estómago hacía ruido constantemente.

—No, tengo cosas que terminar aquí —respondió.

—¿Estás segura? Si no te importa que te lo diga, tienes cara de hambre. — Alicia le sonrió con tanta calidez que Polly se sintió como si le hubiera acariciado el pelo.

—No puedo. —Y lo decía de verdad: creía que nunca iba a poder volver a comer.

—Como quieras.

Vio a Alicia salir pavoneándose al cruzar la puerta.

Polly volvió a Google. En la sección de noticias vio que había aparecido un artículo como enlace relacionado. Hizo clic en él para abrirlo. Era un artículo diferente, sobre una joven que se había suicidado arrojándose a las vías al paso de un tren de metro. Lo había hecho a la hora punta al volver a casa

desde su trabajo. Sus amigos y familiares estaban consternados; nadie podía entender por qué o cómo había sucedido. Tenía veintiséis años y trabajaba para una agencia de publicidad en Londres. Polly descendió por la página hasta que encontró una foto. Se tapó la boca con las manos, horrorizada. Era una foto de Ratoncita.

Cuando llegó a casa esa noche, Oliver había comprado comida china. Había pedido su plato favorito: arroz frito y cerdo con miel y huevo. No pudo comer ni un bocado, ni tan solo por complacerlo. Estaba enferma de los nervios acerca de lo que debía hacer por la mañana. No tenía otra opción que informar a la policía. Aunque Oliver se enterara, era un riesgo que debía correr.

Oliver devoró su comida, usando sus palillos como una pala más que como las delicadas tenazas que se suponía que eran. Polly empujó la comida en su plato. Trató de esconder lo que no había comido, enterrando el cerdo bajo el arroz. Pero Oliver la miraba de cerca. Observó con desaprobación su plato cuando retiró la mesa. Polly lo siguió hasta la cocina y vio que llenaba un táper con las sobras. Lo puso en el refrigerador para que ella se lo llevara por la mañana al trabajo para almorzar.

A la mañana siguiente, cuando sonó la alarma, Polly se sintió perdida en su purgatorio personal. Estaba aliviada de que la noche por fin hubiese pasado y de que ya no tuviera que permanecer tendida en la oscuridad sola con sus pensamientos, pero había llegado el día. Tenía el estómago cerrado, y hacía ruido constantemente.

Su plan era llegar al trabajo temprano y hacer la llamada apenas llegara. Cuando entró en la oficina soltó las bolsas en su escritorio y fue directo a la cocina para hacerse un té de manzanilla. Cuando regresó la estaba esperando Lionel.

—Reunión de oración, Polly —le espetó, y luego giró sobre sus talones y volvió a su oficina.

Polly había logrado evitar las reuniones «de oración» semanales durante los últimos meses. Las mañanas en que recordaba que había una reunión se ausentaba por enfermedad; de lo contrario inventaba citas importantes a las que debía asistir o, directamente, no se molestaba en aparecer. Había olvidado totalmente la reunión concertada a primera hora de la mañana. Justo hoy se le ocurría llegar temprano, se reprendió a sí misma.

La oficina diminuta de Lionel ya estaba abarrotada. El único asiento libre estaba delante, prácticamente frente a su nariz. Polly se sentó a regañadientes. Había llevado un cuaderno y bolígrafo, así que fingió estar ocupada, tomando notas apenas empezó la reunión. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en distraerse.

Miró el teléfono sobre el escritorio de Lionel mientras, sin pensar, hacía garabatos en la página, una serie de estrellas y triángulos entrelazados. Debía llamar a la policía, terminar con eso de una vez y por todas. Podría hacer la llamada desde la oficina de Lionel cuando él saliera a almorzar; así tendría un poco de privacidad. No tenía intención de dar su nombre, de manera que su móvil quedaba descartado. Pero luego se le ocurrió que no había que ser un genio para deducir quién había llamado desde la oficina: ella y Alicia eran las únicas mujeres hoy presentes. De pronto, le pareció una idea estúpida llamar desde allí. Si llamaba desde una cabina telefónica podría conservar el anonimato. No podía creer que no lo hubiese pensado antes. Cuanto más pensaba en ello, más apretaba el bolígrafo, hasta que rompió la hoja de papel que estaba debajo. Estaba tan ensimismada que no se dio cuenta de que la oficina estaba en silencio y que todos la miraban.

—¡Polly! —gritó Lionel. Levantó la cabeza rápidamente— Si has terminado... —dijo, inclinando la cabeza hacia sus garabatos.

Polly enseguida apoyó el cuaderno boca abajo sobre su falda.

—Tu actualización, por favor. ¿Cuáles son las novedades en Legales? —preguntó, mientras agarraba su pluma estilográfica y sacaba una hoja de papel

limpia, listo para tomar notas. Tenía una gran mancha negra en la parte interior del dedo índice derecho por la pluma que perdía tinta.

Polly no tenía nada que ofrecer. Había una pila de cartas sin abrir y notas sobre su escritorio que no había tocado durante meses, por no mencionar su buzón de entrada de correo electrónico.

—Lo siento, Lionel, no he tenido tiempo de prepararme para la reunión de esta mañana, así que no tengo una actualización para darte. —Intentó sonar firme y con todo controlado. Tenía los dedos cruzados debajo de su cuaderno.

—Bueno, solo danos un resumen, lo primero que se te ocurra. No necesitamos ningún detalle por el momento.

Ni siquiera era capaz de hacer eso.

Lionel levantó la mirada desde su página vacía.

—¿Puedes decirnos algo, Polly? —preguntó con un suspiro. La miró como si se hubiese resignado al hecho de que lo defraudaría incluso antes de que ella abriera la boca.

Polly no respondió.

—Bien, entonces, no perdamos más tiempo.

Pasó a Ron, el único periodista de plantilla. De pronto Lionel recuperó su personalidad jovial; gastó bromas con Ron y se rio con todos en la habitación; todos excepto con Polly; sus ojos la pasaron por alto como si fuera invisible.

Cuando terminó la reunión, Polly fue la primera en levantarse. Ya casi había salido cuando Lionel le dijo:

—Polly, quiero hablar contigo.

Se detuvo y dejó que los demás pasaran.

—Cierra la puerta —dijo cuando todos se hubieron marchado.

Polly hizo lo que le pedía.

—Siéntate.

Tomó asiento.

—Tenemos que hablar sobre tu rendimiento en estos últimos meses. —Juntó

las manos sobre el escritorio y la miró con aire solemne.

Polly estaba sentada en el borde de su asiento con las piernas cruzadas, y se tocó el labio nerviosamente.

—Sé que las cosas han sido difíciles para ti desde la muerte de tu padre, pero realmente no es excusa para el trabajo que no has hecho. James y yo hemos tenido varias charlas al respecto, y las cosas, simplemente, no pueden continuar de este modo.

Polly se sorprendió. Pensó que se había encargado bien de esconder su inactividad. El hecho de que hubiesen hablado sobre ella a sus espaldas la hizo ponerse a la defensiva.

—¿Cómo puede saber James lo que sucede? Él nunca está aquí —dijo en un tono un tanto agresivo.

—Pues lo que ocurre, Polly, es que recientemente él ha estado dentro y fuera de la oficina varias veces por semana, y eres tú la que no ha estado nunca. — Agitó su cabeza con los labios fruncidos.

A Polly no le quedaron argumentos. Pudo sentir que su rostro comenzaba a arrugarse, las lágrimas listas para salir.

Lionel de pronto se ablandó y extendió su mano por el escritorio.

—Si las cosas son difíciles para ti, tienes que decírmelo, a mí o a James.

No pudo responder. No quería llorar frente a él. Tenía miedo de que, si empezaba, nunca terminaría. Permanecieron sentados en silencio. Lionel parecía un terapeuta esperando a que su paciente comenzara a hablar. Pero ella no habló; no pudo.

Por fin, él habló.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? Dile a ese cirujano tuyo que te lleve a algún sitio bonito durante algunos días. ¿Cómo está Oliver?

Los padres de Oliver eran buenos amigos de Lionel; eran la razón por la que ella había conseguido el trabajo.

—Bien —murmuró.

—Me enteré de que está pensando en pasarse a pediatría. —Polly no lo sabía. Asintió evasivamente.

Esa fue toda su charla sobre temas triviales. Cuando se hizo evidente que no llegarían a ningún sitio, Lionel le dijo que podía retirarse. Ella le dijo que pensaría en su propuesta de tomarse unas vacaciones y que ya le informaría.

Para la hora del almuerzo había juntado coraje suficiente como para salir de la oficina y hacer la llamada. Temblaba por los nervios mientras cruzaba la calle hacia la cabina telefónica situada frente a su edificio. Esperaba desmayarse o caerse en el pavimento antes de llegar para no tener que hacerlo, pero no tuvo suerte.

La cabina telefónica era moderna, no era de las rojas antiguas. Estaba hecha casi íntegramente de cristal, a excepción del marco de metal negro alrededor de los bordes. Dentro de la cabina, sobre el tablero donde estaba el teléfono, había pegadas varias tarjetas: mujeres en distintos estados de indecencia estaban «esperando tu llamada». Cuando abrió la puerta creyó abrir un horno. Era un día soleado. En el exterior hacía unos veinticinco grados Celsius, pero dentro de la cabina debía de hacer cuarenta grados. Sostuvo la puerta abierta varios instantes para dejar salir el aire caliente. Sintió la tentación de seguir esperando, pero se controló. Cuanto antes hiciera la llamada, más pronto todo terminaría.

Apoyó la mano en el auricular y respiró profundamente varias veces antes de decidirse a levantarlo. Su última esperanza era que el teléfono no funcionara, pero cuando se puso el auricular en el oído oyó un saludable tono de marcado. Marcó el primer 9, luego el segundo. Estaba a punto de pulsar el tercero cuando algo le llamó la atención. Alguien le hacía señas desde el otro lado de la calle, fuera de su edificio de oficinas. Al principio no distinguió quién era. Movi6 la cabeza hacia adelante y choc6 con el cristal. Se alejó un tanto y se fijó bien.

Era él.

De inmediato colgó el teléfono y se agachó para esconderse. Se quedó quieta y contuvo el aire durante varios segundos. ¿Qué diablos hacía él allí? ¿La había seguido?

De pronto alguien llamó a la puerta. Se dio la vuelta y vio a un chico indio agitando un móvil del otro lado del cristal. Polly lo miró, sin poder mover un músculo. Finalmente, él abrió la puerta.

—¿Has terminado? —le preguntó.

Los ojos de Polly permanecieron grandes e inexpresivos.

—Hola —dijo él, agitando la mano frente a su rostro, como si ella estuviera ciega.

—¿Hay un hombre parado allí enfrente? —preguntó en un murmullo.

—¿Qué? —preguntó el chico. Polly hablaba en voz tan baja que apenas se oía.

—¿Ves el edificio blanco allí enfrente? —dijo con la voz un tanto más alta.

Él estiró el cuello alrededor de la puerta de la cabina para mirar enfrente.

—Sí, lo veo.

—¿Hay un hombre parado afuera?

El chico entrecerró los ojos y movió la cabeza hacia adelante para mirar.

—No, no hay nadie. —Y volvió hacia ella—. Ahora, si me permites —continuó, señalando el teléfono.

Con mucho cuidado, Polly asomó de la cabina; movió la cabeza para espiar alrededor de la puerta y regresó otra vez a su sitio seguro. El chico la observó con los ojos entrecerrados, como si estuviera loca. Cuando por fin terminó de salir de la cabina, el chico, impaciente, la empujó para pasar y cerró la puerta de la cabina detrás de sí. Miró enfrente hacia donde él había estado parado: no había nadie allí. A pesar del calor, se abrazó a sí misma y se estremeció.

Al volver a la oficina se puso a llorar. ¿Qué diablos ocurría? Él no podía

saber dónde trabajaba... Polly no le había contado absolutamente nada sobre sí misma. Él había insistido: nada de detalles personales. Quizá solo había imaginado que él estaba allí parado. No, no cabía duda de que él había estado allí. Él ya sabía cómo se llamaba, dónde trabajaba... ¿qué más sabía?

Pudo sentir que alguien de la oficina la observaba mientras intentaba secarse las lágrimas con disimulo. No pasó mucho tiempo antes de que Alicia se enterara. Llegó corriendo, con los brazos extendidos.

—¡Cariño! ¿qué sucede?

Polly no pudo hablar.

—Vamos —le dijo, tomando su mano y guiándola hacia el baño. Un silencio se extendió por la oficina mientras ellas pasaban.

Una vez dentro, Alicia cerró con pestillo la puerta del baño.

—Es tan difícil cuando pierdes a alguien cercano —dijo, y se dirigió hacia el váter y bajó el asiento para que Polly se sentara. —Cuando mi madre se murió yo era un desastre total. No podía hacer nada, lloraba todo el tiempo.

Polly tardó un segundo en seguirla.

—Sí, claro —dijo, sentándose.

—Después todo es más fácil. —Alicia extendió su mano y acarició el brazo de Polly—. Pero para ser sincera, no te queda otra opción más que esperar. El dolor es así: no puedes hacer nada al respecto.

Polly suspiró.

—¿Quieres que hablemos? —le preguntó Alicia.

—No es solo mi padre; me están pasando muchas cosas en este momento.

—Cuéntame.

Polly pensó un momento. Estuvo muy tentada de contárselo; no podía continuar como estaba. Necesitaba la ayuda de alguien.

De pronto, el móvil vibró sobre su cadera. Se metió la mano en el bolsillo sin pensar.

tenemos que hablar. esta noche 19.35 kings cross st pancras línea

metropolitana en dirección oeste, primer vagón

El móvil tembló con tanta violencia en su mano que estuvo a punto de soltarlo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Alicia, mientras se inclinaba hacia adelante para tratar de ver el mensaje que Polly acababa de leer.

—No es nada —respondió Polly, y se volvió a meter el móvil en el bolsillo—. Será mejor que vuelva a mi escritorio —dijo, poniéndose de pie.

—Está bien, todos saben por lo que has pasado, lo entenderán si necesitas algún descanso.

Pero Polly se puso de pie y destrabó la puerta del baño. Dejó que se cerrara a sus espaldas sin decir otra palabra.

El mensaje quedó en la pantalla del móvil de Polly durante el resto de la tarde. Cada vez que empezaba a apagarse, pasaba su pulgar sobre la pantalla para que siguiera allí. Sentía que estaba teniendo una experiencia extracorporal. Su ser extracorporal la miraba desde el techo y le gritaba que borrara el mensaje. ¿Cómo podía siquiera considerar reunirse con él después de lo que le había visto hacer? Pero no lo borró. Simplemente, permaneció sentada, contemplando el mensaje.

A las siete y media bajó la escalinata de la estación de metro King's Cross St Pancras. Llegó un tren exactamente a las 19.35. Se subió. En el primer vagón había mucha gente, para su alivio. Al menos, si él intentaba algo habría muchas personas alrededor.

Él ya estaba en el tren. Apenas lo vio, Polly se puso en guardia de inmediato. Se quedó en mitad del vagón, cerca de las puertas dobles. Vio una palanca roja de seguridad encima de su cabeza, a la derecha de la barandilla. Se puso más cerca de ella. Él la vio.

—Polly, tranquilízate —dijo mientras se acercaba a ella—. No voy a hacerte daño. Quiero que hablemos.

Mostraba las palmas de sus manos frente al pecho, como si se rindiera. Seguía siendo tan bello como siempre.

A pesar de todo lo sucedido, el corazón le dio un vuelco.

—Sé lo horrible que debió parecerle el otro día, pero puedo explicártelo. ¿Me dejarás explicarte?

Miró detrás de él. Había un hombre corpulento con una gorra de béisbol en

la cabeza, sentado en el espacio de los asientos. Estaba bastante cerca. Asintió con la cabeza una vez.

Él dio algunos pasos hacia ella, demasiados. Ella se estremeció, así que él se detuvo de inmediato.

—La chica con la que me viste...

—Sarah —dijo Polly.

—¿Sarah, así se llamaba?

Polly lo miró consternada.

—Lo lamento, no sabía su nombre —dijo, con la cabeza gacha. Él exhaló con fuerza antes de levantar la mirada para continuar. —Ella me amenazó con divulgar todo.

—¿Qué? —dijo Polly.

—El *tubing*. Dijo que iría a la policía, a la prensa, a quien quisiera escucharla. —Levantó la mano hasta el puente de su nariz y lo pellizó entre el pulgar y el índice—. Se apoderó de mi teléfono. Tenía una lista con los números de teléfono de todos los involucrados.

—¿Qué? —dijo Polly, levantando el tono de voz.

—Ya sé, ya sé —dijo—. Fue culpa mía. Fui un absoluto idiota. Ella me dio mala espina desde el primer momento que la vi, pero el tipo que nos presentó me dijo que era legal. —Se quitó la mano de la cara y miró a Polly—. Era periodista, hacía trabajo encubierto.

Polly se quedó desconcertada. Le llevó un par de segundos organizar sus pensamientos y reanudar la conversación.

—Pero en el periódico dice que trabajaba en un banco.

—Supongo que están tratando de taparlo todo.

—Pero entrevistaron a su madre en el periódico...

—Seguro que sí.

Ella lo miró, esperando que se explicara. Él le devolvió la mirada. Un par de segundos después se encogió de hombros; no podía darle más

explicaciones.

—¿Por qué harían eso? ¿Tomarse el trabajo de ocultar todo y publicar una falsa entrevista con su madre?

—Realmente, no lo sé, Polly.

Su nombre... La irritaba. ¿Cómo sabía su nombre?

—Nada de esto tiene sentido —dijo, agitando la cabeza—. ¿Cómo sabes cómo me... —empezó a decir.

De pronto, él perdió la paciencia. Descargó el puño contra el marco de metal al lado de ella, haciéndola saltar. Cambió su comportamiento sereno por un rostro colorado, amargo y malvado.

—¿Qué quieres que te diga? Hice lo que debía hacer. No quise matarla; ella me atacó y, simplemente, ocurrió —explicó, bajando el tono de voz y acercándose, como si de pronto recordara dónde estaba.

¿Lo atacó? Ella no lo había atacado, pensó Polly. Abrió la boca para decirlo, pero él la interrumpió.

—¿Te imaginas lo que habría ocurrido? No tienes idea de cuántas personas están involucradas en esto..., algunas del gobierno, de los medios de comunicación..., tú..., yo. —Se pasó los dedos por el pelo para alisarlo—. Tuve que detenerla. Lo hice para protegernos a todos. —Extendió la mano y tocó el rostro de Polly—. Para protegerte.

—Pero la mataste —dijo Polly con total naturalidad.

—Lo sé, y tendré que vivir con eso el resto de mi vida —respondió, y apartó su mano.

A Polly le pareció ver lágrimas en sus ojos. Sintió el impulso de consolarlo, pero no lo hizo; la versión de él no encajaba.

—¿Y Ratoncita?

—¿Quién?

—La chica con la que te vi en el metro justo después de que nos conociéramos.

—¿Qué pasa con ella?

—Ella también está muerta.

—¿Qué? —Su estupor pareció genuino.

—En los periódicos dicen que se suicidó hace un par de semanas, que se tiró debajo del tren, igual que Sarah.

—No tenía ni idea.

Se miraron con desconfianza.

Él fue el primero en hablar.

—No creerás que tuve algo que ver, ¿no, Polly?

Otra vez, su nombre. Cada vez que pronunciaba su nombre la desconcertaba.

—Bueno... —Hizo una pausa, de pronto, insegura de sí misma—. Es mucha coincidencia.

—¡Bueno, vamos! —Se puso a la defensiva, alzando las manos frente a su pecho—. No tuve nada que ver con eso. Ni siquiera lo sabía, solo cuando lo mencionaste.

Polly no supo qué decir. ¿Se estaría equivocando?

Estaba tan segura, pero ahora...

—Me encontré con ella algunas veces —continuó—. Ella no estaba bien... Estaba deprimida, creo. Parecía una persona destructiva, y no solo consigo misma. Finalmente, dejé de verla.

Recordó cómo Ratoncita lo había empujado cuando ella los vio juntos en el tren. Parecía muy enfadada. Polly pensó que era porque él no le había advertido antes de eyacular en su boca, pero quizá no había sido eso..., quizás era cierto que ella era inestable.

—Polly.

Otra vez su nombre. Levantó la mirada, aturdida. Él esbozó su sonrisa perfecta.

—La razón por la que quise verte fue porque quiero decirte algo.

—¿Decirme qué?

—Todo este asunto ha sido una verdadera pesadilla. No puedo creer lo que ha sucedido. Cada vez que pienso en Sarah... —Su voz se quebró y no pudo seguir hablando.

Instintivamente, Polly alargó la mano hacia él. No pudo reprimirse más. Puso su mano en la parte de atrás del cuello de él. Él se inclinó hacia adelante hasta que sus frentes se tocaron. La piel de él se apreciaba suave y cálida. Todo su cuerpo se derritió cuando él la tocó.

—Ya he tenido suficiente de todo esto. Terminé con el *tubing* y con este sitio. Me voy de Londres. —Se apartó para mirarla—. ¿Vienes conmigo?

Ella lo miró, atónita. ¿Hablabas de verdad?

De pronto sonó el altavoz del tren, anunciando que se acercaban a Baker Street. Seguían mirándose a los ojos. Él se inclinó para besarla. Polly empezó a acercarse, pero luego se detuvo... Su nombre..., ¿cómo sabía él su nombre?

—¿Cómo sabes mi nombre? —Él se detuvo en seco— Y dónde trabajo, ¿cómo sabes dónde trabajo? —continuó.

Él se chupó la mejilla hasta que dejó un hueco en el costado de su rostro. Las palabras de ella quedaron flotando en el aire. Él se dio la vuelta rápidamente para mirar detrás y luego su mano se lanzó hacia ella y la asió de la garganta.

Todo ocurrió tan rápido que ella no tuvo tiempo de reaccionar. Casi con la totalidad de su mano abarcó el diámetro del cuello de Polly; sus dedos apretaron profundamente los costados de la garganta, mientras con la base del pulgar apretaba con fuerza su laringe. Hizo presión sobre ella, concentrando cada gramo de fuerza que tenía.

Pocos segundos después los pulmones de Polly empezaron a exigir aire, y su diafragma se abrió y se contrajo en un esfuerzo desesperado por respirar. Trató de gritar, pero lo único que emitió fue un ruido ronco y áspero.

Miró al hombre sentado en el banco de asientos detrás de ellos. Tenía los ojos firmemente cerrados y la punta de la gorra echada hacia abajo.

Polly sintió que se moría. Sus ojos se llenaron de bloques blancos y negros. La debilidad la envolvió. No había mucho tiempo; tenía que hacer algo.

Usó hasta la última gota de fuerza que le quedaba para inclinar su cuerpo hacia adelante. Por pura casualidad su rodilla dio de lleno en su entrepierna. Él aflojó la mano mientras, instintivamente, se inclinaba hacia adelante. Ella se dejó caer hasta gatear por el suelo hacia los asientos de detrás. Él se dispuso a seguirla, pero se detuvo cuando vio al hombre. Este miraba con ojos soñolientos para ver qué era todo el alboroto.

—Estúpida hija de puta, lo echarás todo a perder —dijo *él* entre dientes, con el rostro apretado de dolor.

Las puertas del tren se abrieron tras él. Le dedicó una mirada larga e intensa y le dijo:

—Tu vida tal como la conoces se ha terminado, Polly.

Luego se dio la vuelta y desapareció.

29

El hombre miró a Polly un rato para decidir si la ayudaba o no a levantarse. Unos segundos después cerró los ojos y fingió estar dormido. Polly permaneció en el suelo, sin aliento durante algunos momentos, y luego extendió su mano y se incorporó en el asiento que tenía detrás. No podía creer lo que acababa de suceder. Se llevó la mano al cuello. Intentó tragar; su garganta se movió varias veces y por fin lo logró; parecía tener la laringe hundida. El tren salió de la estación e ingresó en el túnel.

Se miró en el reflejo de la ventana oscurecida. Pudo ver marcas rojas en el costado de su garganta, donde él le había apretado con el dedo, y un área roja más grande delante. Rogó que no le salieran hematomas.

Permaneció sentada en el mismo lugar hasta que el tren llegó al final de la línea. No podía creer que hubiera caído en la trampa. Él la había convencido de que había entendido mal; por un momento, hasta había creído que quería irse de Londres con ella. Qué estúpida, estúpida, estúpida. Había escuchado cada una de sus mentiras mientras él se preparaba para dar el zarpazo: costaba creerlo. No tenía duda de lo que habría hecho con ella. Hasta se imaginaba el titular: *Mujer deprimida por la muerte de su padre se arroja a las vías del metro*. Nadie se habría enterado jamás de la verdad.

Cuando llegó a casa, el cuello la estaba matando. No sabía qué hacer, si ir al hospital para que la reconocieran o esperar a que se le pasara. Finalmente, decidió mantener los dedos cruzados. De ninguna manera podía explicar lo que había sucedido sin que la policía interviniera.

Apenas atravesó la puerta principal del apartamento fue directamente al armario de su dormitorio y sacó un grueso jersey de lana de cuello alto.

Todavía hacía veinte grados en la calle, y empezó a transpirar en cuanto se lo puso.

Oliver se fijó en el jersey cuando ella entró en la sala.

—¿Por qué te has puesto eso? Te asarás.

Había abierto las ventanas de par en par; ni siquiera soplaba una pizca de brisa.

—Estoy bien —respondió, tratando de ignorar el sudor que perlaba su cuello y su espalda.

Le hizo sitio para que se sentara junto a él en el sofá. Ella prefirió sentarse en el otro canapé.

Oliver se encogió de hombros y volvió a mirar el documental que estaba viendo por televisión.

La confusión, que hacía un momento le había brindado cierta protección, comenzó a desaparecer. Poco a poco quedó expuesta a la difícil realidad de su situación. Las palabras de él sonaban en sus oídos. *Tu vida tal como la conoces se ha terminado*. Cuanto más pensaba en ello, más le costaba respirar. Parecía que la mano de él volvía a apretarle la garganta y a aplastar su laringe; cada respiración era más superficial que la anterior, hasta que solo podía aspirar pequeñas cantidades de oxígeno en su boca antes de perderlas. Sus uñas se enterraron en el cuero blando del asiento en el que estaba sentada. De inmediato sintió pinchazos en las extremidades, que se esparcieron hacia sus órganos internos y los hizo contraer. La cabeza le daba vueltas; la sentía tan pesada que no pudo sostenerla por más tiempo. Cayó hacia adelante y se desplomó en el suelo con un ruido sordo.

—¡Dios mío, Polly! —Oyó la voz de Oliver desde un sitio muy lejano, y luego se hizo el silencio.

Se despertó en la cama. La habitación estaba a oscuras a excepción del suave brillo de la lámpara sobre la mesa de noche. Oliver estaba sentado junto a ella

y le sostenía la mano. Ella trató de sentarse, pero estaba demasiado débil como para moverse.

—¡Eh, has vuelto! —dijo Oliver. El alivio de su rostro fue patente.

—¿Qué ha sucedido?

—Te has desmayado.

De pronto se dio cuenta de que ya no tenía puesto el jersey. Se llevó la mano al cuello para taparlo.

—No te muevas, necesitas descansar. ¿Quieres un poco de agua? —preguntó.

Apenas podía tragar; tenía la garganta muy hinchada.

—Sí, por favor —respondió con voz ronca.

Apenas él se fue, la oscuridad de la habitación la sobrecogió. Se llevó la mano al cuello; todavía estaba sensible, pero no tenía hinchazón en la parte de afuera. Rogó que no se hubiera hecho hematoma; ¿cómo iba a explicárselo a Oliver? Sintió miedo, más miedo del que jamás había tenido en su vida. Se metió debajo del edredón. Cuando Oliver volvió a la habitación, este solo pudo ver sus ojos.

—¿Qué haces ahí abajo? —preguntó mientras rodeaba la cama y apoyaba el vaso sobre la mesa de noche.

Polly no le respondió.

—¿Qué te ocurre, Polly?

—¿A qué te refieres?

—No te encuentras bien, ¿verdad? Dime lo que te sucede.

—Supongo que todavía echo de menos a mi padre. —Hizo un gesto de dolor al decirlo. No podía seguir usando la muerte de su padre para tapar ese embrollo.

—¿Estás segura de que solo es eso?

—Yo..., no sé... —y se calló.

—¿Tiene algo que ver con la chica a la que viste saltar debajo del tren?

Había dado en el clavo, pero no de la manera que él creía. De pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Abrázame —pidió ella.

Él la miró como si estuviese a punto de hacerle otra pregunta.

—Por favor, solo abrázame —repitió, antes de que él tuviera oportunidad de hablar.

Él echó el edredón hacia atrás y enrolló su cuerpo alrededor del de Polly.

—Te amo tanto, Oliver.

Necesitaba con desesperación que él le respondiera de la misma manera.

—Yo también te amo, Polly.

30

Permanecieron abrazados toda la noche. Un par de veces Oliver trató de levantarse, pero Polly no se lo permitió y lo retuvo tanto como pudo. Él dijo que necesitaba ir al baño y que quería lavarse los dientes, pero ella no quiso estar sola, ni siquiera durante los pocos minutos que él pasaría en el baño. Polly miró la alarma del reloj junto a la mesa de noche hasta las tres de la mañana, y después no pudo recordar nada más.

Cuando abrió los ojos era de día. Oliver se había levantado. Todavía tenía la impresión de su cuerpo encima del de ella, pero sintió frío, como si se hubiese ido hacía rato. Se puso nerviosa y lo llamó. ¿Y si se había marchado del apartamento y la había dejado sola?

—Aquí estoy —dijo, volviendo a la habitación con una taza humeante en la mano—. Te preparaba una taza de té.

Tenía puestos unos pantalones chinos color caqui y camisa de algodón azul.

—¿Por qué te has vestido? No irás a salir, ¿verdad? —preguntó Polly.

—Debo ir a trabajar.

—Pero es sábado.

—Lo sé. Pero he cambiado mis turnos, ¿recuerdas? Ya te lo había dicho.

—No puedes irte —dijo Polly, de pronto intranquila. No podía estar sola; simplemente, no podía.

—Ven aquí —dijo él, sentándose en la cama y rodeándola con los brazos—. Estarás bien. Volveré en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por qué no vas a pasear al parque y te comes un buen trozo de torta en esa pastelería que tanto te gusta? Es un día precioso.

De ningún modo saldría del apartamento. ¿Y si él la estaba vigilando? Estaba desesperada por contarle a Oliver lo que le ocurría: que su vida corría peligro, y sabía que justamente Oliver haría todo lo posible por protegerla. Pero ¿cómo iba a contarle todo, después de lo que había estado haciendo? Entonces, se quedaría sola.

—Será mejor que me vaya —dijo, le dio un beso en la cabeza y se levantó.

Tuvo que usar todas sus fuerzas para contenerse, para no dar un salto y retenerlo y rogarle que se quedara con ella.

Una vez que Oliver se hubo ido, se enterró en el interior del edredón. Sus sentidos estaban en alerta máxima; cada sonido la afectaba y la ponía nerviosa. Su apartamento era uno de tres apartamentos en una casa reformada. Polly nunca se había dado cuenta de cuánto ruido hacían los vecinos de arriba, pero ahora era lo único que escuchaba: el crujido del parqué; una puerta que se cerraba de golpe; el murmullo de voces. De pronto, oyó pasos que subían por la escalera común que estaba junto a la pared de su dormitorio. ¿Se habían detenido en la puerta principal o habían seguido subiendo? Se esforzó por escuchar. Quizá no era uno de los vecinos, tal vez era *él*. Él sabía su nombre, dónde trabajaba..., quizá también sabía dónde vivía. Se tapó la cabeza con el edredón, se tendió en la cama muy tiesa y fingió que no existía. Pronto el aire debajo del edredón se volvió caliente, pegajoso y sofocante. Con mucho cuidado apartó el cubrecama y escudriñó cada rincón de la habitación. Tenía la vejiga hinchada y dolorida; desde antes de acostarse había querido ir al baño, hacía unas doce horas. No le quedaba otra opción más que levantarse.

Se dirigió silenciosamente a la puerta del dormitorio y luego, con sumo cuidado, la abrió. Contuvo el aliento cuando sacó la cabeza al pasillo. Una vez que se aseguró de que no había nadie, corrió hasta el baño.

Después de usar el váter miró su cuello en el espejo. Para su alivio no le habían quedado marcas, pero de todos modos estaba un poco rojo y aún estaba

sensible al tacto. Luego se dio la vuelta, apoyó la mano en el picaporte y se preparó para salir.

De vuelta en el pasillo, agarró el paraguas de golf de Oliver, que estaba debajo de los ganchos de las chaquetas junto a la puerta principal. Con sumo cuidado registró el resto del apartamento, blandiendo el paraguas, lista para atacar. Cuando se convenció de que no había nadie, miró que todas las ventanas tuvieran el cerrojo puesto, cerró las persianas y cerró con dos vueltas la cerradura de la puerta principal.

Permaneció sentada en el sofá, en silencio, durante el resto del día. No quería quedarse allí en silencio, quería oír ruidos. En ese momento aceptaba cualquier forma de compañía, por más artificial que fuese. Pero ¿y si se perdía algo? ¿Y si la televisión o la radio ahogaban el ruido de él subiendo por la escalera o tratando de irrumpir por la puerta principal? No podía arriesgarse. Se sentó justo en la esquina del sofá, para tener una buena visión del pasillo de la sala hasta la cocina. Con cada ruido que escuchaba, giraba la cabeza para identificarlo.

Sin pensar, sus dedos encontraron otra picadura de mosquito sobre su brazo. Con las uñas rascó la pequeña costra, buscando un borde para acceder. Le dolió, pero la sensación se tradujo en alivio más que en dolor. Cuando sintió que tenía los dedos pegajosos, se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Miró y vio que la sangre se acumulaba en la piel alrededor de la costra. Sus uñas habían escarbado una capa de piel tras otra, sin control. La pequeña picadura se había convertido en un corte profundo.

Oliver introdujo la llave en la cerradura a las seis y media. Forcejeó con la puerta y la pateó dos veces antes de golpear con fuerza y llamar a Polly. Apenas oyó su voz, Polly fue corriendo a abrirle. Se arrojó a sus brazos en cuanto él atravesó la puerta.

—¡Bueno! —dijo, tratando de bajar las bolsas que llevaba y cerrar la puerta

detrás de sí.

Cuando fueron a la sala, Oliver empezó a subir las persianas. Polly protestó, pero sabía que no tenía sentido. A Oliver le gustaban las persianas abiertas hasta la mitad, con las tablillas superiores totalmente abiertas. Estaba enfadado porque había pasado el día encerrada.

—¿Y bien? —dijo, mirándola de arriba abajo, ya que todavía tenía puesto el pijama—, ¿vas tú primero a la ducha o voy yo?

—¿Qué?

Oliver miró la hora en su reloj.

—Tenemos que estar allí dentro de una hora, debemos empezar a prepararnos.

Ella lo miró sin comprender.

—La cena de esta noche, ¿recuerdas? Es el cumpleaños de Crispin.

Crispin era el mejor amigo de Oliver. Habían sido compañeros en la facultad de medicina. Esa noche se reunían a cenar con un grupo de compañeros para celebrar su cumpleaños.

—No puedo ir —dijo Polly, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —quiso saber Oliver.

—Bueno, después de lo de anoche...

—Te desmayaste, nada grave —dijo.

Ella permaneció en silencio.

Él fue al baño y abrió la ducha, y luego se dirigió al dormitorio. Un momento después Polly lo siguió. Oliver estaba en camisa y *slips*, y buscaba en el armario un par de pantalones. Los calzoncillos le quedaban apretados; tenía la bragueta abierta.

—¿No puedes, simplemente, llamarlo y decirle que no iremos? —le pidió.

—¿Qué? —replicó, enfadado ante la sugerencia.

—Oliver, aún no me siento bien. Creo que está por darme algo.

—Polly, ven aquí —dijo él con severidad. Polly obedeció. Oliver apoyó la

mano en su frente. —A mí me parece que estás bien. Vamos, ve a prepararte.

—No puedo. Por favor, solo llámalo.

—¿Qué es lo que te ocurre? ¿Por qué siempre haces esto? Nos han invitado a una velada perfectamente agradable con amigos, y de pronto no quieres ir — observó, exasperado.

Ella empezó a morderse el labio.

—Mira, si realmente te encuentras mal, quédate, pero yo iré. De ningún modo puedo cancelar el día del cumpleaños de mi mejor amigo, ¿entiendes?

Polly miró por la ventana. Pronto oscurecería. Pasar las próximas cinco o seis horas sola en el apartamento, simplemente, no era una opción.

Se reunieron en un restaurante mexicano de Notting Hill. Polly persuadió a Oliver para tomar un taxi, aunque solo estaban a dos paradas de distancia en metro. A pesar de estar a salvo dentro del taxi, Polly estuvo todo el viaje en alerta máxima. Oliver no dejaba de preguntarle si se encontraba bien. Ella evadió la pregunta. Por fin, la dejó tranquila, pensando que estaba malhumorada por algún otro motivo.

El restaurante era un sitio pequeño e íntimo distribuido en dos pisos. La planta baja solo tenía espacio suficiente para dos mesas; en el sótano estaba el comedor principal. Polly vio que todos estaban sentados en la parte de atrás del restaurante cuando bajaron por la empinada escalera, después de pasar por la puerta vidriada que daba al sótano.

Los saludaron con gritos de «Polliver» apenas entraron. Los amigos de Oliver se referían a ellos con un nombre formado por cada uno de sus nombres. Polly odiaba eso. Le hacía sentir que no era una persona, sino solo una parte de Oliver.

El lugar estaba decorado con baratijas mexicanas: cactus falsos, esqueletos de plástico y velas que ardían en botellas de tequila vacías sobre cada mesa. El dueño era hijo de una estrella de rock y, por consiguiente, se había

convertido en el lugar de moda. Oliver no había sido quien había hecho la reserva y se esforzaba por ocultar su malestar. Él prefería las cenas en las que podía ver claramente lo que había en su plato, en lugar de comida inspirada en vendedores callejeros de Sudamérica y servida en la penumbra.

A Polly le dieron un margarita apenas llegó a la mesa. Lo bebió rápido, de un solo trago.

—¿Tienes sed? —preguntó Crispin—. ¿Quieres otro?

Polly asintió sin vacilar.

Había otras cuatro parejas sentadas a la mesa, cinco contando a «Polliver». Estaban Crispin y su esposa Sophie, que acababa de tener un bebé; Alex y Millie; Lucas y su novia portuguesa, Elena; y Julian y su esposa embarazada, Lucy. La comida iba llegando poco a poco, a medida que estaba lista, unos entrantes aquí y un plato principal allí. Decidieron no esperar a que llegara la comida de todos; todos compartieron los platos.

A medida que transcurría la noche Polly empezó a relajarse un poco. Oliver cogía su mano por debajo de la mesa, animándola a participar más en la conversación. Pero Polly no habló; solo estaba feliz de estar en su compañía.

En mitad de la cena, cuando ya habían servido todos los platos principales y dos tercios de los entrantes, Polly se levantó para ir al baño. En el restaurante había una serie de pasillos de techo bajo que desembocaban en el área principal del comedor. No sabía cuál conducía al baño de señoras, así que tuvo que preguntarle al camarero. Este le indicó que fuera hacia la derecha justo antes de la puerta de entrada y que siguiera el pasillo hasta el final. Se sintió un poco ebria al caminar por el pasadizo oscuro hasta la puerta del baño que estaba al final.

Mientras caminaba vio a alguien en el espejo encima del lavabo. Dio un salto. Cuando cayó en la cuenta de que era su propia imagen, se echó a reír y sacudió la cabeza:

—Contrólate, Polly —dijo en voz alta.

Fue al último baño, al final de la hilera. Imaginó que sería el retrete menos usado. O quizá no, tal vez todo el mundo pensaba lo mismo.

Cuando terminó, se alisó el vestido y descargó la cisterna del retrete. El cerrojo de la puerta resonó con fuerza cuando lo abrió. Volvió a asustarse. Se lavó las manos en el lavabo y se mojó la cara con agua.

—Estás bien, Polly —le dijo a su reflejo—. Nada va a pasarte si Oliver está a tu lado. Estás bien.

Se secó la cara, revolvió su pelo para darle un poco de cuerpo y salió del baño.

Se dirigía de vuelta a la mesa y pasaba por la puerta principal cuando esta se abrió de pronto y la golpeó. Una rubia acicalada a la perfección, con labios color rosa húmedo y collar de perlas alrededor del cuello, trató de pasar antes que ella y la empujó. Polly se detuvo abruptamente.

—Mi amor, cuidado, casi derribas a la pobre chica.

Polly reconoció la voz de inmediato. Su corazón se paralizó.

Un par de manos rodearon los hombros de la mujer antes de que el rostro de *él* apareciera lentamente detrás de la puerta.

Polly lo miró, atónita. No supo qué hacer. Su instinto le aconsejó huir, alejarse de él lo más rápido que pudiera, pero ¿adónde iría? Miró hacia la mesa. Crispin estaba de pie, haciendo muecas tontas, imitando a alguien. Todo el mundo se reía, incluido Oliver. Se dio la vuelta para mirarlo a *él*; miraba hacia el mismo lugar que ella y hacia la mesa, sonriendo. Su corazón paralizado de pronto recobró vida y comenzó a latir con tanta fuerza que pensó que explotaría. Lo último que quería hacer era volver a la mesa. ¿Y si él la seguía? Volvió a mirar. Oliver la había visto; la miraba confundido, como si no entendiera qué hacía junto a la puerta principal. Le hizo señas para que regresara. Polly no tuvo alternativa. Se acercó lentamente, con piernas temblorosas. Tuvo que contenerse para no salir corriendo lo más rápido que pudiera. Mantén la calma, se dijo a sí misma.

Volvió junto a Oliver sin mirar atrás. No fue fácil: temblaba mucho, no dejaba de tropezar con sus propios pies. No tenía idea de dónde estaba *él* y tampoco quería saberlo. Lo único que podía hacer en ese momento era fingir que *él* no estaba presente, que todo estaba bien. Seguramente, *él* no haría nada con todas esas personas alrededor de ella en mitad de un restaurante concurrido. Polly asió la mano de Oliver debajo de la mesa y la apretó con fuerza. *Él* respondió al apretón.

La conversación continuó en torno a ella como si nada hubiera sucedido. Polly mantuvo la cabeza agachada, intentó respirar pausadamente y estar lo más tranquila posible. Pero ya podía sentir pinchazos en los dedos y en las piernas.

—¿Te encuentras bien, Polly? —le preguntó Lucy desde el otro lado de la mesa—. Estás pálida.

Polly levantó la mirada. Abrió la boca para decir que se encontraba bien, pero se calló cuando vio que *él* se acercaba a su mesa. La rubia caminaba junto a *él*, y *él* tenía apoyada la mano sobre la nuca de ella, como si la guiara.

¿Qué estaba haciendo? *Él* miró fijamente a Polly y se dirigió hacia ella. Polly se puso muy tensa y se preparó para lo peor.

—¡Dios mío! —dijo Oliver—. ¿Sebastian?

Todos los hombres empezaron a levantarse de la mesa.

—Seb, qué suerte que pudiste venir —dijo Crispin.

Todos lo rodearon, estrecharon manos y le dieron palmadas en la espalda.

—Colega, ¿cómo estás? —le preguntó Oliver mientras le daba un gran abrazo de oso.

Polly se agarró del costado de la mesa, tratando de mantener la calma mientras el mundo se le venía abajo.

Todo el mundo empezó a moverse para hacerles sitio a *él* y a la chica rubia.

—No podemos quedarnos mucho tiempo, solo pasé para tomar algo —explicó.

Decidió sentarse directamente frente a Polly. Ella no podía mirarlo. Crispin fue alrededor de la mesa para asegurarse de que todos conocieran a su amigo. Sebastian. Polly se vio obligada a levantar la mirada cuando llegó a ella.

—Y ella es la novia de Oliver.

—Ah, sí —dijo—, ya nos conocíamos, ¿verdad, Polly?

Polly no respondió. Estaba tan abrumada que no podía emitir ningún sonido.

De pronto, Crispin comenzó a toser al ahogarse con su bebida.

—Se ha ido por el agujero equivocado —dijo con voz ronca.

—¿Qué has estado haciendo? —quiso saber Oliver.

—He estado ocupado, dividiendo mi tiempo entre aquí y Estados Unidos. A Emmi no le agrada que la deje demasiado tiempo sola, ¿no es verdad, mi amor?

Giró y besó a la rubia. La mano de él todavía sostenía la parte de atrás del cuello de ella. Ella le pertenecía.

—Faltan pocos meses para la boda —respondió ella con acento estadounidense, lento y deliberado.

De pronto, Polly sintió celos, y de inmediato se indignó consigo misma. Tenía que salir de allí, tomar un poco de aire. No podía asimilar lo que estaba ocurriendo. Estaba a punto de irse de allí cuando apareció un camarero con champán.

—¿Qué es esto? —dijo Crispin.

—Por tu cumpleaños, amigo —respondió Sebastian.

Destaparon varias botellas de Moët y llenaron las copas.

—Un brindis —propuso Sebastian cuando todos tenían su copa—. Por mis excelentes amigos. Nunca os toméis la vida demasiado en serio: nadie sale de aquí con vida —dijo, mirando directamente a Polly y sonriendo.

Todo el mundo se echó a reír y luego todos alzaron sus copas y las chocaron. Polly solo pudo alzar su copa ligeramente de la mesa. Con esa mirada, él había consumido hasta su última gota de fuerza.

—Mi amor —dijo Emmi, tirando de la manga de Sebastian—, debemos irnos.

Él quitó la mano de su cuello y consultó su reloj.

—Diablos, tienes razón.

Entonces, los dos se pusieron de pie y se despidieron. Habían estado en la mesa menos de diez minutos, pero a Polly le había parecido una eternidad.

—Guau, ¿quién era ese tipo? —preguntó Elena cuando se fueron—. Es como un turbo llino.

—Torbellino —la corrigió Lucas.

—Sí, un turbo llino —insistió Elena con acento portugués, suave y cantarín.

Polly tomó su copa. Necesitaba un trago para calmar sus nervios, pero ocultó la mano cuando vio lo mucho que temblaba.

—Sebastian —respondió Crispin—. Sí, es muy glamuroso.

Todos los hombres de la mesa estuvieron de acuerdo.

—¿Sabéis? Su padre es uno de los hombres más ricos del mundo —dijo Oliver, y luego hizo una pausa para buscar un ejemplo—; rico como el sultán de Brunei o como Bill Gates: es multimillonario.

—Si lo sabrás tú —dijo Crispin, agitando el champán en su copa—. Estuvisteis a punto de ser familia.

—Vamos, vamos, basta. No quiero ni siquiera pensar en todo eso. —A Polly empezó a latirle la cabeza, y los oídos, a zumbarle.

¿De qué diablos hablaba Crispin?

—¿A qué te refieres? —quiso saber Elena.

—La hermana de Oliver, Charlotte, y el hermano de Sebastian, Ed, estuvieron comprometidos —explicó Crispin.

—¿De verdad? —dijo Elena.

—Es una historia larga y horrible —respondió Oliver—. No muy divertida —finalizó, dejando en claro que era lo único que diría al respecto.

—Buena idea, hablemos de otra cosa, no quiero gastar saliva en ese hijo de

puta —dijo Lucas, llevándose la copa a los labios.

—Sabes que él compró ese champán que te estás zampano, ¿verdad? —replicó Crispin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elena, interesada.

—Sebastian es un idiota. Se cree que es fantástico y se comporta como si fuera muy gracioso cuando en realidad es un completo cabrón. Nadie le importa una mierda —respondió Lucas, ignorando el comentario de Crispin.

—Yo tengo una teoría sobre Sebastian —intervino Alex desde el otro lado de la mesa.

—¿Sí? —dijo Elena con tono alentador.

—Imaginaos: si tuvierais tanto dinero, ¿por qué iba a importaros una mierda nada o nadie? ¿Recordáis cuando estábamos en primer año? Creo que fue durante el primer año de carrera en la facultad de medicina, en el primer trimestre, y el cadáver de Sebastian desapareció...

—Disculpa —dijo Elena—. ¿Qué cosa desapareció?

Lucas explicó.

—En la facultad de medicina, a todo el mundo se le asigna un cadáver para practicar, y...

—¿Para practicar? —lo interrumpió Lucy.

—Ya sabes..., diseccionamos a las personas que donan sus cuerpos para beneficio de la ciencia.

Lucy agitó la cabeza, desconcertada.

—Entonces, ¿qué ocurrió con el cadáver de Sebastian? —preguntó Elena, tratando de volver a la anécdota.

—Un día llegamos a la clase de anatomía y había desaparecido —continuó Alex—. El doctor Crawley y el tipo del laboratorio estaban desesperados por encontrarlo. Nadie sabía qué hacer. Que un cadáver se vaya a pasear no es algo que suceda todos los días. Como sea, más tarde ese día se produce un alboroto en los pasillos del campus. Una chica sale gritando de su habitación

medio desnuda y corre hasta mitad de la calle...

—Eso no tiene nada de raro —bromeó Oliver. Todo el mundo se echó a reír.

—Para nada —dijo Alex—. De todos modos, esa pobre chica acababa de volver de las duchas y se sentó en su cama para secarse el pelo. La cama tenía un bulto, así que quitó el cubrecama para ver qué era. ¿Alguien quiere adivinar qué encontró?

—¿El cadáver de Sebastian? —dijo Elena.

—Correcto.

—¡Qué asco! —dijo Lucy—. ¿Quién haría semejante cosa?

—Sebastian. Hacía semanas que perseguía a esa chica. Ella no quería saber nada; tenía novio en su ciudad natal. Supongo que creyó que tenía que darle una lección o algo parecido.

—¡Qué espantoso!

—El asunto es que todos sabían que había sido Sebastian quien había hecho eso, era evidente, pero no le pasó nada. Si tú o yo hubiésemos hecho algo parecido, nos habrían echado de la facultad y nos habrían prohibido ingresar en cualquier institución médica del país, pero a Sebastian, no. Él fue a su casa una semana y luego regresó como si nada hubiera ocurrido. Alrededor de un mes después, el decano anunció que Black Inc., la empresa del padre de Sebastian, había donado más de un millón de libras para ayudar a financiar un nuevo centro de investigaciones en la universidad.

—Dios mío, qué horrible —dijo Elena.

—Así es —coincidió Lucas—. No hay nada que haga olvidar más a la gente que un gran cheque. Todo fue un gran derroche de dinero, por supuesto: él jamás se graduó. Su padre lo prepara para que se haga cargo de su imperio mediático. No fue otra cosa que un ejercicio técnico.

—A eso me refería exactamente —dijo Alex—. Si has pasado toda tu vida haciendo lo que te da la gana y saliendo airoso, ¿qué incentivo tienes para respetar las reglas? No hay consecuencias, y por lo tanto las reglas y las leyes

normales que tú y yo debemos respetar no se aplican a ellos.

La conversación giró en torno a Sebastian unos minutos más y luego cambiaron de tema.

Polly permaneció sentada, atónita. No sabía qué le asustaba más: saber que un psicópata la estaba acosando o el hecho de que Oliver lo conociera.

31

Se fueron después del café. Polly estaba desesperada por salir de allí e intentó meter prisa a Oliver, pero él no se dio por aludido. Pidió postre, después licor y, finalmente, café.

Tomaron un taxi negro de regreso a Shepherd's Bush. Polly se sentó en una esquina, inmóvil, con las manos apretadas sobre su falda. Miró por la ventana, viendo pasar las luces de Londres. Su cabeza hervía con millones de preguntas. Trataba de entender todo lo que acababa de ocurrir. ¿Charlotte había estado comprometida con el hermano de él? ¿Cómo era posible?

De pronto, empezaron a arderle los ojos y se dio cuenta de que no había pestañeado durante varios minutos.

Después de abrir y cerrar la boca varias veces, por fin consiguió hablar.

—Oliver —dijo con voz lenta, alargando su nombre.

—Sí —respondió él, distraído, perdido en sus propios pensamientos.

—¿Qué pasó entre Charlotte y el hermano de ese tipo?

Él se volvió y la miró.

—¿Eh? —replicó.

—Sebastian. El hermano de Sebastian.

Era tan raro pronunciar su nombre en voz alta frente a Oliver.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sabía que había estado comprometida.

—Sí, ya hace varios años.

—¿Y qué ocurrió?

Él la observó, evaluando si contarle o no. Por fin habló:

—Para ser sincero, lo cierto es que no lo sé. Charlotte no quiere hablar al

respecto, ni siquiera ahora. Lo único que sé es que tuvieron una pelea espantosa un par de días antes de la boda y ella lo canceló todo. —Se detuvo un momento, como si eso fuera lo único que pensara decir, pero luego continuó—. Al principio todos pensamos que era una broma: Charlotte y Ed eran perfectos el uno para el otro. —Volvió a detenerse. Por la expresión de su rostro, Polly se dio cuenta de que era un recuerdo horrible y doloroso.

—Continúa —lo animó Polly.

—Fue horrible. Ella se encerró en su apartamento y no dejó entrar a nadie. Finalmente tuvimos que echar la puerta abajo. Odio recordar siquiera el estado en que la encontramos. —Se estremeció al hablar.

—¿Qué pasó? —preguntó Polly; su voz era apenas un murmullo.

—No debería contarte esto...

—Por favor —dijo Polly.

Él confundió su angustia con preocupación.

—La encontramos vestida con su traje de bodas en un revoltijo de agua fría y llena de sangre. Cuando la vi pensé que estaba muerta. Había por lo menos cuatro botellas de vino rotas desparramadas por el suelo del baño. Sus piernas y sus manos estaban cortadas por andar a gatas por todo el aseo. Había vómito por todas partes. Tuvo suerte de estar en el baño, sentada; no quisiera pensar en lo que habría ocurrido si hubiese estado tendida en el suelo.

Polly permaneció en silencio.

—Me siento muy mal por todo eso, porque fui yo quien los presentó. Sebastian y yo éramos buenos amigos en la facultad de medicina. Hasta el día de hoy no puedo entender qué pasó. Le he preguntado al respecto, y le he preguntado a Ed, pero ninguno de los dos quiere hablar.

Polly estaba demasiado agotada para seguir escuchando; había desconectado para intentar protegerse.

Él la observó y luego se acercó a ella en el asiento trasero. La rodeó con el brazo, acercándola.

—Suficiente de ese tema. ¿Lo has pasado bien? —Al hablar soltó su aliento impregnado de alcohol.

—Sí —respondió ella en voz baja.

Él se acurrucó y apoyó el costado de su cabeza sobre la de ella.

Polly pensó que iba a vomitar. Nunca había creído en las coincidencias; el mundo estaba tan lleno de acontecimientos aislados que tarde o temprano ocurrían cosas inexplicables. Pero aquí ocurría otra cosa totalmente distinta.

Polly pasó el resto del fin de semana totalmente aturdida.

El lunes era festivo, así que, para su gran alivio, no tuvo que ir a la oficina. Era un bello día de sol. Oliver quería que fueran a un parque, pero ella logró convencerlo para quedarse a mirar una serie de televisión con ella. Era un drama policíaco estadounidense que no tenía ningún interés en ver —era demasiado crudo—, pero estuvo dispuesta a soportarlo antes que salir del apartamento.

Sin embargo, pronto llegó el martes por la mañana. Sintió terror ante la idea de salir. Se imaginaba a Sebastian parado justo frente a la puerta principal, con la nariz apoyada sobre la brillante pintura negra, esperando a que ella girara el picaporte para atacarla. No era un pensamiento alocado: probablemente sabía dónde vivía Oliver, y por consiguiente sabía dónde vivía Polly.

Oliver se fue a trabajar media hora antes que ella. Polly pasó varios minutos yendo y viniendo entre la ventanas de la sala y la del dormitorio para abarcar el frente y la parte trasera del apartamento. Justo cuando por fin había reunido coraje suficiente para salir a trabajar, oyó un ruido estruendoso arriba, una puerta que se cerraba. Era suficiente: no iría a ningún sitio.

Llamó a la oficina para decir que estaba enferma. Alicia respondió el teléfono. Polly le dijo que tenía una infección urinaria y que Oliver le había dado antibióticos. Alicia empezó a darle detalles sobre una infección pélvica que había tenido hacía un tiempo y que había sido muy dolorosa. Polly intentó decirle que no era lo mismo, que era otra parte del cuerpo, pero ella siguió hablando de todos modos. Finalmente, Polly le dijo que tenía que correr al

baño y colgó.

Pero apenas volvió a sumirse en el silencio del apartamento se arrepintió de haber llamado. Ahora iba a tener que pasar el día en casa, sola. Probablemente Sebastian venía de camino para atacarla. Por lo menos, si hubiese ido a trabajar y él hubiera aparecido, tendría gente a su alrededor. En el apartamento nadie la oiría gritar.

Adoptó su posición acostumbrada en el sofá, en la punta, frente a la puerta de la sala, para poder ver la cocina, el pasillo y la puerta principal. Al principio se limitó a mirar al vacío, pero no tardó mucho tiempo en ponerse a llorar. ¿Cómo había ocurrido todo eso? Todo era un desastre, y no tenía idea de cómo arreglarlo. Pensó en lo que le había dicho Sebastian. «Tu vida tal como la conoces se ha terminado, Polly.» Hasta el momento había cumplido con su palabra, ¿qué otra cosa le aguardaba?

Miró el portátil de Oliver sobre la mesa del comedor. ¿Y si lo hacía? ¿Acaso tenía opción? Lo encendió y fue directo a Google. Escribió «Sebastian Black».

Surgieron varios artículos sobre la corporación de medios de comunicación Black Inc. Todos hacían referencia a Sebastian como posible sucesor del imperio de su padre. El nombre del padre era Robert Black. También se mencionaba a su hermano mayor, Ed, que también competía como sucesor. Hizo clic en un enlace a un artículo en la revista *Time*. La foto de portada era la de un hombre viejo y calvo, de cara caída, con traje elegante y gafas. Miraba directamente a la cámara, y el fondo era borroso e inquietante. El titular decía: *Cómo consiguió este hombre hacerse con el control de los medios de comunicación de todo el mundo*. El artículo ofrecía un resumen de la carrera de Robert Black, que en sus inicios era vendedor callejero en el East End y había terminado siendo el magnate de medios de comunicación más poderoso del mundo. Era dueño del cuarenta y cuatro por ciento de los medios de comunicación, desde periódicos hasta cadenas de televisión y redes

sociales. Polly había oído hablar de Black Inc., pero no conocía la magnitud de la corporación. Tenían empresas en todo el mundo, especialmente en Europa y América.

Aburrida, hizo clic en un enlace de una de las lustrosas revistas. Era una exclusiva en su casa, con la nueva mujer de Robert Black. Robert solo aparecía en una foto con su novia tailandesa, una foto de archivo tomada en algún evento de caridad. El resto eran fotos de ella con distintos atuendos en su mansión de Mónaco. La fastuosidad que emanaba de cada foto era espectacular: arañas de cristal en todas las habitaciones, mobiliario estilo Regencia, ornamentos de oro y mármol, un Picasso o un Renoir prácticamente en cada pared. Más abajo, en la página había una foto de Robert en su juventud, acompañado por una bella modelo italiana. Polly reconoció sus ojos de inmediato. Tenía los mismos inquietantes ojos negros que la habían cautivado aquella primera noche. La leyenda al pie decía que los de la foto eran Robert y su primera mujer, Lucia. Habían tenido dos hijos juntos.

Polly volvió a Google y buscó «Ed Black». Nuevamente aparecieron artículos sobre Black Inc. Intentó buscar algún artículo o fotografía específica de los hijos, pero no encontró nada. Tenía sentido: si realmente tenían tanto poder sobre los medios, podían eliminar con toda facilidad cualquier artículo o información que se publicara sobre ellos.

Hizo clic sobre algunos otros artículos. Parecía que no todo el mundo estaba conforme con que Robert Black fuera dueño de casi la mitad de los medios de comunicación del mundo. Había varios grupos que se oponían al grado de control que había podido acumular. Había una serie de apasionadas peticiones de intervención a los gobiernos para que hicieran algo al respecto. Sin embargo, por lo que podía deducir Polly, Robert había creado una fortaleza impenetrable en torno a su familia y a su imperio: eran intocables.

Polly se echó atrás y soltó un largo suspiro. ¿En qué mierda se había metido? Alex tenía razón: las reglas y las leyes terrenales normales no se

aplicaban a esas personas. Rápidamente, cerró la tapa del portátil. No quiso saber nada más. Lo que no podía entender era cómo sus vidas —la suya, la de Sebastian, la de Oliver, la de Charlotte, la de Ed— se habían entrecruzado, aparentemente por casualidad. Él era un desconocido en el metro; le costaba creer que la hubiese elegido al azar en el tren esa primera noche. A menudo se preguntaba por qué la había elegido, en un momento en el que no podía decirse que tuviera buen aspecto: ebria, con el rostro manchado de maquillaje y el pelo revuelto. No, no encajaba..., eran demasiadas coincidencias. El comienzo de una línea de pensamiento trataba de abrirse paso en su cerebro, pero no persistía el tiempo suficiente para poder aprehenderla.

Buscó papel y bolígrafo y empezó a escribir una lista cronológica de todos los acontecimientos que tenían relación con él. Acababa de llegar al segundo encuentro, en que ella había creído estar con él pero en realidad había estado con un viejo, cuando se detuvo y arrugó el papel. La hacía sentirse horrible; escribir una lista era una idea estúpida. Arrojó la pelota de papel al suelo y se acurrucó en el sofá.

Se despertó varias horas después, sobresaltada. Oyó ruido de llaves en la puerta principal. De inmediato se levantó del sofá y buscó un lugar donde esconderse.

Oyó un golpe en la puerta, como si alguien tratara de abrirla a la fuerza.

—¿Pol? —La voz de Oliver llegó desde el otro lado.

Polly le había pasado el cerrojo a la puerta enseguida después de que él se fuera esa mañana.

—¿Oliver? —respondió Polly. El sonido de su propia voz la sobresaltó.

—Pol, ¿puedes abrirme la puerta? Mi maldita llave no abre.

Polly fue a la puerta, pero se detuvo cuando se disponía a descorrer el pestillo. Nada de eso tenía sentido. ¿Qué relación tenía Oliver con todo eso? ¿Estaría involucrado de algún modo?

—¿Pol? ¿Estás ahí?

El mismo Oliver lo había dicho, que él y Sebastian eran buenos amigos en la facultad de medicina. Él tenía que saber a qué se dedicaba Sebastian..., todo ese asunto del *tubing*.

Empezó a alejarse de la puerta.

—Pol, por favor, ¿puedes abrirme la puerta?

De pronto recordó aquella vez que Oliver había aparecido en el metro, la noche de su encuentro con él, en Shepherd's Bush. Recordó que había aparecido en mitad de su estriptís. ¿Había sido una trampa? ¿Oliver iría a un encuentro, o a observar? Ella sabía que había ocurrido algo raro; se suponía que él estaba mirando el rugby, no paseando por el metro un domingo a la noche.

—Polly —gritó de pronto desde detrás de la puerta.

Ella notó que su espalda tocaba la pared del otro lado del pasillo.

—No —respondió ella en voz muy baja.

—¿Qué?

—Dije que no. —Esta vez con más fuerza.

¿Oliver, haciendo *tubing*? La idea era superridícula. Era uno de los hombres con menos motivación sexual que había conocido jamás. Pero quizá esa era la razón. Tal vez se descargaba en el metro y no necesitaba nada de Polly.

—Polly, ¿qué diablos haces? Abre la maldita puerta.

—No, ¿qué diablos has estado haciendo tú? Maldito pervertido —gritó.

De pronto, sintió que la respiración se le aceleraba. Poco tiempo después volvió a sentir pinchazos que le subían por las piernas hasta su estómago. Palpó el costado de la puerta para tratar de estabilizarse. Cayó al suelo en el momento en que Oliver atravesó la puerta.

Cuando volvió en sí estaba tendida en el sofá de la sala. Oliver estaba en la cocina. Él se dio la vuelta y la miró.

—¡Eh, estás despierta! —exclamó, acercándose a ella.

Polly de inmediato se puso en alerta máxima y se arrimó a la esquina del sofá, a la defensiva.

Oliver no le prestó atención y se sentó junto a ella.

—¿Qué es esto? —dijo, inclinándose para recoger la lista que ella había arrugado y arrojado al suelo.

—Nada —dijo, y se la arrebató y la metió en su manga.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con dulzura. Polly no respondió.

De pronto, no lo reconocía. Le resultaba un desconocido. Siempre había creído que era un tipo honesto y genuino, pero ahora creía que todo sobre él era una mentira, incluida su honestidad.

—¿Qué estás haciendo contigo misma, Polly? —dijo, agitando la cabeza.

—¿Qué? —respondió ella, desprevenida.

—Sé lo que has estado haciendo. —Hizo una pausa, respiró profundamente y se preparó para lo que estaba a punto de decir—. Ha llegado el momento de que seamos sinceros el uno con el otro.

Ella, simplemente, lo observó.

—Está todo bien —dijo, acercándose un poco más. Ella de inmediato se estremeció.

—Yo también pasé por esto.

Le costaba entender lo que decía. ¿Estaba haciendo una confesión?

—Bueno, no de la misma manera que tú, por supuesto. En realidad, es una

estupidez lo que he dicho; es muy diferente para un hombre, y mucho, mucho más difícil para una mujer, creo.

Polly no podía creer que estuvieran teniendo esa conversación. Miró por la ventana. Pensó que, si corría rápido, podría escaparse por la ventana abierta antes de que él la alcanzara.

—Entiendo por qué lo has estado haciendo. Es totalmente comprensible, teniendo en cuenta lo que has estado atravesando.

Lo miró con la boca abierta. ¿La estaba perdonando? ¿Esperaba que ella hiciera lo mismo?

—Tu madre me advirtió que algo así podría suceder.

Polly agitó la cabeza.

—Un momento... ¿Qué? ¿Mi madre? —¿Qué diablos tenía que ver su madre con eso?

—Una recaída.

—¿Una qué?

—Cuando hablé con tu madre, me dijo que esto te ocurrió cuando eras adolescente, que de pronto desaparecías, te ponías paranoica, no comías.

Polly cerró los ojos y apoyó la cabeza entre las manos. Ahora entendía: creía que estaba teniendo una especie de crisis nerviosa.

Oliver siguió hablando.

—Polly, no te preocupes, todo va a salir bien. Voy a asegurarme de que te mejores. —Ella levantó la mirada con incredulidad.

—¿Y qué me dices de ti, Oliver? —De pronto sintió furia—. ¿Qué me cuentas de todas tus mentiras y tus engaños?

—¿Qué? —respondió él, y sonó genuinamente estupefacto.

—¿Tienes sexo con otras personas a mis espaldas, Oliver?

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera contenerse.

—¿Cómo dices?

Ella no había planeado cómo abordar ese tema. Era mejor, simplemente,

continuar.

—¿Estás teniendo sexo con otras personas?

—¿Qué? —exclamó él, y luego sacudió la cabeza como si fuera una especie de broma.

—Ya me has oído —continuó Polly, mortalmente seria.

—Ni siquiera sé... ¿De qué hablas?

—Responde a mi pregunta.

—Polly... —dijo él, confundido, con toda su cara arrugada en el centro.

—¿Por qué no respondes a mi pregunta? ¿Acaso estoy en lo cierto?

Él no dijo nada, solo la miró.

—¿Sí, o no? —insistió, alzando el tono de voz. ¿Por qué, simplemente, no le respondía? En lo que a ella tocaba, solo podía significar una cosa: que era culpable y trataba de evadir la pregunta.

Él extendió la mano para tocarla. Ella se estremeció, quitando su brazo.

—¿Por qué no me respondes? —le espetó, gritándole en la cara.

Oliver, literalmente, saltó hacia atrás. Parecía verdaderamente herido.

—¿Por qué? —gritó ella.

—Porque es una pregunta ridícula —respondió él, alejándose.

—No lo creo —continuó—. Apenas tenemos relaciones sexuales, así que seguramente las consigues en algún otro sitio.

—Polly, cálmate, solo cálmate y...

—¡No me pidas que me calme, idiota condescendiente! —exclamó.

Él la miró como si nunca antes la hubiese visto. Empezó a ponerse de pie y a alejarse de ella muy lentamente, como si tuviera miedo de hacer un movimiento repentino que provocara a la bestia y esta lo atacara.

—Nunca quieres tener sexo conmigo —continuó; su ira la protegía de la vergüenza de lo que decía. Se levantó y lo siguió—. Siempre me estás apartando cada vez que quiero iniciar algo. ¿Por qué será, Oliver? ¿Será porque eres un sucio pervertido que se consuela en otro sitio?

Él le dio la espalda y agitó la cabeza con... ¿qué? ¿Incredulidad? ¿O estaba enfadado porque lo había descubierto? Polly no sabía. Ahora estaba justo a sus espaldas. Extendió ambas manos y lo empujó con fuerza.

—¿Por qué lo haces, hijo de puta? —gritó.

El empujón colmó el vaso. Él se dio la vuelta y la inmovilizó contra la pared de la sala. Tenía el rostro colorado y temblaba de ira. *Tengo razón, pensó, este es Oliver, el verdadero Oliver.*

—Admítelo —dijo.

Pero, de pronto, él la soltó y su rostro se ablandó.

—No sé de qué hablas, Polly. Eres tú quien siempre se aleja. No recuerdo ni una sola vez que yo te haya rechazado.

—Yo, sí —respondió ella, desafiante—. La mañana después de que yo...

Se calló. Estaba pensando en la mañana después de conocer a Sebastian. No podía creer que había estado a punto de decírselo.

Lo alejó de sí. Se le mezclaba todo en la cabeza y no llegaba a distinguir entre Oliver y el *tubing*.

Se dio la vuelta hacia la pared. Quizá, si solo se enfocaba en el espacio blanco frente a ella, podría tener un poco de perspectiva. Pero no sirvió de nada. Pocos segundos después las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Lentamente se fue golpeando la frente contra el ladrillo duro y frío.

—Deja de hacer eso —dijo Oliver con dulzura.

Ella lo ignoró y empezó a golpear su cabeza con más fuerza.

—Basta —dijo él, apartándola y guiándola de vuelta al sofá. Una vez que la sentó, se arrodilló frente a ella y la tomó de ambas manos—. Superaremos esto.

La miró con los ojos llenos de amor. Pero ella ya había visto antes esa mirada. Sebastian la había mirado de la misma manera, justo después de pedirle que se fugara con él, justo antes de intentar estrangularla.

Se apartó de él y se levantó.

—Me voy a la cama —dijo.

—Pero todavía no son siquiera las seis y media —oyó que decía Oliver antes de que ella cerrara con fuerza la puerta del dormitorio.

34

Polly volvió a ausentarse del trabajo por sentirse enferma al día siguiente.

Tuvo una idea brillante en mitad de la noche, y por la mañana fue al portátil de Oliver apenas este se fue a trabajar. Fue directo a su página de Facebook. Hacía tiempo que no la veía. Su foto de perfil era la misma: Oliver haciendo el tonto, con el estetoscopio en una mano y una pinta de cerveza en la otra. Cuando lo conoció, Polly había revisado su página, leído cada comentario y visto todas sus fotos. En ese momento ninguna de las personas había significado mucho para ella, no reconocía a ninguna, pero ahora sí las reconoció.

Había varias fotos de Sebastian. No podía creer que no recordara haberlo visto antes. Charlotte también aparecía mucho. Vio a Ed en algunas. Apenas vio su cara, el corazón le dio un vuelco y apoyó la cabeza en la mesa. Lo reconoció de inmediato. Era el último tipo con el que había hecho *tubing*. Lentamente alzó la cabeza y volvió a mirarlo. No se parecía en nada a su hermano, sino mucho más a su padre. Tenía el mismo pelo rubio y corto y llevaba gafas.

Ella solo había sido un trozo de carne, y Sebastian la había compartido con todos sus conocidos para que tuvieran sexo con ella.

Bajó por la pantalla para ver la lista de amigos de Oliver. *Él* estaba allí. Pinchó en su página, pero era de acceso privado, de modo que no pudo ver otra cosa que no fuera su foto de perfil. Era un autorretrato, probablemente tomada con su móvil. Sus ojos negros la miraron desde el otro lado de la lente. Haría cualquier cosa por entrar en su página.

Entonces tuvo una idea. Cerró sesión en su cuenta de Facebook y escribió el

nombre de usuario de Oliver. Contraseña, pensó, ¿qué usaría él como contraseña? Escribió «contraseña», hizo clic y entró.

Fue directo a la página de Sebastian. No había mucho. Algún que otro comentario sobre otras personas y un par de fotos en las que lo habían etiquetado, pero nada más.

Volvió a la página de Oliver. Él también era amigo de Ed. Hizo clic en su nombre. Allí también había muy poco contenido. Bajó un poco, y estaba a punto de salir cuando vio varios mensajes de felicitaciones el 12 de marzo de cinco años atrás. Al principio no se dio cuenta; no eran felicitaciones de cumpleaños. Luego cayó en la cuenta. Volvió a la página de Oliver y buscó a Charlotte. La encontró y fue directo a su página. Aparecieron los mismos mensajes de felicitaciones: era la fecha en que habían anunciado su compromiso. Charlotte había actualizado su estado de Facebook; en lugar de «en una relación» había puesto «comprometida».

A partir de ahí había infinidad de comentarios en la página de Charlotte; era un diario público de sus planes para la boda. Polly no pudo evitar estremecerse mientras leía cada publicación. Había fotos de varios estilos de trajes de boda, como también detalles del sitio, el menú del desayuno de boda, un vídeo de YouTube con la banda que tocaría en la recepción. Las últimas publicaciones eran un comentario interminable sobre sus sentimientos mientras hacía la cuenta atrás hasta el gran día. El último decía: «Mañana seré la Sra. Black». Doscientas treinta personas habían dado «me gusta» al comentario y había montones de mensajes deseándole suerte. Después, nada. La página había sido totalmente abandonada.

Polly se echó atrás y soltó un largo suspiro. ¿Qué había ocurrido entre ellos? Se levantó y se preparó una taza de té; no soportó seguir mirando el mausoleo que era la página de Facebook de Charlotte.

De pronto su móvil recobró vida y empezó a vibrar sobre la mesa del comedor, donde lo había dejado junto al portátil. Soltó un pequeño grito de

sorpresa. Se acercó para coger la llamada, con la mano sobre el corazón, tratando de tranquilizarse. Miró para ver quién era antes de responder. Era James.

—¡Mierda! —dijo en voz alta. De inmediato dejó el móvil sobre la mesa y se paseó por la sala hasta que dejó de sonar. Cuando paró, volvió a la cocina para terminar de preparar el té. Oyó un fuerte tañido electrónico para indicar que James había dejado un mensaje de voz. Decidió ignorarlo.

Volvió al portátil y fue directo a Gmail. Ella no tenía cuenta, pero Oliver sí. Escribió su dirección de correo electrónico y «contraseña».

La cuenta de correo electrónico de Oliver era muy cuidada. Guardaba los mensajes estrictamente importantes. La cuenta de correo electrónico de Polly estaba repleta de correo no deseado y correo basura; nunca se molestaba en borrar nada. Bajó por la pantalla a su lista de mensajes. Lionel estaba en lo cierto: se había postulado para algunos puestos de pediatría. No había nada más interesante. Algún que otro correo de Crispin para comunicarle los detalles de la fiesta de cumpleaños, un par de mensajes virales y algunos de librerías virtuales: había comprado muchos libros de medicina en los últimos meses.

Bajó todavía más en la lista de mensajes cuando hubo uno en particular que le llamó la atención. La dirección de correo electrónico era reservations@oxo.co.uk. Era una reserva de mesa para el restaurante de la Torre OXO. Oliver había llevado allí a Polly en su primera cita. Les habían dado una mesa junto a la ventana, con vistas a South Bank al otro lado del Támesis y al centro de Londres. Polly no había podido expresar lo impresionada que se sentía. El correo electrónico confirmaba una reserva para dos personas el 14 de junio. Él había dejado instrucciones con la reserva: «Celebraremos una ocasión muy especial; si es posible, ¿podríamos tener una mesa junto a la ventana y champán listo cuando lleguemos? Gracias de antemano. Oliver». Ella reconoció la fecha..., la de su aniversario.

—¿Qué diabl...? —dijo Polly en voz alta.

Volvió a su buzón de entrada y siguió mirando la lista de correos. Un par de mensajes después había uno de Tiffany & Co. Lo abrió con ansiedad. Decía: «Estimado Dr. Elliot-Smith, le informamos que ya hemos modificado el tamaño del anillo de compromiso que compró y está listo para que lo retire».

El mensaje seguía, pero Polly no se molestó en leerlo. Hizo clic directamente en las palabras «anillo de compromiso». La llevó a una página del sitio web de Tiffany & Co. Era una página blanca con la foto de un anillo de compromiso de zafiros y diamantes. Era bellissimo.

El viernes Polly tuvo que ir a trabajar. Había escuchado el mensaje de James. Le deseaba una pronta mejoría, pero dejó bien claro que necesitaba que volviera a la oficina lo más pronto posible.

Todavía estaba impresionada después de haber leído los correos de Oliver. Él había hecho todos esos planes para poder proponerle matrimonio el día de su aniversario. Ella había visto todas sus llamadas perdidas esa noche, pero había decidido ignorarlas. Se imaginó a Oliver sentado en el restaurante, con un ramo de rosas sobre la mesa, el champán en un cubo de hielo, con un anillo de compromiso quemándole en el bolsillo, mientras ella estaba borracha en un tren desquitándose con un desconocido... Bueno, alguien que pensó que era un desconocido. Le dolía pensar en eso.

Sin embargo, ¿cambiaba eso las cosas? Pedirle que se casara con él no necesariamente significaba algo. Sebastian estaba comprometido y eso no le impedía tener encuentros en el metro. Emmi. No había vuelto a pensar en ella desde que la había conocido el sábado por la noche. Quizá debería informarla de lo que hacía su novio. Pero de inmediato descartó la idea. Dios sabía qué le haría él si ella hacía algo semejante.

Entonces tuvo una idea. ¿Sería el *tubing* la razón por la cual Charlotte y Ed se habían separado? ¿Ella lo había descubierto y había cancelado la boda?

Se le estaba haciendo tarde cuando se fue de la casa. Había pasado demasiado tiempo yendo del dormitorio hacia la ventana de la sala. Respiró profundamente al abrir la puerta principal, preparándose para lo peor. No había nadie.

Tenía la intención de tomar el autobús, pero si lo hacía llegaría por lo menos media hora tarde. James había dicho que la quería a las nueve en punto, así que se vio obligada a tomar el metro. Una vez a bordo, no dejó de mirar a su alrededor, llena de nervios; parecía un pequeño pájaro, disparando la cabeza mecánicamente hacia una y otra dirección.

Apenas se sentó en su escritorio apareció James y le dijo que necesitaba hablar con ella. Fueron a la oficina de Lionel, que se había ausentado durante la mañana. Por la forma en que cerró la puerta adivinó que no la había invitado para hablar sobre sus posibilidades de promoción ni para darle un incentivo.

—Voy a ser muy directo, Polly —dijo apenas se sentó en el sillón de Lionel. El cuero crujió cuando se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre el escritorio—. Han iniciado una causa contra el periódico por culpa de tus T y C.

Los dedos de Polly inmediatamente fueron a su labio y empezó a pellizcárselo.

—Me habías dicho que habías modificado el documento, Polly, pero es evidente que no lo has hecho.

Se clavó las uñas en el labio, pero no sintió dolor.

Hubo un largo silencio.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —añadió, enfadado porque ella no hablaba.

—Lo siento —dijo mansamente.

James la miró durante algunos instantes:

—¿Ni siquiera te preocupa, Polly?

Polly no respondió.

—He perdido la cuenta de las veces que alegaste estar enferma durante los últimos meses. ¿Tienes alguna enfermedad que debas comunicarme?

Se produjo un silencio.

—No, eso me pareció. En ese caso, Polly, no me dejas opción. Tendré que despedirte.

Ella sabía que le diría eso. Apoyó la cabeza y los brazos sobre el escritorio y comenzó a sollozar.

James no sabía cómo proceder. Se le acercó y le dio una palmada en la espalda. Como a pesar de eso siguió llorando, se dirigió a la puerta para llamar a alguien. Pero no había nadie. Se paseó por la oficina, sin saber qué hacer consigo mismo.

Por fin, Polly levantó la cabeza para tomar aire. Su rostro estaba caliente y sudoroso; apenas podía respirar por todo el moco y la saliva que taponaban sus vías respiratorias. James le ofreció el pañuelo que tenía en el bolsillo superior de su chaqueta. Polly siempre había pensado que era decorativo. Se sopló la nariz con fuerza y lo miró entrecerrando los ojos.

—Lo siento mucho, James —dijo—. No puedo creer que todo esto esté sucediendo.

—¿Qué *es* lo que sucede, Polly? —preguntó en voz baja—. Es evidente que algo no está bien. Siempre has sido muy aplicada, pero durante los últimos meses..., bueno, te has convertido en una persona muy diferente.

Polly pensó durante un momento... y luego le contó todo. Le contó que había visto cómo habían empujado a la chica debajo del tren, que Sebastian la había perseguido, que la había atacado, todo..., pero no le contó nada sobre el *tubing*.

James escuchó atentamente. No respondió a nada de lo que ella decía; esperó a que terminara.

Lo primero que hizo fue sonreír. Luego dijo:

—Ojalá hubieras venido a pedirme ayuda antes.

—No podía —dijo Polly—. No podía acudir a nadie. Él trató de matarme. Eres la primera persona a quien se lo cuento.

—Bien, habrá que hacer algo al respecto.

—Por favor, no me digas que debo ir a la policía. Ya lo intenté, pero él apareció de la nada; sabía exactamente cuáles eran mis movimientos. Si él descubre... —Dejó de hablar ante la idea.

—Está bien, está bien —dijo James. Pensó un momento y luego dijo—: Conozco a alguien en la Policía Metropolitana que me debe un favor. Hablaré con ellos, veré qué pueden hacer.

—No, no, por favor, no lo hagas —dijo Polly, extendiendo la mano, implorando.

Él se arrodilló frente a ella.

—No te preocupes, será extraoficial. Yo les explicaré la situación. Nadie se acercará a ese tipo, Sebastian, hasta que tú quieras. ¿De acuerdo?

Ella asintió lentamente; las mejillas volvieron a empapársele de lágrimas.

Él tomó su mano.

—Ya no debes preocuparte. Lo solucionaremos.

Una vez que se limpió la cara, James le dijo que volviera a su escritorio y adelantara trabajo. Llamó a su amigo de la Metropolitana desde la oficina de Lionel. Pocos minutos después se acercó al escritorio de Polly y se inclinó cerca de ella; sus rodillas crujieron cuando se agachó.

—He concertado una reunión esta tarde en mi casa. —Le entregó un trozo de papel—. Esta es mi dirección. Vendrá a las siete, pero puedes venir antes si quieres; estaré en casa desde las cinco. —Empujó hacia atrás la manga de su camisa y dejó ver un reloj de oro macizo—. Debo ir al tribunal esta mañana para resolver el embrollo de los T y C, así que realmente debo ir. ¿Estarás bien?

Ella quiso abrazarlo, decirle cuánto lamentaba todo el enredo que había causado. Pero no lo hizo; simplemente, asintió torpemente y él se fue.

36

Polly aceptó la propuesta de James y apareció en su casa apenas pasadas las cinco y media. Él se alegró de verla, aunque se puso un poco nervioso. Polly pensó que eso de venir antes había sido más una cortesía que otra cosa. Se deshizo en disculpas y trató de marcharse, pero él no lo consintió y la hizo entrar por la puerta principal.

James vivía en una casa adosada de tres pisos cerca de Sloane Square. Un largo pasillo conducía a cuartos de techos altos y decoración impecable. Entraron en la sala. Había un tresillo formal en el centro de la sala que no parecía nada confortable. En un rincón había dos sillones de cuero hechos polvo con una pequeña mesa de café entre ambos, frente a un mueble abierto con una televisión de pantalla plana.

Le dijo que se pusiera cómoda en el rincón mientras él preparaba un poco de té. Polly se quedó junto al aparador para mirar sus fotos antes de sentarse. Había un hombre que aparecía en muchas fotos. Tendría unos treinta años y tenía cara de oriental, quizá camboyano o vietnamita. Hacían buena pareja, aunque James debía de ser por lo menos quince años mayor. Polly se alegró por él.

James regresó con una tetera y dos tazas y platos a juego. Eran de porcelana china con lunares azules y amarillos. Apenas podía creer que era la misma persona sencilla con la que había trabajado en la oficina ese último año. Se sintió culpable por no haber tenido tiempo nunca para él. Ella siempre era educada, pero nunca se había preocupado por conocerlo. Y ahora él hacía todo lo posible por hacerla sentir cómoda y le permitía esconderse en su casa.

Hablaron un rato de trivialidades y luego James se disculpó porque debía

terminar algunos trabajos. Dejó a Polly con el mando del televisor. Debió de quedarse dormida apenas él salió de la habitación. Recordaba haber pasado un par de canales; cuando se despertó, vio a James parado junto a ella, tratando de despertarla.

—Polly —dijo James con dulzura—. Llegó la detective Watson, mi amiga de la Metropolitana de la que te hablé.

Polly abrió los ojos. Una mujer de unos cincuenta años estaba parada junto a él. Polly se sorprendió: había esperado a un hombre de mediana edad, gordo y calvo, con aliento a café y olor a transpiración, no esa señora delgada y elegante que tenía enfrente. Se mantenía bien a pesar de su edad y de las líneas del rostro y las bolsas debajo de los ojos.

—Hola, Polly —dijo, extendiendo la mano para que Polly la estrechara. Polly se frotó la cara con las palmas y se incorporó antes de estrechar su mano.

La detective Watson, que insistió en que la llamara Gin, se sentó en el sillón de enfrente. James agarró una silla con respaldo duro del comedor.

Gin buscó en su bolso y luego colocó un cuaderno y un bolígrafo sobre la pequeña mesa de café.

—De acuerdo, Polly —dijo—. James me ha contado algunas partes, pero me gustaría que me contaras toda la historia, si estás dispuesta.

Polly vaciló un segundo. Era el momento de decir la verdad, de contarle sobre el *tubing*. Pero no lo hizo. Contó su versión abreviada de la verdad. No mintió, pero omitió algunos detalles. Comenzó desde el momento en que había visto a Sebastian empujar a Sarah al paso del tren y cómo él la había perseguido por la estación. Le contó que él se había aparecido de pronto fuera de su oficina cuando intentó llamar a la policía. Era difícil explicar el ataque en el tren —no podía decir que había ido a reunirse con él por propia voluntad—, así que, en cambio, dijo que él la había seguido. La parte en la que Oliver y Sebastian se conocían fue incompleta, pero necesitaba explicar cómo

conocía su nombre. Siguió contándole a la detective sargento que estaba bastante segura de que él también había asesinado a «Ratoncita», aunque de inmediato lamentó haber mencionado esa parte.

Gin escuchó en silencio. No escribió ninguna nota en su cuaderno, aunque lo dejó abierto sobre la mesa.

Cuando Polly hubo terminado, dijo:

—Parece que lo has estado pasando mal. —Lo dijo sin inflexión en la voz. Su rostro permaneció inmutable, y su lenguaje corporal no reveló ninguna emoción. Polly no estaba segura de cómo catalogarla.

—Tengo un par de preguntas para hacerte, si te parece bien, Polly —dijo Gin. A Polly no le gustó cómo agregaba las muletillas «si estás dispuesta» o «si te parece bien» a sus frases. Parecía decirlas en el último momento, como algo que acababa de recordar de su entrenamiento en la escuela de policía, algo para que las personas se relajaran para luego hacerlas caer en la trampa.

—De acuerdo —dijo Polly.

—¿Cómo supo Sebastian dónde encontrarte?

—¿A qué se refiere?

—Cuando trataste de llamar a la policía desde fuera de tu oficina y después, cuando volvías a tu casa en metro.

—Debió de haberme seguido.

—De acuerdo —dijo Gin—. ¿Y adónde ibas cuando él te atacó en el metro?

—A mi casa —respondió Polly sin pensar.

—Eso fue después del trabajo.

—Mmm, bueno, no —dijo Polly, cuando recordó de pronto lo tarde que había sido—. Había estado trabajando hasta tarde. Creo que eran las siete y media u ocho.

—De acuerdo, ¿y te dirigías a tu casa?

—Sí.

—¿Dónde estabas exactamente cuando él te atacó?

—Llegando a Baker Street.

—¿No es la misma estación donde lo viste empujar a Sarah al paso del tren? Polly no podía creer que ella no lo hubiese relacionado antes.

—Sí —respondió.

—De acuerdo —dijo Gin con sus maneras lentas y prolongadas, meditando.

—¿Qué línea de metro tomas generalmente para volver a tu casa del trabajo, Polly?

—La línea Central. —Mierda, pensó Polly apenas habló. Supo exactamente lo que le iba a decir.

—Pero Baker Street no está en la línea Central.

Tenía razón, por supuesto. Polly pensó decir que iba a encontrarse con una amiga o algo así, pero seguramente Gin querría saber quién era y conocer hasta el más mínimo detalle de su vida.

—A veces me gusta variar —explicó—. El viaje se hace un poco aburrido viajando en la misma línea todo el tiempo. Así tengo oportunidad de ver otras partes de Londres y... —comenzó a balbucear como una tonta.

—Pero estás en un metro, bajo tierra.

Polly soltó un resoplido nervioso.

—Sí, es gracioso, ¿verdad? Pero conozco a muchas personas que lo hacen, especialmente si...

—Está bien, está bien —dijo Gin, levantando la mano para interrumpirla.

Polly respiró hondo, temblorosa, y de pronto se preguntó por qué había empezado todo eso.

Gin reanudó las preguntas.

—¿Cuándo intentaste llamar a la policía desde la cabina telefónica?

—Hace una semana. —Polly pensó un momento—. Fue el viernes pasado.

—¿Y cuándo lo viste empujar a Sarah al paso del tren?

—El martes.

—¿Tres días antes?

Polly sabía adónde conducía eso.

—No, el martes anterior.

Gin hizo una pausa y echó la cabeza hacia atrás, confundida.

—¿Por qué esperaste diez días para comunicarte con la policía?

Todo estaba saliendo mal. Debió haber planeado las respuestas de antemano.

—No sé. Tuve miedo —respondió con voz débil.

Se produjo un silencio. Gin no dijo nada. Se quedó mirando a Polly fijamente, como si tratara de leerle la mente. Por fin, habló.

—Es mucha coincidencia que Oliver y Sebastian hayan ido a la facultad de medicina juntos, ¿no crees?

—Bueno... —A Polly le costó encontrar las palabras—. Sí..., supongo que sí.

—¿Y nunca habías visto a Sebastian antes de verlo empujar a la chica debajo del tren?

Polly sintió que le ardía el rostro; rogó que no se le notara. Al menos tenía la penumbra de la habitación de su lado. Se estaba poniendo el sol y James aún no había encendido las luces de la habitación.

—No —dijo Polly con firmeza. Trató de hablar con la mayor rotundidad posible.

—¿Ni siquiera en un evento social?

Polly empezaba a molestarse. Gin hacía preguntas equivocadas.

—No veo qué tiene que ver todo esto con lo que vi, o con el hecho de que un psicópata me esté acosando.

—Trato de entender todo lo que sucedió, Polly. No es necesario que te enfades.

—No me enfado —respondió, enfadándose evidentemente.

—Está bien, Polly —interrumpió James—. Queremos ayudarte. Gin tendrá que ir a buscar a Sebastian y entrevistarlo. Pero necesita asegurarse primero

de entender bien todos los hechos.

—De acuerdo —dijo Polly, calmándose.

Gin la observaba atentamente, sentada derecha y erguida.

—Tengo una última pregunta, Polly, y ya terminamos.

Polly esperó lo peor.

—¿Por qué crees que él es responsable del asesinato de la otra mujer, la del pelo parduzco, Ratoncita? Lo viste empujar solamente a Sarah debajo del tren, ¿verdad?

—Correcto —respondió Polly.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que mató a esa otra chica?

Polly sabía que había sido mala idea mencionar a Ratoncita. Estaba resultando muy difícil contar una historia verdadera y coherente cuando debía dejar de mencionar tantas cosas.

—Bueno... —Se esforzó por pensar en algo—. Lo vi en un periódico digital, y me pareció que el caso era similar.

—No entiendo. Hubo otras personas que se suicidaron en el metro en estos últimos meses. ¿Por qué crees que mató a esa chica en particular? ¿La conoces?

—No —dijo Polly demasiado rápido—. Es decir, es evidente, ¿verdad? Leí en el periódico que no tenía motivo para suicidarse..., igual que Sarah —agregó, como si acabara de recordarlo.

Las dos mujeres se miraban. Polly trató desesperadamente de apartar la mirada, pero estaba demasiado asustada; los mentirosos apartan la mirada primero.

Después de una eternidad, Gin inhaló con fuerza y recogió su cuaderno y su bolígrafo de la mesa de café.

—De acuerdo, esto es lo que sucederá: haré que unos policías busquen a Sebastian mañana por la mañana —comenzó, y luego cambió de táctica al ver el pánico en el rostro de Polly—. No te preocupes, llegarán sin anunciarse y lo

llevarán directamente para interrogarlo. Estarás perfectamente a salvo, te doy mi palabra. También empezaré a investigar la muerte de esa otra chica.

Guardó el cuaderno y el bolígrafo en su bolso y luego cerró la hebilla para asegurarse de que estuviera bien cerrado.

—Trata de descansar, Polly, parece que lo necesitas. —De pronto, esbozó una sonrisa inesperadamente cálida—. No te preocupes —dijo, y extendió su mano y le dio una palmada en el brazo.

James comenzó a acompañarla hasta la puerta. Ya casi habían salido de la habitación cuando Gin se detuvo de pronto y se dio la vuelta:

—No hay nada más que yo deba saber, ¿verdad, Polly?

Ahora es el momento, gritó el cerebro de Polly, cuéntale, cuéntale todo. Pero no pudo.

—No, nada más.

—Bien —dijo Gin antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

Polly se desplomó en su sillón. Trató de convencerse de que había hecho lo correcto, de que pronto terminaría todo, pero el desasosiego se apoderó de ella y no la dejó en paz.

Polly no salió del apartamento durante todo el fin de semana. Oliver jugó a críquet todo el sábado y el domingo, así que prácticamente no lo vio. Creyó que tendría novedades de James o de Gin, pero ninguno de los dos llamó. Trató con todas sus fuerzas de no pensar en Sebastian y lo que le estaría sucediendo, pero cuanto más lo intentaba, peor era. ¿Ya lo habría ido a buscar la policía? ¿Habría confesado? ¿Lo habrían arrestado? ¿Tendría que presentar pruebas contra él en un juicio? Paseó por el apartamento sin cesar, bebiendo una taza de té tras otra. No recordaba la última vez que había comido: ni siquiera ese pensamiento la hizo sentir mejor.

Cuando llegó a la oficina el lunes por la mañana, James ya estaba en su escritorio. Ella sonrió apenas lo vio. Él no le devolvió la sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó mientras dejaba su bolso. Él la fulminó con la mirada, clavándole los ojos. Era evidente que no estaba todo bien.

—Debemos ir a la comisaría.

—¿Qué? ¿Ahora? Pero acabo de llegar.

Él no respondió. Se levantó de su escritorio, agarró su maletín y empujó la silla con suavidad debajo de su escritorio.

—Será mejor que avise a Lionel —continuó, agitada. No quería que pensara que se había escaqueado otro día.

—Está bien, ya hablé con él y está de acuerdo.

Como por arte de magia, Lionel apareció en la puerta de su oficina con una bebida caliente en la mano. Pudo ver el humo que se elevaba de su taza bajo los rayos de sol que entraban por la ventana a sus espaldas. Bebió un largo

sorbo mientras la observaba atentamente.

Ella le sonrió. Él no le devolvió la sonrisa.

—No se lo contaste, ¿verdad? —preguntó Polly, repentinamente aterrada. Lionel conocía a los padres de Oliver; no quería que ellos u Oliver se enteraran. Había pensado que podía confiar en James; ahora no estaba tan segura.

—Agarra tu bolso y vamos.

—No estoy segura de que deba ir. Sebastian podría estar siguiéndome. Si me ve yendo a la comisaría..., bueno..., no sé qué hará.

James se dio la vuelta y la miró.

—Deja de actuar, Polly.

—¿Qué? —dijo Polly, sin poder creer lo que oía, pero él ya estaba a mitad de camino en el pasillo.

Él le retuvo la puerta del ascensor hasta que llegó. Fueron hasta la planta baja en silencio. Polly no encontraba respuesta. Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza: ¿qué diablos sucedía? Salieron del edificio por la puerta principal y fueron hasta donde estaba estacionado el coche de James. Polly lo siguió, nerviosa, mirando atrás constantemente ante cualquier señal de Sebastian.

El coche de James era un elegante Jaguar negro. El interior estaba tapizado de cuero blanco. Aún tenía olor a «coche nuevo». Apenas James encendió el motor, Radio 4 sonó a todo volumen. James se apresuró a apagarla. Ella volvió a preguntarle qué sucedía, pero él parecía no oírla.

Quince minutos después llegaron a la comisaría central del West End en Savile Row. James estacionó en una calle lateral. Se dio la vuelta para mirar a Polly, como si fuera a decir algo, pero se detuvo y, simplemente, frunció el ceño. Bajó del coche. Polly lo siguió.

En el área de recepción James preguntó por la detective Watson. Los hicieron pasar por un pasillo hasta una sala de interrogatorios. Gin y un oficial

uniformado los estaban esperando. Era una sala mugrienta con paredes color hueso y sin ventanas. Una lámpara fluorescente en el centro del cielo raso era la única iluminación. Había una mesa de metal y a cada lado dos sillas con respaldo duro de aspecto incómodo. Gin y su oficial estaban a un lado, con una pila de notas escritas a máquina, y James y Polly al otro lado. En mitad de la mesa había un portátil.

La sala estaba en silencio, todas las miradas depositadas en Polly. La tensión en la habitación era sofocante. Polly empezó a respirar con dificultad; le faltaba el aire.

Por fin, Gin habló.

—Polly, gracias por venir a vernos.

Polly quiso decir que no había tenido mucha opción; en cambio, murmuró:

—No hay problema.

Gin presentó al oficial sentado junto a ella como el inspector Phillips. Este movió la cabeza, con el rostro serio. Luego dijo:

—¿Te importa si grabo esta entrevista?

—¿Por qué? —preguntó Polly.

—Necesitamos volver a revisar tu declaración. Debemos tener un registro de ella.

—De acuerdo —dijo Polly.

Gin hizo una señal hacia la pared detrás de Polly y James. Polly se dio la vuelta y vio un espejo enorme detrás. Estaba en la misma pared que la puerta, por eso no lo había visto al entrar. Quienquiera que estuviera detrás hizo lo que le indicaron, y una luz roja apareció justo encima del espejo. Gin continuó con las formalidades: indicó fecha, hora y número de caso, y enumeró a los presentes en la sala.

—Hoy te hemos pedido que volvieras, Polly, porque encontramos algunas contradicciones en tu historia que nos gustaría aclarar.

¿A quién diablos se refería con «encontramos»? pensó Polly. Cuando se

había reunido con Gin y James antes del fin de semana había hablado en primera persona; ahora hablaba de «nosotros». Giró para volver a mirar la pantalla de cristal a sus espaldas. ¿Por qué estaba en una sala de interrogatorios, por qué la grababan y era observada por solo Dios sabe quién? Todo eso estaba mal.

—¿Qué sucede? —preguntó Polly—. ¿Han hablado con él?

—Supongo que te refieres al señor Sebastian Black —dijo Gin, mirándola a los ojos, con una postura perfecta, las manos juntas frente a ella sobre la mesa—. Sí, lo hemos entrevistado durante el fin de semana.

—Y bien, ¿qué ha dicho?

—Él ha contado una versión muy diferente de la tuya, Polly.

—¿Qué quiere decir?

—Él afirma que has sido tú quien lo acosabas, no él a ti.

Polly se quedó de una pieza. No podía creer lo que oía.

—Es una locura —dijo—. ¿Por qué diablos iba yo a acosarlo?

Gin consultó sus notas.

—La última vez que hablamos, me dijiste que nunca habías visto al señor Black antes de la noche en que lo viste empujar a Sarah Wilson debajo del tren, ¿verdad?

—Sí, eso dije.

—Sé que es lo que dijiste, Polly, pero ¿es verdad? —Polly vaciló un momento.

—Sí.

Gin inhaló profundamente, moviendo las aletas de la nariz. Miró a James y luego volvió a sus notas.

—Le hemos preguntado al señor Black sobre la noche en cuestión, la noche en la que tú alegas que asesinó a Sarah Wilson. Él no sabe nada de eso. Ha dicho que él estuvo trabajando en su casa, que no salió de su apartamento durante todo el día.

—Está mintiendo —dijo Polly—. Lo vi allí. Lo vi empujarla debajo del tren.

—Su prometida ha corroborado su historia.

Claro, cómo no iba a hacerlo, pensó Polly.

—Ella miente.

Gin hizo una pausa para consultar sus notas nuevamente.

—Hemos visto las cámaras de circuito cerrado de la estación de metro en el momento del incidente. —Hizo una pausa y sostuvo la mirada de Polly durante varios segundos.

—¿Y bien? —preguntó Polly con impaciencia.

—No lo hemos visto en las secuencias.

—Pero él estaba allí, justo al lado de ella... Tienen que haberlo visto.

—Te hemos visto a ti, pero no a él.

De pronto, Polly recordó la gorra de béisbol que él se había puesto cuando salía del tren.

—Llevaba puesta una gorra de béisbol. ¿Vieron a alguien con una gorra de béisbol parado junto a ella?

Gin tan solo la miró.

Polly se volvió a James para que la apoyara, pero él tenía la mirada fija adelante; seguía sin responderle.

—El señor Black afirma que tú te lo inventaste todo, Polly.

—¿Por qué iba a inventarlo?

—Él dice que lo hiciste para vengarte de él.

—¿Por qué?

—El señor Black dice que teníais una aventura. Cuando él puso fin a la relación, tú comenzaste a acosarlo, y has inventado la historia de que él ha empujado a Sarah Wilson debajo del tren.

—¿Qué? —Polly no podía creer lo que oía—. Son mentiras.

Se produjo un silencio.

—Entonces, ¿no estabas teniendo una aventura con el señor Black?

—¡No!

—Ahora es el momento de decir la verdad, Polly.

—No estaba teniendo una aventura con él —respondió, combativa.

—De acuerdo. —Gin alargó el brazo y abrió el portátil que estaba en mitad de la mesa—. Polly, quiero mostrarte algo.

Encendió el portátil. Tocó algunas teclas y luego giró el portátil para que ella y James lo vieran.

La pantalla estaba puesta al comienzo de un vídeo. Un enorme botón de *Reproducir* titilaba en mitad de la pantalla, esperando que alguien lo pulsara. Gin se inclinó hacia adelante y con el panel táctil al pie del teclado inició el vídeo.

Al principio Polly no pudo distinguir qué ocurría. La imagen era oscura y se oían crujidos, como si alguien tuviera su mano sobre el micrófono de la cámara. Pasaron varios segundos hasta que la cámara comenzó a enfocar. Reconoció el ambiente azul y rojo de inmediato: era el interior de un vagón de metro. La cámara se movió para mostrar la parte de atrás de la cabeza de alguien. Era una cabeza que ella conocía; no la de alguien a quien veía muy a menudo, pero a la que conocía bien. La filmación era temblorosa y la imagen se movía por todo el lugar, y pronto se hizo evidente por qué.

Se dio cuenta de que la imagen había sido tomada con la cámara de un móvil. Observó horrorizada mientras la cámara lentamente descendía, y la parte superior de dos nalgas llenó la pantalla. Quiso apartar la mirada desesperadamente, pero no pudo. La cámara continuó hasta que vio el pene. Oyó un jadeo, una voz familiar. La cámara se quedó quieta y grabó el acto íntimo. El detalle era tan gráfico que rayaba en lo animal.

Polly se giró hacia James. Él no miraba la pantalla; seguía con la mirada fija delante, detrás de Gin, en la pared sucia frente a él.

Volvió a mirar la pantalla y vio que la cámara volvía lentamente a reducir el

foco hasta que mostró entera a la persona que estaba enfrente. Justo encima de la ventana de cristal del tren se vio claramente el reflejo de las caras de dos personas. Eran Polly y Sebastian.

El corazón de Polly dio un vuelco, como si acabara de caérsele del cuerpo. Recordaba ese momento. No tenía idea de que él la estaba filmando, no entendía cómo había logrado hacerlo sin que ella se diera cuenta. Volvió a mirar a la chica en la pantalla, esa chica seis semanas atrás. Parecía que había pasado toda una vida. No podía siquiera empezar a explicar.

La sala quedó en silencio. Polly rogó que nadie hablara, que nadie le pidiera que explicara lo que estaba en la pantalla. Durante algunos segundos nadie habló, pero la sentencia no tardó en llegar.

—Entonces, ahora entiendes cuál es el problema con tu historia, Polly.

Su rostro ardió de vergüenza.

—Volveré a preguntarte. ¿Conocías al señor Black antes de verlo supuestamente arrojar a Sarah Wilson bajo las vías del tren?

—Sí —dijo Polly. La prueba era irrefutable.

—¿Has tenido una aventura con el señor Black?

—Sí. —Apoyó la cabeza entre sus manos. ¿Cómo diablos iba a explicarlo?

—Ya sabes, Polly, que tenemos derecho a presentar cargos contra ti por haberle hecho perder tiempo a la policía.

Polly alzó la cabeza, quitándose las manos de la cara para mirarla.

—Pero yo vi cómo empujaba a la chica a las vías del tren.

—¿De verdad? ¿Realmente lo viste?

—Sí, lo juro.

—El problema es que podemos verte a ti en las imágenes ese día, pero no al señor Black. Todas las pruebas que tenemos indican que él estaba en su casa mientras Sarah Wilson se suicidaba.

—¡Él miente! ¡Él estaba allí!

Gin exhaló con fuerza.

—James me dice que has estado bajo mucha presión últimamente, lamento que tu padre haya fallecido. Dejaré pasar este incidente. No presentaremos cargos en tu contra.

—¿En mi contra? Yo no hice nada. —Polly se puso de pie abruptamente y empujó hacia atrás su silla. —Él la mató. Yo estaba allí, lo vi.

—Siéntate, por favor —ordenó Gin.

—Esto es una locura. Él lo ha tergiversado todo.

—He dicho que tomes asiento.

Phillips, el oficial uniformado, se dispuso a sujetarla.

—Por el amor de Dios, Polly, siéntate —gritó James. Eran las primeras palabras que pronunciaba en la sala.

Polly levantó la silla a sus espaldas y se sentó. Temblaba sin control, cada centímetro de su cuerpo temblaba de impotencia. El portátil seguía encendido. El rostro de ella llenaba la pantalla. Apoyó la cabeza sobre la mesa y comenzó a llorar.

Momentos después oyó ruidos de sillas sobre el chirriante suelo de vinilo. Levantó la mirada y vio que todos se ponían de pie y recogían sus cosas. James estaba junto a la puerta con el maletín en la mano.

—Espera —dijo Polly, desesperada—. ¿Qué voy a hacer?

Él la miró de arriba abajo, con el rostro lleno de desprecio.

—Te sugiero que vayas a la oficina y desocupes tu escritorio.

Polly no regresó a la oficina. No tenía intención de volver allí jamás. Fue al apartamento; el único sitio donde sentía algo parecido a la seguridad. Volvió a ocupar su lugar acostumbrado en el sofá.

Y ahora, ¿qué? Él había logrado probar su inocencia y humillarla, todo de un solo golpe, pero ella sabía que allí no terminaría todo. Después de lo que le había hecho pasar el fin de semana, no tenía duda de que él le tenía reservado mucho más.

No tardó mucho tiempo en confirmar sus temores. Media hora después de llegar a su casa recibió un mensaje de texto:

grave error, polly

no puedes esconderte en tu casa siempre

El móvil cayó de su mano al suelo. Lo oyó crujir cuando cayó de cara al suelo.

De inmediato dio un salto y recorrió el apartamento: revisó que las ventanas estuvieran cerradas y cerró todas las persianas y cortinas. Al extender la mano para poner el cerrojo a la puerta principal se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a atrincherarse en ese apartamento por el resto de su vida?

Con la espalda contra la puerta, lentamente se deslizó hacia abajo hasta que tocó el suelo. Se dejó caer cada vez más hasta que tocó su pecho con la barbilla.

Quiso llorar, pero ni siquiera podía hacer eso; no le quedaban lágrimas. Permaneció sentada, entumecida. Sintió como si su cuerpo se encogiera. Quizá era lo mejor que le podía suceder; tal vez podía simplemente, desaparecer,

morir incluso.

Contuvo el aliento, pero después de unos cuarenta segundos sus pulmones se abrieron involuntariamente y la obligaron a inhalar.

—Ni siquiera puedo hacer eso, ¿no? —dijo, dirigiéndose a nadie en particular.

Se había quedado sin opciones. Él tenía todas las cartas en su poder, lo sabía todo sobre ella. No podía quedarse encerrada en el apartamento para siempre. Pero apenas saliera por esa puerta... No podía confiar en Oliver, no podía acudir a la policía, su padre estaba... Aunque pudiera hacer algo, Sebastian podía ponerle fin fácilmente. Había asesinado dos veces y se había salido con la suya, eso sabía ella, pero probablemente solo fuera la punta del iceberg. Él podía comprar el mundo entero, o eso parecía. Ella no tenía a nadie a quien acudir y no tenía nada. Por pura desesperación, gritó:

—¡Maldito seas! —Y después, apenas en un murmullo: —¡Maldito seas, Sebastian Black!

Las palabras de él daban vueltas en su cabeza: *Tu vida tal como la conoces se ha terminado, Polly.*

Y tenía razón: así era. Realmente, así era.

Debió de quedarse dormida. Cuando volvió en sí, todavía estaba desplomada sobre la puerta principal. Le dolía el cuello por tenerlo estirado tanto tiempo. Durante unos momentos permaneció felizmente ignorante de su situación, pero luego volvió a recordar todo y sintió que le dolía todo el cuerpo, como si la hubiesen apaleado. Le dolía todo, tanto física como mentalmente.

Se puso de pie y fue hacia el dormitorio. Quizá pudiera volver a dormir. Tal vez la inconsciencia era el camino a seguir. Se dejó caer sobre la cama que Oliver había hecho con esmero antes de salir a trabajar. Pero no pudo cerrar los ojos; en cambio, se fijaron en la mesa de noche de Oliver. Podría terminar con todo, llamar a Sebastian y decirle que, simplemente, fuera a buscarla. Pero

tampoco podía hacerlo; cada mensaje que él enviaba venía de un móvil distinto.

Tuvo una idea y se sentó de inmediato. Oliver debía de tener una dirección o algún número suyo. Abrió de un tirón el cajón de su mesa de noche, lo sacó de sus guías y derramó el contenido en el suelo. Linterna, cargador del móvil, cartas con aspecto oficial, un par de libros de bolsillo..., pero ninguna libreta de direcciones.

Se dirigió a la sala y revolvió los estantes de la biblioteca. Nada. Volvió al dormitorio y revisó sus cajones, incluso los estantes de su armario.

—¡Tienes que tener algo, se supone que sois amigos! —gritó, frustrada.

Entonces se detuvo. Supo exactamente cómo encontrarlo: a través del *tubing*. Podía concertar un encuentro. Él conocía su nombre de usuario de Twitter; no tenía duda de que él lo vería. De ese modo ella podría ponerle fin al asunto, que él hiciera lo que le tenía reservado.

Entonces se le ocurrió que ella también podía hacerlo: rastrearlo a través del escenario de *tubing* sin revelar su identidad.

Fue al portátil de Oliver y creó otra cuenta falsa en Twitter, @win44ty. En realidad, no tenía un plan armado, pero imaginó que la mejor forma de atacarlo era sorprendiéndolo. De algún modo podía pergeñar un encuentro sin que él lo supiera. No tenía idea de qué haría si lograba localizarlo, pero al menos hacía algo; no se quedaba esperando con su impotencia.

Quizá, si pudiera atraparlo con las manos en la masa o en una situación comprometedora, o hablar con él y grabar su confesión... Él ya había admitido haber matado a Sarah, así que no era algo imposible.

Entró en su nombre de usuario de Twitter @can852ran. Solo encontró un registro del encuentro que había concertado con Ratoncita y la respuesta que había dejado al mensaje de Polly; el resto estaba vacío. También hizo una búsqueda en Google, pero no encontró nada más. Después buscó #Tubing con distintas estaciones de metro. Quizá, si revisaba suficientes encuentros, lo

encontraría finalmente. Por lo que pudo deducir, los encuentros se tuiteaban el mismo día o con un día de anticipación; ninguno se planeaba con más tiempo. Decidió buscar todas las estaciones en las que se lo había encontrado o donde sabía que él observaba. No necesitó hacer una lista, las conocía de memoria.

Después de aproximadamente una hora de búsqueda, todo empezó a parecer inútil. Era necesaria una acción directa. Usando @win44ty, tuiteó:

Conexión mujer con hombre. Línea Central. Oxford Circus en dirección este. Tercer vagón. 23.00 esta noche. #TubingOxfordCircus

Tamborileó con los dedos nerviosamente sobre la mesa, esperando algún «me gusta» o alguna repuesta. Estaba preocupada. Al parecer él conocía todos sus movimientos, no le sorprendería que él supiera sobre esta nueva cuenta aunque fuese imposible. Quince minutos más tarde recibió un «me gusta» de @thr12356ty. Pinchó en el perfil; tal como esperaba, estaba vacío.

El siguiente dilema era cómo salir del apartamento sin que Sebastian la siguiera. Bien podría estar instalado en uno de los apartamentos del otro lado de la calle para vigilarla de cerca. Lo creía capaz de cualquier cosa. En la parte de atrás del dormitorio de su apartamento había una especie de terraza. En realidad, era el fondo de un minimercado que daba a la calle opuesta a la de ellos. Tenía un pequeño patio detrás, que en general estaba repleto de trastos viejos y basura podrida. Si el viento soplaba en esa dirección un día de sol, el olor a «jugo de basura» era insoportable. En la parte de atrás de la terraza había una escalera de incendios vieja y destartada que hace años que debería haberse reemplazado. Afuera, en la terraza, Polly se paró en la escalera y la sacudió un poco. Oyó un repiqueteo cuando uno de los tornillos que la sostenían se soltó y cayó abajo, al suelo. Sin embargo, le pareció suficientemente segura; si podía bajar por ella hasta el patio, podría cruzar el callejón junto a la tienda y salir a la calle al otro lado.

Esa noche Oliver llegaría a casa a las 20.00. Se aseguró de estar lista e irse antes de las siete y media.

Una vez fuera de la puerta principal del apartamento, bajó las escaleras hasta el descanso intermedio donde estaba la puerta que daba a la terraza y subió. Había comenzado a caer la noche, pero todavía no estaba completamente oscuro cuando fue de puntillas hasta la escalera. No se atrevió a sacudirla otra vez, por si se soltaban más tuercas. Se colgó el bolso sobre el hombro y se abrochó la chaqueta; luego subió al primer escalón. Instantáneamente, la escalera dio un crujido y cayó un par de centímetros. Polly gritó, y luego

intentó quedarse muy quieta mientras se acomodaba en su nueva posición. Cuando se aseguró de que estuviera firme, lentamente comenzó a bajar.

Pero no se había dado cuenta, al mirar la escalera desde arriba, de que esta no llegaba hasta el suelo. Terminaba unos dos metros más arriba. Había un enorme cubo de tamaño industrial a su izquierda, y estiró la pierna para tratar de alcanzarlo, pero no llegó.

—¡Mierda! —murmuró. Su única opción era dejarse caer. Continuó bajando la escalera hasta que quedó acurrucada en el último peldaño; luego, lentamente, bajó los pies de manera que se aferró solo con sus manos. Pensó que casi había llegado, pero sus brazos le fallaron y sus piernas habían avanzado solo un cuarto del camino. Al menos había muchas bolsas de basura para amortiguar la caída. Deseó que alguna de ellas no explotara al aterrizar sobre ellas.

Se puso de pie y se limpió lo mejor que pudo. Empezó a caminar por el callejón y tuvo una idea. Volvió al cubo industrial y lo acercó más a la escalera: podría necesitar esta salida otra vez.

Una vez en la calle principal, de pronto se puso nerviosa; le dio mala espina estar fuera. Miró a su alrededor pero no lo vio. Consultó la hora en su móvil; eran apenas pasadas las 19.45. Sabía que Oliver volvería por la estación de metro Shepherd's Bush, así que fue en dirección opuesta hasta Hammersmith. Tomó la línea Hammersmith and City e hizo trasbordo en Baker Street para llegar a la línea Bakerloo hasta Oxford Circus.

Cuando estaba descendiendo en Baker Street se detuvo repentinamente. Aquí había sido donde todo el lío había comenzado, donde ella vio cómo él empujaba a Sarah a las vías del tren. Caminó hacia el andén en dirección oeste. Podía señalar el sitio exacto donde había ocurrido. Observó el sitio y recreó el momento en su cabeza. Pudo haberlo detenido; había visto lo que él hacía: lentamente había ido acercando a Sarah cada vez más al borde del andén. ¿Por qué no lo había detenido? ¿Se había engañado tanto, estaba tan

obsesionada con él que había observado pasivamente cómo él asesinaba a otro ser humano? Se esforzó mucho por no echarse a llorar.

Fue en ese momento cuando observó las vías. Se acercó un poco más para verlas de cerca. Eran chatas sobre el suelo, no estaban elevadas como generalmente lo estaban. Nunca lo había observado antes. Hasta donde podía recordar, las estaciones de metro tenían vías elevadas. De pronto tuvo una idea. Sarah había sido asesinada en esta estación, y esta era la estación a la que entraba el metro cuando él la había atacado. Se acercó al vestíbulo de venta de billetes. Un hombre de unos cincuenta años con rostro curtido, vestido de uniforme azul y gorra de visera, estaba inclinado sobre la puerta de equipajes.

Polly se acercó a él. A regañadientes se puso derecho y se dispuso a abrirle la barrera.

—No se preocupe, no voy a salir —dijo—. Quería hacerle una pregunta.

Cerró la puerta de golpe, enfadado por haber tenido que cambiar de posición.

—Adelante —replicó, suspirando. Tenía un grueso bigote manchado de amarillo que le llegaba hasta debajo de los labios, y parecía que era el bigote el que le hablaba, no su boca.

Polly habló con su voz más educada.

—He visto que las vías del tren en esta estación corren a ras de suelo, y me gustaría saber por qué.

—¿Cómo dice? —preguntó, y la miró como si estuviera loca.

Recordó lo que había dicho y se dio cuenta de lo absurdo que sonaba.

—Las vías del tren —volvió a empezar—. En general están elevadas, con un gran hueco debajo de ellas, pero en esta estación no están así.

—Ah —dijo el hombre, asintiendo—. Ya la entiendo. No en todas las estaciones se cavaron fosas antisuicidio. La mayoría de las estaciones de las líneas Circle y Hammersmith and City no las tienen.

—¿Fosas antisuicidio? —repitió Polly.

—Sí, durante la Depresión, en la década de 1930, cualquier idiota se suicidaba saltando a las vías del tren. Se cavaron fosas debajo de las vías para intentar impedirlo, de manera que si saltaban, caían debajo de la vía, por debajo del tren. Fue por eso o para ayudar con los desagües, lo que usted prefiera. —Y se encogió de hombros.

—Ah —dijo Polly.

—Funciona siempre y cuando el idiota no toque la tercera vía, de lo contrario se enciende como un árbol de Navidad.

—Ah —volvió a decir Polly, pero su atención ya estaba lejos, muy lejos.

—Es una maldita pesadilla cuando algún pobre idiota se suicida en esta estación —continuó—. Es un desastre; no tiene absolutamente ninguna oportunidad de sobrevivir.

Por esa razón Sebastian había usado esa estación. Polly se dio la vuelta y se alejó, aturdida. Había un enorme mapa del metro en la pared opuesta. Se detuvo y miró más de cerca. Ratoncita había sido asesinada en King's Cross St Pancras, que estaba en la misma línea.

—¡Oye, será mejor que no estés pensando en hacer alguna estupidez! —gritó el hombre mientras ella se alejaba—. ¡No me gusta esa expresión que tienes en la cara!

Polly apenas lo oyó.

—¡Oye, chica, mi turno termina dentro de media hora y no quiero tener que quedarme para limpiarte de las vías! —siguió gritándole—. Eh, ¿me escuchas?

Polly llegó a Oxford Circus justo antes de las 21.00. Salió de la estación y se dirigió hacia Oxford Street. Se sentía más segura entre la gente, aunque no la conociera.

Fue a una cafetería y pidió un café con leche de soja. Todavía estaba conmocionada cuando se sentó a una mesa en la parte de atrás del

establecimiento. No podía creer lo lógico y ordenado que él había sido al utilizar una línea de metro específica para matarlas, de manera que no tuvieran oportunidad de sobrevivir. Era difícil para ella conciliar sus sentimientos: había estado loca por él, pero él era un asesino. ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto? Por un lado, estaba aliviada de haber sobrevivido a la aventura, pero por otro se sentía horrorizada, incluso asqueada.

A las diez y media fue al baño de señoras para prepararse. Cuando terminó con el maquillaje se observó atentamente en el espejo. No tenía idea de lo que hacía. Lo único que sabía era que debía actuar.

Volvió a la estación a las 22.55. Llevaba puesto un vestido de licra negro muy estrecho y sus zapatos rojos de satén con tacón de aguja. Se había peinado con una coleta muy estirada, y tenía los ojos maquillados con delineador negro y pestañas postizas, y los labios pintados de rojo cereza. Parecía una modelo.

En seguida vio al tipo en el andén. No podía explicar cómo sabía que era él; simplemente, lo sabía. A esas alturas tuvo la intención de marcharse. No era Sebastian; entonces ¿qué sentido tenía? Sin embargo, a pesar de todo, su corazón empezó a latir con excitación y lo siguió hasta el tren. Ella lo deseó; quiso hacerlo. No se trataba de Sebastian ni de Oliver ni de nadie más, pensó. De pronto recordó lo que había dicho Alicia: «Si algo sienta bien, entonces está bien». Se permitió a sí misma pensar solo en lo que ella quería; siguió su instinto, sus propios deseos, y se negó a sentirse mal por ello. No importaba cómo saliera todo. Por primera vez en su vida tomó su propia decisión.

Él tenía treinta y tantos años, era atractivo, de pelo rubio rojizo y ojos azules. Polly se paró al final del vagón y lo observó un rato. Él esperó pacientemente y solo levantaba la mirada cuando el tren se detenía en una estación para ver quién subía.

Después de un par de paradas él por fin la vio. Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

En Liverpool Street un grupo de pasajeros nocturnos subió al vagón. Había

suficiente gente alrededor de ella como para no estar en peligro. Se acercó a él sin vacilar más. Él puso sus manos alrededor de su cintura y suavemente la guio entre la multitud de pasajeros hasta la esquina del vagón. Trató de subirla al pequeño asiento lateral en la parte de atrás. Ella lo detuvo y enterró las uñas en sus antebrazos. Él pareció confundido. Ella le dio la vuelta y lo empujó al asiento, y luego pasó su pierna derecha sobre su falda. Él sonrió y empujó hacia su entrepierna desnuda.

Polly volvió al apartamento justo después de medianoche. Para su alivio, Oliver ya estaba en la cama.

Fue directa al baño para darse una ducha rápida. Justo cuando entraba en la ducha, su móvil vibró. Se sobresaltó. Salió de la ducha y fue hacia su bolso, que había dejado caer detrás de la puerta. Sacó el móvil y encendió la pantalla. El mensaje decía:

oxford circus — no lo puedes evitar ¿verdad? — puta cochina

Se sentó en el borde de la bañera y se quedó mirando el mensaje. Sus manos empezaron a temblar y estuvo a punto de perder el control. O bien él la había seguido o bien había visto el tuit y había ido para observar el encuentro sin saber que era ella. Estaba casi segura de que no la había seguido; las precauciones que había tomado para salir del apartamento hacían que fuera casi imposible. ¿Cómo podía *aprovechar* esa situación? Tenía que hacer algo. Permaneció sentada tanto tiempo, perdida en sus pensamientos, que el agua de la ducha se enfrió. Levantó la mirada y vio que todo el vapor desaparecía del baño. Se lavó rápidamente con agua fría en el lavabo y luego se fue a acostar.

Esa noche apenas durmió. Las ideas se agolparon en su cabeza mientras contemplaba cualquier posible eventualidad, pero no pudo resolverlo, todo era muy escurridizo.

Cuando por fin se durmió, tuvo una pesadilla sobre Oliver. Este la perseguía por una estación de metro. Ella llegaba a la escalera mecánica y empezaba a subir corriendo lo más rápido que podía. Pero no importaba lo mucho que corriera, nunca podía alejarse de él. En su sueño, no se daba cuenta de que

corría hacia abajo. Oliver la agarraba de la parte de atrás de la cabeza y la arrastraba hacia el andén. Sebastian los esperaba. Oliver ponía sus brazos alrededor de su cintura y empezaba a caminar hacia el borde del andén. Polly no podía hacer nada, parecía que la hubiera drogado.

Sebastian observaba y evaluaba lo que hacía Oliver.

—Trata de juntar tus manos delante —dijo, extendiendo sus manos para indicarle cómo hacerlo.

Oliver hizo lo que le decía.

—Así es. Quizá sostenla un poco más arriba. Es menos probable que se caiga hacia adelante. No querrás soltarla antes de que venga el tren.

—De acuerdo —respondió Oliver, cambiando de posición. —Sí, así está mucho mejor—. La dejó colgando sobre el borde del andén. Él empezó a soltarla un poco y luego volvió a agarrarla para poder practicar.

—¿Estás listo, Oliver? Aquí viene el tren.

Polly se despertó cuando él la soltaba.

—Buenos días, Pol —dijo Oliver alegremente desde el otro lado de la habitación.

Ella de inmediato se encogió debajo del edredón. Por un segundo no estuvo segura de si estaba despierta o si aún soñaba.

Apenas habían cruzado palabra desde la discusión que habían tenido. Desde entonces, ella desaparecía o se iba temprano a la cama, y de esa manera había logrado evitar verlo casi siempre. Ella lo miró con desconfianza.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó alegremente. Polly no respondió—. Son más de las ocho; ¿te vas a levantar para ir a trabajar?

Se mostraba amable con ella. ¿Por qué era tan amable? Parecía que la noche anterior no hubiese pasado nada, que ella no lo hubiera acusado de engañarla, que él no hubiera sugerido que ella estaba al borde de una especie de crisis nerviosa. No sabía si él solo intentaba ignorar el incidente o si intentaba que

ella confiara en él; lo más probable era lo primero, conociendo a Oliver. Lo único que sabía sin dudas era que no podía confiar en él.

—Tierra a Pol —dijo cuando ella siguió sin responderle.

—Hoy entro más tarde —respondió por fin. Luego se tapó la cabeza con el edredón y fingió volver a dormir. Se quedó allí tendida y escuchó a Oliver moverse por el apartamento y prepararse para ir a trabajar. Ella estaba atenta, preparada. No esperaba exactamente que él la atacara; solo sabía que debía estar preparada para cualquier cosa. Su respiración se volvió lenta y cálida bajo el edredón.

Cuando oyó que la puerta principal se cerraba y los pasos de Oliver en la escalera, echó atrás el edredón y se sentó, respirando bocanadas de aire fresco.

Una vez que se levantó fue directo al portátil de Oliver e inició sesión en su nueva cuenta falsa de Twitter. Comenzó a repasar las etiquetas de las estaciones que había compilado en su cabeza. Se habían concertado un par de encuentros para esa noche. Eligió el que decía:

Conexión hombre con mujer. Línea Central. Oxford Circus en dirección este. 18.30 esta tarde. Tercer vagón. Blusa roja, sin bragas.

#TubingOxfordCircus

41

Se vistió especialmente para su encuentro de esa noche: tacones, exceso de maquillaje y una blusa roja de mangas cortas, según las instrucciones del tuit.

Se subió al tren de las 18.34 en Oxford Circus. Estaba atestado de gente, y pese al clima de otoño, más fresco, el calor era agobiante dentro del vagón. Se quitó la chaqueta, encontró un sitio cerca de la puerta individual en la parte trasera del vagón y esperó. Pero la espera se interrumpió de pronto cuando vio a Crispin entre la multitud, en el mismo tren.

—Mierda —murmuró, y sin demora giró hacia el otro lado, pero fue demasiado tarde: él ya la había visto.

Crispin se acercó a ella, abriéndose paso a empujones entre el gentío.

Polly se puso nerviosa. ¿Y si aparecía Sebastian? Tenía que deshacerse de él lo más pronto posible.

—Polly —dijo, mientras se abría paso torpemente alrededor de un hombre corpulento parado enfrente que se negaba a moverse—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella, y se saludaron superficialmente con un beso en la mejilla.

—Guau, mírate... —dijo él, mirándola de arriba abajo—. Por poco no te reconozco. ¿Vas a algún sitio?

Polly tiró del dobladillo de su falda para tratar de alargarla.

—Sí, algo así —murmuró.

De pronto esbozó una sonrisa melosa.

—Tu blusa... es roja —observó.

Polly bajó la mirada a su blusa. Qué comentario tan extraño.

—Sí —respondió, y volvió a levantar la mirada.

Él asintió lentamente, enarcando la ceja al mismo tiempo de forma provocativa; luego se acercó a su oído y murmuró:

—Creo que has venido a encontrarte conmigo.

Polly se quedó inmóvil.

Cuando reaccionó, giró rápidamente para apartarse. Pero él la detuvo, agarrándola de la muñeca.

—¿Adónde vas? —murmuró en su oído.

—No lo haré —masculló, alejándose.

—¿Por qué no?

Polly levantó la mirada con incredulidad.

—Adivina —replicó, con una mueca de disgusto en el rostro, a centímetros del suyo.

—Ah, ya entiendo. Engañas a Oliver con un desconocido, pero no si soy yo.

—No se trata de engañar. Bueno..., no para mí; quizá para Oliver.

—¿Qué quieres decir?

—Vete a la mierda, Crispin, sabes bien a qué me refiero. Sé todo lo que hacéis tú, Sebastian y Oliver.

De pronto Crispin echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse, con una explosión de risa fuerte y altiva que hizo que varias personas en el vagón se dieran la vuelta para mirarlo.

Ella lo miró, sin saber cómo interpretarlo.

Cuando se calmó un poco, logró pronunciar algunas palabras entre risotadas.

—Crees que Oliver... —Se rió entre dientes—. ¿Oliver haciendo *tubing*?
—Volvió a reírse—. ¿Estás loca? —Y pudo parar de reír.

Polly lo siguió mirando.

—Oliver no se dedica a esto. No encaja con sus «principios». Dibujó las comillas en el aire.

—¿Qué? —dijo Polly.

—Ay, querida, querida Polly —continuó Crispin, agitando la cabeza

sarcásticamente y volviendo a apoyarse en ella—. Has estado teniendo sexo con desconocidos mientras el bueno de Oliver se queda en casa a esperarte.

Polly tuvo ganas de arrancarle los ojos. Quiso arrancarse sus propios ojos. De pronto no pudo recordar siquiera por qué había creído que Oliver estaba involucrado. ¿Qué le sucedía? Parecía que había estado viviendo en una especie de universo paralelo.

—¿Sabes?, esperaba cruzarme contigo. Sabía que estabas en el tema.

—¿Qué? —dijo Polly bruscamente.

—Eres tan cochina. Apuesto a que ni siquiera llevas bragas, como indiqué en mi mensaje.

De pronto metió la mano debajo de su falda y buscó a tientas su entrepierna desnuda.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó.

Varios pasajeros se volvieron a mirarla.

Polly bajó el tono de voz y se acercó a él.

—¿A qué te refieres con que oíste que yo estaba en el tema? ¿Quién te lo dijo?

—Cálmate, Polly —repuso él, y acercó su mano para acariciarle el pelo. Ella se estremeció—. Vamos, no montes un escándalo —dijo con tono condescendiente.

—Dime —exigió ella entre dientes.

—Fue hace un tiempo. Creo que fue Charlotte.

—¿Charlotte? —Polly no podía ocultar su conmoción—. ¿Cómo sabe Charlotte?

—Basta de charla —replicó él; la asió de las muñecas y la arrastró hacia una esquina—. Continuemos con lo nuestro.

Polly sintió asco. Crispin había pasado de ser el mejor amigo de Oliver a ese perverso baboso y sudoroso que tenía enfrente. Tenía que deshacerse de él lo más pronto posible.

—Quítame las manos de encima, Crispin —dijo, en voz baja y mortalmente seria.

Él la ignoró y continuó arrastrándola al rincón.

—¡Quítame las manos de encima, maldita sea! —explotó.

Todos los que los rodeaban se dieron la vuelta para mirarlos.

—Este hombre es un pervertido —gritó, señalando directamente a Crispin.

La cara de Crispin enrojeció vivamente.

El tren acababa de entrar en la estación. Polly se abrió paso rápidamente entre los pasajeros hacia la salida más cercana. Crispin intentó seguirla, pero la multitud se cerró alrededor de él y se lo impidió.

—¿Por qué no la dejas tranquila, tío? — oyó Polly que alguien decía.

—¡Dios mío! —respondió Crispin, exasperado—. Ella no habla en serio. La conozco. ¡Polly, vuelve aquí! —le gritó.

El tren se detuvo y ella salió apenas se abrió la puerta.

Polly tropezó en el andén y se dirigió a un banco vacío. La cabeza le daba vueltas; necesitaba un par de minutos para ordenar sus pensamientos. Se desplomó torpemente sobre el asiento de metal, golpeándose la cadera contra el apoyabrazos. ¿Cómo había podido equivocarse tanto con respecto a Oliver? ¡Él no tenía nada que ver con el *tubing* y, sin embargo, estaba tan convencida! ¿Y Charlotte? ¿Cómo diablos sabía que Polly estaba en el tema? Miró al vacío, sin ver las multitudes que desfilaban hacia la salida del andén.

—¿Polly? ¿Cariño?

Al principio no oyó la voz; estaba perdida en su propio mundo confuso.

Sintió que una mano tocaba su hombro y saltó. Miró para ver quién era. Alicia estaba parada junto a ella.

—¿Te encuentras bien, cariño? —le preguntó Alicia.

Polly la miró con ojos vidriosos. Todavía se sentía tan confundida que no pudo responder.

Alicia se arrodilló frente a ella y tomó su mano.

—Polly, ¿qué te ocurre? —preguntó, preocupada—. Hace siglos que no te veo. Han dicho que, simplemente, cogiste tus cosas y te fuiste del trabajo. Cariño, ¿qué sucedió?

En ese momento un tipo golpeó la espalda de Alicia con su maletín y le chistó por obstruir su camino en el atestado andén.

—Vete a la mierda, idiota —le gritó Alicia.

El hombre la miró asombrado, y luego agachó la cabeza y siguió rápidamente su camino.

—Salgamos de aquí. ¿Quieres ir a tomar algo? —le preguntó.

Polly no respondió, así que Alicia la rodeó con el brazo y la guio lentamente a lo largo del andén.

Se acercaban a la salida cuando Polly de pronto se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó. Se estaba poniendo paranoica.

—Vuelvo a mi casa del trabajo —respondió Alicia.

Polly miró el letrero azul y rojo sobre la pared del andén encima de las vías; estaban en Holborn.

Fueron a una cafetería junto a la estación. Alicia sacó una silla en la primera mesa que encontraron y le indicó a Polly que se sentara.

—Estás temblando —dijo. Tomó la chaqueta de las manos de Polly y la puso alrededor de sus hombros.

El lugar estaba casi vacío a esa hora de la noche; todo el mundo estaba demasiado ocupado por volver a casa como para detenerse a tomar un café. Polly se recostó; de pronto se sintió mucho más tranquila en medio del ambiente con ritmo de jazz.

Alicia llamó a la camarera y pidió dos cafés. Un minuto después, esta apoyó dos tazas humeantes sobre la mesa. Polly de inmediato empezó a vaciar sobres de azúcar en su café.

—Habla, mujer —le exigió Alicia.

Polly levantó la mirada distraídamente.

—¿Qué te sucede? —preguntó Alicia, exasperada.

Polly no respondió.

—Eres dura, cariño, siempre con secretos, y nunca me cuentas nada. Por una vez, ¿puedes contarme qué diablos te sucede?

Alicia había tocado una fibra sensible. Polly se había metido en ese lío por decir verdades a medias y ocultar cosas. Si les hubiese contado a James y a la detective Watson toda la historia, probablemente Sebastian ya estaría entre rejas. Y si hubiese confiado en sí misma y se hubiese quedado con las

personas que se preocupaban por ella, ahora estaría a salvo. Quiso echarse a llorar.

Polly comenzó a hablar. Habló durante una hora sin parar y se lo contó todo a Alicia, absolutamente todo. Alicia escuchó en silencio, ensimismada en lo que Polly decía. Cuando finalmente terminó, Alicia soltó un silbido largo y bajo.

—Mierda —dijo, sacudiendo la cabeza—. Por lo que has pasado, chica. ¿Qué harás ahora?

—No sé —respondió Polly—. Tengo que detenerlo de alguna manera, no puedo pasarme el resto de la vida escondiéndome.

—No, pero parece muy complicado. Vuelve a hablar con la policía, que ellos se encarguen.

—La última vez que hablé con la policía me dijeron que me encerrarían por hacerles perder el tiempo. De ningún modo volveré a ellos.

Por primera vez Alicia se quedó sin palabras. Permaneció sentada frente a Polly, sacudiendo la cabeza; no podía ofrecerle nada.

Pero Polly no dejaba de pensar. El hecho de contarle todo a Alicia le había permitido reflexionar desde una perspectiva totalmente nueva.

—A la que no entiendo es a Charlotte —dijo.

—¿La hermana de Oliver?

—Sí. Aparece una y otra vez en todo esto, especialmente después de lo que Crispin me acaba de decir.

—El tipo que te encontraste en el tren, ¿verdad? —preguntó Alicia, tratando de seguir la historia.

—Sí, ¿cómo lo ha sabido Charlotte?

—Quizá ella también está metida en el *tubing*.

—Lo dudo... Si la conocieras, sabrías a qué me refiero. Es demasiado perfecta.

—Sin ánimo de ofender, pero de ningún modo yo hubiese creído tampoco

que tú estarías metida en este asunto pervertido.

Pero Polly ya no la escuchaba. De pronto, recordó que Alicia probablemente había visto a Charlotte.

—Mierda —dijo Polly en voz un poco alta.

Las personas sentadas en las pocas mesas ocupadas miraron para ver quién había interrumpido su conversación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alicia, sorprendida por su repentino arrebato.

—Esa noche —dijo Polly, con los ojos bien abiertos y moviendo la cabeza, como si Alicia supiera exactamente de qué noche hablaba.

—¿Qué noche?

—Aquella noche que salimos a tomar algo después de trabajar. ¿Dónde fue? —Polly hizo una pausa para recordar—. Diablos, no puedo recordarlo. Era un lugar nuevo en Chancery Lane.

—Ah, sí, recuerdo.

—Charlotte estaba allí.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando fui al baño me crucé con ella.

—¿Ella estuvo allí? —Alicia hizo una pausa—. Ah, esa chica blanca y delgada con la que hablaste junto al bar. ¿Esa era Charlotte?

—Esa era Charlotte —repitió Polly, muy lejos en sus pensamientos. De pronto se puso de pie, lista para irse.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó Alicia.

—Hay algo que debo hacer.

—Espera, te acompaño —dijo Alicia, agarrando su bolso.

—No —dijo Polly con vehemencia.

—Te acompañaré —replicó Alicia, con firmeza—. Debo pagar los cafés.

Apenas Alicia le dio la espalda, Polly salió por la puerta. Ya había caminado cincuenta metros cuando oyó que Alicia gritaba detrás de ella. Polly comenzó a correr. No tenía intención de detenerse.

Polly solo había estado en el apartamento de Charlotte una vez, pero recordaba vagamente cómo llegar. Se bajó del metro en Hammersmith. Pasó debajo del paso elevado y se dirigió a Fulham Palace Road. Se envolvió con su chaqueta y se tapó la cabeza con la capucha, pues el viento de septiembre se hacía sentir. Sabía que Charlotte vivía cerca del Charing Cross Hospital, así que se dirigió hacia allí y rogó poder reconocer la calle cuando la viera.

No le llevó mucho tiempo encontrarla. Se paró frente a la enorme casa reformada. Se veía imponente en la oscuridad, parecía venirle encima. Después de respirar profundamente se dirigió al pequeño tramo de escaleras hacia la puerta principal.

Charlotte vivía en el apartamento de la planta baja. Polly pulsó el timbre. Charlotte vino a la puerta de inmediato, como si esperara a alguien. Su ancha sonrisa se le borró de inmediato cuando vio que era Polly la que había venido a verla.

—Ah, Polly —dijo, volviendo a sonreír, recordando sus buenos modales—. ¿Qué haces aquí? Por un momento pensé que eras un matón, con esa capucha en la cabeza.

A Polly no se le ocurrió nada que decir, así que, simplemente, entró.

—Entra, entra, ¿por qué no? —dijo Charlotte, haciéndose a un lado.

El apartamento de Charlotte era agradable. Polly sintió un escalofrío involuntario cuando la recibió una ola cálida. Se echó atrás la capucha y abrió la cremallera de su chaqueta. Un aroma intenso y picante llegó desde la cocina. La elegante mesa del comedor estaba puesta para la cena.

—Tengo invitados —dijo Charlotte mientras la conducía desde el comedor

hasta la sala. La mesa estaba preparada para seis personas. —Una pequeña cena.

—¿Sebastian, quizá? ¿O Ed? —Polly no supo por qué, dijo esos nombres sin pensar. Charlotte se detuvo y se volvió bruscamente para mirarla.

—Perdona, no entiendo —dijo con dulzura, pero su rostro delató sus verdaderos sentimientos. Señaló el sofá para indicarle a Polly que se sentara. Pero Polly no se sentó—. Como prefieras —dijo Charlotte, mientras se dirigía a un aparador antiguo junto a la chimenea. Sacó dos copas de vino y sirvió vino tinto. Le entregó una copa a Polly mientras bebía un gran sorbo de la otra.

Ambas permanecieron en silencio. Por fin, Charlotte habló.

—Es fantástico verte, Polly, pero ¿viniste a verme por alguna razón en particular?

Polly quiso echarse a reír. Charlotte sabía exactamente por qué había ido a verla.

—¿Tú qué crees, Charlotte? ¿Por qué crees que estoy aquí? —preguntó, sin poder evitar el sarcasmo en su voz.

—No tengo ni idea —respondió, y bebió otro gran sorbo de su copa.

—Me han estado ocurriendo muchas cosas raras últimamente, Charlotte, muchísimas coincidencias extrañas.

—¿Ajá? —dijo Charlotte lentamente, como si Polly estuviera loca. Pero la atmósfera entre ellas se había enrarecido—. Realmente, no creo en las coincidencias. Creo que existe una buena razón para explicar la mayoría de las cosas —continuó.

Charlotte puso su mejor cara de confusión.

—La verdad es que no sé qué...

Polly la ignoró y la interrumpió.

—Lo que sucede es que hay una persona en todo esto cuyo nombre aparece una y otra vez.

Miró a los ojos a Charlotte.

La cara de Charlotte se puso roja como un tomate.

—No tengo idea de qué...

—Tu nombre, Charlotte. Tu nombre no deja de surgir.

Polly se dio cuenta de que las manos de Charlotte habían empezado a temblar. De pronto la vio muy pequeña y frágil. Pocos segundos más tarde dejó su copa y miró su delicado reloj de oro.

—Mis invitados llegarán en cualquier momento, así que, realmente, debo prepararme.

—No —dijo Polly, apoyando su copa con fuerza sobre una de las pequeñas mesas nido que había al lado suyo. El delicado pie de la copa se quebró, y se derramó vino tinto en su mano y sobre la mesa. Polly dejó que las gotas resbalaran por su mano. Charlotte hizo una mueca al ver las gotas que habían caído sobre la alfombra color crema, pero no se movió para limpiarlas—. No me iré hasta que me digas qué sucede.

—Lo siento mucho, Polly, pero verdaderamente no sé de qué hablas.

No iba a ponérselo fácil.

—Del *tubing*. Hablo del *tubing*.

Una sonrisa efímera se asomó a los labios de Charlotte al escuchar la palabra y luego desapareció con la misma rapidez.

—Ah —fue lo único que dijo.

—¿Qué hiciste, Charlotte?

—Yo no hice nada.

—Me tendiste una trampa.

—¿Te tendí una trampa? ¿Te tendí una trampa? Polly —respondió, sacudiendo la cabeza—, yo simplemente te di la cerilla: tú encendiste la llama. Lo que haya ocurrido entre tú y Sebastian ha sido responsabilidad tuya. No te obligué a hacer nada.

Polly se quedó de una pieza: lo había reconocido, realmente lo había confesado.

—¿Por qué? —preguntó Polly sin aliento; se había quedado sin aire—. ¿Por qué has hecho algo semejante?

—Fue una broma —dijo Charlotte con tono displicente.

—¿Una broma? ¿Una maldita broma? —dijo Polly, levantando el tono de voz.

Charlotte la miró, asustada.

—Bueno, no una broma. Es decir... —Y se calló.

Polly la observó con incredulidad.

—No quise llegar tan lejos. Yo sabía lo que sucedería la noche de tu aniversario; Oliver ya me había enseñado el anillo. No me pareció lo indicado. Cuando te vi borracha con esa chica espantosa, pensé..., no sé..., que no era lo apropiado para ti estar comprometida.

—¿Que no era lo apropiado para mí? ¿Y cómo diablos sabes qué es lo indicado para mí?

—Oliver, tú y Oliver... no sois apropiados el uno para el otro.

—Ah, ya entiendo —dijo Polly—. No crees que yo sea suficientemente buena para él.

—Tú lo has dicho —respondió Charlotte con petulancia.

—Pero ¿cómo..., qué..., qué hiciste?

—Le envié un mensaje de texto a Sebastian con una descripción de lo que llevabas puesto y en qué estación de metro estarías.

—Pero..., aguarda un minuto..., ¿cómo sabías dónde estaría yo?

—No se necesita ser un genio para saber en qué línea de metro volverías a casa.

—Maldita bruja. Eres una bruja espantosa y malvada. —Polly sabía que no tenía sentido lo que decía y que no conseguiría nada con insultar a Charlotte, pero no le importó, ¡estaba tan enfadada, tan furiosa por lo que le había hecho! —. ¿Tienes idea de en qué está metido Sebastian? ¿De lo que les hace a esas mujeres? —dijo, cuando por fin logró calmarse un poco.

—Ahórrame los detalles, Polly.

Polly no podía creer la naturalidad con que hablaba Charlotte. Hasta parecía estar divirtiéndose.

Sintió que le hervía la sangre en las venas.

—El *tubing* arruinó tu relación, y entonces pensaste que le harías lo mismo a tu hermano. Bien hecho —dijo, escupiendo esta última palabra.

—¿De qué hablas?

Era evidente que Polly había tocado una fibra muy sensible.

—Ed. Ese fue el motivo por el que tú y Ed rompisteis, ¿verdad?

—¿Quién te lo ha dicho? —Los ojos de Charlotte se tornaron feroces; el dolor y los celos seguían latentes.

—Es evidente. —Polly hizo una pausa—. He estado con él.

—¿Con quién? ¿Con Ed?

—Sí, con Ed. Tu prometido... Disculpa, tu exprometido.

—Eres repugnante. *Esta* es la razón por la cual tuve que impedir que Oliver te propusiera matrimonio; no podía permitir que se casara con una puta barata como tú. El *tubing*... es algo perverso, no es más que frotamiento. —Charlotte escupía saliva, como si fuera un perro rabioso. Polly pensaba que se lanzaría sobre ella para atacarla, pero no lo hizo, se quedó quieta, aunque por la forma en que temblaba supo que el esfuerzo consumía hasta la última gota de su energía.

Se miraron un largo rato, y luego Polly dijo:

—Será mejor que te acostumbres a mí, porque no me iré a ningún sitio. —No sabía si lo decía de verdad; lo que sí sabía era que se trataba de su elección, y solo de la suya.

—¿De verdad? —Había regresado la víbora—. Creo que cuando Oliver se entere de lo que has estado haciendo, dejarán de sonar las campanas de boda.

—Y cuando se entere de quién me tendió una trampa al principio, no creo que vuelvas a ver a tu hermano, nunca más. Me aseguraré de ello.

Charlotte se echó un poco atrás.

—Los novios van y vienen, y sí, me pondría triste si perdiera a Oliver, pero perder a un hermano, perder a tu hermanito debido a lo que hiciste..., vaya, realmente sería una mierda para ti.

Charlotte abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla.

—Dame el número de Sebastian —exigió Polly.

—¿Qué? —dijo Charlotte—. ¿Por qué?

—Porque debo ponerle fin a todo esto.

—Intenté advertirte. Te dije que era peligroso.

—Un poquito tarde, me temo. Solo dame su número. —Charlotte titubeó un momento.

—De acuerdo. No creo que le ocasione ningún daño. Pero no estoy segura del daño que te pueda causar a ti.

—Dime el número.

Charlotte caminó hasta la mesita y tomó su móvil. Comenzó a mirar los números lentamente. Polly no tenía tiempo. Fue directamente hacia ella y le arrebató el móvil de la mano. Charlotte se estremeció y se apartó de ella. Polly copió el número en su teléfono y luego arrojó el de Charlotte al suelo.

Se dio la vuelta para marcharse, y luego se detuvo.

—Charlotte —dijo, volviéndola a mirar.

—Sí.

—Deja de molestarnos a Oliver y a mí. Siempre estás en medio.

Y se marchó.

Apenas traspasó la puerta principal, Polly envió un mensaje de texto al número de Sebastian.

Lancaster Gate 22.45 esta noche. Andén en dirección este.

—Acabamos de recibir noticias de última hora —informó el locutor directamente frente a la cámara—. En Londres, la policía ha acordonado la estación de metro Lancaster Gate después de que una persona fuera atropellada por un tren anoche. Hasta el momento la policía se ha negado a hacer declaraciones, pero se especula que podría haber una segunda persona involucrada en el incidente, y la investigación se perfila como de asesinato. Nuestra periodista, Sally-Anne Devlin, está en directo en la escena.

La imagen se centró en una ajetreada Bayswater Road. El tráfico matutino se amontonaba detrás de una mujer de aspecto sencillo con melena y chaqueta roja. Ella retomó la narración.

—Sí, Colin, la policía ha clausurado la estación de metro Lancaster Gate debido a los acontecimientos de anoche, que han causado un gran trastorno en la línea Central. Hasta el momento no tenemos testimonios oficiales de lo que ocurrió exactamente en este lugar. Por ahora, lo único que se sabe es que una persona fue atropellada en esta estación por un tren en dirección este justo antes de las 23.00. En un comunicado divulgado por Transportes de Londres...

—Sally-Anne leyó de un papel que tenía en la mano fuera de cámara—. Se está realizando una investigación completa, y Transportes de Londres ha ofrecido toda su colaboración a la policía. En este momento no pueden hacer más declaraciones. —La locutora miró directamente a la cámara—. Nuestras fuentes nos informan de que la Policía Metropolitana leerá un comunicado muy pronto, pero por el momento no hemos tenido información oficial sobre lo sucedido, ni tampoco se sabe cuándo volverá a funcionar la línea Central. La mejor manera de describir la situación aquí en esta parte de Londres es

confusión. De vuelta al estudio, Colin.

El plato resonó con fuerza cuando Polly volvió a apoyar la taza de té sobre la mesa. Había estado sentada, completamente inmóvil, con la taza apoyada sobre su labio inferior, mientras se daba la noticia. Ahora sus manos temblaban con tanta fuerza que el contenido frío de la taza se derramó por todas partes en grandes olas.

Miró a su alrededor al resto de los clientes sentados en el café abierto toda la noche. En su mayoría eran conductores de taxi que bebían su café matutino. Ella estaba sentada allí desde las dos de la mañana; ahora eran las 6.36. Estaba mugrienta. Su ropa estaba impregnada de hollín. Tenía un feo corte en la frente, y la punta de su dedo corazón estaba aplastada casi por completo, con la uña incrustada en la piel... Todavía no se había atrevido a mirarlo.

Había encontrado el café bajo los arcos del ferrocarril, justo saliendo de la estación Paddington. Había ido directamente al baño de señoras para tratar de asearse, pero la frente todavía no paraba de sangrarle, y poco pudo hacer por el estado de su ropa. El hombre de detrás del mostrador, al ver el estado en que se encontraba, no se mostró feliz de verla, pero pronto la hizo sentar en un rincón con una taza de té caliente y dulce. Le había preguntado varias veces si se encontraba bien y si había alguien a quien él pudiera llamar; ella se había limitado a negar con la cabeza y a murmurar que se encontraba bien.

Durante las horas que había pasado allí se le había entumecido todo el cuerpo; incluso el latido de su dedo se había vuelto lento y rítmico. Volvió a mirar el televisor de encima del mostrador. Había estado encendido toda la noche, pero esta era la primera noticia que escuchaba sobre lo sucedido.

Cuando vio que Sebastian la estaba esperando en el andén en dirección este de la estación Lancaster Gate, había comenzado a temblar, pero esta vez no de miedo, sino de ira, una ira pura y genuina. Ella lo observó desde la sombra del

huevo de la escalera. Estaba vestido impecablemente, con unos pantalones chinos y un caro abrigo de lana. Caminaba de un lado a otro con aire despreocupado mientras esperaba el tren.

Polly entrecerró los ojos mientras lo observaba. Él había continuado con su vida como si nada hubiese pasado; apenas se había perturbado. Ella había sido un problema pasajero, una molestia menor, una mosca que había tenido que espantar. Ella había perdido muchas cosas por culpa de él. De forma involuntaria apretó con fuerza los puños, hasta que las uñas sacaron sangre en las palmas. Él iba a poder continuar haciendo lo que quisiera durante el resto de su vida. El mundo era su parque de recreo, y allí podía tener sexo con quien quisiera.

El pesado zumbido del siguiente tren que se acercaba resonó en sus oídos. El ruido cada vez más fuerte la incitó. Antes de darse cuenta de lo que hacía, corrió hacia él. Él no la vio hasta que ella estuvo a punto de tocarlo. Ella tenía las manos extendidas para agarrarlo de la chaqueta. Él se dio la vuelta rápidamente para tratar de defenderse. Ella apoyó sus dos manos sobre su pecho y lo empujó con todas sus fuerzas. Sus uñas se hundieron en su camisa; pudo sentir que se clavaban en su piel. Se mordió fuertemente la lengua para empujarlo con más energía.

Él se vio obligado a retroceder un paso. Sus talones se tambalearon al borde del andén. Reaccionó rápidamente y la agarró de la cintura para no caerse. Ambos se bambolearon peligrosamente, como si estuvieran abrazados. No le costó mucho recuperar el equilibrio; Polly era tan delgada y débil que fue como espantar a un gatito.

Una vez que se estabilizó, miró hacia las luces del tren que aparecían en la distancia, en el oscuro túnel. Una sonrisa sarcástica se dibujó en sus labios. A toda prisa le dio la vuelta a Polly de manera que quedó de espaldas a las vías. Ella pudo oír que el tren se acercaba cada vez más.

—Qué bien que me hayas dado esta oportunidad para ponerle fin a todo,

Polly —dijo.

La agarró de los hombros y, con el resto de su cuerpo, la obligó a acercarse al borde del andén. Ella trató de recuperar el equilibrio y volcar su peso hacia adelante, pero él no le dejaba espacio para moverse. La máquina del tren apareció en la boca del túnel. El ruido era ensordecedor.

Fue allí donde tuvo un momento de claridad. Si ella caía frente a este tren, él también caería con ella.

Metió ambos brazos dentro de la chaqueta de él y rodeó su cintura, se apretó contra él y cerró los ojos con fuerza.

Apenas pudo oír su grito por encima del ruido del tren cuando ella saltó.

Lo primero que pensó Polly fue que, si podía pensar, era que no había muerto.

Abrió los ojos. Todo estaba oscuro, muy oscuro; apenas podía ver. Con sus manos exploró el entorno. Sabía que estaba tendida boca abajo, pero no sentía nada frente a ella. Extendió la mano lo más posible pero no encontró nada. Dio unas patadas y se movió un par de centímetros hacia atrás, pero nuevamente, nada. Extendió la mano a cada lado y de inmediato tocó hormigón. Por lo que podía adivinar, estaba en una especie de canal de hormigón. Extendió la mano por encima de su cabeza y notó un metal duro. Retiró la mano de inmediato cuando su cerebro le indicó que se estaba quemando las puntas de los dedos. Entonces cayó en la cuenta. Estaba debajo del tren. Había caído en la fosa antisuicidio.

Sus ojos se adaptaron lentamente a la oscuridad. Apenas podía distinguir una luz tenue frente a ella. Comenzó a gatear bajo las vías hacia la luz. Se detuvo en seco cuando se dio cuenta de que se acercaba peligrosamente a la tercera vía electrificada. Se movió hacia el costado derecho de la fosa para apartarse de ella.

Mientras se acercaba a la parte delantera del tren pudo ver una especie de saco sobre las vías, bajo la luz.

La mitad inferior había caído a la fosa y el resto colgaba al costado de los bloques de hormigón. Se detuvo al reconocer la costosa chaqueta de lana. Su ropa aún estaba completamente intacta, y contenía sus restos destrozados, pulverizados. Lo único que faltaba era su cabeza.

El cuerpo de Polly se sacudió por las arcadas, tanto que apenas pudo respirar. Comenzó a retroceder bajo el tren. Cuando estuvo a una distancia

segura, se detuvo y aspiró grandes bocanadas de aire.

De pronto, se produjo un silencio. Habían apagado el motor del tren.

Oyó las puertas del metro que se abrían y luego las voces de los pasajeros perplejos que comenzaban a salir del tren.

El andén de pronto se llenó de actividad. Oyó pasos que corrían de un lado a otro del suelo embaldosado y el crujido de *walkie-talkies*. Luego el sistema de altavoces cobró vida.

Se solicita a los pasajeros que se dirijan a la salida más cercana. Ha ocurrido un incidente en esta estación. Necesitamos evacuar todos los andenes y clausurar la estación. Diríjense a la salida más cercana de forma tranquila y ordenada.

El murmullo de voces sobre el andén comenzó a crecer.

Oyó que una puerta se abría y luego se cerraba de un golpe. El conductor acababa de salir de su cabina.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—. ¡Por todos los santos!

Se oyeron más voces cuando la gente se acercó al frente del tren para mirar.

—Por favor, apártense, damas y caballeros, diríjense a la salida más cercana —informó una voz masculina que se acercaba—. ¿Estás bien, tío? —dijo la voz, Polly supuso que se dirigía al conductor. El resto de las personas en el andén se alejaban, por lo que Polly pudo escucharlos con claridad.

—No sé qué mierda acaba de pasar. Ellos salieron..., no sé de dónde salieron.

—¿Ellos? ¿Quieres decir que saltó más de uno? —dijo el hombre.

—No sé, quizá. Me pareció ver a alguien más, pero... no sé. Su chaqueta... estaba toda abultada, no se veía bien.

—Mira, no te preocupes, la policía de transporte viene de camino, llegará en cualquier momento.

Polly oyó pasos que se acercaban al frente del tren.

—¡Cielo santo! —exclamó el conductor, y luego tuvo arcadas y vomitó el contenido de su estómago sobre el andén.

—Vámonos de aquí, no mires. Transporte resolverá todo esto.

Polly se quedó lo más quieta que pudo, con pánico de delatarse en cualquier momento.

—Estás bien, tío, respira hondo.

De pronto se oyeron varios pares de pasos que se acercaron por el andén. Se oyó el crujido de los radiorreceptores de la policía por toda la estación.

—Correcto —dijo una voz de mujer—. Soy la agente Fowler y este es el agente Daniels. Tenemos tres vagones con personas encerradas que todavía están en el túnel. Han desconectado la vía electrificada para que podamos bajar y quitar el cuerpo. Luego necesitaremos que muevan el tren hacia adelante para que todo el mundo pueda salir.

—Los cuerpos —dijo el hombre que había estado hablando con el conductor.

—¿Hay más de uno? —inquirió la agente Fowler.

—Ay, Dios, no sé —respondió el conductor—. Todo sucedió muy rápido, me pareció ver a alguien más, pero ahora no estoy seguro. Quizá fue solo su chaqueta, que estaba toda abultada de manera extraña.

—¿Está diciendo que el tren atropelló a más de una persona?

—No lo sé —dijo el conductor, exasperado. Parecía estar a punto de llorar.

—Bien, acordonaremos este sitio como la escena de un crimen hasta que podamos ver las imágenes grabadas por las cámaras.

—Suerte con eso —respondió el hombre.

—¿Qué? ¿A qué se refiere? —inquirió la agente Fowler.

—No funcionan desde el lunes.

—¿Qué?

—No soy el que está al cargo aquí..., no depende de mí que estas cosas se reparen.

Polly oyó un crujido fuerte en la radio, y luego nuevamente la voz de la agente Fowler.

—Sargento, no va a creer esto...

Poco tiempo después bajaron a las vías. Polly debía salir de allí cuanto antes.

Trató de darse la vuelta para dirigirse en dirección opuesta, pero el hueco no era lo suficientemente grande. Empezó a gatear hacia atrás, lentamente al principio, y luego con más velocidad cuando oyó que alguien bajaba de un salto a las vías. Se lastimó la piel de las palmas de la mano con trozos de tierra y grava mientras gateaba lo más rápido que podía. Aunque el motor del tren estaba apagado, el calor era insoportable. Le caían gotas de sudor del cuello y de la punta de la nariz.

Ya casi había llegado a la parte trasera del tren cuando oyó un chillido y algo pasó corriendo por su mano. Saltó del susto y se golpeó la frente arriba, contra el chasis de metal. El dolor le dio unos momentos de gracia antes de sentirlo. El dolor fue atroz. De inmediato cayó al suelo tibio, mientras la sangre pegajosa brotaba de su frente. Le dolía tanto que ni siquiera podía gritar para desahogarse. Permaneció tendida e inmóvil durante varios minutos. Pensó en quedarse allí, con los ojos cerrados, y, simplemente, esperar hasta que movieran el tren y la encontraran. Quizá ahora era el momento de darse por vencida. Pero luego se acordó de él. Tenía que sobrevivir porque él había muerto. ¿Qué sentido tenía el mundo si ella no podía existir sin que él viviera?

Con un esfuerzo sobrehumano, se sobrepuso y volvió a avanzar.

El tren estaba metido en el túnel. Una vez que se aseguró de haber pasado el chasis del tren, se puso de pie. Todo estaba oscuro. El tren tapaba la mayor parte de la luz proveniente del andén. Se dio la vuelta y miró hacia el túnel. Trató de calcular cuánto tiempo le llevaría caminar por el túnel hasta la estación siguiente. Queensway era la siguiente en esa dirección. Cuando viajaba en la línea Central, siempre le parecía que pasaba mucho tiempo entre

estaciones hasta llegar a Marble Arch. Probablemente estaba a un kilómetro y medio de distancia, tal vez dos. Pensó en ello durante un segundo antes de darse cuenta de que era una idea estúpida. ¿Y si había otros trenes en funcionamiento? Habían dicho que volverían a conectar pronto la electricidad. Lo dudaba después de lo que acababa de suceder, pero no estaba segura.

Se dio la vuelta para mirar el tren. Había un pequeño hueco entre el túnel y el costado del tren. Se acercó para tratar de evaluarlo. Era pequeño, pero calculó que podría avanzar apretándose los diez metros que quedaban hasta el andén. Respiró profundamente y avanzó con lentitud. Había dado solo algunos pasos cuando se encontró frente a la ventana de un vagón iluminado. Había varias personas en el otro lado, aún encerradas, esperando que se abrieran las puertas. Trató de agacharse, pero el espacio era tan pequeño que fue imposible. Volvió hacia atrás rápidamente antes de que alguien la viera.

Golpeó con frustración la pared del túnel. Y ahora, ¿qué? Tenía que salir de allí. Pronto la policía movería el tren. ¿Qué pensarían si la encontraban ahí abajo? De pronto se imaginó a la detective Watson, vestida con un traje impecable y testificando en su contra en un tribunal repleto de gente. La garganta se le inundó de lágrimas, que amenazaron con brotar de sus ojos. Respiró profundamente. Ahora no era momento de perder el control. Una vez que saliera de allí podía romperse en mil pedazos si así lo deseaba, pero hasta que llegara ese momento tenía que mantener la calma y concentrarse en salir.

Pocos minutos después se calmó lo suficiente para volver a pensar con claridad. Tenía que haber una manera lógica de hacer eso. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, así que pudo alejarse un poco y evaluar mejor la forma del tren. Vio un pequeño espacio por el costado de las ruedas. Se inclinó para mirar mejor. Las ruedas del tren recorrían las vías arriba pero no a lo largo del borde de hormigón, sino levemente. Había un pequeño espacio, de alrededor de un metro por un metro, entre las ruedas del tren y la pared del túnel.

—Tú puedes, Polly —murmuró para sí misma.

Se agachó para observarlo de cerca. Si podía llegar hasta el final del primer par de vagones, podría subirse por el espacio donde estos se unían al siguiente vagón, y de allí al andén.

Se apoyó sobre manos y rodillas y lentamente se metió en el hueco. Puso los brazos adelante como guía, y lentamente fue avanzando el cuerpo. Estaba completamente agachada, deslizándose como una víbora. Podía ver que la luz del andén se acercaba cada vez más.

—Sigue así, Polly —dijo, dándose ánimo—. Eso es, suave y firme.

De pronto el motor del tren se encendió encima de ella. Las vibraciones a lo largo de la vía parecieron pulverizarle los huesos. Se dejó llevar por el pánico: no sabía si tratar de regresar o si continuar. ¡Pero ya estaba tan cerca! Tenía que continuar. Se agarró a la vía encima de su cabeza y comenzó a arrastrarse lo más rápido que pudo. De pronto, el tren comenzó a retroceder encima de ella. Varias ruedas apretaron la punta de su dedo medio, embutieron la uña en lo profundo de su piel y aplastaron el hueso. Soltó un grito antes de tener oportunidad de ahogarlo.

El tren se detuvo de inmediato y el motor se apagó.

—¡Ya, ya! —gritó alguien desde arriba—. Hemos encontrado la cabeza. Alguien debe bajar a buscarla, y luego podremos continuar.

Era ahora o nunca. Polly empujó hacia adelante usando cada gota de fuerza que le quedaba. Sus manos rasgaron y arrancaron el suelo debajo de ella mientras intentaba aferrarse a algo. Momentos después llegó al espacio entre los vagones. Se agarró del borde del andén. Se detuvo un momento para ponerse la capucha y se subió hasta la mitad. La salida estaba justo frente a ella. Miró a su izquierda. La policía y el personal del metro estaban ocupados observando al pobre diablo que debía retirar la cabeza. Se inclinó hacia adelante y se deslizó hacia el andén. En segundos estuvo de pie y en el andén. Se escondió en un túnel lateral durante los quince minutos siguientes, hasta que

dejaron salir a los pasajeros que quedaban en el tren; entonces salió caminando tranquilamente en medio de ellos hacia la salida.

El telediario daba las novedades sobre el incidente cada hora. La Policía Metropolitana hizo su declaración solo a las 9.15. Un detective inspector en jefe, que parecía demasiado joven para tener un cargo tan importante, leyó de una hoja de papel.

—A las 22.49 de anoche un hombre fue atropellado por un tren en el andén en dirección este de la estación Lancaster Gate. Tras una investigación completa y minuciosa de la escena, podemos confirmar que no hubo otras personas involucradas, a pesar de los rumores que sugerían lo contrario. Sin embargo, no se sabe si el hombre saltó o cayó frente al tren. El cuerpo fue identificado como Sebastian Black, hijo de Robert Black.

Con esta última frase, la multitud de periodistas que aguardaban enloqueció: todos avanzaron de pronto, los *flashes* de las cámaras destellaron y sobrevinieron las preguntas. El detective inspector no pudo continuar leyendo su comunicado; por el contrario, se vio obligado a actuar y tratar de calmar a la multitud.

Unos momentos más tarde la imagen volvió al estudio; la imagen en directo desde la escena continuaba reproduciéndose en el fondo.

El locutor parecía impresionado.

—Como pueden ver en las imágenes en directo, un comunicado acaba de confirmar el suicidio de Sebastian Black, hijo del magnate de medios de comunicación Robert Black y heredero del imperio Black Inc.

El locutor intentó entender lo que le decían a través del auricular, en medio del tumulto en el salón de prensa del magnate de medios.

Ya tenían una historia real de la que informar, en la que Polly ya no participaba.

Se preparó y salió del café.

AGRADECIMIENTOS

Vaya mi agradecimiento especial a las innovadoras mujeres de RedDoor por tomar un nuevo rumbo en la industria editorial, que permite el surgimiento de nuevos autores, y por su entusiasmo y apoyo infinitos. A mi editora, Linda McQueen, por su paciencia y experiencia, como también por el tiempo que pasó investigando estaciones de metro. Gracias a mis profesores en Brunel, que me apoyaron con la novela desde el primer día, y especialmente a Matt Thorne, Celia Brayfield y Fay Weldon. Gracias a Kate Ramsay por la fotografía de autora, a pesar de mi torpeza. Por último, mi agradecimiento más importante, a mi familia y a mis amigos: no habría llegado a nada sin la compañía de todos vosotros.

ACERCA DE LA AUTORA

K. A. McKeagney estudió psicología en Bristol antes de concluir un máster en escritura creativa en Brunel. Ha ganado el premio Curtis Brown por su trabajo, que ha constituido el argumento de su primera novela, *Tubing*. Ha trabajado en Londres como redactora en el área de salud, escribiendo información para el consumidor, como también para revistas médicas. Su obra ha recibido elogios de British Medical Association (BMA) Patient Information Awards. Actualmente trabaja en su segunda novela.